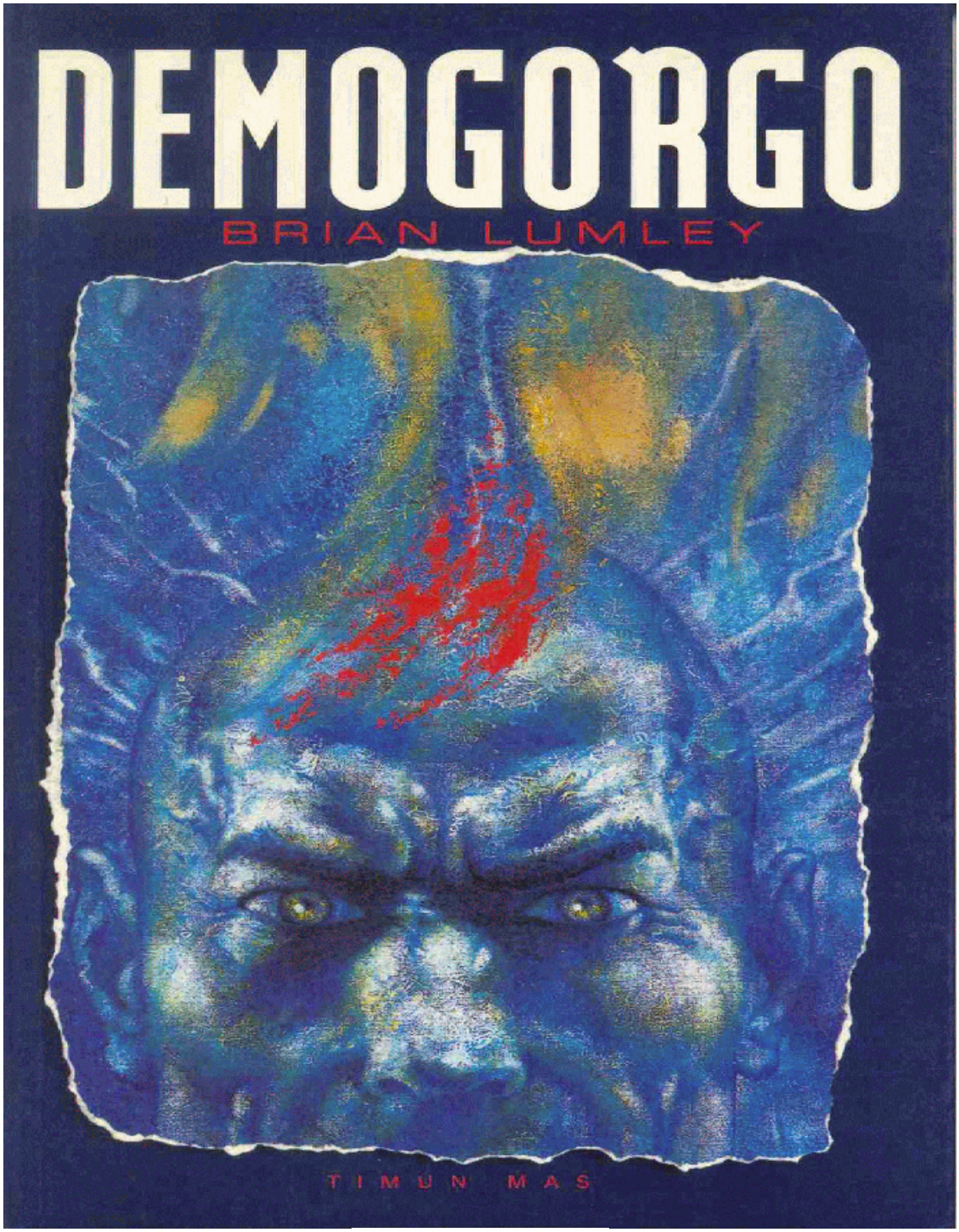
DEMOGORGO
BRIAN LUMLEY



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

A los dos Nicks:
¡el «Joven» Nick y el «Viejo» Nick!
Y también a Guy, ¡investigador
par excellence*!*

Demogorgo: deidad infernal misteriosa, aprox. 4-500 d. de C. hasta la fecha. (Aparentemente del gr. *daimon,* deidad, y *gorgo* o *gorgos,* terrible.)

Error en una traducción o transcripción antigua. En realidad, el Creador, según los gnósticos...

> ... de pronto el Trono
> y el pabellón del Caos aparecen
> en la perdida hondura y, a su lado,
> la viejísima Noche enlutada, consorte del reino,
> acompañados por el Orco y el Hades y el terrible
> Demogorgo, el Acaso, los Rumores,
> la Confusión y el Escándalo, liados
> con quien tiene mil bocas, la Discordia.
>
> Milton, *El Paraíso perdido*

Primera parte

1

Finales de agosto de 1936. *El año en que el Oriental Institute de Chicago amplió sus actividades para incluir una excavación en Meggido, en la entonces llamada Palestina...*

Los cuatro hombres salieron del desierto mientras el anochecer se convertía en noche. Podrían haber sido árabes nómadas, que venían de las ruinas con sus burros en busca de un lugar donde acampar durante las horas de oscuridad. Podrían haber sido árabes; pero avanzaban en silencio, con los cascos de sus animales envueltos en trapos, y sus siluetas se movían furtivamente, recortadas contra las primeras estrellas, mientras cruzaban una estribación y descendían hacia el reluciente mar interior. Y, aunque seguían aproximadamente, sin saberlo, un sendero que Jesús de Nazaret había recorrido unos diecinueve siglos antes, era el único modo en que podía afirmarse que «recorrían los caminos del Señor», pues en todos los demás aspectos eran impíos, en especial uno de ellos.

Seguían su camino cautelosamente entre los escombros de las afueras de lo que había sido, mucho tiempo atrás, un pueblo. Unos muros bajos en ruinas se alzaban del suelo de piedra; los bordes de un pozo seco se habían derrumbado allí, donde varias calles habían confluido en una plaza abierta y donde los restos blanqueados de un gran olivo, muerto hacía seiscientos años, yacían casi petrificados, como convertidos en esmeril bajo el cielo que se oscurecía por momentos. La luna iluminaba un paisaje desolado de escombros y viviendas sencillas derruidas casi hasta sus cimientos; en la distancia, Galilea era una cinta de plata rizada bajo las estrellas.

-Éste es el lugar -dijo el cabecilla del grupo. Su voz era como el seco murmullo de los juncos, resonando roncamente en una garganta llena de polvo-. Ayudadme a bajar.

Los acompañantes del anciano desmontaron en silencio y lo ayudaron a bajar de su burro. Era ligero como una pluma, enjuto, viejo como aquel antiguo lugar. Así parecía. Cualquier observador casual habría tenido también la impresión de que sus ayudantes lo trataban con reverencia; en realidad, lo hacían con miedo..., como si fuese una frágil botella llena de un virus mortal que no se atrevían a derramar.

Encapuchados los cuatro, permanecieron durante largos momentos de pie bajo la luna, mientras el viejo se aferraba al burro esperando sentir las piernas. Finalmente pudo mantenerse erguido sin ayuda, levantó una mano y se echó atrás la capucha. De inmediato, los demás se apartaron de él. La edad lo había vuelto... horroroso. La edad y algo más: ¡el mal mismo!

George Guigos era todo él cuero agrietado y marfil manchado. Sus labios parecían haberse marchitado y estaban muy separados de sus dientes, que sobresalían de unas encías apergaminadas, dándole una sonrisa permanente y espantosa. Por extraño que resultara, parecía haber conservado todos sus dientes. Sobre la boca, su nariz aplastada era un agujero en carne viva, un puente entre los grandes pozos de sus fosas nasales devoradas casi por completo por la enfermedad. Dos simas eran también sus ojos; pero, en la oscuridad, aparecían amarillos como los de un gato, sin ninguna senilidad en ellos, sino una conciencia despierta y terrible, una inteligencia deslumbrante. Su calva cabeza era una nuez acastañada sobre un cuello delgado como un tubo. Era frágil como una

rama aún joven, mas su poder era sobrecogedor; tenía en él el poder del mal.

-¿Está seguro, señor Guigos? -preguntó uno de los tres, una pizca más osado, quizá, que los demás, adelantándose de nuevo. Se quitó su capucha y miró a su alrededor con ojos oscuros y rápidos, como si buscase alguna especie de mojón o punto de referencia-. Este montón de escombros me parece igual a cualquier otro.

-Pero a mí no, Ihya Khumnas -replicó Guigos, con una voz que cobró vida de forma maligna-. Este es sin duda el lugar.

-¿El emplazamiento del tesoro? -inquirió otro con un siseo ansioso. Éste se llamaba Yakob Mhireni.

Guigos los miró sucesivamente a los tres.

-¡El emplazamiento del gran tesoro, sí! -respondió.

-Habló de un mapa -dijo Ihya Khumnas, relamiéndose y moviéndose con inquietud-. Pero... nunca pareció consultar ninguno.

-El mapa está en mi cabeza -contestó Guigos-. Si tú tuvieras ese mapa, ¿no lo habrías guardado en la cabeza? -Lanzó una carcajada que sonó como una pala hundiéndose en un montón de ceniza y que finalmente se acalló al tiempo que volvía a observar a los tres-. Pero creo que debo recordaros algo: no tenéis ningún interés en el tesoro mismo. Sólo en recuperarlo. El tesoro es mío. ¿O tal vez pensáis que no os he pagado lo bastante bien?

Les había pagado la mitad por adelantado y el resto se lo entregaría al finalizar su trabajo. Y había sido suficiente. Ninguno de ellos tendría que volver a trabajar, ni tampoco sus hijos. Todos podían vivir una vida de lujos sólo con los intereses. Eran casi ricos y lo serían realmente cuando se les entregase la paga completa. Sin embargo, la noche anterior Khumnas y Mhireni habían conspirado y ahora se lanzaban miradas furtivas.

-Nos ha pagado lo suficiente -respondió Khumnas-. Es sólo que queremos acabar con esto de una vez, eso es todo. Somos saqueadores de tumbas, tenemos documentación falsa y trabajamos todo el día en Meggido para los norteamericanos, que en cualquier momento pueden descubrir nuestra argucia. Eso basta para poner nervioso a cualquiera. Cuanto antes nos marchemos de aquí, mejor.

-Estamos totalmente de acuerdo -dijo Guigos-. No disfruto de vuestra compañía más de lo que vosotros disfrutáis de la mía. En fin, ese pozo obstruido de allá, en el cruce de calles, fue el centro de este poblado. Una vid se extendía a lo largo de las ramas bajas de los olivos, de los que había varios. Crecían higos en el muro de una de las casas. En general, era una plaza muy bonita y el pueblo no era un lugar desagradable.

-¡Hum! -gruñó Mhireni-. ¡Ese árbol solitario lleva muerto unos cien años o más! ¿De qué época está hablando, señor Guigos?

-¡Hace mucho, mucho tiempo! -respondió Guigos con voz ronca-. En cuanto al olivo que está junto al pozo, estás equivocado; murió hace seiscientos años. En cualquier caso, el punto de referencia es el pozo. El pozo y Polaris.

Levantó sus amarillos ojos hacia el cielo, buscó la Osa Mayor y sus punteros y guió su burro entre unos pequeños montones de escombros. Los otros se miraron entre sí, se encogieron de hombros y lo siguieron.

Khumnas era un estafador y un falsario; Guigos lo había contratado seis meses atrás, cuando había huido de su nativo Iraq, donde las autoridades estaban excepcionalmente interesadas en conseguir su cabeza. Mhireni también era iraquí: un ser no sólo desalmado y brutal, sino perverso e inteligente, gracias a lo cual había escapado a la justicia la mayor parte de sus veintiocho años. El tercer hombre contratado por Guigos no era menos criminal que los otros, aunque sí era un tanto

diferente.

Dimitrios Kastrouni era el más joven de los tres: guapo, de rasgos típicamente griegos y un físico igualmente atractivo. Había pasado la mayor parte de sus veintidós años en Lárnaca, un pueblo de pescadores de Chipre. Hijo único de un vinatero greco-chipriota, dos años atrás había sido rechazado por una muchacha que luego se casó con su rival. Kastrouni se coló sin ser visto en la ceremonia, mientras los dos jóvenes contraían matrimonio, saltó sobre el novio y lo degolló ante todos los invitados, que contemplaron el crimen horrorizados. Escapó por los pelos de la multitud y huyó al continente en la barca de su padre. Eludió el puerto de Haifa y llegó nadando a la costa durante la noche. Adoptó un nombre judío y consiguió trabajar como conductor para las autoridades británicas. Fue allí donde Guigos lo encontró y lo contrató sólo un mes atrás.

Kastrouni estaba con los nervios a flor de piel, pero era un nerviosismo controlado; externamente parecía frío, casi carente de emociones. Su agitación interior se debía a dos años de huidas y engaños en un mundo donde las nubes de la inestabilidad política y las amenazadoras conmociones de las naciones que se preparaban para la guerra habían borrado su pista y le habían dado libertad; pero él no acababa de creer que hubiera escapado a las consecuencias de su crimen y, aunque no le agradaba la idea, seguía pensando que algún día su pasado lo haría rendir cuentas. Estaba seguro de que aquello sucedería tarde o temprano y ello lo mantenía vigilante. Sin embargo, era un hombre fundamentalmente honrado y estaba satisfecho con lo que Guigos le había pagado y le había prometido pagar; el supuesto «tesoro» no despertaba el menor interés en él, y no formaba parte de la conspiración de Khumnas y Mhireni.

Mientras los cuatro avanzaban con cuidado entre las ruinas, los agudos oídos de Kastrouni detectaron un leve sonido, por fortuna lejano.

-¡Chist! -avisó a los demás, y se detuvo.

-¿Qué ocurre, Dimitrios Kastrouni? -siseó Guigos.

Todos contuvieron el aliento.

-He oído... algo -respondió por fin Kastrouni.

-¡Hum! -resopló Mhireni-. *¿Y* quién va estar bajo las estrellas en un agujero dejado de la mano de Dios como éste?

Aunque no era creyente, Mhireni procedía de una familia musulmana chiíta. Su comentario no tenía ningún significado verdadero; era una frase que había escuchado a los norteamericanos, para los que era normal utilizar expresiones como aquélla. No obstante, aunque para él no tenía ningún sentido, para Guigos fue totalmente diferente.

-¡Silencio! -siseó el viejo, y lanzó una risotada profunda y rasposa-. ¡Sí, dejado de la mano de Dios! Sí, así está Corozaín... -Y, dirigiéndose a Kastrouni, añadió-: Y bien, ¿qué era ese «algo» que has oído, Dimitrios?

Kastrouni lo miró, frunció el entrecejo y se volvió hacia Mhireni.

-¡Imbécil! -dijo, procurando mantener la voz baja-. ¿Me preguntas quién puede estar bajo las estrellas? Esto es territorio británico. Los soldados patrullan constantemente. Al norte, los franceses tienen puestos fronterizos. Los árabes todavía habitan varias ciudades de Galilea. Los pescadores salen de noche con sus barcas y los nómadas viajan por el desierto. Los arqueólogos escudriñan la tierra, a la búsqueda de sitios «dejados de la mano de Dios» como éste. ¿Quién puede haber por ahí? ¿No oíste lo que dijo Khumnas? ¡Somos saqueadores de tumbas! Este tesoro que Guigos busca no es suyo, pero se lo quedará. Por tanto, es un ladrón y nosotros lo estamos ayudando. Hay suficientes hombres en este país que te matarían por hacerse con tus pendientes de oro, no hablemos ya de un tesoro. ¡Y cuando digo que he oído algo, más te vale creerme!

Le había hablado en griego, pero Mhireni lo entendió todo. Su sonrojo pasó inadvertido en la oscuridad, pero Khumnas vio que escondía la mano en la chilaba. Los iraquíes habían planeado matar a Kastrouni junto con Guigos... pero después de apoderarse del tesoro. Khumnas sujetó con fuerza el codo de Mhireni.

-El griego tiene razón -le dijo en tono despreocupado-. Tal vez sería mejor que uno de nosotros montara guardia y vigilase esta área.

Guigos no parecía convencido, pero acabó asintiendo.

-Tú montarás guardia, Dimitrios -dijo-. Tus ojos y tus oídos son agudos y pareces valorar tu vida y tu libertad más que estos dos. Vigila, caminando en un círculo amplio; pero regresa a medianoche, porque te necesitaré.

-¿Que regrese? -Kastrouni miró a su alrededor-. ¿Adónde?

-Aquí -gruñó Guigos-. ¡Justo aquí! -Golpeó el suelo con su pie izquierdo, torcido en una postura extraña, y señaló tres grandes rocas que formaban un triángulo y servían de apoyo para una cuarta-. Ésta será la marca.

Khumnas y Mhireni ataron sus burros y se dirigieron a las rocas. Guigos los siguió, cojeando ligeramente y avanzando más despacio; asió un palo y dibujó un cuadrado en la arena milenaria. Sus lados tenían unos dos metros de largo y rodeaba el triángulo de peñascos con la piedra que sostenían como ápice. Los lados del cuadrado eran paralelos a los de un cuadrado mayor formado por unos muros en ruinas.

-Era un templo -dijo el anciano, como si hablara consigo mismo, y asintió con la cabeza-. Un templo maldito en una ciudad maldita y condenada.

-¿Y el tesoro? -preguntó Khumnas, que no pudo evitar lamerse los labios mientras aguardaba la respuesta.

-Venid -dijo Guigos con una sonrisa de pesadilla-. Derribad esa roca y haced rodar las otras fuera del cuadrado. Luego id a buscar las palas. Entre treinta y cuarenta centímetros bajo tierra hay una losa; debajo hay escalones empinados que siguen una fisura natural. El tesoro está abajo... pero sólo yo sé dónde.

Khumnas y Mhireni se miraron y corrieron hacia los animales. Guigos se rió y fue cojeando a uno de los muros derruidos, donde se sentó y contempló a Kastrouni con ojos del color del azufre.

-Será mejor que vayas a hacer la guardia. Pero ten cuidado. Y recuerda: regresa a medianoche. Únete a nosotros allá abajo...

Kastrouni hizo un gesto de asentimiento. Ató su burro y sacó pan y carne de un saco.

-Medianoche -confirmó, y volvió a asentir-. Tengo un reloj de pulsera. Volveré.

Se abrió la chilaba, sacó un cinturón, cerró de nuevo sus ropas y se las sujetó con el cinto ancho de cuero, del que pendían una vaina y un cuchillo afilado. Masticando lentamente un pedazo de carne desecada, Kastrouni se confundió entre las sombras.

George Guigos permaneció sentado bajo las brillantes joyas del cielo, riéndose de forma obscena y observando desde su capucha a la pareja de iraquíes, que pugnaban por mover las rocas...

Kastrouni fue al sur por entre las ruinas, siguiendo las pilas de escombros del antiguo poblado hacia las fuentes de un riachuelo de pendiente acentuada. Todavía goteaba un poco de agua, que caía como una corriente cantarina hacia el plateado mar interior que se hallaba a menos de doscientos cincuenta metros más abajo. En sus días de esplendor, Corozaín había ofrecido una vista extraordinaria de todo el mar de Galilea. Las luces de Tiberíades eran perfectamente visibles al sudoeste, a unos trece kilómetros de distancia, junto con una hilera de otras más lejanas a lo largo de la rocosa costa oriental.

Kastrouni se encaminó al oeste a lo largo del borde del barranco. Pensaba alejarse de las ruinas tal vez medio kilómetro, luego girar al norte y dibujar un semicírculo hacia los riscos y, por último, de nuevo hacia el oeste hasta regresar al punto donde se encontraba entonces, y de allí al lugar donde estaban Guigos y los demás.

Mientras caminaba, manteniéndose a una distancia prudencial del borde del barranco y procurando que su silueta no se dibujara con demasiada claridad en el cielo nocturno, se sintió un tanto aliviado de estar a solas. El viejo Guigos era una gárgola viviente, una momia humana que, de no ser por su debilidad, habría resultado aterradora. Aun siendo anciano y macilento, había algo espantoso en él: el halo del mal, de una vida empleada en buscar secretos oscuros y cometer actos aún más siniestros, parecía emanar de forma casi física de aquel hombre. Casi podía sentirse como una neblina sobre la piel. Pero... le pagaba bien, y Kastrouni emplearía el dinero en mantener y perpetuar su libertad. Tal vez algún día, bajo otro nombre y disfrazado por los años, regresaría a Chipre. No a Lárnaca, no, sino a algún otro lugar donde nadie lo conociera.

Bajo otro nombre...

Aquello era lo más extraño. O tal vez no tanto. Kastrouni frunció el entrecejo en la oscuridad. Cuando había llegado a Haifa había optado por llamarse David Kammad. Aunque sus rasgos no eran típicamente judíos, el nombre y la fe falsos parecieron dar buenos resultados. La administración británica le dio trabajo y le proporcionó un carné de identidad, y aquello acabó con sus problemas. Pero llegó la noche en que Guigos lo encontró y lo descubrió de inmediato. Kastrouni recordó lo que le había dicho aquel viejo diablo:

-¿David Kammad? ¡Ah, pero ése no es tu verdadero nombre, muchacho! Mis ojos son muy viejos y sabios, de una forma distinta de la que sospechas, y no es fácil engañarme. Eres griego, no judío. ¡Oh!, probablemente has conservado las iniciales, pero sólo eso. Vamos, ¿cuál es tu *verdadero* nombre, el que guardas en secreto?

Y Kastrouni se lo había dicho. Así de sencillo. Debía de haber sido por culpa de los ojos de Guigos, casi hipnóticos; fuera como fuese, Kastrouni había puesto su vida en manos de aquel hombre y, a cambio, se había visto envuelto en este trabajo. Y con mucho dinero. Cuando todo acabase, iría a una de las islas griegas, pondría un pequeño negocio y...

Kastrouni se quedó paralizado y su mente regresó a la tarea que tenía entre manos. Unos voces subieron hasta él como una corriente ascendente. «Voces árabes», pensó. Guturales y... ¿excitadas? Era lo que había oído antes, en las ruinas, pero ahora sonaban más claras y eran, sin lugar a dudas, el murmullo de una conversación. Allá abajo había gente. Pero ¿qué hacían?

Se puso a cuatro patas y gateó hacia el borde redondeado del barranco. Procurando no precipitar ningún guijarro al vacío, se inclinó y miró hacia abajo. Unas luces oscilaban en las aguas, parpadeando de vez en cuando donde unas figuras oscuras chapoteaban entre risas. Kastrouni supo enseguida qué era lo que ocurría; lo había visto a menudo en Chipre. Eran pescadores que atraían a los peces a sus redes usando focos flotantes. Caminaban por las aguas superficiales de las orillas del lago, donde los peces nocturnos se agrupaban en pequeños bancos. No había nada que temer de ellos; sin duda venían aquí en bote desde Tiberias u otras poblaciones y regresaban siguiendo la misma ruta. En cualquier caso, no vio que tuvieran ningún motivo para trepar a lo largo del antiguo y empinado riachuelo hasta Corozaín. No, y desde luego no de noche. Ahuyentados sus temores, Kastrouni retrocedió, se incorporó y, girando al norte, comenzó su ronda semicircular.

Mientras Kastrouni recorría la zona donde los promontorios descendían hacia el

mar de Galilea, su reloj de pulsera marcaba los segundos lejos de él. El broche se había roto cuando el griego había rozado una roca con la muñeca mientras gateaba. Con todos los sentidos centrados en lo que sucedía más abajo, no se dio cuenta de su pérdida. La esfera marcaba las once y cuarto...

Khumnas y Mhireni sólo habían tardado diez minutos en apartar la arena y la tierra del cuadrado marcado por Guigos. A casi cuarenta centímetros de profundidad encontraron una losa de piedra, que se apresuraron a limpiar hasta que pudieron ver que sus lados formaban un rectángulo de medio metro de ancho por uno de largo. Una pesada argolla de hierro en un lado de la losa tenía un diámetro lo bastante grande para que ambos hombres pudiesen introducir varios dedos en ella, pero no consiguieron alzarla por mucho que lo intentaron. Mientras blasfemaban y forcejeaban con la argolla, parecían haber olvidado que Guigos estaba con ellos; sus mentes estaban obsesionadas por lo que podía haber más abajo. La risa sarcástica del viejo pareció deliberada para recordarles su presencia.

-Ihya Khumnas, te elegí para que me ayudaras porque eres un tramposo, un mentiroso y un falsificador experto. No el mejor que podría haber encontrado con tanto dinero, pero también eres joven y fuerte -declaró. Omitió añadir que nadie echaría de menos a Khumnas, absolutamente nadie, pero aquella idea le pasó por la mente y lo hizo sonreír con expresión perversa.

»En cuanto a ti, Yakob Mhireni -prosiguió-, estás aquí por tu gran fuerza, y también porque eres brutal, retorcido e indigno de toda confianza. ¡Oh!, no te preocupes: son cualidades que admiro en gran medida; de lo contrario, no te habría escogido.

Guigos los observó a ambos. Sus amarillos ojos relucían en la sombra que ocultaba su terrible rostro...

-¿Y bien? -gruñó al fin Khumnas, mientras el sudor se le secaba en la espalda y le producía escalofríos-. ¿Qué saco de quedarme aquí como una momia mientras nos insulta? ¿Quiere que levantemos la losa o no?

-¡Por supuesto! -replicó Guigos-. Y con tu astucia y su fuerza, habría sido la más sencilla de las tareas... ¡Ahora creo que tal vez me equivoqué al elegiros! Si no sois lo bastante listos, ¿qué debo hacer? ¿Tengo que pedir a estas pobres bestias que os ayuden?

Guigos volvió la cabeza y miró directamente a los burros.

Khumnas siguió su mirada, frunció las cejas y, por fin, creyó entender lo que el anciano le estaba insinuando. Mhireni se limitó a hacer una mueca y mirar, mientras su compañero empuñaba una de las palas y la sopesaba. Khumnas apoyó la plancha de la pala contra una piedra lisa, saltó sobre ella con ambos pies y separó la pieza metálica del mango. Después sacó una cuerda de un bulto cargado sobre su burro, pasó el mango de la pala por él e hizo un nudo. Había dejado colgando aproximadamente un metro y medio de soga, que ató a la argolla. En el otro extremo de la losa, hundió inclinado el mango de madera de la pala en la tierra hasta que quedó fijo y probó su resistencia tirando de la cuerda. La losa rechinó y se movió apenas unos milímetros, pero Khumnas no era un hombre muy fuerte. El mango de la pala constituía un punto de apoyo satisfactorio y Mhireni estaba más capacitado para hacer palanca; y, si no bastaba con su fuerza, siempre podían emplear uno de los burros. Sin duda, Guigos se había referido a todo aquello al hacer su críptico comentario.

Mhireni acabó por entenderlo; tomó el cabo de la soga de Khumnas, se lo pasó por el brazo y el hombro y tiró hasta que la losa se movió con un chirrido y se alzó unos cuatro o cinco centímetros. Khumnas dio un corto grito de victoria y puso varias piedras

bajo el borde de la losa.

-¡Aún más! ¡Tira, Yakob, tira!

El corpulento iraquí hizo un renovado esfuerzo pero, a pesar de que la losa se estremeció y rechinó un poco más, no se levantó.

-¡Un burro! -jadeó Mhireni-. ¡Ve a buscar un jodido burro antes de que se me parta la espalda!

Se quedó jadeando mientras Khumnas traía uno de los animales y ataba la cuerda a su silla. Luego, el hombre y la bestia tiraron de la soga hasta que el mango de la pala se enderezó y la losa se levantó unos dos tercios de la distancia hasta la vertical.

-¡Manténla ahí! -exclamó Khumnas.

Era evidente que el mango de la pala estaba doblándose peligrosamente; antes de que se partiera en dos, Khumnas fue corriendo a la losa y apoyó todo su peso contra ella, manteniéndose de pie encima del agujero. Por fin, la losa rebasó la perpendicular, se inclinó ligeramente hacia atrás y quedó trabada.

-¡Ya está! -gruñó Khumnas-. ¡Lo hemos logrado!

Contempló la oscuridad del pozo y arrugó la nariz al percibir el hedor que procedía de su interior.

-Lo hemos conseguido -repitió, con un poco menos de certidumbre-. Y el tesoro está allá abajo, ¿no?

Mhireni se plantó a su lado y ambos miraron fijamente a Guigos en la oscuridad. Un solo pensamiento imperaba en sus mentes y pareció como si aquella vieja gárgola lo hubiera leído:

-El tesoro está *escondido* allá abajo -dijo-. Bien escondido... y sólo yo sé dónde. -Consultó su reloj: las once y veinticinco. El tiempo se acababa segundo a segundo-. Vamos a bajar.

-¿Dónde está ese griego idiota? -rezongó Mhireni-. ¿Hay más trabajo abajo? ¿Tenemos que hacerlo todo nosotros?

-He ordenado a Kastrouni que regrese a medianoche -replicó Guigos-. Es entonces cuando quiero que esté de vuelta y no antes. Si regresa a esa hora, yo ya estaré satisfecho. Mientras tanto, está comprobando que nadie más venga por aquí... ¡y eso es importante! Ahora vamos a bajar. Estamos perdiendo el tiempo y todavía hay mucho que hacer.

Guigos se incorporó y caminó con paso cojeante hasta el pozo, donde unos empinados escalones se hundían en las tinieblas.

Los dos iraquíes se quedaron quietos, indecisos: la idea de un tesoro oculto los atraía como un imán, pero la oscuridad y el hedor que les aguardaba abajo los arredraba. Khumnas sacó una vela del bolsillo, protegió la mecha con la mano y la encendió. Se inclinó sobre el agujero; los escalones descendían mucho más allá del límite de la luz que proyectaba la vela. Khumnas sintió un estremecimiento.

-¡Huele como el mismo infierno! -exclamó, apartando el rostro-. Como un osario. Como un cadáver roído por los gusanos.

A Mhireni no le gustaba todo aquello; aunque no era un hombre religioso, sí que era supersticioso.

-Antes nos llamaste saqueadores de tumbas -acusó a Guigos-. ¡Pero pensé que no hablabas en serio! ¿Eso es lo que es, una tumba?

- ¡Imbéciles! -se rió Guigos con voz ronca, y los apartó de su camino a codazos-. Fuera de aquí los dos... -Se adentró en la maloliente entrada hasta que sólo sobresalían su cabeza y sus hombros-. ¿Vais a venir o no? ¿O no queréis el resto de vuestra paga?

Sin esperar su respuesta, la gárgola tullida y sonriente desapareció de la vista. Cuando ya no la vieron, Mhireni introdujo la mano en la chilaba y sacó una daga de

hoja curvada.

-Juro que, en cuanto ponga los ojos en ese tesoro -susurró con voz áspera-, ¡rajaré a ese saco de mierda desde la barriga hasta las pelotas!

Una profunda cicatriz en el lado izquierdo de su larga nariz, que descendía por la mejilla casi hasta la mandíbula, relució con un brillo blanquecino a la luz de la luna.

Los dientes de Khumnas eran todavía más blancos y centellearon en una sonrisa salvaje al pensar en lo que se avecinaba.

-¡Sólo si lo atrapas antes que yo! -respondió. Pero recobró el control y agarró al otro por los brazos-. Mira, ambos odiamos a ese perro viejo, de acuerdo, pero recuerda una cosa; no podemos tocarle un pelo hasta que encontremos el tesoro. Entonces, la veda está abierta.

-Bien -gruñó Mhireni, asintiendo-. Y digo lo mismo respecto al griego.

Khumnas se puso a la cabeza con la vela y ambos siguieron a Guigos en lo que podía confundirse con las tinieblas de la Estigia.

Los peldaños eran empinados y estrechos, pero estaban secos. Se hallaban desgastados por el centro, como si los hubiesen pisado un número incalculable de pies a lo largo de los siglos, y descendían en un semicírculo hasta que, de pronto, el paso se hacía más amplio y horizontal. A la izquierda, los escalones estaban esculpidos en un muro que sobresalía justo por encima de los hombros, por lo que ambos tenían que caminar agachados; a la derecha se abría el vacío, negro como la pez, en el que resonaba el eco de sus débiles pisadas. Mhireni arrojó a propósito un guijarro al abismo y escuchó el ruido de la caída. Al cabo de varios segundos, su paciencia se vio recompensada, pero con un chapoteo lejano. Había agua abajo..., mucho más abajo.

En el lado opuesto de la sima, la pared era negra y dentada, con estalactitas que proyectaban sombras oscilantes a la tenue y parpadeante luz de la vela de Khumnas. La idea de que la vela podía apagarse de improviso los embargó de pánico a ambos simultáneamente y, al mismo tiempo que Mhireni agarraba del hombro a Khumnas, éste se volvía un poco hacia él y sacaba del bolsillo un segundo cirio.

-¿Has contado los peldaños? -murmuró Mhireni con voz ronca. Sus enormes manos le temblaban ligeramente mientras su compañero le daba lumbre.

-Dos docenas -respondió Khumnas de inmediato-. Veinticinco contando el próximo.

-¿Sólo veinticinco? -exclamó Mhireni, sorprendido-. ¡Dios mío! Y parece como si estuviésemos a medio camino del infierno. ¿Cómo lo consigue?

-¿Qué? -inquirió Khumnas. Su rostro estaba pálido a la luz de la vela-. ¿La vieja gárgola? ¿Cómo consigue qué?

-Ver en la oscuridad -contestó Mhireni-. ¿Cómo lo hace? Quiero decir que no lo has visto encender ninguna vela, ¿verdad? ¡Que me cuelguen si lo he visto yo!

-No, no lleva ninguna -dijo Khumnas, frunciendo las cejas-. Sé que llevaba antorchas bajo la chilaba; yo se las preparé, ¿recuerdas? Pero no tenía ninguna vela. -Se encogió de hombros y agregó-: De todos modos, he oído hablar de gente que ve en la oscuridad. ¿Y qué? También ven los gatos, ¿no? ¡Seguramente son esos ojos venenosos que tiene! Vamos, sigamos adelante...

En el espacio de cinco o seis pasos más, las paredes de la sima volvieron a juntarse, todavía más cerca que antes, por lo que ambos casi tuvieron que caminar de medio lado. Y la escalera seguía descendiendo. Entonces, al doblar un recodo, apareció ¡una luz deslumbrante!

Y Guigos los estaba esperando, sentado sobre una roca, donde la sima se abría en una gran cueva...

2

La luz provenía de un par de antorchas que chisporroteaban en unos nichos excavados en las bastas paredes. Las llamas, amarillas y cambiantes, oscilaban de un lado a otro como sacudidas por una corriente intermitente de aire. Khumnas entró en la cueva y... sí, había una corriente; podía sentir el aire fresco golpeándole el rostro. Aire sano, limpio y fresco, aire auténtico, a diferencia de los vapores de la sima.

La caverna tenía unos quince metros de largo por diez de ancho; vagamente ovalada y de techo bajo, era evidente que se había formado de manera natural, aunque se habían efectuado algunos trabajos en ella: un anaquel rodeaba la cueva como si fuera un banco, y aún podían verse restos de las obras en el suelo para que la superficie fuese más o menos lisa. Era igualmente obvio que aquel trabajo tenía miles de años de antigüedad.

Khumnas, que todavía examinaba el lugar, levantó una mano para tocar el techo, que se hallaba justo encima de su cabeza. Al bajarla, sintió los dedos fríos y ligeramente pegajosos. En algunos lugares las aguas filtradas habían formado estalactitas, la mayoría de ellas rotas hacía tiempo para que hubiera más espacio. Había unos grandes pedruscos fijados en el centro del suelo; George Guigos se encontraba sentado en uno de ellos.

Los iraquíes avanzaron hacia él pero, al aproximarse, Khumnas miró más allá de la figura vieja y encorvada del anciano hacia el otro extremo de la cueva. Estaba más a oscuras que el resto y, sin embargo, había una extraña luminosidad en una pequeña área. Khumnas creyó distinguir, en aquella zona luminosa, unos puntitos brillantes de luz que relucían como diamantes en la oscuridad.

¿Diamantes? ¿El tesoro de Guigos?

Pasó de largo junto al viejo sin mirarlo y fue a la parte más alejada de la caverna. Mhireni lo siguió de cerca. En la oscuridad, ambos hombres podían ver los puntos de luz. Además, la corriente de aire fresco era más fuerte y fría. Tanteando con las manos, Khumnas llegó a una pared. A la altura de su barbilla había un agujero irregular de unos sesenta centímetros de diámetro, que se abría a un horizonte lejano, negro como la noche, teñido de índigo allí donde la tierra se unía al cielo. Los brillantes puntos de luz eran estrellas. El iraquí se puso de puntillas, bajó la mirada y vio aquellos mismos luceros reflejados en el mar de Galilea, unos doscientos veinticinco metros más abajo.

-Un orificio de observación -resonó el áspero susurro de Guigos en los confines de la cueva-. Y también de ventilación. Si salís arrastrándoos por él, la caída os dejará convertidos en jalea... ¡literalmente!

-¿Qué es este lugar? -gruñó Mhireni, regresando a donde estaba Guigos.

-Es un escondrijo -respondió el viejo-. O por lo menos lo fue a menudo. Hace más de dos mil años, cuando se construyó el poblado por primera vez, las guerras tribales eran frecuentes y sangrientas. Los ancianos, las mujeres y los niños bajaban aquí y permanecían ocultos en los días de mayor peligro. La señal de que había pasado la amenaza se hacía desde el mar de Galilea: el deslumbrante brillo del sol era reflejado en un espejo de bronce pulido.

El anciano no había adivinado nada de todo aquello; sabía, de manera irrefutable, que lo que había dicho eran hechos absolutamente ciertos. El brutal Mhireni percibió la verdad en la explicación de Guigos, pero su naturaleza le impedía aceptar nada a menos que hubiese una evidencia concreta.

-¡Hum! -gruñó-. Eres viejo, desde luego... ¡Pero no *tan* viejo, George Guigos!

La gárgola se echó a reír, con una carcajada rasposa y entrecortada que acabó en una tos ahogada. Su forma de toser casi pareció un estertor de agonía. Se balanceó y luchó por tomar aire; una de sus huesudas manazas se aferró a su asiento de piedra para no perder el equilibrio y caer, mientras la otra agarraba la ropa en el lugar donde parecía tener la garganta obstruida.

Ihya Khumnas vino corriendo desde la parte más oscura de la cueva, se plantó junto al anciano y lo contempló a la luz de las parpadeantes antorchas. El rostro de Guigos se veía apergaminado; toda su textura semejante al cuero parecía haber escapado. Estaba blanco y seco como un hueso gastado; por su aspecto, parecía como si un soplo de viento pudiera reducirlo a polvo en cualquier momento. Le había sucedido algo en los últimos minutos. Algo terrible. Como si sus años hubiesen decidido repentinamente hacer mella en él, todos a la vez.

«Es una momia, sí -pensó Khumnas-, pero su metabolismo funciona al revés. Las momias sólo se disgregan cuando se sacan de sus tumbas...»

Pero en voz alta se limitó a preguntarle:

-¿Se encuentra bien?

No le convenía que Guigos se muriese aquí y ahora. Al menos, todavía no.

El ataque de tos de Guigos había pasado. Dejó de balancearse, levantó una huesuda muñeca y miró su reloj de pulsera. Eran las doce menos veinte.

-Estoy... bien, sí -contestó, y volvió a toser-. Pero tenemos que darnos prisa.

Hizo un esfuerzo para levantar la cabeza y mirar a Khumnas. Tenía los ojos legañosos, y sus enormes fosas nasales enfermas estaban en carne viva en su rostro de cartón piedra.

-El tesoro -dijo Khumnas-. ¿Dónde está?

-Ayudadme a incorporarme -les pidió Guigos, y extendió sus brazos de araña.

Los iraquíes lo levantaron como a un niño. Cuando estuvo de pie, lo mantuvieron sujeto para que no se cayera. Guigos alzó un dedo escuálido y nudoso y lo agitó en el aire.

-Allí..., allí...

Miraron en aquella dirección. A un lado de la cueva, una gruesa estalactita coincidía con una seta de piedra calcárea formada por las gotas, constituyendo una columna. Entre dicha columna y la pared había una oscuridad mayor que la que proyectaría una simple sombra. La exclamación ahogada de Khumnas pudo oírse perfectamente. ¿Era una cámara secreta, una segunda cueva?

-Yo llevaré a Guigos -dijo a Mhireni-. Tú trae una de las antorchas.

Guigos estaba en mal estado. Toda su fuerza anterior, fuera lo que fuese lo que lo mantenía con energías, parecía estar escapándose de su cuerpo. Ya se asemejaba más a lo que debía ser: un saco viejo de huesos, casi senil. Sólo su sífilis debería haberlo matado hacía años. Pero Khumnas no sintió miedo mientras sostenía al viejo enfermo y seguía a Mhireni, que iluminaba su camino con la antorcha que mantenía en alto. Pero evitó mirar a la cara de Guigos, que respiraba con un aliento fétido.

Tras la estalactita, un arco bajo conducía a una segunda cueva más pequeña. Estaba vacía, casi desnuda de todo contenido y muy semejante a la otra más grande. No obstante, cerca de la base de una pared había dos palancas de bronce: unas barras perpendiculares gruesas, altas como un hombre, cuyos extremos inferiores se hundían en unas acanaladuras regulares hechas en el suelo. Entre las palancas, en unos orificios profundos, sobresalían de la roca los extremos de dos tablillas de piedra pulida. Tal vez tenían unos doce centímetros de grosor por casi medio metro de ancho, pero sólo cabía hacer conjeturas acerca de la profundidad a la que estaban las tablillas.

Khumnas se aproximó a la de la derecha. En su borde superior tenía labrado un

único signo en forma de U o nodo descendente. La de la izquierda tenía grabado el mismo carácter, pero invertido. Guigos parecía resistirse a mirar la primera, pero volvió la mirada hacia la palanca de la izquierda.

-Allí -graznó-. Esa tablilla, esa palanca. Son las que guardan el tesoro...

Aquella última palabra fue como una espuela en el flanco de Khumnas; dejó al anciano en el suelo, sentándolo sobre la piedra sin demasiadas contemplaciones. Fue hacia la palanca y la probó; luego tensó la espalda y tiró de la palanca. No se movió ni un centímetro. Fuera cual fuese el mecanismo, parecía como si los años lo hubieran fundido en una sola pieza.

Mhireni arrojó la antorcha encendida al suelo, en un lugar donde había algunos cascotes sueltos, y fue a ayudar a su compañero. Ambos tiraron juntos de la palanca. Y, mientras la gran barra de bronce cedía algunos centímetros entre crujidos y chirridos, la tablilla de piedra con el nodo ascendente se elevó un poco y reveló una polvorienta línea de caracteres labrados en su superficie.

Guigos intentó incorporarse, pero no lo logró. Se arrastró hasta la tablilla, puso unos dedos temblorosos sobre su superficie y sus labios resecos se movieron como si recitaran una silenciosa plegaria... o una blasfemia demasiado repugnante para pronunciarla en voz alta. Parecía recibir energía de la piedra pulida, pues limpió el polvo de los caracteres grabados con movimientos repentinamente frenéticos de la mano, volvió la cabeza y miró con ojos llameantes a los dos hombres que forcejeaban con la palanca.

-Reponed fuerzas -les dijo. Había recuperado algo de firmeza en la voz-. La palanca descansa sobre un engranaje: no la podréis accionar de un tirón. Una línea cada vez, así fue diseñada. -Señaló la primera línea de caracteres-. ¿Sabes leer esto, Khumnas? ¿Y tú, Mhireni? No, pero yo sí. Escuchad.

Volvió a contemplar la tablilla, y el sonido de las palabras que formaron sus desecados labios fue terrible. No tenían sentido para los iraquíes, aunque ciertamente contenían sonidos que les resultaban familiares. Pero eso era todo lo que eran aquellas palabras: sonidos. Sonidos primitivos del libro rúnico de algún mago de la antigüedad, quizás, o un criptograma de un texto de conocimientos diabólicos. En cualquier caso, eran palabras terribles y, a medida que se formaba cada una de ellas, la voz de Guigos sonaba más fuerte, hasta que llegó al final de la línea.

Cuando se acalló el eco de aquella cadencia ignota y fantasmal, sopló una bocanada de viento desde la otra cueva que agitó brutalmente la llama de la antorcha. Un momento después, un trueno retumbó como la llamada de un destino lejano; penetró en las cavernas a través del respiradero que daba al mar de Galilea y pasó a través de ellos como si estuviesen en los conductos internos y externos de la oreja de un gigante.

La mirada de Guigos tenía una expresión feroz bajo la parpadeante luz de la antorcha.

-Se aproxima una tormenta -dijo, sonriendo como un demonio.

Consultó el reloj; un vistazo ansioso, pensó Khumnas. Guigos se relamió los labios, temblorosos y marchitos, y los apremió:

-¡Deprisa, tirad de nuevo! Vamos a sacar la próxima línea.

-¿Qué es todo esto? -exclamó Mhireni, claramente estupefacto e incluso un poco atemorizado-. ¿Qué pasa aquí? ¿Unas palabras en una piedra? ¿Qué clase de tesoro es ése? ¿Y una tormenta? ¡Pero si el cielo estaba despejado hace apenas diez minutos!

Khumnas percibió la inquietud de su compañero y luchó por dominar ese sentimiento. No podía perder la cabeza en este momento... y, desde luego, a Mhireni tampoco le convenía. Aquel hombre era fuerte como un buey; sin él no podrían levantar la tablilla.

-¡Yakob! -lo llamó, disimulando su propio nerviosismo-. Yakob, ¿qué te ocurre? Se está preparando una tormenta, ¿y qué? En cuanto a esa tablilla, su mensaje está codificado... ¡y ese código indica dónde está escondido el tesoro!

Khumnas había inventado la última parte. Era la única respuesta... ¿no? Tenía que haber alguna clase de tesoro; de lo contrario, Guigos no se habría tomado tantas molestias. En cuanto a liquidar al viejo leproso, hasta unos pocos momentos antes había pensado que no sería necesario. Pero, puesto que la Naturaleza, al fin y al cabo, no había creído conveniente seguir su curso..., lo matarían, pero en el momento justo, y lo dejarían en esta cueva para que las eras lo convirtiesen en polvo.

Guigos volvió a mirar el reloj: las 11 y 51. Casi era la hora de leer la segunda línea.

-¡Tirad! -les ordenó de nuevo, con la voz ronca y una especie de placer ansioso apenas controlado.

Los iraquíes hicieron un renovado esfuerzo, y la gran palanca se movió un poco; la tablilla salió un poco más de su hueco y reveló la segunda línea.

-Descansad -dijo Guigos con tono áspero, y agregó-: Escuchad, pronto empezaréis a ver... cosas extrañas.

Khumnas y Mhireni se miraron, fruncieron las cejas y el segundo abrió sus fofos labios para formular una pregunta, pero Guigos la vio venir y la interrumpió:

-Ninguna pregunta; ahora, no. Sólo escuchad. Es el aire que hay aquí, que actúa como una droga. Eso, y la antigua protección del lugar. Como las llamadas «maldiciones» de las tumbas de los faraones: ¡estúpidas supersticiones! Sin embargo, tal vez veáis cosas que os aterrarán; pero no debéis tener miedo, puesto que ahora ya sabéis que son simples visiones, alucinaciones, efímeras como un espejismo.

Mentía, mas tenía que hacerlo; de lo contrario, habrían salido huyendo. La «extraña tormenta» había sido el primer fenómeno, pero lo que les esperaba era mucho, mucho peor.

A las 11 y 52, Guigos comenzó a leer la segunda línea. Otra vez retumbó un trueno en las antiguas cuevas cuando pronunció las palabras misteriosas, cuyos caracteres iba siguiendo con los dedos a medida que las leía. Pareció que, definitivamente, la fuerza fluía de la tablilla al momificado cuerpo de Guigos. Se puso de rodillas, levantó la cabeza y lanzó una carcajada como un aullido. Entonces se atragantó, como si una especie de flema tratara de salir de su garganta. Pero no era una flema.

Guigos se agarró el cuello, cayó de lado y escupió un chorro interminable...

¡De ranas!

Los iraquíes no lo sabían, pero se trataba de ranas egipcias -las ranas moteadas del Nilo, *rana punctata*- y no eran el producto de una alucinación, ¡sino magia negra! Los animales, del color de la ceniza y manchados de puntos verdes, saltaban y correteaban por doquier como si huyesen aterrorizados de la boca de Guigos, abierta y torcida en un rictus. Formaron una columna anfibia, un ejército de batracios que pasó de largo ante los pasmados iraquíes y se encaminó a la cueva mayor. Por fin, todo acabó y el ruido de sus membranosos pies se desvaneció en la lejanía.

Guigos yacía tumbado en el suelo de piedra tosiendo sangre, que se limpiaba de la boca con la manga de la chilaba. Débil como un gatito, consiguió incorporarse sobre un codo.

-¡Arriba! -gruñó-. La línea siguiente. Sacadla a la luz...

Los iraquíes, boquiabiertos y con los ojos desorbitados, estaban paralizados junto a la palanca, con la carne de gallina. Al cabo, Khumnas alcanzó a decir:

-¿Qué fue eso, por todos...?

-¡Una alucinación! -exclamó Guigos de inmediato-. Un sueño febril. Os advertí que podía ocurrir, ¿no? Fue peor para mí que para vosotros. Vamos, hombres, el tesoro... ¡Ya casi lo tenemos!

-¡Tira! -ordenó Khumnas con voz ronca, y dio un fuerte codazo a Mhireni en las costillas para despertarlo de su trance de horror-. ¡Tira, Yakob!

-Pero... -empezó a protestar Mhireni, al que le temblaba el labio inferior.

-Fue una visión -lo interrumpió Khumnas-. Piensa eso de lo que has visto. Sólo podía ser una visión. ¡Lo sabes!

-Tengo un presentimiento -dijo Mhireni, meneando la cabeza negativamente-. Un presentimiento siniestro.

Pero unió sus fuerzas a las de Khumnas para tirar de la palanca. De nuevo, la barra de bronce giró un par de centímetros y una tercera línea de runas apareció a la vista.

Guigos agarró los quince centímetros superiores de la tablilla y sopló el polvo que cubría los caracteres grabados. Leyó en silencio, con los ojos amarillos centelleantes, y luego se rió como un loco.

-¿Qué dice? -preguntó Khumnas, tan ansioso como el propio Guigos-. ¿Habla del tesoro?

-¡El mayor tesoro del mundo, sí! -respondió Guigos, asintiendo con la calavera que tenía por cabeza-. Pero también muchas visiones, antes de que el secreto se revele por completo... y ninguna será agradable. Ahora escuchad, ¡y observad!

Volvió a leer la línea, esta vez en voz alta, y su voz sonó con una potencia que desmentía la debilidad del cuerpo que la albergaba. Algo había entrado en Guigos, algo que seguía penetrando en él. Algo procedente de la tablilla y sus caracteres. Obtenía de ellos una fuerza asombrosa. Le daban nueva vida y lo apartaban de la muerte. Lo alejaban de ella de muchas formas.

Al llegar al final de la tercera línea de aquellas malsanas runas, Guigos se desplomó de nuevo y se acurrucó de tal manera en su chilaba que casi desapareció en su interior. Al mismo tiempo, la cueva interior se iluminó, aunque de forma breve y esporádica, con tremendos fogonazos de luz blanca: unos relámpagos tan brillantes y cercanos que su luz destelló a través del respiradero de observación de la caverna exterior. Entonces resonó el trueno, que pareció sacudir las mismas rocas con su estruendo y desprendió el polvo acumulado durante siglos.

Sin embargo, aunque el trueno y el relámpago ya eran bastante impresionantes por sí mismos, se produjo un fenómeno en Guigos que hizo a los iraquíes clavar la mirada solamente en él. Bajo su chilaba, la momia se doblaba y se retorcía, de modo que toda la ropa que lo cubría se agitaba y sacudía, zarandeada por lo que parecía una miríada de pequeños movimientos. Entonces, los pliegues de la ropa se abrieron y una nube de motas salió dando brincos de la figura frenética y casi desnuda que había en el interior. ¡Una nube de piojos!

A diferencia de las ranas, los piojos no pasaron de largo ante Khumnas y Mhireni. Se abalanzaron sobre ellos y los mordieron y picaron hasta que ambos se pusieron a dar brincos por toda la cueva, aullando y rasgándose la ropa de pánico y frenesí. Tras breves momentos, los piojos salieron de la caverna como un solo individuo, pero fue suficiente para que los iraquíes sangraran por innumerables picaduras. Esta vez fue Mhireni el primero en recobrarse.

-¿Visiones? -exclamó jadeando y con voz ahogada mientras avanzaba hacia Guigos con expresión amenazadora-. ¿Espejismos? ¡Mientes, viejo cabrón! No sé qué clase de trucos guardas en la manga, pero eso no era ninguna visión ni espejismo. -Levantó los brazos, que desprendieron gotas de color escarlata sobre el polvo-. Esta

sangre es mía, ¡y es real!

-¡El tesoro, Yakob Mhireni, el tesoro! -canturreó Guigos-. Piensa en tu recompensa, hombre. Si es que eres un hombre...

-¿Qué? -rugió Mhireni, enseñando los dientes y levantando su enorme puño como si fuese una maza.

-¡No! -vociferó Khumnas-. No le pegues. Déjalo que continúe. ¿No ves que está loco? Pero estoy seguro de que nos conducirá al tesoro.

-¡Hum! Conque loco, ¿eh? Tan loco como un zorro. ¿Y el tesoro? No veo ningún tesoro aquí.

-Pero ¿y si lo hay? -insistió Khumnas.

-Sí -siguió canturreando Guigos-. ¿Y si lo hay? -Entonces su tono de voz se endureció-. ¡Ya basta de amenazas, Yakob Mhireni! Te he pagado bien y aún tienen que pasar más cosas. Ahora continuemos.

Mhireni apretó los dientes y fue hacia la palanca sangrando y rascándose la carne ya atormentada por el ardor y las picaduras.

Guigos lo observó, consultó el reloj y su rostro se volvió pálido de ira. Gruñó algo en murmullos.

-¡Tres, necesito tres! -creyó entender Khumnas-. ¿Dónde se ha metido ese jodido griego? -A continuación, dijo en voz alta con voz ronca-: ¡Vamos, los dos, arriba! Tirad de la palanca. Tiene que estar levantada a medianoche.

Tiraron de la palanca, que esta vez se movió más fácilmente. Línea a línea, fue subiendo la tablilla, la monstruosa piedra labrada con diez maldiciones. Diez en total, antes de que acabara todo aquello; y su número era significativo, pues cuando el Señor dio al mundo el gran don de sus diez mandamientos, Satanás respondió con éstos...

Dimitrios Kastrouni había regresado a buscar su reloj. No quería perderlo; había sido un regalo de su padre cuando cumplió diecinueve años y constituía su único vínculo con su pasado. Cuando descubrió que no lo llevaba, recordó haber rozado algo con la muñeca mientras se arrastraba hasta el borde del barranco. Era allí donde debía de estar el reloj. Y, naturalmente, allí lo encontró... y en aquel mismo momento descubrió que el tiempo había pasado deprisa. Estaría de vuelta apenas unos minutos antes de la medianoche, y eso si se daba prisa. Claro que un par de minutos no tenían importancia.

Eso creía Kastrouni, pero fue antes de que estallase la tormenta. Era la más peculiar que había visto jamás el joven greco-chipriota, ¡y en Lárnaca, en la costa oriental de Chipre, había visto varias muy violentas! Pero incluso aquellas tormentas habían esperado a su estación; ésta no era estacional en absoluto.

Los relámpagos parecían enfocar Corozaín. De hecho, toda la tormenta tenía su centro allí; donde las nubes negras bullían como un cocido agitado lentamente en un cielo que se había oscurecido en menos de quince minutos. Sin embargo, no llovía: sólo se producían los brillantes relámpagos y los truenos que los acompañaban. En realidad, los truenos no inquietaban a Kastrouni, pues había conocido algunos tan intensos como éstos, o casi... pero los rayos eran diferentes.

Sobre el mar de Galilea, Kastrouni estaba al descubierto, expuesto a los rayos. Cada fogonazo delineaba su figura contra el cielo y lo delataba como intruso. Había salido sólo con la supuesta misión de asegurarse de que Guigos y los iraquíes no corrían peligro, pero bajo esta tormenta podía causar el efecto contrario: si lo veían, podía llamar la atención. De modo que, en lugar de encaminarse en línea recta, se desplazó de un morón a una pared derruida y luego a cualquier accidente del terreno que pudiera encontrar, tratando de esconderse y, al mismo tiempo, de coordinar sus movimientos

para que coincidiesen con los períodos de oscuridad absoluta entre los relámpagos. Y aquello lo estaba retrasando.

Faltaban apenas unos minutos para la medianoche cuando, de repente, Kastrouni reconoció el paisaje y vio los burros apretujados y temblorosos. Los relámpagos los convertían por unos instantes en espectros. Pero seguía sin llover.

Era extraño..., muy extraño. El greco-chipriota pensó que el aire estaba cargado de una fuerza semejante a la energía eléctrica; podía sentir cómo se le erizaba la piel al tocarla, pero no estaba seca como para tener una carga eléctrica, sino pegajosa como la piel de un pez largo tiempo muerto.

Encontró la losa abierta sobre la oscura entrada al escondrijo secreto, fue corriendo hasta ella y empezó a bajar los peldaños. Luego se paró a encender una vela. Al hacerlo, y mientras la llama chisporroteaba para proyectar su luz, oyó algo más abajo. Los agudos oídos de Kastrouni captaron nítidamente aquellos sonidos; le helaron la sangre y sus pies se quedaron rígidos en los escalones. Con los ojos desorbitados y el pelo de la nuca erizado, se inclinó hacia adelante para escuchar.

Volvió a resonar: era una carcajada enloquecida que ahogaba, aunque no del todo..., ¿unos gritos? ¿Qué podía ser aquello? Risas, chillidos y... ¿un zumbido? El zumbido de...

¡De innumerables moscas!

Salieron de las tinieblas como una nube y cubrieron a Kastrouni. Volaban tan cerca de él que notó el aire agitado por sus alas, y estaban tan apiñadas que parecían una lámina metálica azul y negra en movimiento. Por fin, pasaron de largo y salieron a la noche y a la tormenta. Moscas, sí: ¡moscardas grandes como abejas! ¡Moscas carroñeras, nacidas de la carne putrefacta o en las heridas de animales vivos!

Una oleada de horror recorrió la columna de Kastrouni. Fuera lo que fuese lo que había más abajo, no era para él. No iba a bajar. Volvió a subir los escalones, corrió hacia una pared derruida y se quedó allí acurrucado y temblando, sin poder apartar los ojos de la oscura abertura de la caverna. Apenas Kastrouni hubo salido de aquel lugar, los gritos volvieron a resonar, unos aullidos como jamás había escuchado antes y esperaba no volver a oír jamás. Revelaban agonía, un dolor insoportable y la llegada de la muerte. Pero, ¿qué clase de muerte?

El dinero ya no podía retenerlo allí. Ni el dinero, ni el tesoro, ni ningún tipo de promesa. No era especialmente supersticioso, no, pero tampoco era un imbécil. Unos hombres estaban muriendo allá abajo, y la muerte debía de ser de una crueldad inimaginable. Supo que Guigos tenía algo que ver con todo aquello, puesto que era la risa del viejo la que había oído... ¡o lo había sido en su juventud! Había fuerza en ella, una energía monstruosa no nacida de la tierra, sino del infierno, que retumbaba con mayor fuerza aun que el frenético griterío de los agonizantes iraquíes.

Cuando la risa y los chillidos se extinguieron y mientras Kastrouni recogía las riendas de un burro y lo desataba con gestos torpes para alejarse de aquel lugar, resonó el estrépito de numerosas alas. Salía humo de la abertura; no, no era humo, sino una columna negra casi sólida que manaba como petróleo de un pozo, salvo que el petróleo no tenía voluntad propia. En efecto, aquel chorro se extendía y giraba como una nube bajo los nubarrones más grandes del cielo, y luego se dispersó en la noche sobre un millón de alas.

Algunos miembros de aquella horda voladora golpearon a Kastrouni y al burro mientras se alejaban, y uno de ellos chocó de lleno contra el rostro del greco-chipriota. El hombre pensó que era una cucaracha voladora y apartó aquella cosa de un manotazo, pero notó que era grande como un gorrión. Restalló otro relámpago y vio de qué estaba compuesta la nube: ¡de langostas!

«¿Primero moscas y ahora langostas?», pensó Kastrouni, creyendo que era una pesadilla. ¿Qué clase de caja de Pandora habían abierto aquellos tres hombres? ¿Un tesoro? ¡Más bien parecía la fuente de todo cuanto era maligno! Se dispuso a montar sobre el burro, pero optó por tirar rápidamente del animal hacia la sombra proyectada por unos escombros cuando otro ruido lo alarmó. Era un quejido, un gemido, un sollozo; los tres sonidos en uno solo, que aumentó a medida que algo salía de la oscuridad articulando palabras ininteligibles. ¡Mhireni!

Mhireni, el fuerte, el caracortada. Pero no Mhireni tal como Kastrouni lo había visto la última vez. No, porque aquel hombre era un demente, un loco movido por el miedo. Salió de la negrura aferrándose al suelo con las uñas, con la boca abierta y babeando espuma. Sus ojos eran mármoles salientes de color castaño en un rostro sanguinolento, en el que su cicatriz sobresalía como una pincelada temblorosa de pintura blanca. Lo que había visto, lo que le había sucedido, estaba más allá de la imaginación; pero, sin la menor duda, había perdido por completo la razón.

Al aire libre, las escasas fuerzas que quedaban en su corpulenta figura huyeron de él; se desplomó y yació en el suelo junto a la losa, babeando y sollozando como un niño, y abrazando la tierra... pero sólo por un momento.

En el instante siguiente, resonó una voz: una voz monstruosa, como el eructo de una rana colosal... y el nombre que croó fue el del aterrado iraquí:

-¡MHIRENI! ¡YAKOB MHIRENI!

La «voz» provenía del subsuelo y con su increíble potencia pareció levantar del suelo a Mhireni y ponerlo en pie. También era la voz de George Guigos, pero amplificada e intensificada diez veces.

-¡No! -balbuceó Mhireni-. No, a mí no. Llévatelo a él, ¡llévate a Khumnas, no a mí!

-¡IHYA KHUMNAS YA NO EXISTE, YAKOB! YA LO SABES. PERO ÉL NO ES SUFICIENTE. NECESITO A TRES. ¡TE NECESITO, YAKOB!

-¡No! -gritó Mhireni de nuevo, y meneó la cabeza frenéticamente.

Intentó huir, pero sus pies patalearon en una parodia de una carrera a cámara lenta. Estaba exhausto: por el terror, por la pérdida de sangre, por lo que fuese. Pateaba el suelo, agitaba los brazos y su pecho oscilaba violentamente, pero sólo conseguía temblar. Kastrouni, al verlo, sintió lástima por el iraquí; y ésta se incrementó un momento después, cuando algo más asomó por aquel túnel del infierno.

Lo que era exactamente, Kastrouni no lo sabía. No lo supo entonces, ni nunca. Pero no era nada perteneciente a un universo cuerdo u ordenado. ¡Estaba compuesto de la materia negra y reluciente de las pesadillas!

La cosa espumeaba, aleteaba; salió del agujero como gelatina negra como la tinta. Estaba viva... y se reía ¡con la voz de George Guigos! De ella brotaron unas sogas gelatinosas que levantaron del suelo los pataleantes pies de Mhireni. El hombre cayó gritando, y la cosa se abalanzó sobre él como légamo viviente. Cuando Mhireni se incorporó, tenía todo el cuerpo cubierto por aquella cosa; sólo sobresalían de ella la cabeza y las manos. La cosa intentó arrastrarlo de nuevo al suelo. El iraquí desgarró la gelatina y forcejeó por librarse de su elástica textura que le impedía escapar. Pero fue inútil.

La cosa se rió. Mientras devoraba vivo a Mhireni, seguía riéndose de manera espantosa.

Kastrouni no se atrevió a moverse, y se obligó a quedarse quieto y observar. Se sentía enfermo. La tierra y el cielo en ebullición giraban a su alrededor; lo vio todo aunque sabía que aquello no podía ser cierto. Y, pasara lo que pasara después, sabía que no debía gritar ni emitir ningún sonido, y también era consciente de que no debía

desmayarse. Aquí no, ahora no...

Mhireni luchaba todavía, pero más débilmente. Y la cosa negruzca y pastosa seguía arrojando sus pseudópodos y aletas sobre él. Y aquella sustancia quemaba. Le disolvía la carne como el ácido, hiriéndolo allí donde forcejeaba con sus últimas fuerzas. El iraquí ya estaba reducido a huesos y carne viva, un amasijo negro y rojo que se movía de un lado al otro, se agitaba, se estremecía y gorgoteaba mientras iba desapareciendo. Por fin, sólo quedó aquella cosa semejante a una ameba, palpitante, con medio cuerpo fuera de la caverna.

-¡MEDIANOCHE! -volvió a resonar la voz, y Kastrouni supo que hablaba consigo misma, como solía hacer Guigos-. ¡DEBO CONSEGUIR AL TERCERO!

La cosa se irguió y adoptó una forma vagamente humana, pero enorme, masiva, grumosa y repugnante. Los otros tres burros se encabritaron, piafaron y rebuznaron con tanto terror que habrían despertado a los muertos.

La ameba negra con forma de hombre los oyó y, dando un tumbo, se volvió hacia ellos.

-MEDIANOCHE... ¡AHORA! -retumbó la espantosa voz.

Podría haber sido una invocación, una llamada a los oscuros dioses de las tormentas, y fue contestada de inmediato. Un rayo avanzó por la tierra con patas dentadas, brillantes y penetrantes. Un rayo con mente propia. Caminaba *literalmente,* procedente del este; cada punzada en la tierra era un paso en dirección a Corozaín, hacia la cosa de pesadilla que estaba extendiendo unos pseudópodos alargados, de forma inconcebible, en dirección a los burros.

Kastrouni lo vio todo: la escena, brillante como un día de sol a la luz del rayo que avanzaba, se grabó a fuego para siempre en sus pupilas... y en su mente.

El hombre-ameba, todavía más o menos erguido junto a la caverna, se enderezaba o se inclinaba con grandes brazos como sogas de seis metros de largo para atrapar a los desbocados animales. Dos de los burros rompieron sus ataduras y huyeron antes de que los brazos negros y vibrantes los alcanzaran, pero el nudo que sujetaba al tercero era demasiado fuerte. Sólo pudo encabritarse, dar coces y rebuznar desesperadamente. Y sin embargo, pese a que aquella pobre criatura era una víctima fácil, los pastosos pseudópodos se detuvieron.

-¿UN... UN BURRO? -preguntó la terrible voz-. PADRE, ¿ES ADECUADO? ¡ÉSTA ES LA BESTIA SOBRE LA QUE IBA MONTADO EL HOMBRE BUENO!

El rayo se había parado; pero entonces, como en señal de orden o de amenaza, volvió a restallar: una descarga brutal que golpeó la losa y la arrojó sobre la abertura de la cueva, sellando una vez más la entrada al lugar secreto. La ameba se apartó del rayo y exclamó:

-TE..., TE HE OÍDO, PADRE... ¡Y OBEDEZCO!

Los vibrantes pseudópodos alargados cayeron sobre el burro. El animal se quejó como un hombre agonizante mientras su carne era absorbida y la oscilante cosa crecía todavía más. El rayo onduló en fantasmagóricos movimientos a lo largo de las nubes. ¡Parecía como si los elementos se rieran por lo bajo! Y tal vez así fue, a juzgar por el mágico chisporroteo que Kastrouni vio, que acabó por romper su encantamiento y lo hizo huir en la noche, saltando sobre su montura y cabalgando como si todos los demonios del infierno le pisaran los talones. Entonces tuvo lugar un fenómeno capaz de dejar marcado a un hombre para siempre, y de hecho así fue, pues los cabellos del joven se volvieron blancos aquella noche. Esto fue lo que ocurrió:

La cosa negra con los tentáculos extendidos comenzó a temblar de manera todavía más violenta... *¡y al mismo tiempo comenzó a transformarse!*

En el lugar donde un monstruoso espectro había imitado la figura de un ser

humano, fueron claramente visibles la cabeza y los hombros de un hombre verdadero. Éste alzó el rostro, iluminado por las parpadeantes energías del cielo, en un ataque de risa espeluznante, una risa en la que la voz de George Guigos todavía estaba presente de forma evidente. ¡Pero aquel ser no tenía la faz de Guigos! Tenía los brillantes dientes blancos y la nariz aguileña de Ihya Khumnas, y también la blanca llamarada de la cicatriz de Mhireni. Y lo que era peor, mientras la metamorfosis continuaba a lo largo del cuerpo de la renacida criatura, y cuando el burro sucumbió y quedó reducido a un saco de huesos humeantes...

...ocurrió lo que hizo huir a Kastrouni como un poseso en la noche. La imagen de aquellas extremidades peludas que no terminaban en pies, sino en los córneos cascos negros de un animal. La cosa-Guigos sólo era hombre a medias, ¡y el resto tenía el cuerpo de un burro!

Sólo con el amanecer, Kastrouni y su montura, ambos exhaustos, cejaron en su huida desenfrenada. Y también fue entonces cuando el joven greco-chipriota descubrió que se había llevado el burro de Guigos.

Más tarde, después de descansar, abrió los fardos del animal y, asombrado, examinó su contenido. Poco a poco, pero de manera aplastante, todo tuvo sentido. Si «sentido» era la palabra correcta...

3

Chipre, julio de 1957.

Habían transcurrido veintitrés años desde que Costas Kastrouni había visto a su único hijo varón por última vez. Durante aquellos años, sus dos hijas se habían casado y tenían hijos ya crecidos; su mujer había enfermado y había muerto; su negocio de vino se había reducido a una sola tienda en Lárnaca, donde, a causa de «problemas», incluso sus ventas a las familias de los militares británicos habían caído en picado. Aquello era una lástima, porque a Costas siempre le habían gustado los británicos, casi tanto como odiaba ahora a la EOKA, la Organización Nacional de la Lucha por la Libertad de Chipre (Ethnike Organosis Kyprion Agoniston).

La EOKA»... «¡Ja!» Chipre estaría en ruinas antes de que aquella chusma de gamberros y delincuentes juveniles hubieran acabado. ¡Y no serían las ruinas de Kouklia y Koravastasi, sino las de la «Isla del Amor», sin duda! Kastrouni cerró la tienda temprano, profirió otro amargo, «¡Ja!» y emprendió el camino a su casa, que se encontraba junto al mismo límite del sector turco, a menos de cinco minutos paseando de los bares y las tabernas de la playa.

El «sector turco»: aquello, por sí solo, se merecía un tercer «¡Ja!». Muchos de los amigos más antiguos de Kastrouni eran turcos. Turcos en los negocios, el comercio del vino; turcos en los envíos y transportes; y había turcos entre sus *clientes,* y eso era absolutamente importante. Un negocio necesita a sus clientes, quienesquiera que sean. Pero todos ellos eran turcos corrientes, inofensivos, que sólo querían un poco de paz y tranquilidad para vivir sus vidas. Y ahora, ¡bueno!, las comunidades turca y chipriota estaban casi en estado de sitio. No cruzaban la línea por nada en el mundo, ¡por no hablar de una botella de Commanderia roja como el rubí!

¡Maldita EOKA! ¡Torpes, ignorantes, fanfarrones terroristas de culo gordo! Kastrouni hundió las manos en los bolsillos, maldijo por debajo del bigote y siguió andando de vuelta a casa bajo un sol abrasador, con su sombrero de alas flexibles bajado sobre sus castaños ojos y el cuello de una botella de buen brandy Keo asomando de una bolsa que le colgaba del hombro. ¡Malditos todos! ¡Malditos Makarios y Grivas, y malditos toda la mierda y el pus de que estaban hechos! Una pandilla de cabrones, todos ellos.

Unos chicos recorrían en bicicleta la estrecha y polvorienta calle mayor de Lárnaca, de aspecto semejante a un zoco. Llevaban arpones submarinos italianos baratos a la espalda y los pescados que habían capturado en unas cestas bajo los elevados manillares de las bicicletas: manojos de mújoles y salmonetes y un par de pulpos que todavía se movían débilmente. Sostenían en las manos puñados de tentáculos rosados para que Kastrouni los admirase. Éste asintió con aprobación mientras ellos se alejaban pedaleando y riendo victoriosos.

Aquéllos habían sido buenos tiempos, cuando el joven Dimi solía regresar a casa como aquella pareja, cubierto de sal marina y orgulloso como un joven león con los peces que había pescado.

¡Dimi, ah, Dimi!

¡Al infierno con la EOKA y todo lo demás! Aquellos conflictos no eran más que una excusa para Kastrouni. Sabía qué era lo que lo estaba atormentando estos últimos días. Era el armenio, Khumeni. (Al menos, Kastrouni sospechaba que era armenio.) Lo que lo angustiaba era lo que Khumeni había dicho. Era la esperanza que le había traído, y también la frustración. Pero tenía que apartarlo de su mente, puesto que ya estaba en casa.

Su casa. La vieja vivienda, donde Dimi y sus hermanas habían crecido; donde la madre de sus hijos, Cleanthis, había vivido con él, y donde había muerto en sus brazos; donde él vivía ahora con sus recuerdos, fotografías descoloridas y demasiado brandy. Entró en el diminuto patio cubierto por una enredadera, lo cruzó hacia la puerta de la casa, extendió el brazo y buscó a tientas la llave sobre el dintel de la puerta... pero la llave no estaba allí. Kastrouni frunció el entrecejo, y luego esbozó una sonrisa. Una de sus hijas habría venido a visitarlo. Tenía que ser eso.

Abrió la puerta empujándola y entró en una habitación fría y sombría.

-¿Hola? ¿Quién ha venido a verme, eh? ¿Han venido también mis nietos?

Kastrouni observó el cuarto y dejó que sus ojos se acostumbrasen al contraste de las sombras tras el brillo del sol. Luego inspiró de forma brusca y sonora.

Estaba en la sala de estar, una habitación con escasos muebles, techo bajo y bastante grande para lo que era habitual en Chipre. La cocina se hallaba a la derecha, el baño y la ducha a la izquierda; una escalera de madera subía pegada a una pared lateral hacia los tres pequeños dormitorios del piso superior. Recortada contra las ventanas posteriores, se distinguía la sombra de un hombre atravesada por finas franjas de luz. Había algo de familiar en su postura, en su manera de tener la cabeza erguida, en aquella...

-No -dijo la figura, con voz baja y profunda-. No hay ningún nieto, padre. Sólo un hijo.

¿Un hijo? *¡Dimi!* Pero era imposible. Dimi debía de ser poco más que un muchacho, mientras que éste era un hombre adulto y...

De súbito, Kastrouni comprendió la edad que debía de tener Dimitrios y los muchos más años que tenía él mismo. Se sintió viejo, le flojearon las rodillas y se tambaleó un poco mientras cruzaba la habitación con paso vacilante. Su hijo fue a su encuentro, lo sujetó en aquella oscura sala de brillantes recuerdos y lo abrazó con fuerza.

Él había crecido y su padre se había encogido un poco por la edad y las preocupaciones, por lo que las ardientes lágrimas de Dimitrios Kastrouni cayeron sobre el áspero cuello del anciano, mientras que las de Costas se perdieron en los pliegues de la chaqueta de su hijo.

-Era... una profecía -dijo Kastrouni padre con voz entrecortada. Apartó de sí a su hijo sin soltarlo y, desde la distancia de sus brazos extendidos, lo miró fijamente-. Una profecía -repitió, asintiendo-. Oí tu nombre hace menos de tres días. Un hombre llamado Khumeni me dijo que te conoció en Israel hace muchos años. Preguntó por ti. Le dije que no sabía nada, ni siquiera tu dirección..., ni siquiera si estabas vivo o muerto. Tu última carta fue... oh, ¿hace dos años ya?

Había un tono de reproche en la voz del anciano, pero no demasiado. Antes de que su hijo presentara sus excusas, se apresuró a añadir:

-Escucha, Dimitri: no me importa. ¡Simplemente saber que estás vivo y aquí, en casa, ya es suficiente! Tú eres mi hijo..., mi hijo...

El anciano estaba muy emocionado y su hijo era consciente de ello. Lo abrazó con fuerza una vez más.

-Padre, no podré quedarme. Tienes que entenderlo. Me buscan ahora tanto como

antes. Soy un asesino, ¿recuerdas?

-¿Asesino? ¿Hace más de veinte años? Debiste haberte quedado aquí. Habrías salido de la cárcel enseguida. ¡En Francia lo habrían llamado «crimen pasional»! Fue por culpa de tu temperamento. Los Kastrouni siempre hemos sido demasiado impulsivos. Deberíamos haberlo previsto.

-No es suficiente -dijo Dimitrios sonriendo débilmente, y meneó la cabeza-. Nada de eso. Un montón de excusas, y no hay excusa que justifique un crimen. La familia de ella no lo olvidará nunca, ni lo perdonará. Y en cuanto a la de él...

-¿La de él? ¿La del chico que mataste? ¡Ja! Tal vez no hiciste algo tan malo, después de todo. Sus dos hermanos menores se han convertido en unos asesinos que han hecho cosas mucho peores que tú. Al menos, tú tenías un motivo..., según las tradiciones de esta isla, claro..., y lo hiciste limpiamente, a los ojos de todos. Pero ellos son miembros de la EOKA, ¡lo que significa que son gloriosos carniceros!

-Sé lo que es la EOKA, padre -respondió Dimitrios, asintiendo con la cabeza-. Todo el mundo lo sabe. Al continente nos llegan todas las noticias. Es una de las razones por las que he vuelto: porque estaba preocupado por ti y las chicas. Pero, por otra parte... Escucha, ahora vivo en Atenas, donde me va muy bien; pero tengo que decirte algo: si no fuera por la EOKA, jamás habría regresado.

-¿Qué? -exclamó su padre, atónito-. ¿Has vuelto con ellos? -Su voz adquirió un tono furioso y trémulo de ira.

-¡Chist! -lo previno Dimitrios-. ¿Con ellos? ¿Qué es lo que quieres decir? ¿En qué estás pensando? ¿Que trabajo para Grivas? ¿Cómo puedes pensar eso de mí? ¡Soy un comerciante como mi padre, no un bandolero! No, sólo he vuelto para veros a ti y a mis hermanas. Pero si la EOKA no hubiera, digamos, preparado el terreno para mí... -y dejó en el aire el resto de la frase.

-No..., no lo entiendo -dijo Costas Kastrouni.

-Es sencillo. Escucha: durante quince años he buscado la forma de regresar, pero nunca la encontraba. Aunque mi cara ha cambiado, e incluso yo he cambiado, alguien podía reconocerme. Naturalmente, porque la gente de aquí es curiosa y no tienen nada mejor que hacer, nada mejor en que ocuparse. Un forastero siempre es una fuente de tremendo interés, ya lo sabes. Pero ahora..., ahora la gente tiene otras cosas en la cabeza. A eso me refería cuando dije que la EOKA me ha preparado el terreno. ¿Lo entiendes ahora? Es una estupidez fijarse demasiado en alguien en Chipre en estos tiempos.

Costas asintió con un pequeño movimiento de cabeza.

-Excepto para quienes tienen otras intenciones -agregó-. ¡Ellos sí que miran mucho!

-Déjalos que miren -dijo Dimitrios-. En cualquier caso, los británicos los han declarado fuera de la ley. Tienen sus propios problemas. Éste es mi plan: voy a pasar unas semanas en Troodos.

-¿Troodos? ¿En las montañas? ¡Pero yo quiero verte! ¿Y qué me dices de tus hermanas? Ya has sido tío cuatro veces, Dimi. ¿No quieres conocer a tus sobrinos?

-¡Claro que sí! -repuso Dimitrios sonriendo, y agarró a su padre por los hombros-. Pueden venir a verme en Troodos, y tú también. Tengo dinero, padre. Más de lo que todos nosotros podríamos necesitar. Nos hospedaremos en un hotel de Troodos, en Platres quizás. En habitaciones separadas. Yo seré un visitante del continente, un forastero, y tú estarás allí para cuidarte, para respirar el aire de las montañas...

Kastrouni padre asintió lentamente y esbozó una sonrisa al comprender lo que se proponía.

-Sí, es un buen plan, Dimi -declaró-. Y tienes razón: podría tomarme unas vacaciones. Y tus hermanas también.

-¡Bien! -respondió su hijo, encantado-. Iré a Troodos dentro de unos días y vosotros ya vendréis cuando queráis. Y díselo a mis hermanas... ¡pero con discreción! Hazles comprender que no deben decir mi nombre a nadie.

Soltó a su padre, se dirigió a las ventanas y apoyó las manos en los cierres.

-¿Es prudente? -Esta vez era Costas quien iba con precauciones-. Me refiero a abrir la ventana.

-No puedo vivir en la oscuridad, padre -dijo su hijo, sonriendo-. Ni siquiera aquí, en Lárnaca. Y es tu patio. No creo que haya nadie ahí fuera. Además, quiero ver a mi padre, ¡y claramente, con la luz del día en su rostro!

Dimitrios abrió las contraventanas.

Costas Kastrouni tenía 65 años, pero aparentaba tener diez más. Su hijo escrutó aquel rostro arrugado y le mostró una amplia sonrisa forzada, tratando de disimular su preocupación. Pero se culpaba a sí mismo, al menos en parte. Su huida había sido un golpe duro para el anciano; además, luego sobrevino la muerte de su madre, que fue más duro todavía, y ahora estos malditos tiempos atribulados. Pero...

-Tienes buen aspecto, padre -mintió-. Apenas parece haber pasado un día desde que te vi por última vez.

El padre gruñó satisfecho, pero fue más sincero al replicar:

-Ojalá pudiese decir lo mismo de ti, Dimi. Pero, ¡qué cabellos tienes! Son totalmente blancos. Debes de haber tenido unos problemas terribles todos estos años, hijo mío.

-¿Problemas? ¡Oh!, supongo que sí que he tenido algunos. Pero no fue eso lo que me encaneció el pelo. Fue algo que sucedió en Israel, en las ruinas de una ciudad junto al lago de Galilea. -Y frunció el entrecejo largo rato.

-Hijo...

-Padre, no te presté toda mi atención cuando entraste aquí. Pero recuerdo que dijiste algo acerca de una profecía y que mencionaste a alguien que me había visto en Israel. ¿Quién era ese hombre? Me parece recordar que dijiste su nombre...

-Khumeni. George Khumeni. Es armenio, según creo. Pero tiene un nombre extraño. Conozco a casi todas las familias armenias que viven en Lárnaca y ninguna de ellas se llama Khumeni. Este hombre dice que está aquí de vacaciones, para disfrutar del sol y del mar. Desde luego, es rico; tiene a tres hombres a su servicio. Y también es viejo. O tal vez no lo sea tanto, no estoy seguro...

Dimitrios volvió a arrugar las cejas. Cada vez se sentía más interesado en aquel personaje.

-Pero, ¿qué tiene que ver contigo ese hombre, Khumeni?

-Es el nuevo inquilino del chalé de la costa -respondió su padre, encogiéndose de hombros-. Lo alquiló por quince días y se mudó hace sólo dos. En el chalé vivía antes una familia británica muy amable. El hombre era brigada en la guarnición de Dhekelia, pero se fueron a Alemania hace un mes. Dentro de unas semanas lo ocupará otra familia británica; hasta entonces... -se encogió de hombros de nuevo-, ese Khumeni ha pagado mucho dinero.

El «chalé» que había mencionado era, de hecho, una segunda vivienda que había edificado en la costa, en un área recóndita entre Lárnaca y Dhekelia; un lugar espacioso al que tenía la intención de mudarse y dejar la casa de Lárnaca a su hijo cuando se casara. Cuando Dimitrios huyó de la isla, empezó a alquilar la casa y siguió haciéndolo durante más de veinte años. Sus hijas no la necesitaban, puesto que ambas se habían casado con hombres que ya tenían propiedades.

-Khumeni -rezongó Dimitrios frotándose la nariz, aún ceñudo-. ¿Y dijo que me había conocido en Israel? ¿Por mi nombre griego? Es muy poco probable. No recuerdo

a nadie llamado Khumeni. ¡En realidad, no recuerdo a ningún armenio!

-Tal vez sólo quería darme conversación -resopló el anciano-. Al fin y al cabo, no parecía saber nada de ti ni de tus circunstancias personales... y, desde luego, yo no tenía ninguna intención de ayudarlo a averiguarlas. Sea como sea, tampoco las preguntó. ¿Por qué tendría que haberlo hecho?

Sí, ¿por qué? Pero...

-Khumeni... -repitió Dimitrios en tono agrio e hinchando las fosas nasales, un gesto que siempre realizaba cuando se enfrentaba a algo sospechoso-. George Khumeni. Hum... ¿Qué aspecto tiene?

-¿Aspecto? No lo sé. Hicimos el trato por teléfono. Estaba en Nicosia y llegó al día siguiente en un coche alquilado. Yo estaba en el chalé para saludarlo, pero su escolta lo acompañó al interior y apenas pude verlo. Entonces vino uno de sus hombres, me pagó y eso fue todo.

-Entonces, ¿cómo surgió mi nombre? -insistió Dimitrios.

-Simplemente, cuando hablé por teléfono con él, me comentó que había conocido a un Kastrouni en Israel -explicó el anciano, que comenzaba a perder la paciencia-. Escucha, ¿qué pasa, Dimi?

-No estoy seguro -contestó su hijo, meneando la cabeza-. Sólo me parece raro. Supongo que soy demasiado cauteloso. -Dejó a un lado deliberadamente sus preocupaciones y sonrió-. Bueno, ¿qué tal está ese chalé? ¿Lo cuidas?

-Cada año, antes de que llegue el calor del verano, subo a darle un buen repaso. Un toque de pintura aquí, un mueble nuevo allá, ya sabes. Fue una buena inversión; por eso lo cuido.

-Recuerdo que lo terminaron el verano antes de..., antes de que me metiera en líos. Solía ir a ver cómo trabajaban en su construcción, Había un espacio bajo el tejado donde podía meterme a rastras. A veces, después de pescar, subía allí y contemplaba el mar. ¡A menudo me quedaba dormido! Me gustaba el chalé. Estaba orgulloso de que mi padre tuviera dos casas, y te envidiaba porque ibas a vivir allí cuando yo me casase, mientras que yo sólo tendría esta casa. -Se echó a reír, aunque con cierta ironía-. Y ahora, ¿qué? Daría cualquier cosa por haber pasado los últimos veinte años aquí... ¡Justo aquí, en esta casita!

Las lágrimas humedecieron los ojos de su padre. Dimi había despertado viejos recuerdos. Kastrouni padre intentó responder, pero sólo pudo tragar saliva.

-¿Habrías dado cualquier cosa, dices? -replicó al cabo-. ¡Yo la habría dado! Pero es demasiado tarde. Ya no hay nada que hacer.

Dimitrios cambió de tema, tratando de consolarlo.

-Padre, ahora podemos charlar y tomar algo juntos mientras planeamos lo de Troodos. Esta noche voy a salir, pero después de que anochezca. No te preocupes, no me quedaré en Lárnaca, sino que me iré a un sitio donde no me conoce nadie. Pero tengo que ir a ver a unas personas y hacer un par de cosas.

-¿Personas? ¿Cosas?

-Sólo cosas, padre. Nada de lo que tengas que preocuparte. He aprendido a ser muy precavido. Además, regresaré mucho antes del amanecer.

-Pero...

-Confía en mí.

Ante aquella petición, el anciano sólo pudo asentir.

Cuando cae la noche en Chipre, se desploma como un telón; en el brillante azul del cielo, una solitaria línea de negro sobre el horizonte marino se transforma en pocos minutos en oscuridad, extendida como una cortina tachonada de estrellas. El sempiterno

brillo parpadeante de las cigarras proyecta una extraña claridad cuyo ritmo parece lleno de significados secretos, como un críptico código Morse de los insectos, que aparece en noche cerrada.

Fue la súbita intensidad de las canciones de las cigarras -esto y el apagado sonido de otros ruidos nocturnos- lo que despertó bruscamente a Dimitrios Kastrouni en su antigua habitación del piso superior de la casa de su padre en Lárnaca; pero sobre todo fueron las cigarras. Y fue su zumbante canto, como de grasa friéndose, el que hizo brotar gotas de sudor por los poros de su cuerpo. Los insectos tenían estos efectos sobre él... ahora. Le venía ocurriendo desde lo de Israel. Podía enfrentarse a ellos de uno en uno; pero en grupo, cuando parecían unidos por una mágica unidad de propósito o fin, él no podía soportarlos.

Para apartarlos de su mente se levantó, se vistió apresuradamente y bajó la escalera. El anciano dormía en su silla; había unos vasos vacíos en una mesa de madera próxima, en el sitio donde el padre y el hijo los habían dejado. Habían conversado hasta que Costas se había tomado su vaso de brandy y se había quedado dormido. Entonces Dimitrios subió para dormir, hasta que la noche y las cigarras lo despertaron. No obstante, había algo que tenía que hacer y hasta que lo hubiera hecho no habría descanso para él. Tenía que averiguar quién era aquel hombre, Khumeni. No podía tener ninguna relación, no, desde luego, pero tenía que cerciorarse. Y tenía buenas razones para querer estar seguro...

Con el paso de los años desde aquella monstruosa noche en Corozaín, Kastrouni había reflexionado largo y tendido acerca de lo que había presenciado en aquella ciudad muerta y maldita. Buena parte de todo aquello seguía grabado en su memoria, pero su mente, *por su propia cuenta,* había dejado de creer en ello hacía tiempo. Había sido una alucinación, una pesadilla, un ataque de locura, cualquiera de estas cosas o todas ellas..., pero no había sido real. ¿Cómo era posible? Y Guigos, George Guigos: quienquiera que fuese, no podía seguir vivo. ¿O sí? No, por supuesto que no, pues ya entonces era un anciano. De él no debían de quedar más que los huesos roídos por los gusanos. Seguramente...

Y, sin embargo, allí estaba el contenido de los fardos del burro de Guigos: aquellos libros esotéricos, viejos pergaminos, fragmentos de incunables semiolvidados, desacreditados desde hacía mucho tiempo, o «prohibidos». ¡Oh, sí! En varias ocasiones a lo largo de los años, Kastrouni los había estudiado profundamente.

Guigos, sin duda, había sido un seguidor de Satán y había concebido ideas diabólicas. Pero su magia, por «negra» que fuese, no era más que magia: trucos de teatro ideados para parecer auténticos. Por lo que Kastrouni sabía, las cosas que *creía* haber visto habían sido preparadas para atemorizarlo de modo que no exigiera el resto del dinero que Guigos le había prometido. Y tal vez los otros dos habían sido tratados de manera similar. Quizá Guigos había espantado a Ihya Khumnas y Yakob Mhireni de forma semejante para ahorrarse sus pagas. Ésa debía de ser la verdad de todo aquel asunto... ¿no?

A veces, en lugar de afrontar una verdad inconcebible o una situación insoportable, la mente humana elabora todo tipo de excusas para aquello que se niega a creer. La mente de Kastrouni no era una excepción a esta regla, pero conservaba su gran curiosidad. Y, como todavía era un fugitivo, los años le habían enseñado a atemperar aquella curiosidad con la prudencia. La curiosidad de un zorro y un sigilo que estuviera a su misma altura. Ahora era un zorro mientras conducía un maltrecho coche de alquiler por la carretera de la costa desde Lárnaca hacia Dhekelia...

Aproximadamente a mitad de camino entre la ciudad y la guarnición, pasó junto al Casino de Yanni, una taberna de cemento que se alzaba entre la carretera y el mar. Al recordar su juventud en aquel lugar, sonrió. ¡Menudo «casino»! ¡El único juego que había visto allí tenía la forma de un trío de bandidos mancos! En realidad, el local de Yanni no estaba pensado, en absoluto, para ser un casino; albergaba bodas y otras recepciones, reuniones políticas, festividades sociales y étnicas de numerosas clases, y muchas cosas más. Su atractivo principal era su salón grande y abierto, que servía a la vez como restaurante, y sus vistas del mar.

La sonrisa desapareció pronto de su rostro. Era allí donde el hombre -el joven, en realidad- a quien había matado habría traído a su nueva esposa. Y desde entonces habían pasado veinte años; y ahora allí estaba él, Dimitrios Kastrouni, de vuelta a la isla de la que había huido una vez para salvar la vida. De regreso para ver a su padre, sus hermanas, el lugar donde había crecido en lo que ahora parecía otra era. Y para hacer frente a una ominosa coincidencia: ese hombre que decía haberlo conocido en Israel.

Las brillantes luces del Casino de Yanni se difuminaron en el retrovisor. Pasaron un par de coches a su lado de camino a Lárnaca. La carretera estaba bastante tranquila, lo que le venía de maravilla. Sólo le faltaba un kilómetro y medio de viaje.

Khumeni...

George Khumeni.

Y ese forastero -ese hombre que había alquilado el chalé de su padre- iba acompañado por tres hombres que lo protegían, ¿no? Aquel otro George también tenía tres hombres que le hacían el trabajo. Y con el paso de los años... ¿acaso Kastrouni no albergaba recelos? ¿No había sospechado una y otra vez que alguien, *algo,* lo seguía, le pisaba los talones, lo rastreaba por más que él cambiaba constantemente de identidad, cubría sus huellas y continuaba adelante?

Por su puesto, podía ser simplemente que hubiera desarrollado una fobia morbosa, una enfermedad mental. Suponía que debía de tener un nombre aquel miedo de ser perseguido y llevado ante la justicia. No era sólo una manía persecutoria: también había culpa. Al fin y a cabo, había matado a un hombre; pero, ¿acaso temía el castigo a aquel hecho, o a otra cosa? Fuera lo que fuese, supuso que los grandes criminales de guerra nazis debían de haberlo padecido... hasta el día en que acabaron por ser localizados. Y ahora, aquella cosa también estaba dentro de él. O eso... o realmente lo perseguía alguien desde aquella noche en la antigua Corozaín.

¿Y si ese hombre y este George Khumeni eran el mismo? ¿Y si Khumeni era el mismo que... el otro?

-¡Eso es imposible! -exclamó Kastrouni en voz alta-. ¡No puede ser!

Pero de nuevo sintió aquella duda insistente en el fondo de su mente, preguntando: «¿Es de verdad imposible?».

En una zona en que la carretera se alejaba un poco del mar, en una arboleda vallada de granados y olivos al pie de un jardín ancho y alargado, se encontraba el chalé. Un camino sin desbrozar conducía hacia el edificio a lo largo de unos cien metros, y luego un sendero de grava cruzaba el jardín hasta la entrada principal de la casa. De diseño bastante moderno -o, al menos, de diseño que todavía estaba muy en boga-, se trataba de un *bungalow* bajo y espacioso, muy limpio y atractivo, ventilado y ordenado.

Kastrouni lo vio desde la carretera, redujo la velocidad y clavó la mirada en la noche. Bajó la ventanilla y frenó el coche hasta hacerlo avanzar muy lentamente. El mar emitía un murmullo bajo, apenas audible, cuando suspiraba sobre la orilla como una enorme cabeza dormida apoyada en una almohada. El mar y las cigarras, nada más. Pero en el chalé brillaba una luz.

Kastrouni vio los faros de un vehículo que avanzaba hacia él desde Dhekelia. Tomó un poco más de velocidad, miró en otra dirección cuando el otro coche pasó velozmente a su lado y lo observó por el retrovisor. Se encendieron las luces de frenada del otro coche, que giró para tomar el camino del chalé. No había visto a su ocupante u ocupantes y supuso que ellos tampoco lo habían visto a él; probablemente eran los gorilas de ese Khumeni.

Menos de cien metros más adelante había habido una pequeña arboleda de pinos mediterráneos junto a la carretera. Si no los habían talado...

No lo habían hecho.

Kastrouni aparcó el coche bajo los pinos y fue andando por la playa de vuelta al chalé. Conocía cada centímetro del camino y parecía estar familiarizado con todos los guijarros húmedos de la orilla. Nada había cambiado. Sin embargo, cuando se acercaba a la casa, un segundo coche tomó el camino del chalé. Kastrouni se agachó cuando los faros del vehículo cortaron la negrura de la noche sobre su cabeza.

Tal vez el tal Khumeni organizaba una fiesta o algo así. Si así era, la casa parecía estar extrañamente tranquila. Fuera como fuese, no tardaría en saberlo con seguridad. Y también sabría quién era Khumeni.

El chalé era tal vez único en la isla por su tejado, y sin duda lo era en los sectores griegos. El padre de Dimitrios procedía de la isla de Rodas y había querido incorporar a su nuevo hogar las vigas características de aquella isla; pero, al mismo tiempo, era consciente de que las lluvias que caían en la costa de Lárnaca en invierno -a menudo tan violentas como los monzones- exigían unos tejados más resistentes que los de las casas de Rodas. Por esa razón había construido un tejado doble: uno de planchas de cemento, ligeramente inclinado, sobre soportes reforzados, encima de un tejado rodio de planchas machihembradas de madera gruesa de pino, selladas en su parte superior con betún y gravilla. En el interior, el techo de pino estaba barnizado y soportado por las vigas de Lindia labradas y con conteros que el anciano recordaba de su niñez con tanto cariño. El chalé estaba construido a prueba de los elementos y bien aislado, frío en verano y cálido en invierno. Y, entre los dos tejados, había un espacio donde podía esconderse un hombre. O un joven, en cualquier caso. Tal como lo recordaba Kastrouni, no tenía que encogerse mucho. Claro que imaginó que ahora debía de ser más grande, más corpulento. Y desde luego, pesaba más que entonces...

En la valla del lado del mar -un enrejado de alambre sostenido por barras de hierro de color rojo de plomo, que a su vez daba soporte a una vid que se extendía hasta la casa-, Kastrouni se quitó la chaqueta, la plegó y la dejó en un lugar a cubierto. Su camisa era negra y se confundía con la masa oscura de la vid; se agarró a una rama gruesa y nudosa, levantó los pies del suelo como un acróbata y se balanceó hasta pasar a través de un hueco que había entre el enrejado y un techo de uvas casi maduras, de un color azul reluciente. Bajó los pies sin hacer ruido y entró en el jardín.

Fue entonces cuando volvió a fijarse en las cigarras. O, más bien, cuando notó su silencio; un silencio propio de una tumba. Kastrouni se estremeció.

De la mayoría de las tumbas, al menos.

Volvió a concentrar su mente, que vagaba de manera morbosa, en el momento presente. Las cigarras estaban quietas como la noche, con las voces apagadas como una lámpara, como si alguien hubiese accionado un interruptor universal. Incluso el mar guardaba silencio y su murmullo contra la playa guijarrosa se había acallado.

Kastrouni contuvo el aliento y escuchó. Y fue como si todo cuanto lo rodeaba en la noche también dejase de respirar.

Sólo duró unos momentos, y terminó cuando un tercer coche se acercó a la

entrada de la casa. El ronroneo del motor abrió una puerta en el silencio y permitió que el mar y las cigarras volvieran a traspasar el umbral de la realidad. Kastrouni oyó que se paraba el motor y el ruido de dos de las puertas del coche al abrirse y cerrarse una tras otra, y se alegró de que el sonido hubiese regresado. Pero, por mucho que se introdujo los dedos meñiques en las orejas y meneó la cabeza, el mar siguió sin hacer el mismo ruido que antes y parecía haber una nueva y tímida nota en el canto de las cigarras.

Cruzó velozmente el oscuro jardín hasta la casa. Los focos que iluminaban su fachada al mar estaban apagados, pero aun así procuró mantenerse agachado y que su silueta no se recortara contra las aguas plateadas, la luna que pendía del cielo o las estrellas. El borde recto del tejado de cemento se cernía sobre él, como una contraventana de la Vía Láctea; a su lado, una pared escalonada de bloques de bovedilla de fantasía formaba una escalera que ascendía hasta el hueco que separaba el tejado interior y el exterior. Trepó con cuidado y sin hacer ruido. Arriba, entre los tejados y en el perímetro externo del edificio, sabía que había una fachada de madera contrachapada barnizada; pero también sabía en qué lugar una sección giraba sobre unos goznes para permitir examinar el tejado interior. En una esquina en que la pared de bovedilla se unía a la verdadera pared de la casa, Kastrouni se colocó firmemente en la posición adecuada y palpó con ambas manos en la oscuridad en busca de la trampilla. La encontró, levantó la tabla, que giró sobre los goznes con un chirrido leve, ya que no habían sido engrasados en muchos años, y se introdujo por el hueco. Bajó la puerta detrás de sí y se encontró sumergido de inmediato en la más absoluta oscuridad.

El espacio entre los tejados era tan reducido que Kastrouni apenas podía gatear por él, e incluso así su camisa rozaba contra el rugoso techo de cemento. Las telarañas eran gruesas, y el polvo que levantaba con sus movimientos lo hizo toser; además, el acabado de gravilla extendida sobre betún le pinchaba las manos y las rodillas, y en algunos lugares estaba suelto, por lo que debía ir con cuidado para no levantarlo por temor al ruido que podía hacer. No obstante, por el momento optó por quedarse quieto y asegurarse de que el chirrido de la trampilla no había llamado la atención a nadie; entretanto, meditó cuál sería su siguiente paso.

La oscuridad no era total, después de todo. Algún rayo de luz de las estrellas se filtraba entre las junturas mal encajadas de las planchas de madera contrachapada, y la luz de las lámparas subía en haces polvorientos a través de varios orificios abiertos en los tablones de pino. Conocía muy bien aquellos agujeros, pues era él quien había introducido los dedos por ellos para sacar el corazón de los nudos de la madera cuando el techo estaba recién instalado. Sí, y contaba con que nadie los hubiera tapado, puesto que iban a ser las mirillas por las que vigilaría a ese tal Khumeni.

De abajo y de la entrada principal de la casa llegaban suaves murmullos. Kastrouni no pudo entender nada de lo que decían. Apoyado en los codos y las rodillas, comenzó a avanzar hacia los haces de luz y polvo, pero topó enseguida con algo en la oscuridad, y su codo derecho lo lanzó dando botes sobre la gravilla. Kastrouni se quedó inmóvil contuvo el aliento e incluso intentó detener el martilleo de su corazón. Y escuchó...

Los murmullos habían cesado. No captaba nada y, sin embargo, era como sí, de pronto, un perro grande hubiera levantado silenciosamente las orejas. Y en el instante siguiente se oyó:

-¿Qué ha sido eso? Pareció en la parte posterior de la casa. Id a mirar. ¡No quiero fisgones!

¡Aquella voz! Le pareció reconocer algo en ella. Era como lodo y aceite, aquella voz: recia y pegajosa, aunque viscosamente fluida como la melaza. No había hablado en griego ni en armenio, sino más bien en iraquí. Kastrouni hinchó las narices y tuvo frío.

Presintió que conocía al dueño de aquella voz.

Permaneció tumbado y totalmente quieto mientras oía pasos suaves pero apresurados y el chasquido de interruptores, al tiempo que las lámparas se encendían casi directamente debajo de él. La fina luz se filtró de inmediato por las junturas mal encajadas de los tablones de pino y otros haces, más finos todavía, atravesaron los orificios de los clavos y otras aberturas diminutas. Entonces se oyó una puerta que se abría y, un momento después, unas voces apagadas procedentes del jardín que unos minutos antes Kastrouni había cruzado agachado.

Escuchó con atención.

-¿Tenemos que ir a la playa? -Aquella voz era norteamericana.

-¡Diablos, no! Bajo estas estrellas hay casi tanta claridad como de día. Si hubiera un gato en esa playa podrías verlo desde aquí. Y si había alguien aquí, se fue hace tiempo. No vale la pena buscar huellas: la tierra estaba cubierta de guijarros. -Ésta también era norteamericana; pero, mientras que la primera había sonado cautelosa, esta segunda contenía una cierta sorna. La voz de un hombre demasiado seguro de sí mismo.

-¿Y qué me dices de esos árboles que hay a lo largo de la playa, entre la carretera y el mar? -inquirió la voz cautelosa. Kastrouni apretó los dientes; allí era donde había dejado el coche.

-Si quieres echar un vistazo, ve -dijo la otra voz, bufando disgustada-. Ya te digo yo que eres demasiado suspicaz. Escucha: ve por allí hasta la entrada principal y yo iré por aquí. Nos encontraremos en la entrada. Si no hay nada en el jardín, ya está. Yo no voy a ninguna parte. ¡Quiero saber qué es lo que prepara nuestro Georgie con esas chicas!

-¿Ah, sí? -gruñó la primera voz en tono de advertencia-. De acuerdo, pero no hables más de la cuenta. ¡Si te oye cachondeándote de él, te arrancará las pelotas!

-Ya lo intentaron otros... -rezongó su compañero.

-El tío al que reemplazaste solía decir lo mismo. Todavía no sabemos qué fue de él...

Unos pasos resonaron suavemente en la noche, se separaron y rodearon la casa hasta la entrada principal. Kastrouni permaneció inmóvil, rezando para no tener un calambre y preguntándose con qué había topado en la oscuridad. Mientras unas voces volvían a llegar a él -la voz untuosa de acento iraquí y otra, educada, que hablaba en inglés-, alargó la mano en busca de lo que había arrojado lejos. Y, en el momento en que rozó el objeto con los dedos, supo qué era. Notó el acero recubierto de plástico, la empuñadura, el pestillo de seguridad, y el largo y pesado proyectil todavía colocado en el cañón: ¡su arpón!

Tocó las gomas para lanzar el proyectil y descubrió que estaban podridas y hechas trizas. Pero junto al arma había una caja de estaño, y la memoria de Kastrouni evocó toda una serie de imágenes de veinte años atrás y que había olvidado. Solía guardar piezas de recambio en aquella caja, así como útiles de mantenimiento: gomas, cabezas de tridente, talco y un frasco de aceite.

Gomas de recambio... Se preguntó si se habrían conservado bien. Aguardó hasta que oyó a los dos hombres en la puerta principal; entraron, y sus voces se unieron a otras en una conversación en voz baja. Luego Kastrouni abrió la caja y sacó las gomas de recambio. ¡Todavía servían! Mientras trataba de entender toda la conversación -si no su contenido, al menos su talante-, quitó las gomas viejas del arpón, las sustituyó por otras y empezó a engrasar ligeramente el mecanismo. El arpón propiamente dicho, con el tridente insertado en el cañón, daba la impresión de estar oxidado, pero el disparador parecía funcionar correctamente. Rezó para que las gomas no se rompieran y las tensó, cargó el arma y la colocó con cuidado a un lado. La simple idea de tener aquel arpón le

dio una gran tranquilidad.

Las voces sonaban más fuertes, y Kastrouni tuvo la impresión de que dos de ellas discutían de manera un tanto acalorada. Avanzó a gatas sin hacer ruido, laboriosamente, hasta encontrar un orificio sobre el vestíbulo principal. Aplicó un ojo al agujero y vio a cuatro hombres de píe en el portal. Estaba prácticamente sobre sus cabezas. En un banco de madera situado contra la pared había una mujer medio reclinada, cuyos rasgos y vestidos la señalaban como una turco-chipriota de clase alta. Inclinó la cabeza un poco hacia atrás, y Kastrouni vio que era muy joven y hermosa... ¡y muy borracha o drogada hasta estar casi inconsciente! A la derecha del grupo, una puerta abierta conducía a un pasillo con dos dormitorios. Uno de los hombres -de miembros desproporcionados y semiencogido de una forma peculiar, que daba la espalda a Kastrouni- dijo con su pastosa voz:

-¡Allí, he dicho! Metedla en la segunda habitación, sobre la cama, al lado de la chica inglesa.

Su voz tenía un tono de autoridad... y una amenaza apenas velada. Sólo podía ser Khumeni.

Uno de los norteamericanos, un hombre alto y delgado de pelo rubio peinado hacia atrás, se acercó al que daba las órdenes.

-¡Y yo pregunto por qué! Mira, Georgie, no me importa el trabajo y me pagas bien. También puedo viajar. Pero, verás, me gusta saber lo que estoy haciendo. Detesto trabajar a ciegas, ¿sabes?

-¿Ah, sí? -dijo Khumeni-. ¿Y tu último jefe fue tan atento? ¿La Mafia te trató tan bien? ¿Te contaban todas sus razones y propósitos? Escucha, García: el único motivo por el que estás vivo es porque necesitaba un hombre con tus capacidades tal como me las describieron. Talento para raptar y, posiblemente, talento para matar. ¿Cuánto tiempo llevas conmigo? ¿Tres semanas, un mes? ¡El único talento que has demostrado hasta hoy es una curiosidad peligrosa! Ten cuidado: podría enviarte de vuelta a la atención de Mike Spinneti.

Aquel hombre, García, entendió el mensaje. Retrocedió, agachó la mirada y respondió:

-Sólo pensé que...

-¡Piensas demasiado! -le espetó Khumeni, bufando-. Y casi siempre piensas en mujeres. Ése es tu problema, ¿verdad? ¡Mujeres! Te gusta pensar que obtienes tu parte... aunque no te corresponda ninguna. Eso fue lo que te puso a malas con la Familia. ¡Qué vergüenza, García! Y ella también era de los suyos. Pues bien, estas mujeres son mías. Mías, ¿me has entendido? Aunque sólo sea por esta noche. Y estoy mucho más celoso de ellas de lo que podría haberlo estado la Mafia jamás. Cuando tomemos el avión de vuelta a Estados Unidos, ¿quieres que te pague con oro, García..., o prefieres otro tipo de metal pesado?

Aquellas palabras afectaron visiblemente al otro hombre, que farfulló y movió vagamente las manos. Estaba a punto de protestar, pero Khumeni volvió a interrumpirlo:

-¡Haz lo que te digo! Llévala a la segunda habitación y túmbala en la cama al lado de la chica inglesa. Y procura no tocarla con tus sucios dedos. Y tú... -Con el gesto desmañado de un tullido, se volvió hacia el hombre que estaba más próximo a él de los otros dos-, tú ayúdalo.

Los dos norteamericanos recogieron a la muchacha drogada, que no protestó. Gruñendo, se la llevaron como si fuese un saco de patatas a través de la puerta y se perdieron de vista. Khumeni cerró la puerta detrás de ellos y se volvió cojeando hacia el inglés.

-Willis -susurró con un gorgoteo-, creo que ese Tony García va a ser un problema... si se lo permitimos. Cuando esto termine, recuérdame que piense en una solución conveniente.

El otro asintió. Vestido de manera inmaculada y de postura muy erguida, se quitó unas motas imaginarias de la manga.

-¿Como el ácido sulfúrico? -dijo con un acento inglés impecable-. Es una buena solución, ¿no? La química siempre se me ha dado mal.

Su voz era fría como el hielo. Tenía un ritmo tan perfecto que parecía casi mecánica.

-Eso es lo que me gusta de ti, Bernard Willis -comentó Khumeni, riéndose entre dientes-. ¡Incluso tus bromas carecen de emoción! Tal vez te dejaré que te encargues de García, ¿eh? Y quizás eso te haga reír de verdad...

4

Kastrouni tenía de nuevo la piel de gallina.

Había algo en el tal Khumeni, un algo imposible que él, Kastrouni, tenía que averiguar, descubrir de una forma u otra más allá de toda duda razonable. La manera como hablaba, su postura -como un tullido-, sus arrogantes actitudes de mando, autoridad y amenaza: todo era idéntico a aquella *otra* figura, aquella figura cuya presencia en el subconsciente de Kastrouni era como un cadáver putrefacto, cuyo hedor seguía emanando de una tumba mental que ya debiera estar olvidada. Imposible, sí, pero ahí estaban los libros, la parafernalia de los fardos, y... y este Khumeni.

Kastrouni se controló y resistió por el momento la tentación de buscar una nueva posición, pero quería desesperadamente ver bien el rostro de Khumeni. Los otros -los malhechores norteamericanos y el inglés- eran como ceros a la izquierda. Bueno, quizá Willis valía un poco más; pero Khumeni era la persona clave, el foco alrededor del cual giraba todo lo demás.

Los norteamericanos regresaron.

-Listo -dijo el de la voz cautelosa-. Todo listo, señor Khumeni. Y ahora, ¿qué?

-Ahora, Gillfellon -respondió Khumeni-, vosotros dos podéis largaros de aquí. Llevad vuestros coches de vuelta a Nicosia. Tenemos reservas para los cuatro en el vuelo de las dos de la madrugada. Esperad en el aeropuerto y no hagáis nada que pueda llamar la atención. Willis y yo llegaremos con tiempo de sobra.

-Y mientras tanto, ¿qué haréis Willis y tú? -Era la voz de García.

-Willis me esperará y me llevará a Nicosia, por supuesto.

García se relamió los labios y se peinó hacia atrás su abrillantado cabello con los dedos.

-¿Y... las mujeres? -preguntó, e inclinó la cabeza hacia la puerta abierta del dormitorio.

-Nunca aprenderás, ¿verdad? -dijo Khumeni en voz baja y rasposa, y dirigiéndose a Willis añadió-: Bernard, si este imbécil no se ha largado y está en su coche cuando haya contado hasta diez, ¡quiero que apoyes tu pistola en su oreja derecha y aprietes el gatillo!

García dio un paso atrás e hizo ademán de sacar algo del bolsillo interior de la chaqueta, pero entonces se quedó paralizado. Willis le estaba apuntando con su arma, con el grueso silenciador inmóvil.

-¿Puedo meterle antes una en el vientre? -inquirió Willis, frío como el hielo, y con gesto despreocupado apuntó al ombligo de García con la automática.

Khumeni pareció no hacerle caso y se puso a contar:

-Uno -dijo, y luego-: Dos... Tres...

García no esperó al cuatro y dejó la puerta abierta de par en par. El hombre llamado Gillfellon retrocedió a continuación, con aspecto mareado y haciendo gestos de disculpa.

-De hecho, no me gusta ninguno de esos dos -dijo Khumeni cuando oyó que se encendían los motores de los coches-. Toma nota de esto, Willis.

Willis enfundó su arma.

-¿Dónde quieres que te espere?

-Aquí, si quieres -respondió Khumeni, encogiéndose de hombros.

-No, prefiero estar un poco más lejos. Estás de un humor diabólico, George, y he

estado contigo el tiempo suficiente para saber que eso puede ser malo para mi salud. Y para la de cualquiera que esté demasiado cerca de ti.

Khumeni lanzó una carcajada como el borboteo de una cloaca subterránea y asintió con la cabeza.

-Como quieras. En tal caso, vete a algún sitio, aparca el coche y fúmate un par de cigarrillos, pero regresa dentro de una hora. Para entonces ya habrá terminado todo. También será mejor que nos larguemos de esta isla cuanto antes. Mañana no sería un buen sitio para quedarse. Como suele decirse, la situación se habrá deteriorado. O, si lo prefieres, aquí se desencadenarán todas las furias del infierno. -Y se echó a reír de nuevo.

Willis temblaba visiblemente, pero consiguió controlarse.

-Tengo el presentimiento de que se desencadenarán mucho antes -comentó-. De hecho, ocurrirá dentro de poco... -Se dirigió a la puerta y añadió-: Muy bien, iré a dar un paseo con el coche. Pero dime una cosa. -Se detuvo ante la puerta y se volvió un poco-. ¿Por qué aquí? ¡Oh!, ya sé que quieres enfrentar entre sí a todos los soldados griegos, turcos y británicos; pero, ¿por qué en esta casa? Fuiste muy claro al respecto: que debía comenzar en la casa de ese tal Costas Kastrouni. Y lo has mencionado en esos mensajes que has preparado. ¿Por qué él? ¿Qué es lo que te ha hecho?

-¿Ese viejo? Nada -respondió Khumeni-. Fue su hijo, hace mucho tiempo- En cuanto a lo que hizo..., ya me has visto, Bernard. ¡Ya lo sabes!

Las palabras de Khumeni dejaron paralizado a Dimitrios Kastrouni. Incluso con sus monstruosas sospechas, pensó que no podía aceptar lo que le decían sus oídos. Pero podía ver el rostro de Willis, que palideció mientras decía.

-¿El hijo del viejo tuvo algo que ver con..., con eso?

-Sí -contestó Khumeni, asintiendo-, fue el responsable de todo. Supongo que podría decirse que me hizo sentir como un burro, ¿no? -Esta vez no hubo carcajada, ni siquiera una risa entre dientes-. Sólo estoy saldando una cuenta pendiente, eso es todo. Todavía no he localizado al hombre que me hizo esto, y por eso voy a vengarme en su padre. ¡Una venganza completa!

Encima de los dos hombres, Kastrouni sintió que la cabeza le daba vueltas. Intentó febrilmente encontrar el sentido de todo lo que había escuchado. Confirmaba, en efecto, lo que más temía en el mundo. Y ahora, como nueva confirmación, lo que más quería era ver claramente la cara de Khumeni. ¡Oh, sabía muy bien el aspecto que tenía! Pero quería verla de todos modos. Entonces sólo quedaría una cosa por hacer, un último acto que realizar si Dimitrios Kastrouni quería conocer algo de paz en su vida. Y ese acto era matar al hombre que ahora se hacía llamar George Khumeni.

Cuando Willis salió de la casa y Khumeni fue al pasillo que conducía a los dormitorios, Kastrouni reculó como un lagarto hasta que pudo encontrar a tientas el arpón. Acarició la empuñadura y apretó los dientes en los confines de la polvorienta oscuridad del espacio que separaba los dos tejados. Sosteniendo el arma delante de sí en una postura incómoda, avanzó a gatas hasta que estuvo encima del primer dormitorio. Apartó una capa de gruesas telarañas y aplicó con cuidado el ojo a un diminuto orificio. Cualquier ruido leve que él pudiese hacer era ahogado por el crujido de la grava bajo los neumáticos del coche de Willis, que partía del chalé; por aquel ruido, y por la actividad de Khumeni en la habitación. Al menos, eso esperaba Kastrouni.

Sin embargo, si pensó que por fin podría ver el rostro del supuesto armenio, quedó defraudado. El pequeño dormitorio estaba alumbrado por una sola lámpara de aceite; no sólo la iluminación era débil, sino que el humo que se alzaba de la lámpara le irritaba el ojo con el que escrutaba la penumbra de la habitación.

Allí estaba Khumeni, una sombra plantada al pie del lecho, con la cabeza

inclinada como si estuviera suplicando. Entonces empezó a murmurar unas palabras con voz ronca, y Kastrouni comprendió que era una especie de súplica. Un ruego, sí. Una oración, pero ¿a quién? ¿O a qué...?

-Amo -gorgoteó la voz de Khumeni, mezclándose con el aceitoso humo de la lámpara-, el más devoto siervo de Shaitan, avatar del Gran Caído, cuya belleza es insoportable, su mensajero en la Tierra y entre los hombres... Padre, ayuda ahora a tu hijo, este ser totalmente despreciable que sólo desea hacer tu voluntad en el mundo, ¡en el nombre de Nuestro Señor, Shaitan! Demogorgo, que tu gran lujuria venga a mí, para que hoy pueda engendrar hombres a tu imagen y semejanza, como tú me engendraste en la tuya. ¡Te invoco en el nombre de Ab, que fue mi primer nombre, y por la Tabla Execrable del Poder, escrita por el propio Shaitan!

Cuando hubo dicho las últimas palabras -una invocación a unas fuerzas que Kastrouni sabía que existían, y no simplemente en un rincón retorcido de su mente-, se produjo... un cambio. Fue así de rápido: se produjo una alteración inmediata de la atmósfera (¿en el éter?) y Kastrouni sintió una tremenda y muy tangible depresión; su alma le pesaba como si fuese de plomo. El orificio en la madera, que apenas un segundo antes dejaba pasar una diminuta columna de humo y un débil rayo de luz, ahora proyectaba un chorro continuo de aire helado, que casi hizo gritar al espía oculto; tuvo que apartar bruscamente la cara a un lado y se frotó los ojos llorosos con el dorso de la mano. Pero, cuando el chorro de aire helado bajó un poco de intensidad, volvió a colocarse frente al agujero, pues estaba decidido a descubrir lo que estaba haciendo el hombre -¿la criatura?- que había abajo.

De súbito, descubrió el sentido de algunas de las palabras dichas por Khumeni. «Que tu gran lujuria venga a mí», había rogado, y ciertamente parte de ella parecía haberle llegado. Su silueta era más oscura a la tenue luz de la lámpara, pero era una silueta llena de movimiento. Mientras Kastrouni la observaba, la figura pareció hincharse. Khumeni se arrancó literalmente la ropa y saltó sobre la cama. Sobre ella, por primera vez, Kastrouni vio el cuerpo desmadejado de una mujer: una de las chicas que García había mencionado, pero no la turco-chipriota. Ésta parecía ir vestida como una campesina griega, aunque Kastrouni no podía estar seguro por culpa de la mala iluminación. En cualquier caso, estaba más interesado en Khumeni que en ella.

Observando a través del orificio con los ojos enrojecidos y una fascinación morbosa, se esforzó por distinguir la figura del hombre con mayor claridad. Su figura y su cara. Pero resultó inútil; era como si la habitación estuviera sumida en una total oscuridad.

Khumeni había desnudado a la mujer, la había vuelto de espaldas y ahora la estaba montando como un animal, de pie junto a la cama, sujetándola contra su cuerpo. Sus gruñidos y carcajadas y sus babeos bestiales casi ahogaban los quejidos y gemidos de protesta de su víctima semiinconsciente. Al oír las protestas de la muchacha, Kastrouni descubrió que efectivamente era greco-chipriota; notó que la sangre le hervía en las venas y agarró el arpón con más fuerza aún. Era posible que esas mujeres estuviesen allí por propia voluntad, pero lo dudaba. Entonces, con un grito final de la chica y un aullido de Khumeni -una combinación de placer y aparente dolor-, la figura bamboleante que había abajo se dividió en dos partes cuando Khumeni arrojó a un lado a la muchacha, que quedó tumbada en el borde de la cama. Entonces Khumeni fue con paso vacilante a la puerta del dormitorio, la abrió y salió al pasillo...

Fue apenas un atisbo, sólo eso: la silueta de Khumeni recortada como una mancha contra la luz, brillante en comparación, del pasillo; un atisbo casi tan fugaz como el abrirse y cerrarse del diafragma de una cámara fotográfica. Pese a ello, arrancó la exclamación que había estado amenazando brotar de los labios de Kastrouni en

cualquier momento, pero el golpe de la puerta del dormitorio al cerrarse y los gemidos de la joven violada ahogaron su voz.

Al momento siguiente, Kastrouni estaba rodando de la forma más sigilosa posible, sosteniendo el arpón ante él con ambas manos, tratando así de recorrer más trecho en menos tiempo. Calculó la distancia y, al oír que se abría y cerraba la puerta del segundo dormitorio, dejó de rodar y comenzó a buscar un orificio en el suelo. ¡No había ninguno!

Miró por todas partes y vio un diminuto haz de luz que ascendía a través de una grieta cerca del perímetro de la superficie de madera. Se arrastró rápidamente y en silencio hasta aquella atalaya. A continuación tuvo que realizar una pausa desesperada para contener un estornudo causado por una repentina bocanada de polvo, y desperdició unos segundos preciosos mientras se frotaba la nariz y se enjugaba unas lágrimas que habían brotado espontáneamente de sus ojos.

El segundo dormitorio se encontraba junto a la pared trasera de la casa; delante estaba el pasillo y a un lado una ventana con las contraventanas cerradas que daba al jardín. Kastrouni recordaba bien el plano del chalé y deseó estar en el jardín, desde donde habría podido ver perfectamente lo que sucedía en la habitación. En cambio... sólo tenía una rendija estrecha en el lugar donde un tablón se había resquebrajado y partido. Aplicó el ojo al resquicio y vio un rincón vacío del cuarto. Aquello era todo y no había forma de cambiar el ángulo de visión. Salvo...

No, el rincón no estaba vacío: ¡en la pared había un espejo antiguo! Y la escena reflejada en aquel cristal deslustrado era un horror tan terriblemente antinatural que Kastrouni llegó a dudar de su cordura; la habría perdido de no haber presenciado veinte años atrás algo igualmente monstruoso, o si no hubiera esperado en cierta forma algo así. Aunque la imagen aparecía distorsionada, pues el cristal estaba partido y la deformaba, y el ángulo en que él la veía le restaba perspectiva, no podía disimularse su significado. La luz de este segundo dormitorio era eléctrica y potente. Las sospechas de Kastrouni ya no eran tales; sus ojos no le mentían.

Khumeni, como aquel hombre -o aquella cosa- se hacía llamar ahora, había terminado con la mujer turca. Cuando se apartó de ella, Kastrouni no habría debido sorprenderse de la envergadura de su erección, pero lo hizo de todos modos. Era el turno de la joven inglesa. Iba vestida de uniforme (el de QARANC,[1] como después se supo; pero aquello no tenía sentido alguno para Kastrouni, salvo que ella debía de provenir de la guarnición de Dhekelia), que la cosa obscena tenía que quitar primero, aunque fuera parcialmente. Así lo hizo mientras el observador permanecía boquiabierto, paralizado por el asombro y el horror. Cuando la chica estuvo desnuda, con la ropa por debajo de la cintura literalmente arrancada, Khumeni la puso también en su postura preferida.

Y cuando a continuación la penetró... Kastrouni comprendió que aquella cosa tenía que morir. Ab, Guigos, Khumeni o retoño de Satán: fuera lo que fuese, *tenía* que morir. Y Kastrouni no dispondría de una oportunidad mejor que la que se le presentaba en estos momentos.

Sin preocuparse por el ruido que pudiese hacer, se volvió de espaldas, giró las piernas hasta que los pies quedaron contra el perímetro de los paneles de madera, las dobló y lanzó los pies hacia adelante. El panel cedió de inmediato, al quebrarse por las fijaciones, y salió expulsado a la suave luz de las estrellas que iluminaba el jardín; Dimitrios Kastrouni lo siguió. Arrojó el arpón a las ramas bajas de un granado, se descolgó sujetándose con las manos y cayó al suelo con suavidad. Se incorporó en un

[1] Real Cuerpo de Enfermeras del Ejército «Reina Alexandra». *(N. del t.)*

santiamén, soltó el arma del árbol donde había quedado enganchada y se volvió hacia la ventana del dormitorio.

Sin embargo, al soltar el arma, también las gomas para arrojar los proyectiles saltaron de las muescas del cañón y golpearon los nudillos de Kastrouni. Maldijo de dolor, soltó el arma y, en ese preciso momento, oyó el grito apagado de sorpresa y de furia de Khumeni, que sonó al otro lado de las contraventanas:

-¿Quién...? ¿QUIÉN...?

La muchacha inglesa, quizá parcialmente despertada del efecto de las drogas a causa del áspero rugido de Khumeni, dio un grito de dolor y protesta... acallado por una maldición de Khumeni, una sonora bofetada y un golpe sordo.

Se produjeron movimientos frenéticos en el interior del cuarto y el chasquido de los cierres de las ventanas. ¡Khumeni debía de ir a echar una ojeada fuera! Kastrouni se apresuró a cubrirse con un pañuelo los ensangrentados e insensibilizados nudillos de su diestra, empuñó el arpón, logró volver a cargarlo y empezó a levantarlo sujetándolo a duras penas con la mano izquierda. Pero, estaba demasiado cerca de la ventana, lo que se comprobó que fue un error.

Había supuesto que la criatura de la habitación se movería con cierta cautela; sabía que estaba parcialmente tullida -en realidad, sólo era un hombre a medias- y que se movía bastante despacio. Además, no podía olvidar al *otro* Khumeni, también llamado Guigos; aquel saco de huesos enfermo y desmañado que había conocido en Israel. Todavía no podía vincular aquel recuerdo, aquella imagen mental de un tullido, con esta nueva encarnación mucho más vigorosa.

Pero el nuevo avatar denominado Khumeni sí que era vigoroso, y, cuando las contraventanas se abrieron con violencia y lo derribaron, el golpe lo pilló totalmente por sorpresa. Aturdido, se incorporó sobre las manos y las rodillas y levantó la mirada. En la ventana, con su silueta recortada contra la brillante luz de la habitación, se encontraba Khumeni, que lo miraba enfurecido. Sus ojos se cruzaron con los de Kastrouni, lo reconocieron y, en el momento siguiente, la expresión de su espantoso rostro cambió de ira a asombro y luego a triunfo ante la hora de su venganza.

Al contemplar aquel rostro, Kastrouni supo que el odio era mutuo y por qué había venido Khumeni a este lugar. Igual que él deseaba ver muerto a Khumeni e intentaría matarlo, también el monstruo quería destruirlo a él; aquél era el verdadero motivo de su venida. Dado que no había conseguido encontrar a Kastrouni, hacía aquello que era más probable que lo atrajera: atacar al mismo corazón de Kastrouni, a su familia y su hogar.

Khumeni ocupaba toda la ventana, con los brazos abiertos para apartar los restos de las contraventanas y la mirada clavada en Kastrouni. Su rostro era como una máscara de odio.

Entonces, sus ojos mostraron algo más: una terrible maldad, un propósito atroz.

-¿Tú? -gruñó Khumeni, inclinándose para agarrarle los brazos y las manos-. ¡Por supuesto! ¿Quién, si no?

Su mirada, su voz, su misma presencia: todo era hipnótico, como una serpiente que sostuviera en su presa a un pajarillo. Cuando alargó las manos, Kastrouni cayó bajo esta parálisis hipnótica; la sintió y la combatió. Miró con odio aquel monstruoso rostro compuesto y vertió todo el odio que sentía hacia él. La cara de Ihya Khumnas, con su nariz aguileña y sus dientes blancos y relucientes, que incluso ahora asomaban en una sonrisa sarcástica; el semblante, también, de Yakob Mhireni, con su pálida cicatriz; y ¿qué decir del burdo y peludo cuerpo de cintura para abajo, oculto momentáneamente por el muro?

¡Khumeni! De súbito, saltó una chispa de comprensión en la confusa mente de Dimitrios Kastrouni. ¡Khumnas y Mhireni, claro! Guigos no sólo los había absorbido,

sino que también había adoptado sus nombres. «Khum» de Khumnas y «eni» de Mhireni. Al entender esto, el encantamiento quedó roto. ¿Cuál sería el nombre de la bestia, si también hubiese conseguido absorber a Kastrouni? ¿Kashumeni? Aquella idea enfureció a Kastrouni y redobló su odio y su fuerza.

No se enfrentaba a ningún hombre, sino a una bestia salida del infierno formada con las partes de otros. ¡Aquella parálisis no era hipnosis, sino miedo! Kastrouni había quedado inerme por lo que sabía, por su propio terror... pero no del todo. Ahora, cuando las manos de Khumeni lo sujetaron por los hombros, en aquel preciso instante, sus dedos se cerraron en la empuñadura del arpón. Pero, antes de que pudiese apuntar el arma...

Sin realizar ningún esfuerzo, Khumeni lo levantó en vilo y lo introdujo en la habitación a través de la ventana abierta; sus manos eran como abrazaderas que aplastaban los hombros de Kastrouni. La criatura era terriblemente poderosa. ¡Claro que lo era! ¿Acaso no había invocado la lujuria, la fuerza y el poder de Demogorgo? Quién o qué era Demogorgo, Kastrouni no lo sabía o no estaba seguro, a pesar de todo lo que había leído en las obras encontradas en los fardos de Guigos; pero consideró como probable que al menos una parte de Demogorgo fuera la Muerte, puesto que realmente estaba mirando ahora a la cara de la misma Muerte.

En la habitación, Khumeni lo mantuvo sujeto e impotente, con los brazos pegados a los costados, a unos treinta centímetros del suelo y mirándolo muy de cerca. Kastrouni estaba literalmente inmovilizado de la cintura para arriba. Pero podía mover la cabeza.

Bajó la mirada y vio los encorvados cuartos traseros de un burro, con sus enormes genitales. Un instante después, la bestia lo arrojó lejos de sí, contra la pared. El cuerpo de Kastrouni, desmadejado, se deslizó hasta el suelo. Pero todavía empuñaba el arpón y, cuando aquella especie de Pan poseído por el poder y el sexo se abalanzó sobre él con paso vacilante, extendiendo de nuevo sus terribles manos, Kastrouni levantó el arma con manos temblorosas, la apuntó y apretó de inmediato el gatillo.

El arpón estaba cargado con un tridente cuyas puntas tenían siete centímetros de longitud y el color marrón del óxido. Si el proyectil hubiese sido del modelo de una sola punta, habría atravesado sin duda el hombro de Khumeni. Siendo el proyectil de tres puntas, la barra transversal de la base del tridente lo detuvo. No obstante, tres dardos oxidados se clavaron profundamente en el hombro derecho de la bestia, justo debajo de la clavícula. La fuerza y el dolor del impacto desviaron a Khumeni de su trayectoria; se debatió frenéticamente, tropezó y cayó al suelo. Quedó tumbado agitando las patas -ambas peludas y al menos una de ellas parcialmente inutilizada- mientras vociferaba y trataba de arrancarse el arpón del hombro.

Aun herido, Khumeni era superior a cualquier hombre normal; Kastrouni lo sabía y aprovechó aquella oportunidad única para huir. Se puso en pie apresuradamente y corrió hacia la puerta. Habría sido mejor para él saltar por la ventana. Khumeni olvidó el dolor del hombro y, alargando una pata acabada en casco, le hizo la zancadilla cuando Kastrouni estaba todavía en el umbral.

Kastrouni trastabilló en el pasillo, cayó al suelo, se incorporó de un brinco y corrió hacia el portal. Khumeni estaba justo detrás de él, todavía rugiendo con la extraña furia bruta de un gran animal herido y tirando de la barra del arpón que tenía clavado. Una mano cayó sobre el hombro de Kastrouni y lo arrojó a un lado. Kastrouni atravesó la puerta del primer dormitorio, haciendo pedazos su fina vidriera. En el instante siguiente, la bestia ya se encontraba en la habitación con él.

En la oscuridad de aquel dormitorio individual, en el que el nivel de aceite de la lámpara estaba tan bajo que su luz casi se había extinguido, Kastrouni vio la silueta de su perseguidor recortada contra la puerta destrozada; observó que ya no tenía el arpón

clavado en el hombro y que la sangre manaba libremente por las heridas. La criatura avanzó y lo acorraló. Kastrouni vio de nuevo aquellas manos terroríficamente poderosas que se extendían hacia él... y oyó también el débil gemido de la muchacha griega que yacía desnuda sobre la cama.

Distraído por unos momentos, Khumeni volvió sus ojos de fiera hacia el lecho. Kastrouni cargó contra él con el hombro y le hizo perder el equilibrio. La cosa bestial se estrelló contra la mesita donde estaba la lámpara y la tiró al suelo. De inmediato brotaron unas llamas que proyectaron sombras en las paredes. Una colcha de encaje empezó a arder intensamente y prendió fuego en el resto de la ropa de cama.

Entonces se produjo un hecho extraño: en vez de seguir atacando, Khumeni se limitó a lanzar una mirada feroz a su adversario, emitió un gruñido (de frustración, pensó Kastrouni) y corrió a sacar a la muchacha griega del lecho en llamas. Como ella, al igual que las otras, había sido simplemente utilizada por la bestia, y ya no debía de tener ninguna importancia material para él, Kastrouni había supuesto que procuraría salvar primero su propio pellejo. En cualquier caso, aquella reacción lo beneficiaba y le daba una segunda oportunidad de escapar. Atravesó la destrozada puerta de la habitación en un parpadeo, recorrió el pasillo hasta la entrada y salió al limpio aire de la noche.

Detrás de él, el brillo del incendio se extendía rápidamente, como un resplandor de color naranja que asomaba por las ventanas cristaleras del pasillo. Oyó los roncos gritos de Khumeni en el interior. Luego, Kastrouni trepó por un muro bajo del jardín hacía un lado de la parte delantera del chalé, se acurrucó y miró hacia atrás.

Khumeni estaba saliendo con paso tambaleante por la puerta principal. Sostenía en brazos a la muchacha griega, a la que arrojó sobre la grava lejos del edificio. Volvió a entrar atravesando una gruesa cortina de humo que se escapaba por la puerta y borbotaba en columnas por los ventiladeros. Kastrouni había visto y hecho todo cuanto había estado en su mano; dio media vuelta para irse, pero se detuvo al oír un ronco grito de Khumeni. ¡La bestia lo llamaba por su nombre! Miró de nuevo hacia atrás.

Khumeni se hallaba de pie junto a la ventana abierta del segundo dormitorio. Arrojó a la noche a la joven inglesa, cuya parte superior del uniforme seguía cubriendo su esbelta figura. Era evidente que pretendía salvarlas a las tres. Sólo se detuvo para lanzar su amenaza desde la casa en llamas:

-¡Tú, Kastrouni! ¡Tú, Dimitrios, hijo de Costas! Empezaba a creer que habías muerto, pero ahora sé que no. Pues bien, es la última vez que interfieres en mis planes. Te encontraré, Kastrouni, dondequiera que vayas, ¡y entonces desearás haber muerto!

Kastrouni sabía que la amenaza de aquella criatura no era vana. Retrocedió, dio media vuelta y echó a correr en la oscuridad hacia la playa. Y detrás siguió oyendo una voz cada vez más lejana:

-¿Acaso lo dudas, Kastrouni? ¿Te atreves a dudarlo? Entonces veamos si puedes dudar de esto...

Y emitió una orden gutural, como un ladrido, en una lengua antigua o no terrestre. Una orden -¿o una invocación?- que finalizó con una palabra seca y claramente audible: «¡Demogorgo!»

La respuesta a la invocación fue inmediata.

Como si el anterior silencio sobrenatural hubiera sido un preludio o ensayo, las cigarras callaron en aquel mismo instante y el mar, que un momento antes golpeteaba la orilla en diminutas olas, quedó absolutamente en calma. Se notó entonces una tensión eléctrica, pesada y tangible como un hedor en el aire nocturno.

Kastrouni aminoró la velocidad de su carrera al notar que los guijarros lo hacían resbalar y se cobijó bajo un olivo solitario. Pero cobijarse ¿de qué? Sintió que el miedo

le martilleaba el pecho sin saber cuál era la causa. Bueno, temía a la bestia Khumeni, desde luego -¿qué hombre cuerdo no la temería?-, pero parecía tener miedo también a la misma noche y su siniestro silencio.

En la mar plateada parecía haber movimiento. Kastrouni lo vio por el rabillo del ojo y volvió la cabeza para mirar. Las nubes se estaban agrupando, formándose de la nada en un cielo despejado donde no debería haber sistemas nubosos. Al principio eran simples jirones, pero rápidamente se agruparon en un nubarrón con la forma de una extraña galaxia espiral... ¡que se desplazaba hacia la orilla!

¿Se desplazaba? No, era *empujada* hacia la orilla... ¡pero no soplaba el viento!

Kastrouni escudriñó el cielo con la mirada. En la extraña nube arremolinada restallaban pequeños rayos, venas parpadeantes de luz blanca que eran cada vez más brillantes. Y, a medida que aquella cosa se aproximaba a la orilla, su núcleo adquiría una densidad más definida un contorno. Lo que era aquel contorno, Kastrouni no lo sabía ni se atrevía a pensarlo, pero parecía tener ojos, que lo observaban como puntos sensibles de fuego desde lo alto. En el momento siguiente, los retazos de energía ya no eran tales, sino rayos con voluntad propia que, por fantástico que pareciera, caminaban sobre el mar, caminaban como...

... como algo que ya había visto antes, ¡en una noche de pesadilla en una tierra extranjera hacía más de veinte años!

Kastrouni echó a correr.

Corrió hacia los pinos, hacia su coche, por su vida.

Los rayos eran blancos; los ensordecedores truenos que los acompañaban traían consigo un vendaval que laceró a Kastrouni como si pretendiera levantarlo del suelo y derribarlo. El mar en calma se vio sacudido frenéticamente en cuestión de segundos, y la arena de la playa formó remolinos de polvo que se perseguían entre sí en todas las direcciones. En enero o febrero, Kastrouni habría esperado algo así. ¡Pero no en pleno verano!

La nube casi estaba sobre él, mas no se atrevió a mirarla. El rayo resplandecía y golpeaba el mar casi en la orilla, lanzando volutas de vapor hacia el cielo. Otra centella aterrizó esta vez en tierra firme. Y otra más, junto a los talones de Kastrouni. ¡La cosa iba a caer sobre él y aplastarlo contra el suelo!

El pinar pareció surgir de repente entre los remolinos de arena y el retumbar de los truenos. Kastrouni saltó entre los árboles. Su coche lo estaba esperando. ¡No, *dos* coches lo esperaban!

Se arrojó al suelo junto al tronco de un pino y sintió, más que vio, a alguien acercándose en la noche. Entonces, algo lo golpeó en la base del cráneo y todo se disolvió en el dolor y en una helada negrura...

Azotado por el viento, el inglés Willis se plantó sobre Kastrouni y le apuntó con su pistola, que tenía colocada un siniestro silenciador. El hombre que estaba en el suelo permaneció inmóvil, apagado como una cerilla.

-¡Bien! -susurró Willis, con su pronunciación tan perfecta como siempre, a pesar del temblor de su voz-. Muy bien. Nunca podrías haber huido de *eso,* mi desconocido amigo. Seguía tu miedo de forma tan implacable e imposible de desorientar como un perro de caza que rastrea la sangre de un hombre herido. Pero, al estar inconsciente, ya no sientes miedo y, por consiguiente, el rastro se pierde.

El rayo, confundido, se retiró hacia la playa, mientras la nube arremolinada comenzaba a perder parte de su cohesión. Willis utilizó la punta de su zapato de estilo impecable para volver a Kastrouni boca arriba.

-Ya ves, en realidad tendrías que darme las gracias por ese golpe en la cabeza, ¿no? -Se encogió de hombros-. Como quieras. Pero, ¿quién eres, y qué estabas

haciendo, eh, para atraer algo así sobre ti? ¿Estabas espiándolo? ¡Ah, griegos sigilosos, mugrientos y obscenos!

La nube se alejaba sobre el mar, retrayendo sus patas de fuego y dispersándose. El vendaval había cedido tan repentinamente como se había iniciado y las cigarras, con titubeos, empezaban de nuevo su canturreo. Willis se enjugó la frente, brillante por el sudor frío que la cubría. Pensó en alojar una bala en el cerebro del hombre inconsciente, mas luego desistió. No tenía instrucciones de hacerlo, y de hecho ni siquiera sabía quién era. Nadie, probablemente. Khumeni se había enfurecido al descubrir que alguien lo espiaba, eso era todo. En cuanto a la razón de que Willis le hubiese salvado la vida, no tenía otra elección. ¡En realidad, lo había tenido que hacer para salvarse a sí mismo! Un impacto directo del rayo -sobre el desconocido griego o, peor aún, sobre uno de los coches- habría podido matarlos fácilmente a ambos.

Willis se mordió el labio. Tal vez debía matarlo después de todo. Hincó una rodilla, apuntó la pistola a un lugar situado entre los cerrados ojos de Kastrouni y...

En la playa, un resplandor anaranjado que no había visto antes se volvió rojo. De pronto olió el acre olor del humo. A lo lejos, áspera como el ladrido de un perro enfurecido, resonó la voz de Khumeni que maldecía y lo llamaba por su nombre. Se incorporó y apartó el arma. ¿El chalé? ¿Ardiendo? ¿Qué diablos...?

Willis fue a su coche y abrió la puerta bruscamente. Lanzó una última mirada a la figura tumbada entre los árboles y entró en el vehículo. Ocurriera lo que ocurriese en el chalé, tan cerca de la carretera, tenía que llamar necesariamente la atención. Y pronto. Aquél había sido el plan de Khumeni, por supuesto: atraer la atención y despertar viejos temores y antiguos odios, pero no mientras él estuviera todavía en la isla.

Willis encendió el motor y los faros, puso la primera marcha y avanzó entre los pinos hasta la carretera. Cuando estuvo de regreso en el chalé, las llamas lamían casi todas las ventanas, y Khumeni, ataviado solamente con unos pantalones demasiado holgados y una bata, vociferaba enfurecido mientras iba y venía por el sendero de grava...

Segunda parte

1

Finales de mayo de 1983, poco antes de la medianoche; una finca privada cerca de Radlett, al norte de Londres.

Erigida en un terreno boscoso tras unos altos muros de piedra, la casa era de estilo isabelino restaurado, de tres pisos, construida en madera con buhardillas rematadas en altos picos, muy bonita y tremendamente cara. El único elemento discordante era un portal grande y moderno en el que predominaba el cristal y que se extendía como un vestíbulo hasta el camino alquitranado que conducía a la casa desde unas altas puertas de hierro.

El propietario era un delincuente de muchas campanillas que se había retirado hacía tiempo: Augustus «Gus» (más conocido en su juventud como «Gato») Carter, uno de los jefes de banda de los tiempos de apogeo del crimen en Londres y uno de los pocos que habían salido adelante con perfecta salud y ricos gracias a sus fechorías. Era una de las excepciones que confirmaban la regla de que «el que la hace, la paga». Pero a él la vida le había pagado muy bien. Otra excepción de la misma regla era Charles Trace, «Charlie» para su pequeño círculo de amigos, que estaba vaciando las vitrinas de exposición del estudio del piso superior de la casa de Carter. Las puertas del estudio estaban cerradas con llave, pero no la buhardilla por la que Trace había conseguido entrar.

«Gato» Carter y su mujer, que era mucho más joven que él, estaban en las Bahamas disfrutando de la primera de tres semanas de vacaciones; y mientras el gato estaba lejos, los ratones -sus tres hijos mayores de un matrimonio anterior, dos niños pijos mestizos y un joven debutante bien educado- hacían de las suyas. Abajo, las espaciosas habitaciones de estilo antiguo estaban abarrotadas por una muchedumbre de chicos marchosos y fans enloquecidas, que «bailaban» a los sones del ritmo martilleante y fuertemente amplificado de los Glue in Persons en persona. La camioneta del escandaloso grupo estaba aparcada en el jardín junto a los coches de los invitados. Un Volkswagen achaparrado, con el rótulo de Glue in Persons pintado con colores chillones en ambos lados y en el techo, resaltaba como un pulgar inflamado entre los Jaguars, Mercedes y Porsches. Incluso había un Rolls con chófer incluido, que dormía en el asiento trasero con la gorra cubriéndole los ojos.

Trace había trepado con sigilo y había entrado. La subida había sido sencilla, pues había hiedras, repisas y esquinas por doquier; la ventana de la buhardilla -encajada en el marco hasta que el cierre ya no cedía más- se había abierto de un solo golpe, y además hacia el interior. Y no había alarmas. A tres pisos del suelo, «Gato» Carter había pensado que el lugar ya era lo bastante seguro; él, de todo el mundo, tendría que haber sido más precavido. Trace había entrado con toda facilidad.

Sonreía de oreja a oreja mientras se llenaba los bolsillos de su traje de malla con algunas de las piezas más selectas de la colección de Carter: sus joyas de oro. Durante más de cuarenta años, el viejo bribón había estado reuniendo aquel tesoro: refinadas medallas y miniaturas de oro; cadenas de filigrana y tabaqueras de fantasía: guineas, medallones y colgantes; relojes de faltriquera y anillos, e incluso diminutos lingotes

alemanes. Una gran fortuna en su estado original, pero aun fundidas las piezas eran una pequeña fortuna. Trace se conformaría con ésta; no había un solo tratante de Londres que intentase pasar joyas de Carter tal como eran, pero había muchos que las aceptarían en forma de pequeños lingotes bastos y anónimos.

Oro: una eterna debilidad del viejo Carter y una forma de vida para Charlie Trace. El primero había vivido para reunirlo y admirar su gran belleza, mientras que al segundo no le interesaba su aspecto, sino que lo robaba para vivir, que era lo que sabía hacer mejor. Robar para vivir, sí, y muy probablemente para morir, si «Gato» Carter descubría al autor de aquel trabajito...

Cuando tuvo los bolsillos llenos de más de tres kilos de chucherías (si un botín como éste podía describirse así), Trace se sintió satisfecho por fin. Le pasó por la cabeza la idea de hacer dos viajes, pero la rechazó. Habría sido tentar demasiado a la suerte. Sabía que el viejo Carter estaba en las Bahamas, pero la fiesta había sido una ventaja. Mejor dejarlo así.

Como el ruido de la fiesta ya era ensordecedor y retumbaba por toda la casa con sus vibraciones ligeramente estremecedoras, Trace se permitió el lujo de tranquilizarse un poco y salir lo más rápido posible. Podía bajar deprisa sin preocuparse demasiado de si hacía algo de ruido. Mucho mejor para él, puesto que sabía por experiencia lo que podían empujar a un hombre hacia el suelo tres o cuatro kilos de oro.

Por suerte, el estudio de Carter estaba situado en la parte trasera de la casa y los dormitorios posteriores del primer piso todavía no estaban ocupados, o al menos no estaban iluminados. Al pasar junto a una de las ventanas, Trace miró en el interior y vio que se había equivocado en aquel caso: tres cuerpos desnudos entrelazados en una cama en la oscuridad. Un tío con dos chavalas. ¡Qué suerte tenía el cabrón! Pero Trace no esperó a que sus ojos se adaptaran a la negrura de la habitación. En cualquier caso, prefería participar a observar. Momentos después, se hallaba en el suelo.

Manteniéndose lo más cerca posible de los árboles y arbustos, cruzó el jardín en pocos minutos y trepó por el muro exterior. Oculta entre los matorrales lo aguardaba Black Bess, una Triumph Speed Twin de 500 cc, antigua pero mantenida de manera excelente, con un cambio de marchas Slickshift. Llenó rápidamente las bolsas gemelas y colocó los fondos falsos, se ajustó el casco y empujó la moto entre los matojos hasta la carretera. A aquella hora de la noche pasaba muy poco tráfico, pero encontraría más al aproximarse a Londres.

Antes de encender el motor de la motocicleta, se dio unas palmadas en el bolsillo superior del lado derecho para asegurarse de que allí seguía la pequeña cartera de documentos que contenía el carné de conducir, la póliza de seguros y la licencia de circulación, y asintió con satisfacción. El impuesto de circulación, por supuesto, estaba pagado. No quería líos por una ridícula multa de tráfico, no con todas aquellas cosas doradas en las bolsas. Ni por tener un accidente.

Así, a pesar de que su moto podía soportar una tonelada de peso sin que su motor resollara, se tomó con calma el viaje de regreso a casa, conduciendo con cuidado en la noche de verano. Llegó a su piso de Highgate, moderadamente bonito, poco después de la una de la madrugada. Aparcó la moto en un cobertizo que tenía en su diminuto jardín, cargó con las bolsas y entró en la casa, cruzó el vestíbulo común y subió en silencio a su piso.

Sin vaciar las bolsas, se puso una bata, se sirvió una copa y tomó asiento frente a una ventana panorámica que se asomaba a Londres. Desde aquí tenía una vista privilegiada de la ciudad. Veía por doquier luces parpadeantes y la bruma nocturna y podía sentir el calor de millones de personas en la noche; e, incluso a aquella hora, notó más que oyó un zumbido: el palpito de un corazón gigantesco a punto de dormirse.

Siempre tenía un efecto relajante en Trace. Le despejaba la mente y le permitía pensar despacio, de forma metódica y clara.

Pensó en lo de esta noche: el trabajo que acababa de realizar en Radlett. Todo había salido a las mil maravillas. ¿O no? Sin embargo, sentía una cierta inquietud. Trace encontró la desazón, la sujetó bien y la escudriñó.

Era un coche, de color negro brillante, quieto, agazapado en la carretera y extrañamente amenazador, como una criatura más que una máquina, que tenía por ojos unos faros amarillos cubiertos. Trace vio de nuevo el coche en su imaginación. Lo vio en los retrovisores de la moto, como una enorme cochinilla mecánica que lo seguía unos ciento cincuenta metros más atrás. Extranjero, francés quizá. Lo había localizado casi inmediatamente después de que él se fuera de la finca de Carter y lo había seguido (o eso le había parecido) casi la mitad del camino hasta su casa. Se preocupó un poco. ¿Un coche patrulla camuflado? ¿Un «poli» fuera de servicio que sospechaba de los motoristas nocturnos? ¿O, peor aún, un perro guardián de Carter...?

En un momento dado, el coche aceleró y lo rebasó como una sombra. El conductor, que estaba oculto entre las sombras, ni siquiera lo miró; sólo siguió sentado con la vista clavada en el frente. Poco después, los nervios de Trace dejaron de estar erizados.

Luego, en la autovía North Circular, justo al lado de la salida de Golders Green, en un cruce en que las luces se volvían hacia él... otra vez aquel coche, o uno muy parecido. Agazapado en ángulo recto a su ruta. Con los ojos entornados. Su conductor era una mancha negra tras el parabrisas, el cerebro de la bestia. Era extraño que el coche le pareciera más importante que el hombre que lo conducía. Y, sin embargo, no era tan raro; la evidencia de que la máquina era una mera extensión de su conductor había sorprendido a Trace. Debía de ser un hombre casi mecánico, un hombre frío, quienquiera que fuese. Trace recordó haber pensado eso justo antes de que el semáforo se pusiera en verde para el coche y éste arrancase, a escasos centímetros de su rueda delantera, cruzara la calle y desapareciera en la oscuridad. Una vez más, el conductor no le había dirigido la mirada, y una vez más los nervios se le habían puesto a flor de piel...

Trace se sirvió otra copa y sorbió el licor mientras la secuencia de acontecimientos volvía a sucederse en su mente. Una coincidencia, eso era todo. Y una imaginación desbocada. El coche era un Citroën o algo así, un modelo reciente o, por lo menos, uno que no resultaba familiar a Trace. Y, con toda probabilidad, habían sido dos coches y no sólo uno. La situación había parecido siniestra por las circunstancias: un caso sencillo de mala conciencia. Trace lo apartó de su mente.

Apuró la copa, puso en el tocadiscos un LP de Ray Charles bien cuidado, viejo pero no rayado, y bajó el volumen. Tras esconder el botín en un compartimiento situado detrás de un panel de poliestireno suelto del techo, se dio una ducha de agua caliente. Se secó con la toalla mientras el disco estaba terminando, guardó éste con mimo, apagó las luces y se fue a dormir.

... Y se despertó en un instante. Tras haber dormido apenas un momento o dos. O eso parecía.

Por un momento, caos.

Había estado soñando.

En la noche anterior.

En el oro.

En el coche negro.

Y entonces... el teléfono.

Volvió a sonar. Su voz tintineante exigía que le prestase atención. Trace se sentó

en la cama. ¿Las nueve de la mañana y alguien lo llamaba? ¿A estas horas? ¿Qué demonios...?

Sus amigos sabían que nunca se levantaba antes de las diez.

Por tanto, si no era un amigo... ¿quién era?

Saltó de la cama y fue al teléfono con paso vacilante. Resistió el impulso de levantar violentamente el auricular.

-¿Sí? -gruñó.

-¿Charles Trace? -preguntó una voz masculina que Trace desconocía y con acento posiblemente griego. O tal vez sí lo conocía; había un fundidor griego al que a veces recurría en Dockland.

-Sí, soy yo. ¿Quién habla? -preguntó, reprimiendo un bostezo.

La voz pareció suspirar -¿de alivio?- y dijo:

-Usted no me conoce... pero yo sí lo conozco. En parte, al menos. ¿Podemos vernos?

Había en su voz una prisa mal disimulada; aunque de manera críptica y silenciosa, le rogaba que no hubiera preguntas ni discusiones. Trace sintió que se le aceleraba el pulso y supo que era importante.

-¿Sabe dónde vivo?

-Sí, está en la guía telefónica. Es donde he encontrado su número... pero no, allí no. En otro sitio...

Trace lo pensó unos instantes.

-Cerca de donde vivo hay un bar, uno grande, en la esquina, es un local tranquilo y conozco al dueño. Podemos vernos allí si lo prefiere. ¿Cuándo?

-No..., no estoy seguro. Estoy en el aeropuerto de Gatwick. ¿Cuánto tardaré en taxi?

-¿Eh? -Trace, todavía no despierto del todo, se sintió intrigado-. ¡Por Dios, no lo sé! -exclamó, encogiéndose de hombros-. Una hora, u hora y media. Mire, cuando llegue quédese sentado. Avisaré al dueño del bar de su llegada y él me llamará. Sólo dígale que espera a Charlie, ¿vale? ¡Eh!, ¿seguro que ha encontrado al Charles Trace que busca?

-¡Oh, sí! Estoy seguro. Hasta luego...

Y el teléfono se quedó sin comunicación en la mano de Trace. Terminado. ¡Qué raro!...

Llamó al bar The Ship y habló brevemente con el dueño. Desayunó con desgana un huevo pasado por agua, tostadas y un café. Después se mojó la cara con agua fría, se afeitó y se vistió. Y empezó a darle vueltas al asunto.

Un griego en Gatwick -probablemente acababa de bajar de un avión- que no conocía Londres pero sabía quién era él, y quería hablar con él urgentemente. ¿Sobre qué? Trace no quiso preguntárselo por teléfono. Podría ser algo que él no quería oír... no sin saber quién lo decía. No tenía ninguna conexión con Grecia, ¿no? Nada de eso. Entonces, ¿qué?

¿Y qué había de la noche anterior y el coche negro? ¿Alguien quería apretarle las tuercas? Pero, en tal caso, ¿por qué llamar desde Gatwick? ¿Y no habría habido algún tono amenazador en su voz? ¿Una insinuación de una sonrisa maliciosa?

No obstante, Trace no tuvo ocasión de dar muchas vueltas a la cuestión, pues cuando terminó de vestirse volvió a sonar el teléfono. Se sobresaltó, pues no estaba acostumbrado a recibir tantas llamadas.

-¿Charlie? -En esta ocasión la voz era femenina, dulce y ligeramente seductora.

-¿Jilly? ¡Hola!

Jilly era su amante actual. Lo pasaba muy bien con ella, pero era un poco tonta.

Ella se lo había ligado en un bar hacía un mes. Se veían dos o tres veces a la semana y pasaban la noche allí o en casa de ella, donde pareciera mejor en cada momento. Él no iba en serio con ella y esperaba que el sentimiento fuese mutuo. Si el asunto se ponía demasiado formal, se pondrían las cosas feas para él y tendría que cortar. No tenía tiempo para relaciones permanentes; o, mejor dicho, aquel tipo de relación no lo atraía. Desde luego, no con Jilly. Un cuerpo bonito es estupendo, de acuerdo, pero también tenía que haber algo de cerebro. Trace no pensaba que fuese una actitud cínica. Si él la utilizaba, no lo hacía más que ella a él.

-Te llamé ayer noche -dijo ella, y Trace se imaginó su bonita boca dibujando unos absurdos pucheros-, pero habías salido. Y, como no podía dormir, volví a llamarte a las doce y media... ¡y todavía no habías vuelto!

Trace suspiró. Sonaba mucho a lo que temía que pudiese ocurrir.

-¿Ah, sí? Bueno, la verdad es que salgo, ¿sabes?

-Ya -repuso ella, airada-. No quiero atosigarte. ¿Voy para allá?

-¿Qué, ahora?

-¡Bueno, es sábado! Creía que íbamos a salir.

Trace meneó la cabeza, molesto, y replicó:

-Mira, Jilly, esta mañana estoy ocupado. ¿Qué te parece si te llamo esta noche, eh?

-¡Oh! -La joven parecía decepcionada.

Trace sintió que comenzaba a enojarse. Pronto llegaría el momento de cortar. Pero suavemente, si era posible.

-Reservaré una mesa -dijo-. Luego podemos ir a un casino un par de horas, y por último a tu casa, ¿vale? Iremos en tu coche.

-De acuerdo -respondió ella, más alegre-. ¿A las ocho y media?

-Hecho. Hasta luego.

Cuando fue a colgar, oyó que ella le mandaba un beso. Normalmente le respondía con otro, pero esta vez no lo hizo. Un corte de comunicación lento fue la respuesta. En cualquier caso, Jilly era el menor de sus problemas.

Llamó a un perista de Holloway Road, una «librería de segunda mano», y cuando oyó la voz que conocía dijo:

-Joe, soy Charlie. Te dije que tendría unos libros. Pues ya los tengo. No tengo mucha prisa, pero me gustaría pasártelos pronto de todas maneras.

-¿Cuántos libros, Charlie? -El acento de Joe Pelham era totalmente *cockney*[2], bronco como la grava y sólo una pizca cauteloso.

-Casi cuatro kilos.

-*¡Fiu!* -silbó Pelham, y agregó-: ¿Has sido mal chico? ¡Debes de haber limpiado toda una jodida biblioteca!

-¿Cuándo? -dijo Trace, sin poder reprimir una sonrisa.

Se oyó un rascado cuando Joe se frotó en actitud pensativa su sempiterna barba de varios días.

-Hasta el martes por lo menos no podré quedármelos, colega. En realidad depende de los libros. O sea, ¿es mucho jaleo? ¿Son primeras ediciones, o qué? ¿Son la clase de ediciones que la gente va buscando?

-No -respondió Trace-, no ahora mismo. Pero no creo que debieras guardarlos mucho. Tal vez haya gusanos y más te vale que no tengas una plaga. Acabo de conseguirlos de la viuda de un coleccionista. Tal vez prefieras hablar con alguien del oficio, dividirlos, como...

---

[2] Acento típico de Londres. *(N. del t.)*

-Déjame que yo me encargue de eso, chaval -lo interrumpió Pelham-. Por cierto, ¿quién es el difunto? ¿Un coleccionista, has dicho? ¿Alguien que yo conozca?

-No te gustaría saberlo, Joe -contestó Trace-. Es morboso. Bueno, ¿cuánto me darás?

-Lo usual: sesenta por ciento del valor nominal. Es lo máximo que puedo, dadas las circunstancias... y, de hecho, seguramente es demasiado, con todos esos gusanos y líos. En cualquier caso, es bastante; por eso no podré tenerlos hasta el martes.

-Vale. El martes, pues. Llámame cuando estés a punto.

-Cojonudo, chaval -gruñó el otro-. Hasta luego...

Las habitaciones del piso superior y la barra de The Ship estaban decoradas como el supuesto interior de un galeón. A Trace siempre le había parecido de mal gusto y prefería beber abajo, donde había reservados de cuatro asientos que permitían una cierta intimidad. Cuando entró, tras la llamada telefónica del dueño, vio a media docena de clientes habituales en la barra, donde el amo estaba sirviendo unas pintas; un tipo ya anciano, pero vigoroso, alto y recio, estaba sentado en uno de los reservados y tenía entre las manos una pinta que todavía no había probado. Detrás de la barra, el dueño miró fijamente a Trace y movió la cabeza hacia el hombre del reservado. Trace pidió una cerveza, se la llevó consigo y se sentó frente al extranjero.

Se miraron durante largos momentos. Trace tuvo la impresión de que el otro buscaba alguna marca o señal en su rostro, algún indicativo de su identidad.

Trace vio a un griego, pero más moreno que la variedad habitual en Londres, de rasgos atractivos y curtidos. Su aspecto era completamente mediterráneo; sólo había una excepción a aquella impresión general de paredes amarillentas, olivos y burros acarreando agua: eran sus cabellos. Su pelo era blanco. No había ningún rastro de negro en ellos. No podría haber sido más blanco si hubiese sido un albino. Incluso para un hombre de poco menos de setenta años, como debía de tener el griego, aquella blancura de nieve era en cierta manera antinatural...

Aparte de eso... el griego podía aparentar fácilmente tener unos cincuenta años, puesto que sus ojos eran castaños y muy despiertos, casi ansiosos. De hecho, eran casi febriles, con una especie de atención de animal atrapados en ellos. Unos ojos jóvenes y preocupados en una cara anciana. Un espíritu joven en un cuerpo viejo. Así fue como Trace lo vio.

En el frío ambiente del reservado y bajo la minuciosa observación de Trace, el griego sintió un escalofrío. Su traje, pese a ser ligero, era de corte caro; el anillo que lucía era de oro macizo y pesado; cuando encendió un cigarrillo, el primero de un paquete de Karelias, Trace vio que el encendedor también era de oro. Era obvio que no le faltaba el dinero. También resultaba evidente que había venido directamente de Grecia. Para ver a Trace. Pero, ¿por qué?

Lo que el griego vio fue esto:

Un hombre que sabía que tenía unos veinticinco años de edad pero que, como él mismo, parecía más joven; un hombre alto y delgado, nervudo y de caderas estrechas; un hombre que fruncía el entrecejo deprisa y sonreía muy despacio, con un gran peso invisible sobre sus estrechos hombros, aparentemente enorme y desproporcionado para su fuerza, pero que acarreaba sin protestar. Un hombre pálido con un manojo de cabellos finos de color trigueño y finas cejas castañas sobre unos ojos verdes e inteligentes, y una nariz curvada muy levemente, pero no hasta el punto de estropear las

líneas, en general bien trazadas, de sus rasgos. Un hombre joven, sí, pero totalmente autosuficiente y mucho más sabio de lo que sus años podían permitirle. O tal vez mucho más estúpido. Y un hombre al que no le gustaba mucho que lo escrutaran de aquella manera.

-Soy Charles Trace -se presentó Trace con brusquedad, sin extender la mano-. ¿Y usted...?

El otro hombre meneó la cabeza negativamente.

-Por el momento, mi nombre es irrelevante. De hecho, saber mi nombre podría ponerlo en grave peligro. Y usted ya tiene suficientes problemas.

Los pensamientos y las emociones de Trace daban vueltas como un torbellino, pero no permitió que se manifestase ninguna señal externa de su agitación. Sólo podía querer apretarle las tuercas, chantajearlo. El griego tenía algo y estaba a punto de amenazarlo con hacerlo público. Tenía que ser eso. ¿Qué, si no?

-Yo no tengo problemas, señor... eh... Irrelevante -repuso, con una sonrisa forzada-. *Usted* tiene los problemas; de lo contrario, no habría venido a verme. Y, como no me gusta ocuparme de los problemas de los demás, me parece que está perdiendo el tiempo. O, como mucho, trabaja con información inútil. Pero basta de palabrería: ¿quién lo ha enviado, y qué es lo que quiere de mí?

-No quiero nada de usted. Le traigo algo. Un aviso. ¿Y usted cree que vengo con un encargo, como un mensajero? Nadie me ha enviado, Charles Trace. En realidad, debo de estar loco por haber venido aquí, porque al hacerlo puedo haber puesto en peligro mi propia vida.

Trace percibió que hablaba en serio. Pero, ¿un aviso? ¿Y toda aquella cháchara sobre vidas en peligro...?

-Mire, esto no nos lleva a ninguna parte -dijo Trace-. Si no me cuenta ahora mismo de qué trata todo esto, me largo.

El extranjero se inclinó sobre la mesa, abrió los labios para mostrar sus apretados dientes y clavó la mirada en Trace.

-Tal vez no me ha oído -siseó-. ¡Mi vida está en la cuerda floja simplemente por estar aquí! ¡Dé gracias de que haya venido, cabrón inglés, o seré yo quien se vaya!

Trace hizo ademán de incorporarse, pero el griego lo agarró por la manga de la chaqueta, lo obligó a sentarse de nuevo con una fuerza sorprendente y lanzó sobre él una repentina avalancha de información... sobre el propio Trace.

-Se llama Charles Gordon Trace y su madre fue evacuada de Chipre a principios de 1958 para darle a luz. Se llamaba Diana Trace. Estaba soltera; era enfermera del QARANC, una joven preciosa. Lo sé porque la vi una sola vez, la misma noche en que usted fue concebido. También vi a su padre... ¡y juré matarlo! Desde entonces, bastante he hecho manteniéndome con vida. Pronto su padre vendrá a buscarlo y yo sé por qué. Por eso mi vida está en juego y por eso usted corre tanto peligro. Hablo en serio, Charles Trace: ¡un peligro terrible! -Soltó el brazo de Trace y se sentó, visiblemente más calmado-. Ahora, si quiere irse... -y señaló la puerta con un corto movimiento de cabeza-. Adelante, márchese.

Trace permaneció inmóvil, pero miró hacia el bar. Estaban demasiado lejos -demasiado aislados por el reservado- para que su conversación, por acalorada que fuese, pudiera atraer mucho la atención. Se alegraba de ello, pues sentía que su propia sangre comenzaba a calentarse.

-Verá, no me gusta que me oculten cosas. Un poco de conocimiento no es bastante, no para mí. No quiero saber sólo una parte, sino todo. Y sólo me interesa la verdad, porque las mentiras no conducen más que a la confusión. Hasta ahora, ha guardado secretos y ha dicho mentiras. No me inspira mucha confianza.

-Señor Trace -comenzó el otro hombre de inmediato-, le aseguro que yo...

-Mintió al decir que había encontrado mi número y mi dirección en el listín telefónico. ¡Están en él, claro, pero junto a Dios sabe cuántos otros «C. Trace»! Así que, ¿cómo podía estar seguro de que yo era el que buscaba, eh? ¿Es probable que haya venido desde Chipre o desde donde sea, sin hacer primero algunas investigaciones caseras? No, creo que hace tiempo que está interesado en mí. Me ha vigilado, me ha controlado -«¿El coche negro?», pensó-, hasta que ha creído que tenía algo sobre mí. ¡Creo que ahora va a hacerme algún tipo de chantaje y que el resto, todo eso sobre el «peligro» y las «vidas en la cuerda floja» es pura mierda!

-Señor Trace, yo...

-... Pero hasta ahora no lo está haciendo muy bien. Para empezar, sus averiguaciones no son correctas. ¿Ha dicho que mi padre vendrá a buscarme? Mi padre murió en Chipre, en un accidente de coche en las montañas Troodos en septiembre de 1957. Entonces era novio de mi madre y un joven teniente del RAMC.[3] Por eso ella estaba soltera cuando yo nací. Su nombre, por cierto, era...

-... El teniente Gregory Solomon del RAMC no era su padre -dijo el griego, dejando sin palabras a Trace-. El nombre de su verdadero padre... -Hizo una pausa, meneó la cabeza y apartó bruscamente un mechón de cabellos canos y húmedos de su curtida frente-. Su verdadero padre tenía muchos nombres. Mire, la historia es larga. Para contársela entera necesitaré una hora, tal vez dos. Pero le aseguro que no he venido a chantajearlo, ni tampoco soy ningún mentiroso. Bueno, admito que ya sabía quién era antes de venir. Claro que he hecho investigaciones (¡las he estado haciendo durante un cuarto de siglo!), pero no podía permitir que supiera demasiadas cosas demasiado pronto, porque eso habría podido ahuyentarlo. Por favor, créame ahora, Charles Trace: no tiene nada que temer de mí. Pero pronto, muy pronto, tendrá muchos motivos para tener miedo. Y yo soy la única persona de todo el mundo que puede ayudarlo.

Trace se sentía cada vez más inseguro y comenzaba a demostrarlo. Al notarlo, el griego lo apremió:

-Déjeme buscar algún dato pequeño pero significativo que pueda convencerlo, algo que no cabría esperar razonablemente que ningún otro hombre supiera de usted.

-¿Como qué? -inquirió Trace, entornando los ojos.

-Como éste: el hecho de que no es físicamente... perfecto.

Trace sintió un cosquilleo en el pie izquierdo e hizo un esfuerzo por no mirarlo.

-¿Existe alguien físicamente perfecto? -preguntó.

El griego parecía esperar una reacción más enérgica. Ahora estaba sudando de manera abundante.

-Mire, no podemos quedarnos aquí. Es casi tan malo como estar al aire libre. Tal vez él haya ordenado que lo vigilen incluso ahora.

-¿Quién?

-¡Maldito sea... si es que no lo está ya! -exclamó el griego, que se inclinó hacia adelante y lo agarró de nuevo de la manga-. ¿No ha oído lo que le he dicho? Estoy hablando de su padre: ¡su *verdadero* padre!

De súbito, Trace quiso saber desesperadamente a qué se refería. Había algo especial en el griego: una insistencia que exigía que le creyera. Desde luego, exigía que lo escuchase.

-Una última cosa -añadió el griego antes de que Trace pudiese contestar- y créame que sólo utilizo esto como último recurso. No me gusta...

Su tono de voz había cambiado; ahora estaba lleno de compasión, lleno de...

[3] Real Cuerpo Médico del Ejército. *(N. del t.)*

¿lástima?

-Adelante -lo animó Trace, mirándolo fijamente a los ojos.

-Su madre -dijo el griego-. Está en un manicomio suizo.

Trace echó el cuerpo atrás y soltó el brazo de la presa del griego. Por unos momentos, palideció.

-¡Está... descansando! -siseó-. Tuvo una crisis nerviosa de niña y...

-Es una demente -insistió el otro-. Jamás se recuperará.

Trace se hundió en el asiento y lanzó una mirada feroz al griego.

-¡Cerdo! -le espetó-. ¿Qué demonios pretende?

-Escuche, yo no quería herirlo -explicó el hombre, levantando las manos en señal de disculpa-. En realidad, no importa que esté loca, porque no hay nada que podamos hacer al respecto. -Vio que los ojos de Trace se encendían como brasas y se apresuró a continuar-. Lo importante es esto: sé qué es lo que la hizo enloquecer. ¡Es el mismo mal oscuro que ahora lo amenaza a usted!

Trace sacudió la cabeza, hizo un esfuerzo por sentarse más erguido, alargó una mano temblorosa hacia la jarra de cerveza y la apuró de un solo y largo trago.

-Está bien, me ha convencido -admitió por fin, y se encogió de hombros con gesto cansino-. ¿Dónde podemos hablar? ¿Dónde puedo escucharlo mientras saca esa... esa cosa, sea lo que sea... de su pecho? ¿Ha dicho que mi casa no es un lugar seguro?

-No, podrían estar vigilándolo -contestó el griego, meneando la cabeza-. Llame a un taxi; iremos a mi hotel. Mientras venía me detuve en cierto lugar y alquilé una habitación. También dejé allí mis maletas. En ellas hay algunas cosas que quiero enseñarle.

-De acuerdo -asintió Trace-, y cuanto antes, mejor. Quiero resolver esto, ¡ahora mismo!

2

En el taxi, Trace preguntó:

-¿Ha venido directamente de Chipre?

-No -respondió el griego-. Nunca he venido de Chipre, excepto al principio. He llegado desde Atenas, pero también podría haber venido de Karpathos, Roma o incluso París. Tengo negocios en los cuatro sitios. Es decir, soy un socio oculto en distintas empresas de esos lugares. Así es como consigo financiarme y permanecer lejos de la atención pública. Verá, señor Trace: soy un fugitivo. Lo he sido durante casi cincuenta años y en medio siglo se aprende a hacer esta clase de cosas. Mi dinero se ingresa en una cuenta numerada de Suiza... como el suyo.

Trace, estupefacto, no pudo reprimir un tic nervioso. El griego lo vio y sonrió por primera vez.

-Investigaciones caseras -explicó.

Trace se mordió el labio y se esforzó por disimular su confusión.

-¿Karpathos? ¿No están en Rumania?

-Usted no ha viajado mucho, Charles -se burló el griego-. Está pensando en los Cárpatos, una cordillera. No, Karpathos es una isla del archipiélago del Dodecaneso, en el mar Egeo. Tiene una capital y un par de pueblos. Hasta hace poco era, en buena medida, un lugar desconocido, olvidado en los extremos de la civilización. Ahora, gracias al turismo, es una zona un poco más animada. Tengo una próspera vinatería en Pighadia, la capital.

-Muy poco cosmopolita -comentó Trace.

-Mi interés por Karpathos no es una mera cuestión de negocios -replicó el griego en tono más agrio-. No, porque en la isla hay más cosas de las que parece a simple vista. Un monasterio en las montañas, por poner un ejemplo. Al menos lo había hace muchos años. Allí sólo hay ahora un viejo y un puñado de criados..., un hombre anciano antes de tiempo y la cosa que vigila...

Era demasiado críptico para Trace. Sin duda, el griego acabaría revelando todo lo referente a esa cosa con el tiempo, pero sólo cuando él quisiera. Iba a ser muy frustrante, resolvió Trace. Y comenzaba a depender demasiado de pensar en el griego como «el griego». Por eso dijo:

-Antes de que sigamos más allá, todavía no sé su nombre. Y, por cierto, no me gusta que me llame Charles.

El otro se encogió de hombros.

-Entonces lo llamaré señor Trace.

-Quiero decir que mis amigos me tutean y me llaman Charlie.

-¿Somos amigos, entonces? -preguntó el griego, arqueando una ceja.

«¡Cuidado con los griegos que traen regalos!»,[4] pensó Trace, y dijo en voz alta:

-Al menos, mientras no demuestres lo contrario. -A decir verdad, no podía evitar que le cayera bien este hombre-. De modo que, ¿cómo puedo llamarte?

-Muy bien -asintió el griego-. Escucha mi nombre y utilízalo cuando me hables; pero en todas las demás circunstancias olvida que lo has escuchado. Soy Dimitrios Kastrouni.

El nombre no tenía ningún significado especial para Trace.

---

[4] Famosa frase de Laocoonte al contemplar el Caballo de Troya. *(N. del t.)*

-De acuerdo, Dimitrios -dijo-. ¿Tú también eres un fugitivo, entonces?

-En efecto. Soy un fugitivo en dos sentidos. Hace mucho tiempo maté a un hombre. Pero eso fue hace cincuenta años. No creo que a nadie le importe mucho ya, pero me sirvió para enseñarme muchas cosas acerca de cómo sobrevivir. Lo necesitaba, porque desde entonces he sido un fugitivo de tu padre. ¡Y él es absolutamente implacable!

-Te diré una cosa -replicó Trace, mostrando de nuevo signos de exasperación-, mientras por una parte me siento inclinado a escucharte, ¡afirmaciones como esta última parecen pensadas deliberadamente para desconcertarme! Mataste a un hombre y has estado huyendo durante cincuenta años. Muy bien. ¡Pero ahora huyes de mi padre... que sé que murió antes de que yo naciera, a miles de kilómetros de aquí, en un accidente de coche! ¿Por qué demonio se supone que debo tomarte en serio?

-Por el demonio, sí -repuso Kastrouni. Miró por la ventanilla y vio que el cielo se oscurecía, en lo que parecía el inicio de una tormenta de verano. Sus ojos oscilaron nerviosamente de un cuadrante del cielo al siguiente, mientras un tic nervioso tensaba la comisura de su boca, y repitió-: Sí, por el demonio...

Trace suspiró y probó una vía distinta.

-Has dicho que Greg Solomon no era mi padre. Pero mi madre me dijo muchas veces, innumerables veces, que sí lo era. ¿Por qué debo creerte? ¿Qué pruebas tienes para hacer semejante afirmación? ¿Y *quién* fue mi padre, si no fue Solomon?

-¿Quién? -exclamó Kastrouni, mirándolo fijamente-. Más bien deberías preguntar qué. «Qué» es él, no «quién».

Trace lo entendió como que su padre era algo -alguien- importante, al menos en el mundo de Kastrouni.

-Vale, ¿«qué» es él?

-¡Demogorgo!

-¿Eh? Jamás oí hablar de eso.

-No ha viajado -murmuró Kastrouni, casi para sí mismo-. Ni tampoco ha leído mucho. Cínico. Ningún vicio auténtico... salvo que le gustan demasiado las chicas. Pero en estos tiempos... -Se encogió de hombros-. Y ninguna mancha, ningún estigma aparente en su cuerpo. Superficialmente, podría haberme equivocado. Pero su madre fue Diana Trace y, aunque no parece tener ningún medio de vida seguro, no es pobre y tiene una cuenta numerada en Suiza. De modo que, ¿cómo se gana la vida... y por qué tiene miedo a un chantaje? Tal vez haya algo de su padre en él, después de todo.

Miró a Trace por debajo de su espeso ceño fruncido y luego volvió a contemplar el cielo cada vez más oscuro a través de la ventanilla. Se hundió en su asiento al ver nubes de tormenta reuniéndose sobre el corazón de Londres. A los lejos restalló un rayo y Kastrouni se acurrucó todavía más.

-¿Te dan miedo los rayos? -preguntó Trace.

Sorprendido por la pregunta, Kastrouni se irguió.

-¿A ti no te asustan? -replicó, y añadió-: ¿No sabes que en Tierra Santa, en la época bíblica, e incluso actualmente en ciertas regiones del Mediterráneo, la gente creía que el diablo caminaba sobre la tierra durante las tormentas eléctricas?

Habían llegado a su destino: una especie de motel cercano a Brent Cross, nada especial. Mientras Kastrouni pagaba apresuradamente al taxista, Trace fue corriendo a la entrada. Había empezado a llover: gotas calientes y pesadas que marcaban la ropa ligera como manchas de tinta, y los truenos eran audibles incluso sobre el fuerte ruido del tráfico. Kastrouni estaba moteado como un perro dálmata cuando al fin se reunió con Trace bajo la marquesina de la entrada.

-¿Qué prefieres tomar? -le preguntó, entrando el primero.

-Whisky -contestó Trace-, con un poco de hielo y agua.

Kastrouni se dirigió a la recepción, habló con un joven vestido de uniforme pero de aspecto descuidado, con granos en la cara, e hizo una seña a Trace para que lo siguiese a su habitación del piso superior. Sorprendentemente, la habitación estaba limpia y arreglada; tenía ventanas grandes y amplias que permitían la entrada de mucha luz y estaba equipada no sólo con una cama grande y baño, sino también con un par de cómodas sillas. La inevitable Biblia de los Gideons[5] estaba sobre una mesita de noche; no había televisor, y la alfombra alcanzaba de pared a pared. Parecía un lugar tan bueno como cualquier otro para mantener una conversación.

Trace se excusó y utilizó el lavabo. Cuando salió, vio que Kastrouni había corrido las cortinas y encendido la luz. Antes de que pudiera hacer ningún comentario, el griego aclaró:

-Sí, tienes razón. No me gustan las tormentas.

Llamaron suavemente a la puerta y Kastrouni la abrió. Regresó con una bandeja que contenía vasos, una jarra de agua helada y dos botellas de medio litro. Una de las botellas era Courvoisier y la otra Johnnie Walker.

-¿Courvoisier? -inquirió Trace, arqueando una ceja.

-Para mí -dijo Kastrouni-. En cuestión de coñac, pago lo que sea. Todos los demás licores son de segunda clase. Y es mi obligación saberlo porque estoy en el negocio. Mi familia se ha dedicado a esto desde hace... mucho tiempo. -Sirvió las bebidas y pasó un vaso a Trace-. ¡Salud!

-¡Salud! -coreó Trace; levantó el vaso y sorbió un poco.

Sin más preámbulos, salvo para encender de vez en cuando un cigarrillo o volver a llenar los vasos, Kastrouni contó su historia: cómo había salido de Chipre la primera vez; habló de Guigos y Corozaín; luego continuó con Khumeni y aquella noche de revelación y horror confirmados en el chalé de la carretera de la costa al norte de Lárnaca. Dio pocas explicaciones; lo contó tal como había sucedido, o como creía que había pasado, dejando el resto y muchos detalles innecesarios a la inteligencia y la imaginación de Trace. Si el inglés quería saber más, ya lo preguntaría.

Lo hizo.

-¿A qué estás enganchado, Dimitrios? -dijo en voz baja cuando pareció que Kastrouni había terminado.

-¿Enganchado? -exclamó el otro, perplejo al parecer.

-¿Qué es lo que tomas? ¿A qué veneno eres adicto?

Trace observó con atención su reacción... y quedó decepcionado.

-¿Adicto? -Por fin, Kastrouni abrió los ojos al comprender-. ¡Ah! ¿Quieres decir drogas? -Meneó la cabeza-. No tengo grandes vicios, ni nunca los he tenido. A menos que cuentes el tabaco como un vicio.

Trace se frotó la barbilla y tomó un sorbo de whisky. Permaneció sentado pacientemente largo rato. Tal vez demasiado.

-No puedo creer en sátiros -declaró-. Pienso que no viste lo que crees que viste.

-No era un sátiro -replicó Kastrouni-, salvo quizás en el sentido sexual de la palabra. No, porque un sátiro es en parte cabra. Como Pan, ¿sabes? Puro mito, por lo que sé. Pero Khumeni no es ningún mito...

-Entonces es simplemente deforme. Viste a un disminuido con las piernas terriblemente deformadas, o tal vez se las había quemado en un incendio o un accidente.

Kastrouni meneaba la cabeza negativamente, pero, antes de poder formular su rechazo, Trace continuó:

---

[5] Grupo misionero cristiano que deja ejemplares de la Biblia en las habitaciones de los hoteles, sobre todo en los países anglosajones. *(N. del t.)*

-¿Y dices que violó a mi madre?

-Aquella noche violó a tres mujeres: una joven griega, una mujer turca y tu pobre madre.

-¿Y ellas no sabían qué estaba ocurriendo? ¿Estaban drogadas?

Kastrouni apartó la mirada y, al cabo de unos momentos, dijo:

-Sé adonde quieres ir a parar. Por si acaso te estoy diciendo la verdad, quieres que te confirme que tu madre no sufrió. Bueno, por lo que vi, no debió de sufrir mucho físicamente; al menos, no allí. Aquellas mujeres apenas se daban cuenta de lo que estaba pasando. Después debieron de sentir el dolor y necesitaron atención médica. Pero tu madre estaba en el mejor lugar de mundo posible para eso. Trabajaba para el Hospital Médico Británico de Dhekelia.

Trace asintió, apretando los labios.

-Una de las cosas que dijiste que se me quedó grabada, y la razón principal por la que he venido aquí contigo, fue que sabías qué había vuelto loca a mi madre. Supongo que te refieres a esa violación. Y, sin embargo, dices que ella no debió de recordarla porque estaba drogada hasta las uñas. Eso no encaja, Dimitrios.

El griego hizo gestos vagos de frustración con las manos.

-Si Khumeni hubiese sido un hombre normal -contestó al fin-, no encajaría. ¿Cómo puedo explicártelo? No deseo herirte más de lo que ya estás. ¡Estamos hablando de tu madre, al fin y al cabo! Yo...

-No me ocultes nada -dijo bruscamente Trace-. Si sabes o crees que sabes algo, lo que sea, dímelo. Siempre puedo decidir si lo creo o no.

-Muy bien -aceptó Kastrouni-. Pero primero dime algo: ¿eres un hombre religioso, Charlie? Yo creo que no.

-Me parece que creo en Dios, sí. Quiero decir que no en el Dios que está sentado en un trono de mármol en las nubes, rodeado por un rebaño de arpistas alados. Tal vez el Dios en que creo forma parte de mí, de nosotros; es la bondad que hay en todos nosotros. ¿Nuestra inteligencia, quizá? ¿Nuestra compasión? No lo sé. Es demasiado profundo para mí. En cualquier caso, no voy a la iglesia. Sería una hipocresía absoluta. No soy un ángel.

Kastrouni asintió, entornó un poco los ojos y comentó en voz baja:

-En efecto, no lo eres. -A continuación añadió más animado-: Muy bien. De modo que crees que existe el bien en el mundo. Una bondad básica en la humanidad. La inteligencia humana. La compasión. Pero para todo tiene que haber un opuesto, Charlie; todo lo positivo tiene su negativo. Día y noche, negro y blanco, bien y mal. El Bien con be mayúscula, y el Mal con eme mayúscula. ¿También crees en el mal?

-Desde luego. Mira a tu alrededor. ¿No es mucho más sencillo creer en el mal que en el bien?

Una vez más, Kastrouni asintió. Ahora estaba ansioso, entusiasmado por el tema de la conversación.

-Pero yo me refiero al mal absoluto. ¡Hablo del diablo en persona! ¡El que lleva cuernos, sí! Crees en la bondad de los hombres, su compasión y su inteligencia. No estás seguro respecto a Dios, pero aceptas que existe algo que nos enaltece. Pero, ¿qué me dices de lo que bulle y hierve, blasfema y pugna por mantener el equilibrio? ¿Qué hay de lo que nos arrastra hacia lo más bajo? El mal, como dices, es mucho más evidente que el bien, y yo estoy de acuerdo con eso.

Trace parecía aburrido. Su mente estaba llena de pensamientos extraños. Tenía la cabeza abarrotada de imágenes, impresiones e ideas que no habían estado allí antes. Se sentía cansado, pero todavía estaba dispuesto a seguir escuchando a Kastrouni.

-Sigue -dijo.

-Supongamos que Jesús fue un punto focal en la bondad del hombre. Digamos que, de esa forma, realmente *era* el Hijo de Dios. Por cierto, personalmente no tengo ninguna duda al respecto: esta manera de hacer conjeturas es simplemente mi forma de presentarte la cuestión. Así pues, digamos que Jesús vino a traer la luz de Dios a los hombres..., a «salvarlos», si prefieres. Mi pregunta es ésta: ¿quién debería mantener el equilibrio, Charlie? ¿Y cómo debería mantenerse?

Trace se encogió de hombros y dijo lo primero que le vino a la mente:

-¿Un anticristo?

Kastrouni se irguió en la silla y casi vertió el contenido de su vaso. Agarró ansiosamente a Trace de los brazos y lo miró con ojos desorbitados.

-¡Has entendido la idea! Existió un hombre que podía vivir eternamente... si lo deseaba. Con todos los poderes de..., de Dios a su disposición. Sólo tenía que desearlo y nadie ni nada habría podido hacerle daño. Y, pese a ello, nos permitió que lo matáramos cruelmente. ¿Por qué? Para enseñarnos una lección, Charlie. Para enaltecernos. Para que hoy podamos recordarlo y creer. ¿Lo entiendes?

Trace podría haber empezado una discusión, pero se limitó a asentir con la cabeza. Era mejor dejar a Kastrouni que continuase.

-¿Y bien?

Kastrouni lo soltó.

-Satanás aprende deprisa y aprovecha rápidamente las ocasiones. Jesús, el mártir definitivo, fue el mayor golpe que sufrió jamás. La gente sabía que existía el mal en el mundo; era obvio, como has señalado. Pero, hasta Jesús, nadie tenía pruebas de que existiera el bien. ¡Ahora, en cambio, lo *sabían*! Satanás tenía que contraatacar, y pronto. Y así él también dio un hijo al mundo.

-¿Khumeni?

-¡Khumeni *ahora*! -replicó Kastrouni de inmediato-. Pero primero fue una criatura llamada Ab. Y después fue Guigos. Y entretanto, ¿quién sabe cuántos más?

-No lo comprendo.

-¡Reencarnación! ¡Resurrección! Es un fénix negro que se alza de sus propias cenizas putrefactas. Yo vi uno de esos perversos renacimientos en Corozaín...

-Eso no explica la locura de mi madre -dijo Trace dando un bufido y recostándose en la silla-. De hecho, por lo que sabemos, podría haber sido algo estrictamente hereditario. Desde luego, *yo* debo de estar bastante loco; ¡*tengo* que estarlo, por estar aquí sentado escuchando todo esto!

-¡Claro que eso explica su locura! -insistió Kastrouni-. Charlie, tu madre no fue simplemente violada por Khumeni. Fue deshonrada por completo; fue profanada, penetrada hasta el centro de su ser por el propio hijo de Satanás. No sólo su cuerpo fue violado; también lo fue su mente, su alma. ¡Ella se unió con él! Este simple hecho ya era un cáncer, algo que creció en ella igual que tú... pero más despacio. Sabía que había sido utilizada y deshonrada. Pero, ¿por quién? ¿Por qué? Debió de preguntárselo muchas veces; y, con el paso de los años, tal vez recuperó vagos recuerdos de aquella noche, de la *cosa* que la había poseído como una bestia. La *cosa* que...

-¡Cállate! -gritó Trace.

Kastrouni se sobresaltó como si Trace lo hubiera abofeteado. Apartó la silla, se incorporó y fue con paso vacilante, casi tambaleándose, hacia la ventana. Descorrió ligeramente las cortinas. Afuera, la tormenta ya se había alejado hacía tiempo. Era media tarde y el sol estaba secando las carreteras y los pavimentos. Llevaban allí poco más de dos horas. Las botellas estaban casi vacías. Kastrouni se volvió, se apoyó contra el marco de la ventana y dijo con voz cansada:

-No te culpo por haber reaccionado así.

Trace se puso en pie.

-Estás loco -le espetó.

Kastrouni bajó la cabeza y se peinó los blancos cabellos con los dedos.

-Tienes razón -repuso sin levantar la mirada-. Vine aquí para conseguir ayuda... pero también para ofrecerla. Todavía no debes irte. No hemos terminado.

-Sí, hemos terminado, y me voy ahora -declaró Trace.

-Quiero que la bestia muera -continuó Kastrouni, como si no hubiese oído a Trace-. ¡Quiero que muera! Pero no puedo hacerlo solo.

-Adiós -dijo Trace, y fue hacia la puerta.

Kastrouni levantó la mirada y pareció abatido, desmoronado.

-Al menos, te he avisado -musitó.

-No vuelvas a acercarte a mí -le advirtió Trace-. Eres un viejo loco; pero, si vuelvo a verte, y si te vuelvo a oír mencionar el nombre de mi madre, ¡juro que te meteré bajo las ruedas de un jodido autobús!

Trace salió y cerró de un portazo.

Pero en su mente había una puerta, abierta por Kastrouni, que a pesar de su ira sabía que no podría cerrar. No del todo. Por el momento había dado la espalda al portal, rechazando la invitación. Más allá del umbral estaba la fantasía, pero los pies de Trace estaban firmemente asentados en la realidad.

Mientras esperaba un taxi bajo la marquesina de la entrada del hotel, notó que golpeteaba nerviosamente el pavimento con el pie izquierdo. Kastrouni quería contarle más y mostrarle unas cosas. ¿Qué cosas? ¿El contenido de las bolsas de Guigos? ¿Había existido un hombre como George Guigos? ¿Qué importaba? Kastrouni estaba loco; conocía unos pocos hechos alrededor de los cuales había fabricado todo un mundo de pesadilla y... fantasía. Pura fantasía.

¡Que le dieran por el culo a él y su jodida historia!

Pero el pie de Trace -el pie izquierdo- siguió golpeteando el suelo...

Raras veces dormía Trace durante el día, pero aquel sábado durmió todo el resto de la tarde. Durmió como un muerto, sin sueños e inmóvil como un tronco. Cuando se despertó, aún con los ojos cerrados, notó que la ropa de cama seguía bien colocada y sólo el largo hueco hecho por su cuerpo mostraba que se había acostado en ella. Una alfombra enrollada se habría movido tanto como aquél y habría dejado una oquedad semejante.

La culpa era del whisky, por supuesto. Una botella de medio litro: como un anestésico para una mente atacada de improviso por un pasado desconocido, o más exactamente por las fantasías forjadas por otro hombre: Kastrouni y su jodida cháchara.

Kastrouni...

Venido directamente de Atenas.

Las palabras saltaban al primer plano de la mente de Trace. Palabras de una fantasía, pero que no había olvidado. Ab..., Demogorgo..., Corozaín...

-¿Estigmas...?

Saltó de la cama, buscó el número telefónico del motel de Kastrouni en la guía y empezó a marcarlo. Entonces se detuvo. ¡Diablos, *no*! Su vida ya era lo bastante complicada sin mezclarse en las pesadillas de otros.

En cualquier caso, se suponía que tenía que ir a casa de Jilly al cabo de... (miró su reloj) ¡cincuenta minutos!

Frustración y un pánico momentáneo llegaron conjuntamente en una explosión de confusa actividad mental y frenéticos movimientos físicos. Trace derribó la mesa del teléfono, tropezó con el cable del televisor y se golpeó las espinillas contra el pedestal

de la bañera antes de recuperar el control.

Entonces... visualizó deliberadamente el nombre de Kastrouni en su mente y, de forma todavía más consciente, borró cada letra una a una. Se acabó. En cuanto a Jilly, ¡podía esperar!

Puso su mente y su cuerpo en una marcha corta, se tomó una hora para lavarse y vestirse y llegó a casa de Jilly exactamente una hora y veinticinco minutos tarde...

Jilly era rubia y guapa, con las piernas largas, los ojos grandes y sólo ocho centímetros más baja que Trace. Sus pechos tenían la clásica forma de pera, sin colgar, y, cuando Trace y ella hacían el amor, tenía la costumbre de levantar los brazos sobre la cabeza para que él pudiera verlos lo mejor posible. Le gustaba el sexo tanto como a él y ninguna postura era tabú. Tenía cerebro, pero había perdido el hábito de utilizarlo tras descubrir el efecto, normalmente devastador, que su belleza tenía en los hombres. Tampoco era insufrible para las mujeres: su aspecto de modelo y su gusto natural por la elegancia la habían convertido en la vendedora de mayor éxito de una frecuentada zapatería de Oxford Street. Trabajaba los sábados alternos y éste era uno de sus días libres; lo que, según su manera de pensar, significaba que la negativa de Trace a pasar el día con ella había sido un total desperdicio.

Tampoco fue muy conveniente que él llegara tarde y que no hubiera reservado una mesa, como había prometido; pero sí que la llevó a cenar a un restaurante caro, y en el casino de Cromwell Road la había orientado con diligencia para colocar sus fichas en las mesas de ruleta. Al cabo de una hora, Jilly había ganado más de trescientas libras, que él insistió en que se quedara («Cómprate unas bragas o algo así...»), tras lo cual la había llevado en el Capri rojo de ella hasta su casa.

Allí fue donde la preocupación de Trace -que hasta entonces él creía haber ocultado bien- fue evidente para ella: su mente no estaba para otras cosas.

Por lo general tomaban una copa, se bañaban mutuamente, se tumbaban desnudos sobre enormes cojines frente al vídeo y veían películas eróticas hasta que se animaban. Pero esta noche fue diferente. Hicieron todos los preliminares, pero luego... tras provocarlo durante casi una hora, Jilly le preguntó de súbito:

-¿Dónde estás, Charlie?

-¿Eh?

-Quiero decir que tus cosas están aquí, ¡pero tú estás en otro sitio!

Trace apartó la mirada de la pantalla y la miró.

-¿Mis cosas?

Ella le acarició los genitales, rozándolos apenas con las puntas de los dedos, y lo besó en el pecho.

-Estas cosas. Pero, ¿dónde estás tú? ¿Has conocido a alguien?

Trace empezó a hacerle el amor, pero en plena acción se detuvo, como si lo hubiese pensado mejor, y respondió:

-Sí. He conocido a alguien.

-¡Oh!

Y Jilly hizo pucheros como una tonta.

-Un hombre -le explicó-. Negocios.

Ella se llevó las manos a la cabeza, y Trace se concentró lo suficiente para que ambos llegasen al clímax.

Después, ella dijo:

-Es raro, eso es todo. Quiero decir que nunca antes habías dejado que los negocios interfiriesen en nuestros «negocios».

Para Jilly, aquel comentario era inusualmente inteligente.

Pero entonces dijo algo más que lo estropeó; algo que lo molestó de manera desproporcionada,

-¿Te has hecho daño, Charlie? Quiero decir que normalmente caminas muy erguido, pero hoy te he visto cojear de vez en cuando. ¿Te duele el pie? ¿El pie raro?

Su pie «raro». En otras ocasiones le había advertido que no dijera cosas como ésta. La decepción de Jilly fue absoluta cuando Trace se vistió y llamó un taxi. Por parte de Trace no había resentimiento, pero aquel comentario había hecho que su desnudez le pareciera repentinamente obscena.

Mientras él esperaba el taxi, Jilly se puso una bata y se quedó sentada fumando, sin decir nada. Trace solía quedarse toda la noche y hacían el amor una y otra vez. Así que tal vez había conocido a otra.

Pero no dijo sus pensamientos en voz alta y, cuando él se fue, no le preguntó cuándo volverían a verse. Y Trace se alegró de ello.

En el taxi, mientras se dirigía al este por la North Circular, se recostó y pensó en los sucesos del día. No habían sido especialmente agotadores -grotescos sí, pero no agotadores- y, sin embargo, se sentía exhausto. ¡Y eso tras haberse pasado la tarde durmiendo! Por lo general se sentía así la noche *antes* de hacer un trabajo, no después, a causa de la planificación y la tensión a medida que se acercaba la hora.

Pero ese Kastrouni -él y su historia a medio contar- y su supuesto conocimiento excesivamente íntimo de los orígenes de Trace...

Y su auténtico terror a las tormentas de verano.

Por supuesto, si había un solo gramo de verdad en su historia (no podía haberlo, pero si lo hubiera), era normal que tuviera miedo a los rayos. El retumbar del trueno debía de sonar como unas campanadas a muertos para él, y...

¡Qué demonios! Trace dio un sonoro bufido y se irguió en el asiento trasero del taxi. ¡Vaya! Había permitido que la historia de aquel chiflado griego lo afectara. ¡Ridículo!

Miró por la ventanilla y contempló los grises edificios. ¡Diablo! ¡Menudos rayos restallaban sobre las azoteas!

Diablo...

Satanás.

Ab.

Demogorgo.

Estigmas...

-¡Nos vamos a meter de cabeza, amigo! -comentó el taxista, mirando a Trace por encima del hombro-. Hablo de la tormenta. ¡Vaya mierda de tiempo!

Trace asintió y no dijo nada. Le dolía el pie izquierdo, que lo notaba atrapado en su zapato especialmente adaptado.

El taxi se detuvo ante su casa a las dos y cuarto de la madrugada, cuando empezaba a llover. Cinco minutos después, Trace estaba en la cama y se quedó dormido casi al instante...

... Y se despertó con la misma rapidez.

¿Qué había sido eso? Alguien llamaba a la puerta... ¿a estas horas de la noche?

Saltó de la cama, fue a la puerta y observó el oscuro rellano a través de la mirilla. Miró con mayor atención, parpadeó y se apartó un mechón de pelo de la frente. ¿Era una sombra, que bajaba por la escalera y desaparecía? Alguien había llamado suavemente, desde luego, pues Trace escuchó atentamente y alcanzó a oír el habitual crujido de unas pisadas en la escalera, a la mitad de camino de la entrada. Luego, el estrépito de la puerta principal lo confirmó, un estruendo apagado casi de inmediato por

un trueno largo y tonante. La tormenta estaba en su apogeo.

Pero, ¿quién habría venido aquí con este tiempo y a estas horas? Trace abrió la puerta, salió al rellano, fue a encender la luz... y cayó de bruces.

Había tropezado con algo que estaba justo al lado del umbral; algo abultado y pesado. Mientras estaba en el rellano a cuatro patas, pasó por la mente de Trace la estremecedora idea de que podía tratarse de un cadáver. Ignoraba cómo se le había ocurrido semejante cosa, pero se puso en pie enseguida y tanteó desesperadamente en busca del interruptor.

Inspiró agradecido y con una mano trémula tocó la vieja cartera de piel marrón apoyada contra su puerta. Una nota estaba enrollada y metida en el asa ennegrecida por el tiempo. Trace la vio, la arrancó de un tirón y la leyó:

«Trace:

»Él está aquí y sabe que yo también estoy. Una vez más soy perseguido. Sé que me crees un loco, pero el contenido de esta maleta puede servir para convencerte de lo contrario. Es todo lo que puedo hacer por ti. ¡Buena suerte!

»D. Kastrouni.»

¡Kastrouni! Pero ¿por qué había huido? ¿Por qué no había esperado a que abriese la puerta y lo dejase entrar? Trace comenzó a bajar la escalera y estaba a punto de gritarle a Kastrouni... cuando comprendió que iba desnudo. Jurando en murmullos, volvió corriendo al piso y fue al baño. La ventanilla daba a la calle y a la entrada principal de la casa. Trace la abrió y sacó la cabeza por ella.

En la calle, una figura ataviada con un traje ligero corrió y subió a un taxi que estaba esperando. Al entrar en el vehículo, la figura miró atrás, volviendo el rostro hacia Trace. Podía ser Kastrouni, pero Trace no estaba seguro. Trace gritó, pero volvió a quedar defraudado: sopló una racha de viento en su rostro que dispersó su voz. En cualquier caso, el hombre ya había entrado en el taxi, y éste emprendió la marcha.

Pero no fue sólo el viento lo que impidió a Trace llamar al hombre de la calle; ni el viento, ni las enormes gotas de lluvia que parecían golpearle la cara deliberadamente. Sólo eran productos de la tormenta, al fin y al cabo. Pero la tormenta misma era algo más.

Estaba viva. Tenía un objetivo. Era una locura, sí, pero Trace lo notó. La tempestad pasó a su lado, le erizó la piel de los brazos y las piernas, y llenó todo el piso. El viento estaba cargado de una extraña energía y vivo con una conciencia monstruosa. Trace se sintió examinado.

El taxi había llegado a la esquina y estaba indicando un giro mientras reducía la velocidad. Las rojas luces de freno se encendieron. Al otro lado había un espacio abierto, un parque, donde los altos árboles asomaban por encima de los tejados. Las ramas más elevadas se agitaban frenéticamente de un lado a otro. Fue entonces cuando se acercó un rayo desde el norte, caminando sobre patas de fuego blanco desde un techo bajo de nubes en ebullición.

Trace nunca había visto nada igual. Sólo un segundo o dos separaban cada fogonazo, que parecían dirigirse en línea recta hacia él... no *hacia el taxi,* que había doblado la esquina y pasaba bajo la mole de ladrillos de un edificio. La repentina violencia de la tormenta resultó aterradora cuando un rayo siseante restalló en la calle y corrió como ríos de luz hacia las cloacas, seguido de inmediato por otro que fue a caer sobre algo que había en aquella misma esquina.

El trueno y la detonación se produjeron al mismo tiempo; el primero desde el cielo, un redoble de tambor interminable que sacudió las tejas de todos los tejados, y el

segundo en el taxi cuando éste explotó. El brillo rojo de una bola de fuego resplandeció fugazmente detrás de la casa de la esquina, iluminó las paredes vecinas con una luz anaranjada y, en el momento siguiente, varios fragmentos del coche envueltos en llamas salieron despedidos.

Una puerta retorcida chocó contra el suelo y despidió una lluvia de cristales. Un eje y un neumático incendiado realizaron desgarbados juegos pirotécnicos entre las ramas más altas de los árboles. Una columna de humo negro inyectada de fuego se alzó hacia el cielo.

-¡Dios! -Trace se oyó a sí mismo balbucear-. ¡Por los clavos de *Cristo...*!

Sin embargo, interiormente sabía que todo aquello poco o nada tenía que ver con Él...

3

A Trace le temblaban tanto las manos que apenas podía vestirse; cuando bajó a la calle y llegó al lugar donde yacían los restos calcinados del coche, ya había allí una ambulancia, coches de policía e incluso un coche de bomberos que estaba regando unos matorrales incendiados por fragmentos candentes del vehículo. Los cristales de las ventanas de la casa de la esquina y la contigua habían saltado por los aires; la húmeda calzada estaba llena de gente en bata y zapatillas; y había socavones allí donde el metal candente aún siseaba y pequeños charcos de cristal licuado se enfriaban y contraían. No había nada de aquel amasijo que tuviera semejanza con restos humanos, de lo cual Trace se alegró. Al menos, había sido instantáneo; nadie había sufrido y nada podría haber sobrevivido.

En cuanto a la tormenta eléctrica, se había consumido y dispersado. El cielo estaba claro en una noche de verano perfectamente normal. Perfectamente normal...

Como sabía que no podía hacer nada y no quería verse implicado -no deseaba ver su nombre en los medios de comunicación por ningún motivo-, Trace sólo permaneció allí unos momentos antes de regresar al piso. Allí abrió la maleta y vertió su contenido en el suelo del dormitorio. Se quedó sentado contemplando largo rato la pila de libros, documentos y sobres gruesos. Los frutos de la obsesión que había perseguido a Kastrouni toda su vida, la masa de sus «pruebas», la sustancia acumulada de una fobia que, irónicamente, había terminado por matarlo. Eso debía de ser, pensó Trace. Y era lo más extraño de todo: tenía miedo a los rayos y, en efecto, un rayo había sido su perdición.

«¿Fobia? -dijo una voz en la mente de Trace-. ¿Obsesión? ¿Las locas fantasías de un chiflado? ¿Realmente crees eso, Charlie? ¿Qué pasa, Charlie? ¿De qué tienes miedo?»

El pie izquierdo le dolía de una manera espantosa; lo sentía como confinado en la cálida suavidad de la zapatilla. Trace se descalzó de un puntapié, cruzó la pierna sobre la rodilla y se contempló la extremidad. En líneas generales, se asemejaba mucho a un pie humano, pero la planta era unos trece milímetros más gruesa y los dedos pequeños estaban unidos entre sí. No conectados por una membrana, sino realmente unidos. Sólo los huesos eran normales; los huesos, las uñas y la separación entre el dedo gordo y los otros. Podía calzarse, sí, aunque sólo un zapato especial; de hecho, se parecía más a una pezuña que a un pie. Una pezuña hendida...

«No perfecto físicamente...»

«Estigmas...»

Y aquella conciencia monstruosa que había presentido en la tormenta. No podía negar aquello. Ni tampoco eludirlo. ¿Magia negra? ¿Alucinaciones? Había más que suficiente de ambas en el relato de Kastrouni.

Trace saltó de la cama y se sentó de nuevo en el suelo entre el revoltillo de objetos que había sacado de la maleta. Poco a poco fue examinando cada uno de ellos. «Es todo lo que puedo hacer por ti», decía Kastrouni en la nota. Trace supuso que aquello era lo menos que podía hacer por él.

Había un pequeño cuaderno de notas; la guarda lucía las iniciales D.K. impecablemente grabadas: las iniciales de Kastrouni. Trace hojeó las páginas, dejó que sus ojos recorrieran las entradas sin prestar verdadera atención y lo dejó provisionalmente a un lado.

También había mapas. Muchos. Algunos eran poco más que bosquejos en antiguos pergaminos; otros eran modernos y presumiblemente exactos, del tipo del Ordnance Survey[6] y, al parecer, de igual categoría; había incluso mapas de batalla (obviamente israelíes) que mostraban áreas de excelentes enclaves naturales, puntos de observación elevados, áreas de acantonamiento de tropas, tanques, etc. Y, con muy pocas excepciones, todos correspondían a la misma región: el mar de Galilea. Corozaín estaba claramente marcada en todos ellos, en el punto central de unas cruces trazadas con tinta.

También había un mapa de Karpathos en el mar Egeo, pero no era reciente; al menos, no era de los últimos diez años, pues el rótulo de la ciudad estaba escrito con una «C» en lugar de la más romántica «K», preferida por las agencias de viajes. De todos modos, era bastante detallado. También estaba marcada con una cruz la ubicación de unas ruinas o algo similar en las montañas de la costa sudoriental y había un nombre escrito a tinta, pero estaba en griego y Trace no pudo leerlo.

A continuación examinó un sobre de manila de tamaño DIN A-4 que contenía recortes, incluso páginas enteras, de diversos periódicos chipriotas, todos con fecha de 21 o 28 de julio de 1957; grapada a dichos recortes había una fotocopia de mala calidad de un informe de seis páginas escrito en inglés, dirigido al jefe de distrito de Chipre y firmado por el capitán preboste subasistente de las Fuerzas de Tierra para Oriente Medio. Trace recordó el relato de Kastrouni de lo que creía que había ocurrido aquella noche en el chalé de su padre, al norte de Lárnaca, y decidió leer primero este informe, aunque no antes de haber echado por lo menos un vistazo al resto del contenido de la maleta.

Había Biblias: algunas enormes y antiguas y llenas de notas explicativas; otras, Trace podía sostenerlas con una sola mano y estaban impresas con letras diminutas. Recordó haber visto una lista de referencias bíblicas en el cuaderno de notas de Kastrouni y tomó nota mental de ello para consultarlo más tarde. Pero, ¿qué demonios podría impulsar a alguien a manejar más de una Biblia? La razón podía ser, claro, que Kastrouni había sido una especie de maniático del estudio de la Biblia (desde luego, había sido un «auténtico creyente», como había admitido sin rebozo), pero para Trace la Biblia sólo era un libro más.

Empezó a trabajar más deprisa, echando apenas una ojeada a las cosas. Había varios pergaminos deteriorados, marcados con dibujos esotéricos que parecían claramente misteriosos, y que estaban preservados de una mayor degradación por fundas de plástico o láminas rígidas; un libro muy roído por los gusanos, escrito en árabe y enrollado con gomas elásticas, cuyas páginas estaban, casi todas ellas, sueltas del lomo y de las deterioradas tapas; un grueso fajo de papeles guardados en un sobre grande de plástico transparente etiquetado como «Demogorgo y socios...»; varios volúmenes de historia mundial desde los tiempos bíblicos, con referencias especiales a guerras, invasiones, desastres y sucesos semejantes...

También había diversos libros de magia ritual -galimatías para Trace- y un voluminoso tomo de tapas de piel escrito al parecer en hebreo antiguo, con la estrella de David sellada o impresa en su tapa ennegrecida por el paso del tiempo. Por último había algo llamado *Mis viajes y descubrimientos en Tierra Santa,* un libro delgado impreso de forma privada por un tal Morgan Selby, que tenía como subtítulo: *Mitos de la Biblia y el gran mito bíblico.* ¡Bien, al menos Trace podía leer este volumen! En cuanto al resto...

Trace meneó la cabeza y resopló, frustrado. Buena parte de todo aquel material

[6] Servicio oficial de topografía británico (*N. del t.*)

estaba totalmente fuera del alcance de sus conocimientos. Retomó el informe de la Policía Militar, que decía lo siguiente:

Señor:

A la recepción de la presente indudablemente ya debe de haber leído varias relaciones o versiones de los sucesos de la noche del 26 de julio del presente, incluido el informe interno de los suboficiales que envié a investigar, fechado en la mañana del día 27. El presente informe no pretende ser exhaustivo ni llegar a conclusiones; las conclusiones detalladas deberán esperar a una investigación más detallada y posiblemente larga. Es sobre todo un informe de situación que da una visión global, por así decir, de los sucesos puramente desde el punto de vista del capitán preboste, así como una valoración parcial de los perjuicios a nivel diplomático y en términos de seguridad interior.

En primer lugar, éstos son los hechos:

1. En la noche del 26 al 27 de julio se quemó una residencia *bungalow* greco-chipriota, enclavada no lejos de la carretera de la costa que enlaza Lárnaca y Dhekelia. El fuego podría haber sido provocado, en cuyo caso estaría relacionado con todo el crimen, uno más de una serie de delitos graves cometidos por una o más personas hasta ahora desconocidas.

2. Una patrulla móvil de la Policía Militar que regresaba a la guarnición de Lárnaca avistó el fuego y fue a investigar y/o prestar ayuda. La patrulla descubrió a tres mujeres muy cerca de la casa en llamas, una de las cuales era turco-chipriota, la segunda greco-chipriota y la tercera, lamentablemente, una británica, una miembro joven y respetada del QARANC y prometida de un oficial que servía con el RAMC en el BMH. Las tres se encontraban en un estado lamentable, fuertemente drogadas y con escasa ropa, y los exámenes médicos realizados en el BMH demostraron que todas habían sido violadas de forma brutal y probablemente repetidas veces. Tras alertar a las autoridades respectivas, las mujeres griega y turca fueron recogidas en el BMH por sus parientes y por médicos civiles de Lárnaca. Se aplicó la advertencia habitual: que dejaríamos de ser responsables de su bienestar en cuanto hubiesen abandonado nuestras instalaciones, pero naturalmente no existía ninguna manera de retenerlas legalmente.

3. Las declaraciones obtenidas en cuanto nos fue posible (copias de las cuales Vd. ha podido leer posteriormente, incluidas las obtenidas de las autoridades locales griegas y turcas) muestran una sorprendente semejanza: al parecer, las tres mujeres fueron raptadas -Diana Trace, del QARANC, en los terrenos del BMH de la propia Base Área Soberana- y adormecidas con cloroformo; recuerdan escasos detalles de lo sucedido a continuación, salvo impresiones generales sobre la recuperación parcial y finalmente total de la conciencia en el BMH. Comprenderá que la naturaleza de los delitos cometidos contra ellas (me refiero específicamente a las mujeres nativas de la isla) excluye toda referencia a declaraciones detalladas como la obtenida de Diana Trace. Por lo tanto, nos vemos más o menos obligados a confiar exclusivamente en su relato de los hechos. Por desgracia, dicho relato parece teñido (tal vez de forma justificada) por repetidas pesadillas que la han acuciado desde entonces. Actualmente se encuentra bajo tratamiento psiquiátrico.

4. Motivo:

Aunque el motivo de estos delitos no se conocerá hasta que se haya detenido a los culpables, podemos aventurar algunas suposiciones fundadas. La intención del autor de estos delitos podría haber sido la de causar vergüenza y desmoralización general, ¿pero *a* quién y *por* quién? Podríamos (como han hecho los jefes de la mayoría de las comunidades turcas locales) acusar a la EOKA; salvo que el secuestro y la violación de

una mujer de su bando, es decir, una greco-chipriota, que además es hija de un hombre influyente y sospechoso de simpatizar con la EOKA, dañaría enormemente su propia causa. ¿Es probable que la EOKA cometiera un error semejante? Personalmente, lo dudo, y ellos mismos (en varios panfletos que se han apresurado a poner en circulación) han aprovechado esta incoherencia para echar la culpa a los turcos. Afirman que es un complot turco para deshonrarlos y restarles credibilidad. Y preguntan: ¿qué griego se rebajaría a mantener un contacto físico con una sucia turca? Sin embargo, la insinuación de que es un grupo turco el responsable parece más inaceptable todavía: la víctima turca es la esposa de un ex diplomático de la Turquía continental; toda implicación turca en su rapto, violación, etc., está simplemente descartada. El castigo sería inconcebible, capaz de arredrar al más degenerado de los criminales. Cualquier canalla detenido por este motivo por las autoridades turcas de la isla sólo podría esperar el más terrible de los tratos, y si fuera atrapado por un grupo de milicianos turcos... ¡simplemente lo harían «desaparecer»! Su nacionalidad no es un detalle de mucha importancia, pero si realmente fueron turcos... ¡que Dios los asista!

Por último, para complicar el incidente aún más, tenemos la implicación de la joven inglesa. Sin duda, la EOKA podría ser la autora de la violación de un miembro del QARANC en servicio activo; pero, a fuerza de ser sinceros, ¿acaso los turcos son menos capaces de un delito semejante? Y, por supuesto, sabemos -estamos absolutamente *seguros*- de que esto jamás habría podido ser obra de miembros del HMF.[7] Estamos tan convencidos de nuestra propia inocencia como los griegos y los turcos parecen estarlo de la suya...

Personalmente, como jefe de prebostazgo, he intentado mantener la distancia y enjuiciar todo el incidente desde una posición externa a todas las enemistades y los prejuicios. Todavía no sabemos quiénes son los culpables y tal vez nunca lleguemos a conocer sus auténticos motivos, pero me parece que si una agencia o un agitador externo enteramente anónimo se estuviese dedicando a fomentar aún más derramamiento de sangre en esta agitada isla, difícilmente habría podido encontrar una manera mejor. Este intento de llegar a algún tipo de conclusión tampoco está enteramente infundado:

Recordará que, en la noche del día 26, se recibió en el prebostazgo de la guarnición un mensaje telefónico amenazando con que la EOKA ultrajaría a partir de aquel día a todas las mujeres británicas que hubiere en la isla en todo momento y lugar posibles. Por tanto, podría deducirse que los indescriptibles actos de aquella misma noche fueron cometidos por dicho grupo como prueba de que sus amenazas no eran vanas... suponiendo que fuesen ellos sus autores. Pues, como sabe, los de la EOKA han declarado que en la noche del 26 fueron *ellos* quienes recibieron una amenaza idéntica de las fuerzas británicas contra *sus* mujeres. Pura propaganda terrorista, desde luego, ¡pero al mismo tiempo los turcos afirmaron también que habían sido avisados de acciones de castigo contra sus mujeres por una Facción Griega apolítica! ¿Acaso aquella noche todo el mundo decidió amenazar a todos? Bajo este prisma, mi propuesta (que quizás una agencia extranjera está trabajando en este sentido) no parece tan descabellada.

Y, tal como hemos visto, en la semana transcurrida tras el incidente, se han realizado numerosos actos de violencia por ambos bandos... e incluso, por desgracia, por el nuestro.

Inicialmente, en la mañana del 27, la tienda de vinos de un tal Costas Kastrouni fue saqueada y destrozada y el propio Kastrouni fue asesinado en su hogar. Era el

[7] Ejército de Su Majestad (*N. del t.*)

propietario de la casa quemada donde se supone que las mujeres fueron violadas la noche anterior. Era un pacifista y se sabía que mantenía buenas relaciones con numerosos clientes turcos. Algunas evidencias sugieren que Kastrouni había alquilado la casa en cuestión a personas cuyas identidades todavía no conocemos, pero no hay ninguna prueba en firme. El hombre no guardaba ningún registro. En cualquier caso, tenemos la razonable seguridad de que fue asesinado por la EOKA por simpatizar con los turcos.

Luego, el día 28, un puesto de observación turco en la frontera greco-turca fue tiroteado y quemado, con la pérdida de tres vidas. Además, nuestras patrullas se han visto progresivamente atacadas (al parecer por ambos bandos) y ha habido al menos un caso de un tiroteo supuestamente al azar realizado por un miembro de nuestras propias fuerzas. En general, se ha producido un deterioro evidente y acelerado de las relaciones y las comunicaciones entre todos los bandos y no sé qué es lo que se puede hacer para reducir la tensión. Si *fue* obra de una agencia extranjera, creando agitación para servir a sus propios fines, entonces alguien, en alguna parte, debe de sentirse muy satisfecho.

5. La seguridad de la guarnición de Dhekelia...

Etcétera. Pero Trace no estaba interesado por el resto. Volvió a leer los hechos relativos a su madre, tratando de encontrar algo que se le hubiera pasado por alto en la primera lectura. El informe parecía respaldar buena parte de la versión de Kastrouni.

Y el padre de Kastrouni, ¡asesinado! El griego no lo había mencionado. No le extrañaba que quisiese ver muerto a aquel hombre, Khumeni. Si es que existía.

Trace se levantó y flexionó las piernas, dejó el informe a un lado y fue a hacerse un café. Mientras lo sorbía, se hizo una promesa. El día siguiente era domingo. No valía la pena hacer nada. Pero lo primero que haría el lunes por la mañana... El Ejército guardaba registros, ¿no? ¿Y el QARANC? Habían pasado veinticinco años, pero tenía que intentarlo. Asintió con determinación. Haría sus propias comprobaciones, averiguaría por sí mismo qué había «perturbado» a su madre en 1957 y descubriría exactamente qué le había sucedido como para necesitar tratamiento psiquiátrico.

Fuera lo que fuese, todos habían fracasado: psiquiatras, médicos, ¡loqueros!

-¡Ja! -resopló Trace.

Sólo tenía ocho años cuando había ocurrido la crisis. Al menos eso era lo que recordaba, pero pese a ser un niño notaba que su madre era rara. Solía tener pesadillas horribles y se despertaba gritando una noche tras otra.

Trace se concentró y trató de fijar recuerdos que se le escapaban, cosas que su mente infantil podría haberle exigido olvidar. Las pesadillas de su madre; cómo él solía ir con ella por la noche y rodearla con sus brazos de niño; cómo intentaba reconfortarla y consolarla mientras ella sollozaba por su hermano gemelo, el hermano que había muerto cuando nacieron Charlie y él.

«Y me alegré, Charlie, ¡me alegré! Sólo lo vi una vez, sólo una. Pero su aspecto era..., era espantoso, Charlie...»

Sus pesadillas, sí: de su hermano y de algo más. Algo que venía hacia ella. Se sentía atrapada. Por una *Cosa* bestial. Una cosa parecida a... ¡al diablo!

De la misma forma repentina, Trace recordó, y unos piececillos helados le recorrieron la rígida columna. Los recuerdos se sucedían deprisa:

Tenía ocho años, solamente ocho, cuando se fueron de vacaciones al campo. Devon, si lo recordaba bien. Era otoño, pero el mar y el cielo todavía tenían el tono azul del verano. Una noche, mientras volvían de explorar un pueblo de la costa y se dirigían al viejo hostal donde se hospedaban... fue cuando sucedió. Recordó haber pasado por un prado donde unos ponis se revolcaban en las largas hierbas y jugaban a perseguirse unos

a otros. O tal vez no jugaban.

Fue entonces cuando su madre se derrumbó, cuando sufrió la crisis definitiva de la que nunca más se había recuperado. Trace recordó que, de súbito, ella empezó a chillar y salió corriendo, cruzando setos y acequias, ciega, histéricamente, gritando sin cesar. Cuando por fin él, bañado en lágrimas, la encontró, su madre parecía acurrucada en sí misma, cubierta de arañazos, sangrando y sollozando.

«No era nada, mami», le había dicho él sinceramente. «De verdad, nada. Sólo los ponis. Estaban jugando, eso es todo. ¡Sólo jugando!»

En realidad, no estaban «sólo jugando» y él lo sabía, pero era un niño y entonces no entendió nada. Se había echado a reír al ver los movimientos convulsos de la grupa del poni al montar a su pareja. Se rió, y creyó que su madre también se reía, pero ahora recordaba que había sido más bien un gorgoteo ahogado. Entonces la yegua dobló las manos y el semental pareció un hombre plantado de pie, con los cascos sobre el lomo de la hembra mientras seguía empujando. Y agitó sus crines y relinchó su lujuria para que todos la escuchasen.

Sí... y fue entonces cuando Diana Trace se volvió realmente loca.

Revivir los sucesos finales de aquellas vacaciones que se remontaban a diecisiete años atrás había dejado agotado a Trace hasta impedirle mantener lo ojos abiertos por más tiempo. Se despertó al día siguiente alrededor del mediodía y, tras ducharse y comer un poco, retomó el examen de los diversos libros y documentos de la maleta.

Primero repasó el cuaderno de notas de Kastrouni. Cuando le había echado un vistazo la noche anterior, no le pareció que lo hubiese utilizado a menudo. Contenía sobre todo entradas de una sola palabra según la letra inicial. Bajo «A», por ejemplo, Trace encontró algunos nombres (incluido «Ab), varias direcciones y/o lugares y otras entradas aparentemente escogidas al azar entre un montón de fuentes esotéricas y ocultas. Pero no parecía haber nada que diese la impresión inmediata de tener mucha importancia para alguien que buscase pistas. «B» abarcaba las referencias a la Biblia y otra lista de nombres, tales como Betsaida, Baal, Belcebú, Belial, etc. Trace no ignoraba por completo todo aquello. Sabía que los tres últimos de esos nombres correspondían supuestamente a demonios, dioses falsos o ángeles caídos; en resumen, espíritus malignos. Bajo «C» encontró Cristo, Cafarnaúm, Corozaín, Crucifijo (y otras Cruces), Cábala y otras palabras más.

El cuaderno de notas parecía ser una simple guía, cuyas entradas apuntaban a un archivo mucho mayor de conocimientos o información.

Bueno, tenía que empezar por algo. Hombres mejores que Charlie Trace habían obtenido supuestamente fuerza e inspiración -e inteligencia- de la Biblia. En «Betsaida», «Corozaín» y «Cafarnaúm» había visto referencias bíblicas y un críptico «Véase MS, 62». Esta última expresión podía significar «manuscrito N.° 62» o «libro de Morgan Selby, página 62». Lo comprobaría más tarde. Por ahora, vería lo que la Biblia tenía que decir acerca de este acertijo:

La primera elección de Trace fue mala: una Biblia del tamaño de un puño que recogió para manejarla con facilidad, pero resultó estar impresa con un tipo de letra tan pequeño que le resultaba difícil leerlo. Optó por el extremo opuesto y tomó una enorme Biblia familiar en dos volúmenes, publicada por Sangster en Londres a principios de siglo. Era un soberbio trabajo de erudición realizado por un tal John Kitto, doctor en teología.

Trace podía elegir entre varias referencias, de las que la más amplia parecía ser la de san Lucas, capítulo 10, versículos 12, 13, 15 y 18. Abrió el enorme volumen II, buscó el capítulo de san Lucas y leyó los versículos indicados:

12: Os digo que en aquel Día habrá menor rigor para Sodoma que para aquella ciudad.
13: ¡Ay de ti, Corozaín! ¡Ay de ti, Betsaida! Porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que se han hecho en vosotras, tiempo ha que, sentados con sayal y ceniza, se habrían convertido.
15: Y tú, Cafarnaúm, ¿hasta el cielo te vas a encumbrar? ¡Hasta el infierno te hundirás!
18: Él les dijo: «Vi a Satanás caer del cielo como un rayo».

Trace leyó la última frase una y otra vez.

Por último, cerró el gran libro, lo dejó con cuidado a un lado y, pensativo, volvió a estudiar el cuaderno de notas de Kastrouni. Pero esa frase siguió repitiéndose en su mente: «Vi a Satanás caer del cielo como un rayo».

«¿Hay un modelo en todo esto? -se preguntó-. ¿Lo hay?» Pero, si lo había, ¿qué clase de patrón desquiciado era?

El cuaderno de notas se abrió -esta vez casi con una especie de familiaridad, como si se hubiese abierto muchas veces antes- por la «A», y los ojos de Trace parecieron verse arrastrados directamente hacia «Anticristo»; era como si aquella palabra lo estuviera esperando. Era extraño, porque anteriormente ya había mirado la «A» y no recordaba haberla visto. Era la última entrada de la segunda página de la sección «A», salvo por una breve anotación: «Véase "reencarnación"».

Trace pasó las páginas hasta la «R» y deslizó el dedo por las entradas hasta encontrar «Reencarnación». Cuando leyó la entrada, frunció el entrecejo: era simplemente una lista de números y otra referencia: «Véase MS, 47».

Estudió los números:

347	d. de C	-	Menos	20
327	»	-	»	25
302	»	-	»	30
272	»	-	»	35
237	»	-	»	40
197	»	-	»	45
152	»	-	»	50
102	»	-	»	55
1936				

Aquella tabla no tenía ningún sentido para él. Meneó la cabeza con frustración y la examinó con mayor detenimiento. Trace tenía buena memoria. El relato de Kastrouni comenzaba en 1936, en Corozaín. Se relamió los labios y, por capricho, sumó todos los números situados encima de la fecha... y descubrió que, efectivamente, totalizaban 1936. ¿Y qué?

Veinte minutos después estaba todavía intentando descifrar el sentido de la lista de números, cuando sonó el teléfono. Para entonces estaba tan concentrado (creía que empezaba a ver la luz) que dio un violento respingo cuando el silencio de su apartamento se vio bruscamente quebrado.

Agarró el teléfono y exclamó ante el auricular:

-¡Trace, diga!

-¿Charlie? ¿Te encuentras bien?

Era Jilly.

-¿Que si estoy bien? ¡Pues claro que sí! ¿Por qué no habría de estarlo? ¿Qué demonios quieres, Jilly?

-Bueno, si ésa va a ser tu actitud...

Trace se contuvo. Antes de que ella pudiese colgar de golpe, dijo:

-Jilly, estoy ocupado, eso es todo.

-No, no lo estás. Estás enfadado conmigo porque anoche hablé más de la cuenta. Porque volví a hablar de tu pie y dije que era «raro». Lo siento, Charlie. Anoche te eché de menos. Cuando me desperté, quería tenerte dentro de mí, Charlie, pero no estabas a mi lado.

-Jilly, yo...

-Charlie, ¿hemos terminado? ¿Es eso? Si lo es, quiero saberlo...

Trace podía poner punto final en aquel momento si quería. Tuvo la tentación de decir que sí, que se había acabado. Pero..., rayos, Jilly era como un punto de cordura en un mundo que estaba enloqueciendo por momentos. No podía decir eso, así como así.

-¿Charlie? -Jilly sonó lejos, muy lejos.

-¿Te apetece tomar algo? -dijo él... y se odió a sí mismo por su debilidad.

Aquello estaba mejor.

-¿En tu casa?

El hombre paseó la mirada por el piso y torció el labio al contemplar aquel caos de libros y documentos.

-No -contestó-. En The Ship. ¿Dentro de una hora?

-Vale. ¿Y después iremos a tu casa?

-Ya veremos -repuso Charlie. Y notó que ella se mantuvo pegada al auricular hasta que él colgó.

Se paseó por el piso por unos momentos, recogió el cuaderno de notas de Kastrouni... y lo arrojó inmediatamente al suelo con tanta fuerza que rebotó contra la alfombra. ¿Qué diablos había ido mal en su vida? ¿Dónde estaban la paz y la tranquilidad? Siempre había sabido dónde estaba la acción, ¡pero a veces también le gustaba tener un poco de paz!

Se preparó rápidamente para ir al encuentro de Jilly, pero entonces hizo algo totalmente ajeno a su naturaleza. Algo incluso un tanto irresponsable. Sacó el botín de oro robado del lugar donde estaba escondido y escogió una pieza -un cerillero antiguo colgado como una medalla de una cadena de oro fina y muy elaborada- para dársela como regalo de despedida.

Irresponsable, sí, pero... ¡qué diablos! Las probabilidades de que Jilly coincidiera en alguna ocasión con el viejo «Gato» Carter debían de ser de un millón a uno por lo menos.

Cuando Trace estaba listo para partir, faltaban todavía unos veinte minutos para la hora acordada. Abrió de nuevo el cuaderno de notas de Kastrouni y estudió la lista de números con el entrecejo arrugado.

347 d. de C. - menos 20
327 » - » 25

Bueno, 347 menos 20 eran 327, efectivamente, y 327 menos 25 eran 302. Etcétera. Pero, ¿qué significaba d. de C? ¿Después de Cristo? ¿Después de la muerte de Cristo, acaso?

«Véase MS, 47».

Trace tomó el libro de Morgan Selby, *Mis viajes y descubrimientos en Tierra Santa,* y lo abrió por la página 47. Kastrouni no había dejado nada al azar: la información que deseaba transmitir -o al menos, la información que más había interesado al propio Kastrouni- estaba claramente indicada en los márgenes con gruesos trazos de tinta. La mayor parte de las páginas 47 y 48 estaban marcadas de esta manera,

mientras que ciertas palabras y expresiones estaban rodeadas por un círculo.

Era un pasaje largo que hacía referencia a una escritura «perdida», un fragmento de escritura tan blasfemo (lo que a Trace le pareció casi una contradicción) que jamás se había llegado a imprimir. El autor no explicaba dónde había obtenido esta información, pero daba su versión del supuesto contenido de la escritura perdida de este modo:

SEGÚN las Escrituras, Jesús maldijo a Cafarnaúm, Betsaida y Corozaín. En fechas más recientes, los estudiosos de lo oculto y lo infernal han llegado al acuerdo general de que Corozaín será el lugar de nacimiento del anticristo. Es difícil de entender cómo puede llegar a suceder esto, teniendo en cuenta que Corozaín ha estado en ruinas durante unos catorce siglos. Pero, de hecho, los ocultistas tienen razón en cuanto a la geografía; sólo se equivocan en sus cálculos de tiempo, puesto que, según los lugareños y las supersticiones de esa región, Corozaín, en la costa del mar de Galilea, *fue* el nacimiento del anticristo.

La escritura perdida (de acuerdo con mis fuentes) afirma que:

Los cerdos gadarenos no se «ahogaron» todos en el lago; al menos uno de ellos, una cerda, sobrevivió. Toda la legión de demonios que había poseído a las bestias ahogadas se refugió en la superviviente, que fue después impregnada con el semen diabólico por Demogorgo, el emisario de Satanás. En la misma hora en que Jesús murió en la cruz, la cerda parió una espantosa cría en forma humana.

Al crecer, aquel niño fue adoptado por una bruja que vivía en el páramo cerca de Corozaín. El niño «hablaba en lenguas extranjeras» y tenía «muchos demonios en él». La madrastra, una mujer erudita que era nigromante, escribió dos textos de poder demoníaco en forma cifrada a partir de lo que él decía, uno para propiciar la fuerza de Demogorgo y el diablo, y el otro para robarles su fuerza y así dominarlos o exorcizarlos. Con el nodo ascendente del primero, podían desencadenarse todas las furias del infierno; y con el nodo descendente del segundo, Demogorgo quedaba impotente. Estos textos, grabados en piedra, son como la escritura supuestamente «perdida», pero de hecho un raro rito gnóstico de exorcismo emplea un «hechizo» o «maldición» de origen supuestamente palestino, que parece derivado en todos los aspectos de la segunda tablilla de Corozaín.

En cuanto a Ab, hijo de Demogorgo (o, más adecuadamente, el hijo de Satanás, el anticristo), pasó la mitad de su juventud sumido en la locura, y la otra mitad en la cordura; su madrastra lo utilizaba como oráculo y obtenía grandes beneficios con sus anuncios. A pesar de ser deforme, pues tenía la pierna izquierda seca, tuvo numerosos hijos con la bruja, todos ellos monstruos que morían con la luz de su primer día de vida. Siendo ya un hombre y siendo blasfemo en todo cuanto le atañía, Ab siguió cohabitando con su madrastra; pero, a medida que ella envejecía, la lujuria de Ab era cada vez más brutal. Cuando ella tenía setenta y siete años, tras un ataque de frenesí sexual que duró días y noches enteras, el monstruo la mató. Los habitantes de Corozaín la encontraron desgarrada de parte a parte como si la hubiese destrozado un animal. Tras aquel suceso, Ab huyó al páramo, donde vivió como un ermitaño practicando la magia negra.

En los años siguientes se le atribuyeron numerosos crímenes, incluidos el rapto y posterior asesinato de muchachas y mujeres; la matanza de animales, a menudo de formas que es preferible no describir; la profanación de templos y correrías por los campos próximos. Se supone que vivió, como muchos otros personajes bíblicos antes que él, una vida extraordinariamente larga: ¡347 años! Su muerte, no registrada en ninguna crónica, también pertenece a la leyenda: una vez más de acuerdo con una sabiduría inmemorial, una noche del año 347 d. de C, durante una terrible tormenta de rayos, Ab entró en Corozaín y hechizó a tres hombres jóvenes. El resultado de este

hechizo y, lo que tal vez sea más importante, su finalidad, son desconocidos, salvo el hecho de que los habitantes de Corozaín huyeron masivamente de la ciudad aquella misma noche y sólo regresaron varias semanas más tarde.

Posteriormente, durante ciento cincuenta años, la ciudad declinó de manera gradual hasta que quedó definitivamente desierta. Tribus nómadas plantaron allí sus tiendas a lo largo de los siglos, pero ninguna de ellas se asentó en aquellas tierras. Cuando yo contemplé el lugar, estaba completamente en ruinas y abandonado. El hombre que me contó buena parte de esta historia no quiso entrar conmigo en Corozaín, sino que se detuvo a cierta distancia. Dijo que aquel lugar estaba maldito.

A este respecto puede comprobarse que la profecía de Jesús se cumplió: efectivamente, «¡Ay de ti, Corozaín!».

Trace echó un nuevo vistazo al texto; las palabras rodeadas con un círculo eran éstas: «tablilla de Corozaín», «pierna izquierda seca», «347 d. de *C»,* «tormenta de rayos» y la palabra «tres» en «tres hombres jóvenes».

Según Kastrouni, George Guigos también se había llevado consigo a tres hombres a Corozaín aquella noche de 1936. Y de nuevo aquella fecha: 347 d. de C... ¿La de la muerte de Ab? Y, sin embargo, Selby decía claramente que la muerte de Ab no estaba registrada...

Trace consultó su reloj. Era hora de ir a encontrarse con Jilly. El resto del rompecabezas tendría que esperar. Pero una cosa estaba clara: ahora que había empezado, llegaría hasta el final. SÍ había algo que Trace no podía soportar, era un acertijo sin resolver...

4

Jilly estaba esperando a Trace en The Ship; un par de gamberros intentaban ligar con ella, lo que no era inusual. El establecimiento estaba abarrotado de individuos extravagantes, homosexuales e irlandeses de Crouch End y Hornsey. Trace rescató a Jilly, recogió las bebidas -un whisky para él y un *gin tonic* para ella- y tuvo la suerte de ocupar un reservado justo cuando los cuatro *punks* de cabellos encrestados salían de aquél dando voces, caminando sobre unas botas que parecían columnas.

Sin perder tiempo, le entregó el collar; ella, boquiabierta, lo tomó, abrió el diminuto cerillero y miró en su interior. Trace no había pensado que pudiese hacer eso, pero en cualquier caso no contenía nada. El interior del cerillero estaba diseñado como un medallón.

-Aquí puedo guardar una foto pequeña de ti -dijo ella-. Y la cadena es lo bastante larga para que cuelgue entre mis pechos. Será como si siempre los estuvieras acariciando.

Trace sabía que era ahora o nunca.

-Jilly, voy a seguir mi propio camino.

Ella levantó la mirada tras haber guardado curiosamente el collar en el bolso. Sus ojos fueron lentamente al encuentro de los de Trace.

-¿Vas a qué?

-Quiero decir que esto es la despedida -le explicó-. Pon la foto de otro hombre ahí. No me apetece una relación formal, Jilly.

La joven se tomó unos momentos para asimilarlo.

-Das con una mano y quitas con la otra -dijo.

-Acordamos que no habría cadenas -se sintió él obligado a recordarle-. Pero, si seguimos adelante, las cadenas llegarán... y cuando todo termine nos ahogarán. Te he querido, pero ahora ya no te quiero.

Como si ella no le hubiese escuchado, dijo en tono casual:

-¿Sabes? Siempre me he preguntado qué era lo que me atraía de ti. Me gustas mucho. Pero que me cuelguen si sé por qué. No eres especialmente atractivo (de hecho eres demasiado flaco) y tampoco eres ningún gran amante. Creo que es porque eres..., no sé, ¿misterioso?

-¿Quieres decir «profundo»?

-Supongo que eso quiero decir, sí -asintió ella-. Sí, profundo.

Trace notó que la muchacha estaba a punto de levantarse e irse. Ella lo miró directamente a los ojos.

-Charlie, ¿estás seguro?

-Sí -contestó él. Y, todavía con Kastrouni en la mente para dar verosimilitud a sus palabras, mintió-: Verás, tengo una novia en París. Todos los años nos vamos de vacaciones a Grecia. Me reuniré con ella en Atenas y luego nos iremos a... las islas del Egeo. Una semana, tal vez dos. Como no quería decirte una mentira para justificar mi ausencia...

-¿Cuándo volverás? -preguntó ella, incorporándose y mirándolo desde arriba. Tenía las fosas nasales hinchadas y los ojos rasgados como él no los había visto nunca antes.

-Es inútil, Jilly -dijo, meneando la cabeza negativamente.

-Guardaré el collar y el medallón -declaró ella-. Siempre. Para acordarme de ti.

-Gracias -respondió él. No sabía qué añadir.

-Para recordar lo fácil que es cometer errores.

-Jilly, yo...

-¡Que te den por el culo! -le espetó sin doble intención, dio media vuelta y se confundió entre la masa de los clientes.

Trace apuró su bebida y se centró en sí mismo hasta que, poco a poco, comenzó a sentirse bien. «Debe de ser esto lo que se siente cuando te quitan unas esposas», pensó. Fue a la barra y pidió otra bebida. Al girar el whisky en el vaso, mientras dejaba que la barahúnda del local lo bañara, se dio cuenta de que alguien lo estaba observando. Un hombre que estaba en el rincón en que la barra coincidía con la pared.

Trace lo miró por el rabillo del ojo y luego descaradamente. Pero sólo por un momento. Fue todo el tiempo que necesitó. Una fotografía mental se reveló en el cerebro de Trace y quedó guardada como referencia para el futuro en algún archivador de su cráneo.

El extraño tenía una postura rígida como una baqueta, el traje que lucía era caro y su imagen general resultaba impresionante. Podía tener entre 45 y 55 años, cabellos de color gris acero, ojos azules y una piel pálida e inmaculada. No era tan delgado como Trace, aunque sí más alto, y lograba tener una apariencia remota, indiferente -no, fría-, y su voz, cuando apartó la mirada de Trace para pedir un brandy, sonó con un acento inglés impecable. Trace no sabía con seguridad cuál debía de ser el aspecto de los ex oficiales de la Guardia -salvo por vagos estereotipos que había visto en televisión-, pero sospechaba que debían de parecerse a aquel tipo. ¿O tal vez era modelo de portada de revistas femeninas?

En cualquier caso, debía de estar confundido, pues aquel hombre no lo estaba vigilando. Al otro lado de Trace, una muchacha muy atractiva comenzaba a reír tontamente bajo los efectos del vodka. Era a ella a quien observaba el extraño. Tal vez estaba pensando en ligársela.

Tras la barra, el dueño de The Ship, Freddie, sostenía una botella de whisky con gesto interrogativo. Trace meneó la cabeza para indicarle que ya estaba servido. Freddie fue a servir a otro cliente, pero regresó unos momentos después.

-El teléfono -dijo-. Es para ti.

E inclinó la cabeza hacia una puerta situada a uno de los lados de la barra. Aquella puerta conducía a un pasillo, que a su vez llevaba al teléfono, los servicios y la calle.

Trace alzó las cejas. ¿Una llamada? ¿Para él? Se encogió de hombros y se dirigió al pasillo. Tal vez era Jilly que quería mandarlo a la mierda o algo así. En el pasillo, el auricular colgaba suelto, oscilando por su cable de plástico enrollado. Con lo que quedaba de su bebida en la mano derecha, levantó torpemente el aparato con la zurda y se lo colocó entre el cuello y el hombro.

-¿Diga?

-¿Charlie Trace? -preguntó una voz ronca, vagamente marcada con un acento extranjero que no reconoció.

-En persona -contestó Trace.

-Pensé que le gustaría saber algo -dijo la voz áspera-. El señor Carter va a acortar sus vacaciones por una semana. Volverá en el primer vuelo disponible. Creo que el próximo jueves.

Trace estuvo a punto de soltar el vaso y agarró el auricular para no dejarlo caer tampoco.

-¿Carter? No conozco a ningún Carter -respondió, con la mente convertida en un torbellino-. ¿Quién me está hablando?

Sonó una risa gutural.

-Parece que el señor Carter ha recibido un mensaje anónimo muy desagradable (casi podría decirse que preocupante) respecto a unas posesiones suyas en Inglaterra. Un aviso, digamos, igual que esta llamada.

-¿Aviso? ¿De qué rayos está hablando? -replicó Trace, resoplando-. ¡Ya le he dicho que no conozco a ningún Carter! ¿Quién es usted?

-¡Adiós, genio! -dijo la voz, y colgó.

La puerta de la calle se abrió y los ruidos del tráfico entraron en el bar. Trace levantó la mirada a tiempo de ver al ex oficial de la Guardia que se limpiaba una mota de polvo imaginaria de la manga mientras salía...

Era domingo y hacía mucho calor. Trace pensó en meter algunas cosas en una maleta, sacar su Triumphy e ir a dar una vuelta fuera de Londres. Para quitarse las telarañas y no pensar tanto. Podía ir a Yorkshire, hospedarse en viejas tabernas y pasar unos días sentado en huertos y bebiendo cerveza helada, o tostándose al sol sobre una sábana tendida entre unos brezos. No, no podía; el martes tenía que entregar la mercancía a Joe Pelham en Holloway Road.

Simplemente, había sentido de repente un impulso de escapar de todo. Huir. Alejarse de cuanto lo rodeaba. Era difícil de soportar.

Había despertado unos recuerdos que deberían haber seguido dormidos. Se le había entregado un pasado que no quería y un acertijo sin solución que no le permitiría descansar hasta que lo resolviese. Había escuchado un relato totalmente fantástico (o en su mayor parte) acerca de una criatura monstruosa que era más, o menos, que humana; había visto un rayo mágico que había atacado un taxi y lo había arrojado al infierno; había sido amenazado o «avisado» por un desconocido acerca de un trabajo que había hecho y que nadie más podía conocer...

¿O sí?

Si hubiese regalado a Jilly el maldito medallón el día anterior, quizá -sólo quizá- podría haber una explicación. Alguien podría haberlo visto y reconocido. Habría podido preguntar a Jilly dónde lo había conseguido y sumar dos y dos para obtener cuatro. Pero no en cinco minutos. No, por mucha imaginación que tuviese. ¡Y en cuanto a ponerse en contacto con Carter y saber que regresaría el jueves...!

De modo que Carter interrumpía sus vacaciones, ¿eh? ¿Y qué? No podía relacionar el robo con Trace. Ni siquiera lo conocía. Y nadie -excepto un puñado de peristas, fundidores y joyeros con pocos escrúpulos- sabía la pasión de Trace por «guantear».

«Guantear» era un neologismo inventado por él mismo. Derivaba de robar con guante; blanco, por supuesto. Mucho más elegante que «afanar» o «birlar». Porque Charlie Trace era un ladrón de primera división, un as, pero nadie lo sabía. O, por lo menos, nadie debería saberlo...

Estos eran algunos de los pensamientos que daban vueltas en la mente de Trace mientras paseaba por las polvorientas calles de Londres con la chaqueta bajo el brazo. No había vuelto directamente al piso, sino que había dado un largo rodeo, cruzando un parque y recorriendo avenidas arboladas, manteniéndose en la sombra siempre que le era posible, y dejando que las cosas zumbaran en su cerebro hasta encontrar su sitio adecuado.

«Zumbar», sí. Como abejorros. Pero habían sucedido tantas cosas en los últimos dos días y pico que tenía la sensación de que su cabeza comenzaba a asemejarse a una columna de esos malditos bichos.

Y también estaba Jilly. En otra situación no habría cortado con ella. Por lo menos, así no. ¡Y menuda historia le había soltado! Resopló y casi deseó tener realmente una

novia francesa. En cuanto a unas vacaciones en las islas griegas, jamás había estado cerca del Mediterráneo. ¿Qué le había dicho Kastrouni? «No ha viajado mucho.»

Kastrouni: perseguido durante casi medio siglo. Según él, claro. Tenía miedo a las tormentas y había sido achicharrado por un rayo mágico caído de un cielo de verano. ¡En Londres, entre todos los lugares del mundo!

En una calle comercial, Trace se detuvo a mirar a través del escaparate de una agencia de viajes. Sus ojos recorrieron casi por iniciativa propia, primero con indiferencia y luego ávidamente, las cubiertas llamativas y profusamente adornadas de los folletos. Chicas, chicas, chicas. Y playas. Y un mar tan azul que casi hacía daño a los ojos. Incluso allí, reproducido en papel, dolorosamente brillante y reluciente.

CRETA: «La isla de la que están hechos los sueños».

Y ¡CORFÚ!, con una vista de página entera de un lugar llamado playa Kaminaki que hacía la boca agua.

SKIATHOS.

SKÓPELOS.

ALONISSOS.

Y todos con escenas de playas vacías. Playas desiertas. Salvo, por supuesto, unas ninfas casi desnudas que hundían los dedos de los pies en el mar azul o, con gesto pensativo y luciendo unos pechos erguidos, contemplaban increíbles puestas de sol.

«Debería haber sido poeta», pensó Trace.

Y ¡RODAS! «La histórica y hermosa Rodas, con 300 días de sol al año...»

Y KARPATHOS: «¡La joya del Dodecaneso!» Karpathos...

Ayer por la mañana, Trace ni siquiera había oído hablar de Karpathos.

Sin embargo, cuando se apartó del escaparate y dirigió sus pies hacia su casa... una idea, varias, se apresuraron a aflorar a su mente veloz como el relámpago. Al fin y al cabo, ¿cuándo había sido la última vez que había disfrutado de unas vacaciones? ¿Qué? ¡Jamás las había tenido! No unas vacaciones como Dios manda. Y no es que no se las pudiera permitir.

Cada vez más ilusionado con la idea, Trace dejó inconscientemente que sus pies acelerasen el paso. Y, mientras recorría los casi dos kilómetros y medio que lo separaban de su hogar, elaboró un plan para cubrir sus huellas. Era algo que no había tenido que hacer nunca antes: crear coartadas para sí mismo. Pero ahora...

Si alguien -y todavía era un «si» con mayúsculas, ¿no?-, si alguien sospechaba que había hecho un trabajo en Radlett, y si ese alguien intentaba culparlo... ¡oh, sí!, le convenía estar preparado. Pues entonces, si Trace podía demostrar que estaba fuera de Londres, o incluso fuera de Inglaterra, cuando se produjo el robo... Muchos «si».

¿Con cuántas personas había hablado la semana pasada? ¿Cuántos de ellos lo conocían bien o podían acordarse de él? Un puñado, no más. Y todos amigos de confianza. Casi todos, por lo menos.

Al día siguiente se informaría sobre unas vacaciones en el extranjero: el Mediterráneo, el Egeo... sí, Karpathos. Al cabo de una semana habría partido, incluso antes de que «Gato» Carter hubiese vuelto a Inglaterra y descubierto lo que había perdido. Y antes de que eso sucediera.

Antes, Trace se pondría en contacto con ese puñado de amigos (que eran, seamos sinceros, también un poco bribones) y utilizaría una pizca de su encanto natural. Y si alguien le hacía preguntas acerca de sus últimas andanzas...

Karpathos.

¿Por qué no? Podía aprovechar el viaje para matar dos pájaros de un tiro. Le proporcionaría la base de su coartada y, al mismo tiempo, podría visitar cierto monasterio antiguo enclavado en las montañas. Las palabras de Kastrouni regresaron a

su mente:

«Al menos lo había hace muchos años. Allí sólo hay ahora un anciano y la cosa que vigila...»

¿Qué cosa? Trace se reprochó no habérselo preguntado. Había muchas cosas que podía haber preguntado y probablemente muchas más a las que debió prestar atención. Volvió a acelerar el paso, frunció el entrecejo al notar el pavimento bajo sus pies, con las prisas hizo caso omiso de las sombras y sudó abundantemente.

Había vuelto a casa antes de las cuatro de la tarde. Se duchó, se puso la bata y volvió a estudiar los libros y documentos de la maleta de Kastrouni...

Demogorgo.

Cuando Trace preguntó a Kastrouni quién era su verdadero padre, si no era el joven oficial del RAMC Greg Solomon, el griego había contestado: «Demogorgo». Trace no lo había entendido como una respuesta directa a su pregunta, sino como una exclamación que Kastrouni había soltado en lugar de una contestación. Pero ahora tenía sus dudas. ¿En qué convertía eso a Charlie Trace?

En un bastardo, sí, pero ¿qué más? ¿El hijo del hijo del anticristo? En tal caso, ¡un bastardo del demonio!

Resopló y se encogió de hombros, irritado. ¿Él, un hijo del diablo? De acuerdo, no era ningún ángel, pero...

Eso mismo le había dicho a Kastrouni: «No soy ningún ángel». Y el griego había contestado de forma enigmática: «En efecto, no lo eres».

Demogorgo.

Morgan Selby llamaba «emisario de Satanás» al Demogorgo. Era distinto del Diablo, pero estaba dotado con su potencia y albergaba su semilla. Trace meneó la cabeza. Eso era una estupidez: enviar a otro a «mojar» en tu lugar. Pero, si el Señor podía enviar a un ángel para que le hiciera el trabajo, también Satanás podía mandar a un demonio a...

... A través de la ventana, Trace vio, al otro lado de la ciudad, un relámpago que brillaba en silencio en un cielo que se había oscurecido de repente.

Sintió un escalofrío e hizo un esfuerzo por recobrar la compostura. ¡Dios mío, no era bueno profundizar demasiado en cosas así! Eran la sustancia de la que estaban hechas las pesadillas.

Y una vez más: Demogorgo.

Abrió el sobre de plástico transparente marcado como «Demogorgo y socios...» y separó su contenido en el suelo de la sala de estar. Tiró un cojín para sus codos, se tumbó y empezó a leer.

El primer documento era una simple página amarronada arrancada de un libro o algo así; probablemente una obra sobre demonología, pensó Trace. Al principio, la página incluía un párrafo sobre «Demodocus», tachado con un trazo de tinta. Luego, fuertemente subrayado, «Demogorgo» como cabecera y a continuación el siguiente texto:

ANTE el trono de Caos y su consorte, «la viejísima Noche encantada», Satanás encontró a «Orco y el Hades y el terrible Demogorgo». Orco era el extraño y amenazador nombre de un monstruo gigante. ¿Y Hades? ¡El rey de los Infiernos de la mitología, por supuesto! Pero ¿qué era Demogorgo?

Naturalmente, Milton no da ninguna explicación; pero Statius, en su *Tebaida,* habla del «Supremo», un dios o una potencia tan terribles que tenemos prohibido saber incluso que existe. La siniestra especulación que ello excitó con toda probabilidad fue quizá satisfecha por una revelación en Lactancio (aproximadamente en 250 d. de C.) de

que el «Supremo» de Statius era Demogorgo. Posteriormente, ciertos pensadores medievales pensaron que en realidad era el nombre del propio Satanás, «temido» porque decir este nombre en voz alta ¡podía causar la materialización del propio espíritu elemental!

Por otra parte, H. J. Rose, Albert Wanke, Thomas Curie y otros estudiosos opinan que, en realidad, el «Demogorgo» de Lactancio debería ser «Demiurgo», ¡el Creador! Albert Wanke concluyó: «En algún lugar de la línea, debió de haber un error de traducción o de transcripción...».

Y luego una cabecera, «Demophon», tachada con tinta como «Demodocus».

Trace volvió a leer todo el pasaje acerca de Demogorgo. «Milton no da ninguna explicación...»

¿Milton, el poeta?

Dejó a un lado la página suelta y recogió otra. Era una simple hoja DIN A-4, pero confirmó la suposición de Trace. En ella estaba escrita, de puño y letra de Kastrouni, esta cita:

... de pronto el Trono y el pabellón del Caos aparecen en la perdida hondura y, a su lado, la viejísima Noche enlutada, consorte del reino, acompañados por el Orco y el Hades y el terrible Demogorgo, el Acaso, los Rumores, la Confusión y el Escándalo, liados con quien tiene mil bocas, la Discordia.

... Caos y la Noche (¿la oscuridad informe?); los Rumores, el Acaso, la Confusión y el Escándalo. Y «quien tiene mil bocas, la Discordia». Cosas de mal agüero todas ellas. Y los demonios o *foci* malignos: Hades y Orco... y el «terrible» Demogorgo.

Había más: una segunda lista en una hoja DIN A-4 que incluía, en primer lugar, información acerca de Orco y Hades, y a continuación una larga lista de nombres de demonios, un auténtico pandemónium o panteón de personajes infernales. Trace sólo le echó un vistazo:

Abadón, Asmodeo, Astaroth; Balberith, Belcebú, Belfegor; Carnivean, Carreau, Coskarna; Demogorgo (por supuesto), Destus, Diabis..., etcétera. Aparentemente, Kastrouni deseaba agrupar los demonios en tríos bajo cada letra del alfabeto. Y, al final de esta lista, una nota:

«No es una lista completa, de ningún modo; Johan Weyer dice que hay ¡más de *siete millones* de demonios, que sirven a setenta y dos príncipes del infierno!»

Al leer aquello, Trace tuvo la tentación de deshacerse de todo: libros, documentos, manuscritos y todo lo demás. Tirarlos a la basura. Sólo lo detuvo el signo de exclamación escrito por el propio Kastrouni al final de su nota. Era evidente que el griego también había visto que aquella lista interminable de supuestos «demonios» iba de lo sublime a lo ridículo. No obstante, aunque Trace seguía burlándose de todo aquello, era consciente de que su escepticismo se debilitaba poco a poco. Al fin y al cabo, Kastrouni temía por su vida. Y ahora (después de todo) estaba muerto... ¡a causa de un extraño rayo caído del cielo!

Trace se obligó a sí mismo a continuar. Examinaría un último objeto antes de terminar por este día. Y después... Sintió que lo acompañaba la suerte. ¿Qué tal una visita al casino Cromwell's Mint? Solo, a estas horas, con un par de cientos de libras en el bolsillo. ¿Por qué no?

Apostaría fuerte; probaría su suerte en dos o tres giros de la ruleta vería con qué rapidez podía doblar su dinero y se iría.

Una vez decidido, y espoleado por la idea de lo que podía resultar ser una noche extremadamente divertida, provechosa e incluso relajante, extrajo más fotocopias del

sobre marcado como «Demogorgo». En total había siete u ocho hojas copiadas muchas veces. La mayoría de ellas hacían referencia a la adoración del diablo de una forma u otra en distintas partes del mundo; pero una de ellas en particular llamó la atención a Trace. Incluía uno de esos pasajes que Kastrouni había considerado lo bastante importantes como para rodearlos con un círculo. Era una página fotocopiada de algo denominado *Compendium Maleficarum* que un tal Guazzo había escrito en 1608.

Con el título «De las seis clases de demonios», el pasaje marcado se refería a la segunda de estas clases, de la que Guazzo decía:

«La segunda es la aérea, porque viven en el aire que nos rodea. Pueden descender al infierno y, formando cuerpos en el aire, en ocasiones son visibles a los hombres. Es muy frecuente que, con permiso de Dios, se agiten en el aire y desencadenen tormentas y tempestades, y con todo esto conspiran para llevar la destrucción a la humanidad.»

¿Con permiso de Dios? Claro está, porque en 1608 la mayoría de los hombres temerosos del Altísimo creían firmemente que *todo* sucedía «con permiso de Dios». De lo contrario, Él jamás habría permitido que pasara...

Por fin, Trace se cansó. Metió todo en la vieja maleta menos el mapa de Karpathos, el cuaderno de notas de Kastrouni y una pequeña Biblia, la llevó a su dormitorio y la guardó bajo la cama. «Lejos de la vista, lejos de la mente», pensó. Al menos, por ahora.

A continuación empezó a arreglarse para una noche de juego. Cuando se hubo afeitado y vestido, el tiempo había mejorado y un cálido sol descendía hacia el oeste. La lejana tormenta se había dispersado por completo, pero para entonces Trace había olvidado su anterior amenaza...

Trace llegó al casino a las ocho de la noche, salió a las diez y estuvo de vuelta en casa antes de las once... ¡sin un billete! Había depositado su confianza en un antiguo «sistema» con el que una vez había «dado el golpe», pero esta vez el «golpe» se lo habían dado a él. Con tristeza, se dijo por enésima vez (por centésima, como mínimo) que no hay sistemas que valgan cuando se trata de la ruleta.

Vio la televisión hasta el cierre de la emisión, se fue a la cama y durmió profundamente. Eso lo sorprendió, pues había supuesto que esa noche estaba condenado a soñar; desde luego, había demasiadas cosas en su mente. O al menos, en su mente subconsciente. Sin embargo (se había dicho) lo que tenía que ser, sería, y era inútil preocuparse por ello. Y parece que había creído su propia idea. Suerte que era un crédulo.

El lunes por la mañana lo empleó principalmente en realizar una visita a una agencia de viajes del barrio. Sí, quedaban algunas plazas libres en un vuelo de Gatwick a Rodas ese mismo miércoles; y sí, Trace tenía suerte, una cancelación de última hora había dejado un hueco en la reserva de habitaciones en la playa Amoupi de Karpathos. El local no era realmente un hotel, sino un merendero de playa con habitaciones. Pero así todo resultaba más..., en fin, griego. Un lugar muy bonito, sí. Por desgracia, no se podía cocinar en la habitación, pero la comida del merendero era excepcional. Casera, pero... excepcional. ¿Le interesaba una semana? Resultaría mucho más barato (a la larga) si reservaba para dos...

Trace echó un vistazo a los folletos y reservó para dos semanas. A juzgar por el aspecto del lugar -literalmente una playa con un merendero y, detrás, lo que parecía un bloque de pisos ¡y nada más!- eran realmente unas vacaciones con las que ahorraría

dinero. Por un lado, no había casinos en Karpathos. De hecho, en Karpathos no había mucho de nada. Sólo había sol, playa y mar en abundancia.

«Y un antiguo monasterio..., un viejo... y la cosa que vigila.»

Tras salir de la agencia de viajes con el billete, y cuando arrancaba su Triumph, creyó reconocer a alguien al otro lado de la tranquila carretera. Pero, cuando miró en aquella dirección, la figura -de un hombre alto, erguido y vestido de forma impecable- había doblado la esquina de una calle lateral. ¿El ex oficial de la Guardia? No era probable. Pero, una vez más, ¿por qué no? Trace no lo sabía, pero tal vez vivía por allí. Apartó la imagen de su mente y emprendió el regreso a casa.

En el piso, hizo una lista de todos los lugares donde había estado y las personas con que había hablado o pasado un rato desde el miércoles pasado. Lo sorprendió comprobar las pocas personas que eran. Luego las llamó por teléfono una a una y habló con ellas o dejó mensajes para que se pusieran en contacto con él. Así empezó a organizar su coartada. Consistía simplemente en esto: había estado en el campo, de vacaciones, desde el pasado miércoles. Nadie le puso ninguna traba: todo estaba «bien» respecto a Charlie Trace; algún día les devolvería el favor. No obstante, no podía modificar algunas de las cosas que había hecho.

Por ejemplo, el collar que había regalado a Jilly. Era mejor olvidarlo, junto con la propia Jilly. Tratar de recuperarlo sólo la haría sospechar de él; además, implicaba tener que volver a hablar con ella, algo a lo que él no estaba dispuesto. En cualquier caso, Jilly era sólo una chica más, y había millones de chicas en Londres. Luego estaba Cromwell’s Mint.

Trace había ido al casino dos veces desde el miércoles y su nombre estaba en el registro de entrada. Pero, una vez más, ¿quién podía saber que él era miembro del casino? ¿Por qué querría interesarse nadie? En cualquier caso, estaba a varios kilómetros y era improbable que atrajera a ninguna persona de la categoría de «Gato» Carter. No, Carter debía de ir al Ritz, si es que jugaba.

Por último, Trace bajó la escalera y tomó una taza de té con la propietaria de la casa. Tenía edad para ser su madre, pero él sabía que ella estaba lo bastante enamorada como para mantener bajo su alquiler. Pero Trace siempre había conseguido eludirla sin ofenderla. Esta vez inventó una historia sobre una chica a la que trataba de evitar y la utilizó como base de su coartada:

-Ya ves, Betty -terminó-, me voy del país por un par de semanas. Ella tiene dos hermanos forzudos, ¿sabes? ¡Unos *grandullones*! Pero calculo que con quince días será suficiente. Ella es, bueno, un poco caprichosa. Para entonces ya me habrá olvidado. Sea como sea, si alguien viene a buscarme, te agradeceré que le digas que me he ido. De hecho, puedes decir que estoy fuera desde, eh, ¿mediados de la semana pasada? ¿Crees que bastará con eso?

Betty Kettler tenía grandes senos, iba pintarrajeada con brillantes colores, y estaba un tanto envejecida pero no demasiado. Y todavía le tiraba los tejos.

-Haría cualquier cosa por ti, Charlie, tesoro -respondió, arqueando las cejas-. No pienses más en ello.

Y se inclinó sobre su taza de té para que su bata se abriera un par de centímetros.

-Hasta pronto, guapa -dijo Trace cuando ya se iba (aunque no demasiado aprisa), al tiempo que le daba una botella de Bell's como recuerdo.

Después de esto, ya no le quedaba mucho por hacer. Era mejor no salir más hasta el miércoles, o al menos hasta el día siguiente, cuando tenía que entregar la mercancía. Y entretanto...

De súbito, recordó su plan de ponerse en contacto con el QARANC respecto a su madre. Consultó la sección «Fuerzas Armadas» de la guía y llamó a la Prebostería del

distrito de Londres. El secretario le dictó el número del Registro del QARANC; lo marcó y obtuvo una respuesta de inmediato. Al cabo de unos momentos le dijeron que, efectivamente, constaba una Diana Trace como enfermera hasta que se licenció en 1958. La baja había sido voluntaria tras su ingreso en la maternidad del Hospital General St. Mary, en Portsmouth.

Trace sabía que sus abuelos eran de Portsmouth, por lo que el dato debía de ser correcto. Su madre había vivido con ellos tras darlo a luz. Si todavía viviesen... pero habían muerto. Llamó al hospital St. Mary e hizo una pregunta. Lo que quería saber era bastante detallado y solicitó a la administrativa de consultas que tomase nota; consiguió impresionarla con sus comentarios sobre la importancia de su llamada.

Verían qué podían hacer; él tenía que comprender, por supuesto, que todo había sucedido hacía mucho tiempo. ¿Podían llamarlo? ¿Podía dejar su dirección, por favor?

Tras dar al hospital todos los detalles necesarios, Trace colgó.

Miró la televisión y esperó su llamada, pero ésta no se produjo. La noche fue muy aburrida y frustrante. Durmió mal y se despertó al romper el alba. A las once de la mañana ya había llevado el botín a la «librería de segunda mano» de Holloway Road. Joe Pelham colgó el cartel de «Cerrado» en la puerta, cerró ésta con llave y lo acompañó hasta un conocido cuarto trasero. Más al fondo, al otro lado de unas ventanas oscuras, casi opacas, una antigua furgoneta permanecía olvidada entre telarañas y bajo la sombra de un colgadizo en un patio de vallas altas cuyas puertas estaban atrancadas.

-Muy bien -dijo Pelham sin más preámbulos-, vamos a verlo.

Cuando Trace hubo despejado una parte de una mesa y volcado las bolsas en ella, el rechoncho perista de aspecto desaliñado tragó saliva sonoramente y se le desorbitaron los ojos.

-¡Oye, tío, reconozco algunas de estas piezas! -exclamó, agarrando a Trace del brazo-. Han pasado antes por mis manos.

-¿Ah, sí? -repuso Trace, tratando de aparentar indiferencia.

-Sí. Seguro que él me llamará. Bueno, lo que quiero decir es que sabe que estoy metido en todo esto. Ya hemos tenido tratos antes, como te he dicho.

Trace lo contempló por unos instantes y comenzó a guardar las joyas de nuevo en las bolsas.

-Tranquilo, Joe -dijo-. Me las llevaré a otro sitio. Odio meter en líos a los viejos amigos.

-¡Espera, espera, tío! -replicó Pelham de inmediato-. No es para tanto; sólo he dicho que hemos tenido tratos, Carter y yo. No he dicho que me guste ese cabronazo, ¿eh? Sea como sea, ya tengo la pasta. La mayor parte irá directa a tu número -se refería a la cuenta de Trace en Suiza- en cuanto hayamos terminado esto. Y te voy a dar un par de miles al contado.

Trace volvió a volcar las bolsas, pero despacio.

-¿Estás seguro?

-Claro, hombre, seguro.

Pelham pesó las joyas y dio el dinero a Trace. Éste sabía que el perista ya se había reservado un beneficio enorme, pero lo contó y le devolvió doscientas libras.

-No hace falta, colega -declaró Pelham, pero se quedó con los billetes-. Ya tengo suficiente.

-Te lo doy porque eres un tío legal -explicó Trace-. Y, para ser franco, porque quiero que tengas la boca cerrada y recuerdes que estoy fuera del país desde el miércoles pasado.

-¿Ah, sí? De vacaciones, ¿eh? -Pelham sonrió mostrando los dientes. La sonrisa desapareció rápidamente de su rostro cuando añadió-: En cuanto a tener la boca cerrada,

¿crees que soy un tío legal por hacerlo, cuando voy a convertir todo este material en lingotes? ¡Si el viejo Carter se enterase de que he fundido todo su material, me cortaría las pelotas y las haría picadillo! ¡Estáte tranquilo, que callaré como un muerto, tío!

-¡De puta madre! -asintió Trace, y minutos después emprendía el viaje de regreso a su piso...

Esa misma noche, antes de acostarse, Trace preparó una maleta, solicitó una llamada telefónica para despertarse al día siguiente y reservó un taxi para ir a la estación Victoria a las seis y media de la mañana. Una hora inhumana para levantarse, pero...

Al día siguiente tomaría en Victoria el tren del aeropuerto de Gatwick y el vuelo de las 8 y 15 de Gatwick a Rodas. El jueves tenía otro vuelo -más bien un brinco- de Rodas a Karpathos. *¿Y* luego...?

«Luego ya veremos», pensó Charlie Trace antes de quedarse dormido.

Tercera parte

1

Trace descubrió que realmente Kastrouni tenía razón: no había viajado mucho. Un par de viajes en *hovercraft* a Calais y Boloña no lo habían preparado para esto. Sabía interiormente que el problema radicaba (aunque no estaba dispuesto a admitirlo, ni siquiera ante sí mismo) en que era la segunda vez que tomaba un avión. La primera había sido siete años atrás, antes de dedicarse plenamente al robo: una semana desastrosa en Hannover, Alemania, en casa de un amigo por correspondencia que tenía la cara cubierta de granos. Pero las cosas habían cambiado bastante deprisa en los siete años transcurridos. Por una parte, el enorme tamaño del avión lo sorprendió; y la creciente comprensión de que realmente se estaba ilusionando -como un niño con un juguete nuevo- sólo servía para hacer que se sintiera estúpido y, por primera vez desde que tenía memoria, cohibido. A pesar del tamaño del aparato, que podía verse desde la sala de embarque, Trace creía que tenía la impresión de que, frente a él, aquella maquina se había tragado un número exageradamente grande de personas. Sin embargo, cuando él mismo atravesó el túnel extensible de embarque (otra experiencia nueva; ¿qué demonios se había hecho de aquellas grandes escaleras móviles?) y subió a bordo, el interior del avión le recordó un cine pequeño más que un aparato que muy pronto estaría a varios kilómetros de altura en el aire, volando hacia el este a una velocidad superior a ochocientos kilómetros por hora.

Luego, el cinturón del asiento le causó problemas y una azafata tuvo que enseñarle a abrochárselo. En cuanto a las instrucciones de uso de la chaqueta salvavidas que les dieron junto antes del despegue... a Trace sólo le cabía confiar en que el avión permaneciese en el aire durante todo el camino hasta Rodas. De lo contrario, bueno, sería una más de las víctimas.

El inicio del viaje no fue especialmente memorable: el despegue no fue tan suave como esperaba; el «desayuno» era puro plástico; incluso el whisky libre de impuestos parecía tener un sabor un tanto desagradable y las mezclas no estaban bien hechas. Más tarde, a guisa de consuelo, contempló unas vistas maravillosas de los Alpes mientras el avión planeaba suavemente sobre las montañas, así como fantásticas imágenes fugaces de diminutas islas de color turquesa, dorado, azul y madreperla junto a las costas de Grecia, en el Egeo, y a lo largo de las Espóradas hasta la propia Rodas.

Luego el aterrizaje (mejor que el despegue) y, de súbito, el vuelo había terminado y dejó a Trace preguntándose dónde habían ido a parar casi cuatro horas de viaje. Por último llegó el desembarco, la salida a la luz cegadora del sol y al calor sofocante. Trace entornó los ojos y se encogió de hombros: bien, para esto había venido, ¿no? Entre otras cosas...

En este aeropuerto no había ningún túnel, sino unas escaleras metálicas que descendían hasta las losas resquebrajadas de cemento de la pista. Los edificios del aeropuerto no eran muy impresionantes. Los oficiales de aduana, sudorosos y vestidos con uniformes desaliñados, echaban ojeadas a los pasaportes y probablemente no los entendían, pero los sellaban de todos modos.

-¡Karpathos! -llamó una muchacha gordezuela de carrillos hinchados con unos pantalones cortos que le llegaban hasta las rodillas y que sostenía en alto una carpeta en señal de aviso. Su voz se alzaba, estridente, sobre la barahúnda general de los pasajeros que desembarcaban-. ¡Todos los que van a Karpathos, que vengan conmigo!

«¡Aquí, bonito! -pensó Trace-. ¡Siéntate! ¡Rueda! ¡BUEN perro!» ¡Qué huevos! Ni

siquiera estaba *ligeramente* preparado para que lo condujeran como en un regimiento. Si lo hubiera deseado, se habría enrolado en la Legión Extranjera francesa... ¡o se habría ido a un campamento de verano en Torbay! Pero fue hacia ella de todos modos, con la chaqueta envuelta sobre la maleta y la camisa pegada a su espalda por el calor.

Otras personas se habían anticipado a él: dos hombres y una mujer. Los había visto antes («visto», en el caso de los dos hombres, más que haberlos distinguido claramente) en Gatwick y en el avión, pero entonces estaba mucho más interesado en lo que sucedía a su alrededor. En cualquier caso, sólo eran tres compañeros de viaje; aunque, a decir verdad, se había fijado más de una vez en la mujer, cuyo aspecto era realmente impresionante. Ahora les prestó más atención y lo complació ver que, al parecer, los tres viajaban por separado. Es decir, que la mujer no parecía estar unida a ninguno de los otros hombres.

En cuanto a la mujer, era una pelirroja de ojos verdes, esbelta, de cintura de avispa; medía algo menos de un metro setenta y sus proporciones eran perfectas. Sus ojos eran almendras levemente inclinadas, de largas pestañas, y llevaba el cabello peinado hacia delante, cortado en flequillo sobre sus ojos, y en dos largas trenzas que pasaban por detrás de sus orejas de duende y luego por debajo de las solapas de la camisa. Lucía unos zapatos blancos planos, pantalones anchos azules y una camisa de gasa azul con mangas filipinas, abierta hasta el inicio del valle que descendía entre sus pechos ligeramente caídos y, como era obvio, no recogidos por un sujetador. Era de tez morena y de aspecto semioriental, árabe; tenía un halo misterioso. Trace pensó que no había visto nunca a nadie semejante a ella. E iba a Karpathos.

Pero también los dos hombres. En cuanto a ellos, uno era treintañero, de piel cetrina, flaco como un poste y con una calvicie incipiente. Sus caras ropas parecían preparadas para resbalar de su cuerpo en cuanto exhalara el aliento. Tenía acento fuertemente norteamericano y nasal, lo que recordó a Trace una cancioncilla que había oído en alguna parte y que reflejaba (eso creía) la forma de hablar de los habitantes del Bronx de Nueva York:

«Toity poiple boids, sittin' on de coib,
Choipin an' a-boipin, an' eatin' doity woims!»[8]

Normalmente, un acento así le habría parecido encantador y divertido, pero no en boca de aquel tipo.

El otro hombre era bajo y gordo, movía los carrillos como un bulldog, resollaba al respirar y era de movimientos lentos. A Trace le recordó mucho a Sidney Greenstreet en aquellas viejas películas de pistoleros en blanco y negro. Tenía el pelo oscuro, alborotado y cubierto de caspa. Llevaba un pañuelo de seda que asomaba en sus tres cuartas partes del bolsillo de la pechera; los pantalones le iban demasiado ajustados y mostraban los calcetines casi por entero, y los zapatos parecían diminutos en unos pies demasiado pequeños para sostener con el equilibrio adecuado su voluminoso cuerpo.

Mientras Trace los escudriñaba con la mirada, guardando su imagen inconscientemente en la memoria, la regordeta azafata de la agencia de viajes había marcado sus nombres en la lista que tenía en la carpeta. Trace no había prestado atención a los nombres de los hombres, pero era todo oídos para el de la mujer. Se llamaba Amira Halbstein. ¿Alemana? Trace jamás lo habría imaginado. Al examinarla más de cerca, vio que la nariz era quizás una pizca demasiado larga y apenas curvada;

[8] Rima absurda, escrita de manera incorrecta, pero que pretende representar así los sonidos del dialecto neoyorquino. Una posible traducción es: «¡Treinta putas de púrpura, sentadas en el bordillo / largando y eructando, y comiendo gusanos sucios!».

de hecho, muy semejante a la suya. ¿Judía? Era difícil de decir. ¡*Él* no lo era, de eso estaba seguro!

Llegó su turno. Murmuró su nombre y vio que la muchacha lo tachaba de la lista con un bolígrafo.

-Sólo ustedes cuatro, pues -dijo la azafata, sonriendo-. Bien, tienen asientos reservados en el autocar Lindos que está aparcado afuera -y señaló a través de las ventanas de la sala de llegadas hacia el lugar donde esperaban los autobuses en la calzada, que parecía vibrar-. Los dejaremos en su hotel de escala en Rodas, donde pasarán esta noche. Es un hotel agradable, aunque bastante sencillo... pero sólo es por una noche, claro.

-¿Y mañana por la mañana? -preguntó Amira Halbstein; su voz era levemente áspera. «Como el vello de un melocotón», pensó Trace.

-Mañana los llamarán a las siete en punto -contestó la azafata-. Pueden desayunar en el hotel, si quieren. En cuanto al transporte, pueden venir por su cuenta si lo desean, pero la manera más barata... y la más amistosa... sería tomar todos un mismo taxi que los traiga al aeropuerto. Hagan lo que prefieran, pero deben estar aquí a las ocho y cuarto, ¿de acuerdo? Por lo que respecta a esta noche, descubrirán que la ciudad de Rodas es un lugar maravilloso y muy interesante. Si ya han estado aquí antes, ya lo saben. Y si no..., bueno, no les estropearé la sorpresa. ¿Me disculpan? -Y se marchó con su carpeta, llamando-: ¿Lindos? Los que van a Lindos, que vengan conmigo, por favor. ¡Lindos!

Tras unos instantes de vacilación en que apenas se miraron uno a otro, los dos hombres recogieron sus maletas y emprendieron la marcha hacia las puertas de cristal... ¿juntos? Pero la mujer llevaba tres maletas pequeñas y parecía tener alguna dificultad para cargar con todas ellas.

-¿Puedo ayudarla? -preguntó Trace, y lo sorprendió lo grave que sonó su propia voz. No obstante, su ofrecimiento había sido espontáneo, sincero. No intentaba ligar con ella.

-¡Oh! -exclamó la mujer, mirándolo-. Bueno, sí, gracias. Pero no pude evitar ver que cojeaba, señor Trace, y...

-No es nada -dijo él enseguida-. Nada en absoluto. Debo de tener un calambre después de estar tanto rato de pie.

(¿Había estado cojeando? Esta maldita pierna izquierda, ¡el jodido pie «raro»!). Pero, ¿cómo sabía su nombre? La lista, por supuesto. ¡Qué estúpido! Claro que eso podía significar que estaba tan interesada en su nombre como él lo estaba en el de ella. Las cosas pintaban bien.

Recogió la tercera maleta de la joven (que le pareció ligera como una pluma) y la condujo fuera de la sala de llegadas hasta un autocar con un rótulo de Lindos que colgaba del asa de la puerta. El autocar se estaba llenando de lo que parecía un grupo bastante correcto y evidentemente animado de turistas. La mayoría eran británicos que habían bajado del mismo avión que Trace, pero también había un puñado de alemanes, varios con aspecto de escandinavos e incluso una pareja francesa. Trace aguardó hasta que el conductor hubo introducido las cuatro maletas en el portaequipajes y se volvió en busca de la muchacha. Pero no había rastro de ella...

La gente seguía subiendo al vehículo, y Trace presintió que más le valía subir también y reservar un asiento doble. Esto último resultó más difícil de lo que había pensado, pues todos los dobles estaban ocupados, la mayoría por personas que estaban solas y que habían dejado su equipaje de mano en los asientos contiguos. Los otros dos hombres que se dirigían a Karpathos se habían sentado al fondo, cada uno en el asiento de la ventanilla respectiva. No miraron a Trace cuando éste escudriñó el interior del

vehículo. Por fin, eligió un asiento situado detrás del conductor, al lado de una señora baja de mediana edad, que le sonrió al sentarse.

Y siguió sin ver a Amira Halbstein.

-Ha regresado a la sala de llegadas -le informó la mujer sentada junto a Trace, rozándolo con el codo.

-¿Eh? ¡Oh! ¿Eso ha hecho?

(¿Era *tan* obvio lo que pensaba?)

-Sí. Me refiero a la chica guapa. ¿Viajan juntos?

-Eh, no... Sólo la he ayudado a llevar el equipaje, eso es todo.

Trace se incorporó a medias y miró hacia la sala de llegadas a través de la ventanilla cubierta de polvo; y, cuando el conductor ya subía y encendía el motor, ella llegó corriendo con un cartón de doscientos cigarrillos griegos en la mano. A eso había ido: a comprar tabaco.

Cuando subió, Trace le sonrió, pero ella pareció no verlo, puesto que pasó velozmente a su lado y fue a sentarse junto a un alemán de tez rojiza en la zona media del autocar.

«¡Vaya, tanto rollo para esto!», pensó Trace. Pero sospechaba que no iba a renunciar tan fácilmente.

El viaje a Rodas tardó unos veinte minutos y careció por completo de incidentes. Trace, que miraba por la ventana por encima de la cabeza de la mujer, no estaba muy impresionado. Parecía que estaban construyendo mucho: bloques de pisos de vacaciones, espantosos monstruos de cemento de estilo moderno; y los lugareños parecían gente más bien poco interesante, que se paseaban con camisa negra, chales de encaje también negros y pantalones o faldas oscuros. En cuanto a los turistas, estaban por doquier, luciendo pantalones cortos y camisetas de colores chillones, tostados y a menudo casi negros por el sol.

Pero, cuando el autocar atravesaba la ciudad, comenzó a entrever unos enormes muros, edificios de estilo moruno y minaretes, y súbitamente las cosas empezaron a mejorar. Sabía que Rodas tenía una historia fabulosa y comenzó a sentir que una parte de la antigüedad de aquellos lugares iba calando en él a través de las ventanillas del autocar. Al fin y al cabo, toda la isla era historia en sí misma. ¡Sí! Los cruzados habían atracado y se habían establecido aquí; signos de su obra, el sentimiento y la atmósfera de sus tiempos y su cultura, estaban por todas partes; no tardó en olvidar el cemento moderno, al no poder resistir el firme reproche de las antiguas piedras y las descomunales fortificaciones.

Así, Trace cayó muy deprisa en una especie de soñolienta ensoñación... rota por la repentina llegada del autocar al hotel, que estaba situado en una callejuela cerca del puerto.

La calle era bulliciosa. La regordeta azafata de la agencia bajó en primer lugar para llevar a cabo su trabajo; subió unos escalones y entró en la recepción del hotel. «Bastante sencillo», lo había descrito, y ahora Trace entendía el porqué. En Inglaterra le habría otorgado la categoría de dos estrellas... tal vez. Pero su habitación tenía ducha y una cama enorme; las ventanas estaban tapadas por las contraventanas para que no entrara el sol y sí una fresca brisa del mar; y, después de todo, sólo era por una noche.

Y, ¡qué demonios! Por lo que había visto en los folletos, esto era un lujo en comparación con lo que podía esperar en Karpathos.

Se duchó, se vistió con una camisa blanca, unos tejanos de color beige apagado y unas zapatillas y se dirigió al bar del hotel. Estaba cerrado, o al menos no parecía estar atendido por nadie.

-¡Mierda! -musitó Trace, dando media vuelta. Decidió salir del hotel y buscar un

bar tranquilo en la ciudad.

Salvo que... detrás de él se hallaba Amira Halbstein. Al verla, Trace se detuvo bruscamente. La miró, se giró hacia la barra sin camarero, y volvió a mirarla. Esperaba que no le hubiera oído el taco.

La mujer entró en la zona del bar, le sonrió y dijo:

-¿Quería tomar algo? Yo también, antes de cenar. Tengo entendido que hay muchas tabernas buenas en la ciudad.

-Me temo que no hay bebidas -respondió Trace con tristeza-. Aquí, por lo menos. El lugar parece desierto. No hay nadie en la recepción, ni tampoco hay camarero.

Ella se echó a reír y a Trace le gustó su risa.

-¿Quién necesita a un camarero? El pueblo griego es muy comprensivo, señor Trace.

-¿Ah, sí?

-Desde luego. Venga, se lo demostraré.

Levantó la hoja plegadiza, pasó al otro lado y sacó unos vasos de un departamento debajo de la barra.

-¿Qué desea tomar?

-Un whisky, por favor, con un poco de hielo... si es que hay. Pero, ¿no cree que es un tanto descarada?

De nuevo la risa mientras preparaba las bebidas. Se acomodó en un taburete alto en su lado de la barra, se inclinó para mirar a Trace y apoyó el rostro entre las palmas de las manos.

-¿Descarada? En absoluto. Bajé antes y hablé con un miembro del servido. Me dijo que, si deseaba algo...

Trace entendió y asintió con la cabeza. Tomó un sorbo con satisfacción.

-¡Ah!, qué suerte tener un rostro y una figura bonitos, ¿verdad?

-Nada de eso -contestó ella fríamente-. Se lo acabo de decir: son comprensivos, eso es todo. Y muy serviciales.

Ella estaba acostumbrada a los piropos; el comentario de Trace sobre su aspecto le había resbalado sin siquiera llegar a tocarla. Era un tipo de acercamiento que Trace evitaría en lo sucesivo.

-¿Dónde pensaba cenar? -le preguntó.

-¡Oh!, en cualquier sitio. Una ensalada griega y un vaso de retsina; con eso bastará. Pero también quiero charlar un poco. En algún local del casco viejo, creo. Tengo entendido que está lleno de fantasmas. La aventura, la magia y la historia se dan la mano aquí, ¿sabe?

-Lo he notado en el autocar -repuso él, asintiendo-. Así que es la primera visita para ambos, ¿eh?

-¿A Rodas? Sí. He estado en otras islas griegas, pero ésta es la primera vez que vengo a Rodas. Y también a Karpathos.

-Señorita Halbstein, tengo que advertirle que no hablo griego -dijo Trace-; de hecho, no sé mucho de Grecia ni de las islas, pero...

-Saldremos adelante -lo interrumpió ella, sonriendo otra vez-. ¿Debo entender que le gustaría ser mi acompañante?

-Bueno, ambos somos extraños en este lugar... -Trace dejó la frase inacabada.

-Muy bien, de acuerdo -aceptó ella, encogiéndose de hombros-. ¿Nos tomamos antes otra copa?

-No -dijo Trace, incapaz de creer que le resultara tan sencillo-. Quiero decir que prefiero que no. Al menos, no aquí. Pero puede presentarme la retsina, si quiere, cuando encontremos un local donde cenar.

-Será mejor que nos presentemos nosotros antes -replicó ella-. Me llamo...

-Amira -la interrumpió él; era su turno de sonreír-. Sé quién es..., aunque no qué.

La sonrisa no se borró de su pequeña y agradable boca en ningún momento, pero Trace creyó ver que entornaba levemente sus oblicuos ojos.

-¿Qué soy yo? Me temo que no le...

-Su nacionalidad -le aclaró, sosteniendo en alto la hoja mientras ella salía del otro lado de la barra-. Subió a bordo en Inglaterra, pero tengo la impresión de que no es inglesa.

-No, soy de origen israelí... pero fui educada en Inglaterra. ¿Comprende por qué he viajado tanto? En cualquier caso, puedo hablarle de mí más tarde. Pero, ¿qué me dice de usted, señor Trace?

-Llámeme Charlie -respondió de inmediato.

-¿Charles?

-No, Charlie. Para los amigos, por lo menos.

-Charlie Trace, de Londres, Inglaterra -dijo ella mientras salían del bar. Cruzaron la recepción y salieron a la bulliciosa calle-. Muy bien. Ahora ya nos conocemos.

En la calle, la mujer tomó inconscientemente de la mano a Trace, lo que a él le provocó un ligero sobresalto; sin embargo, ella pareció no darse cuenta del hecho.

-¿Adónde vamos? -preguntó él.

-Bien, si seguimos la orilla, podremos regresar después -dijo la mujer, utilizando la lógica-. Así no nos perderemos. Sugiero que nos alejemos cuanto podamos del bullicio y paseemos un poco. Los centros urbanos son demasiado ruidosos para mí. Y tarde o temprano nos toparemos con alguna taberna pequeña y tranquila.

En menos de diez minutos encontraron un mercado, pasearon entre puestos donde se vendían frutas y verduras, y Trace observó que no parecían ser de una calidad especialmente alta, salvo quizá las patatas y los melones: estos últimos eran enormes y lustrosos. También baratijas de supuesto «coral» brillante y encajes de fantasía que ancianas griegas tejían allí mismo, y helados, refrescos, cigarrillos y postales. No podía faltar la comida: pequeñas tiendas situadas en el anillo exterior del mercadillo desprendían apetitosos olores a cordero con especias y pollo asándose sobre carbón.

Trace podría haber cenado allí mismo, pero no así su acompañante. Sin soltarlo de la mano, casi arrastrándolo, Amira empezó a subir por callejuelas estrechas y tortuosas de paredes altas que necesitaban ser restauradas urgentemente, alejándose de la zona nueva y entrando en la ciudad vieja. Y tenía razón: era allí donde el encanto, la leyenda y la sabiduría de los siglos estaba presente e impregnaba a los paseantes; cuando, por fin, la mujer aminoró el paso y pudieron caminar uno al lado del otro, no tenían ninguna presión para hablar, sino el simple deseo de percibir parte de la atmósfera eterna de aquel lugar.

En muchos sitios, las calzadas de los estrechos pasajes habían sido recubiertas de asfalto; las corrientes de agua habían sido enterradas y ahora borbotaban sin poder ser vistas. Pero en otros lugares, donde las calles estaban perfectamente empedradas y seguían en buen estado de conservación, los canales o cloacas originales corrían por los lados de las vías como en la antigüedad y las sobrias casas de piedra tenían diminutos orificios, como madrigueras de ratones, por los que manaba agua. Eran simples canales de agua, no cloacas. Trace no sabía cómo se eliminaban las aguas residuales allí, pero era evidente que se trataban de la manera adecuada. En un lugar en que las calles eran laberínticas y estaban abarrotadas de gente, serpenteando bajo arcos de piedra que parecían a punto de desplomarse y paredes altas que luchaban desesperadamente con los invasores rayos de sol, era razonable esperar oler los hedores naturales de la vida, pero éstos estaban ausentes. Era obvio que los griegos habían encontrado la respuesta a este

problema hacía mucho tiempo. Trace se lo explicó a Amira.

-No sólo los griegos -respondió ella-, aunque, desde luego, ellos han estado siempre aquí, desde la época clásica hasta la actualidad. ¿Te lo imaginas? Sin embargo, bajo todas estas rocas, ruinas y masas de cemento, los italianos encontraron templos dedicados a Zeus, Palas Atenea y Apolo. Se cree que los cretenses fueron los primeros en llegar aquí, hace tres mil quinientos años, seguidos por los micénicos del Peloponeso. Es probable que las dos razas se fundieran en una sola. En cualquier caso, los pueblos que conocemos como micénicos pertenecen a la misma raza de los belicosos aqueos. Rodas vivió una época de mucha prosperidad bajo su mandato; eso dice Homero, al menos, y también Píndaro. Según ellos, Zeus amaba a los rodios. Y existen leyendas; ¿sabías que Tlepólemo emprendió su expedición contra Troya desde aquí? Partió con nueve naves.

Trace la escuchaba, fascinado... y un tanto perdido. No sabía mucho de historia, clásica o no. Pero aquella voz era polvo de oro que salía en suaves remolinos de su palpitante garganta. Y Trace sabía que no estaba fascinado en absoluto por la historia.

-También ha habido terremotos -prosiguió Amira-. Rodas siempre los ha padecido. Fue un terremoto el que desmoronó el Coloso. Y todo eso sucedió centenares de años antes de la llegada del primer cristiano. Los godos la invadieron en el año doscientos sesenta y nueve, pero hacia el seiscientos veinte ya la ocupaban los persas. Trescientos años después fueron los sarracenos, ¡que vendieron los restos del Coloso caído como chatarra! Imagínatelo: ¡sus pedazos yacieron en la tierra y en las aguas durante más de ochocientos años! Al cabo de otro siglo y medio, llegaron Harún al Rashid y sus turcos selyúcidas.

Amira se detuvo bruscamente al llegar a una encrucijada de calles y sujetó a Trace para que se parase también.

-¡Los turcos, sí! -exclamó ella-. ¿Sabías que desde este mismo lugar donde estamos Turquía se encuentra a menos de treinta y cinco kilómetros?

Era muy hermosa, y estaba muy cerca. Trace no pudo resistir el impulso de atraerla hacia él y besarla. La mujer se apartó, pareció hacer caso omiso del beso y siguió a toda prisa, seguida precipitadamente por él.

Los callejones estaban casi desiertos en aquella zona. De vez en cuando, en los cruces, veían a lo lejos a turistas que contemplaban viejos arcos con devoción o consultaban mapas y guías.

-Charlie -le dijo Amira por encima del hombro-, ¿me has estado escuchando?

-¡Por supuesto que sí! -respondió, indignado.

-¿Estás seguro?

-Por completo. Los griegos, los turcos, los aqueos y todo eso. Y los templos a Zeus, Apolo y no sé quién más.

Amira suspiró y se agachó para atravesar una puerta pequeña y entrar en una diminuta taberna sumida en las sombras. Habían pasado junto a otras, pero ésta pareció complacerla. El rótulo de la calle rezaba: «Restarante Theos» y el menú parecía igualmente críptico... para Trace, al menos:

¡Varidad de Saladas!
¡Tchuletas de Kodero!
¡Tomatos relenos!

Y:

¿Purgas rojas...?

Amira se echó a reír al ver la cara de Trace leyendo la carta y se la tradujo:

-Variedad de ensaladas, chuletas de cordero, tomates rellenos y pargos rojos. El pargo es un pescado ¡y delicioso!

Tomaron una pequeña ensalada griega cada uno: consistía principalmente en pedazos de tomate frío y rodajas de pepino con algunas olivas negras sobre una base de tiras de lechuga, coronada con dados de queso blando y copiosamente aderezada con aceite de oliva y vinagre. Trace había probado platos similares en restaurantes griegos de Londres, pero aquí...

-¡Es realmente delicioso! -comentó, untando un poco de pan negro en el líquido sobrante en el plato-. Y también la retsina. Pero en Londres ¡tendría que estar muerto de hambre para comerme esto!

-Creo que la comida griega -le informó Amira-, más que ninguna otra, está en concordancia con su entorno natural. ¿Sabes lo que quiero decir? Es más acertada que una salchicha *bratwurst* en Alemania, más *adecuada* incluso que los espaguetis en Italia. Es decir, he comido pulpo y calamar en Famagusta, pero me parecerían horribles en Génova..., ¡aunque se supone que los italianos son los expertos!

-Cuéntame más cosas de Rodas -dijo Trace. Pidió otra botella de retsina; eran botellines pequeños y, en cualquier caso, no parecía una bebida especialmente letal.

-¡Estabas interesado! -exclamó Amira.

-¡Claro que sí! -aseguró él. En realidad, lo estaba en su voz.

-Incluso tu rey Ricardo Corazón de León estuvo aquí -le explicó-. Reclutó a la flota rodia para su cruzada. Luego, a principio del siglo doce, llegaron los bizantinos. Cincuenta años más tarde, la isla seguía siendo bizantina, aunque de hecho estaba controlada por almirantes genoveses. En mil trescientos seis la vendieron a los caballeros de San Juan de Jerusalén. Después... en mil ochocientos cuarenta la isla fue asediada por los turcos y al cabo de cuarenta años Suleimán el Magnífico la conquistó. Los turcos la dominaron durante casi cuatrocientos años. Entre mil novecientos doce y mil novecientos cuarenta y cinco estuvo bajo control italiano, pero en mil novecientos cuarenta y siete fue devuelta finalmente a Grecia.

-¡Menuda historia! -comentó Trace.

-¡Oh, sí! ¿Quieres un cigarrillo? -y le ofreció uno de su paquete de tabaco griego.

-No suelo fumar -repuso Trace-, pero ahora me apetece uno.

Fumaron y apuraron el vino, bastante amargo y resinoso, en silencio. Luego llegó la hora de marcharse.

En el camino de vuelta al hotel, ella rehusó el brazo de Trace. Estaba callada y parecía, en cierto modo, distante. Trace decidió que a ella le gustaría conversar.

-Todavía no sé nada de ti -le dijo.

-Mi padre era un judío alemán. Todavía lo es, ya sabes lo que quiero decir; pero ya no vive en Alemania. Mi madre era judía y vivía en Suiza. Durante la guerra, él cruzó la frontera y se conocieron en Lucerna. Al acabar la guerra se casaron y en mil novecientos cincuenta se fueron a vivir a Tel Aviv. No pasaron estrecheces, porque ambos tenían dinero. No querían tener hijos, pero yo vine al mundo de todos modos. Eso ocurrió en mil novecientos cincuenta y cinco. Mi madre murió hace dos años, pero mi padre todavía vive en Israel. Está jubilado, pero de manera no oficial (podría decirse que como si fuera un *hobby*) cuida de las antiguas excavaciones y enclaves arqueológicos de la zona de Tiberíades y El Hamma.

»Pero Israel siempre ha tenido problemas -prosiguió-. Mi padre vivió algunos de ellos, vio la llegada de otros y me mandó a estudiar fuera del país. Me gustó viajar y conocer gente. Es un estilo de vida que me satisface, y también a mi padre. Él me quiere mucho, pero quiere que esté a salvo lejos de Israel, ¿entiendes? De vez en cuando vuelvo a casa, como al final de estas vacaciones, pero habitualmente vivo en Richmond,

cerca de Londres. En realidad, es una casa de mi padre; la guardo para él, por si acaso necesita refugiarse.

-¿Y tú vives... sola? Quiero decir: ¿todavía estás soltera?

-He tenido algunos novios, pero ninguno en serio. Nada duradero.

-La historia de mi vida -dijo Trace.

-¿Ah, sí? Bueno, nos queda mucho tiempo a los dos.

Tras la conversación, ella pareció todavía más distante.

-¿Qué me dices de esta noche? -preguntó Trace.

Amira levantó las cejas.

-¿Esta noche?

-Quiero decir si tienes algún plan. Será una noche preciosa. Supongo que hay *night-clubs*, discotecas, espectáculos... Creo que hay incluso un casino.

Ella sonrió débilmente, Trace pensó que con tristeza.

-No, yo no juego, Charlie. La vida ya es un juego bastante grande, ¿verdad? En cuanto a los *night-clubs* y los espectáculos, creo que no me apetece. He venido en busca de paz y tranquilidad. Además, mañana tenemos que irnos temprano. Prefiero tener la cabeza despejada. No volaremos a Karpathos en un *jet* moderno, ¿sabes?

-¿No?

-¡Nada de eso! ¡Lo más probable es que sea una ratonera voladora! Espera y verás.

Su conversación durante el resto del paseo fue trivial y careció de alegría. Trace acompañó a Amira hasta el hotel. Ella subió de inmediato a su habitación y él, nervioso, volvió a las calles. En realidad estaba cansado, pero supuso que no podría dormir. Aún no. Primero tenía que quemar un poco de su exceso de excitación. ¿Sexual? Podría ser...

Sin embargo, mientras regresaban había sucedido algo extraño que permanecía en la mente de Trace. Era una de aquellas cosas que sólo se percibían un tiempo después y aparecían más claras tras una reflexión.

Había sucedido cuando pasaron junto al puesto de una anciana que hacía encaje cerca del muelle, cuando Amira se detuvo para admirar una pieza especialmente hermosa. La vieja se incorporó, levantó su labor contra el cielo azul para resaltar su intrincado diseño y al hacerlo clavó la mirada en los ojos de Amira...

Entonces retrocedió, trastabilló y estuvo a punto de caerse. Y Trace la oyó decir:

-¡Ai! ¡Kallikanzaros! *¡Kallikanzaros!*

Un muchacho, posiblemente el nieto de la anciana, la sostuvo y la ayudó a sentarse de nuevo en la silla. Pero Amira le dio la espalda rápidamente y se alejó. Trace tuvo que apresurarse para alcanzarla.

Ahora dejó que sus pies lo devolvieran a aquel mismo lugar. La vieja ya no estaba en el puesto, pero el chico griego seguía allí, recogiendo los trabajos de encaje para cerrar.

-¡Eh, tú! ¿Hablas inglés? -le preguntó Trace.

-¿Eh? -exclamó el chico, levantando la mirada-. ¿Inglés? Oh, sí, yo habla. -Entonces reconoció a Trace y abrió los ojos desmesuradamente por unos instantes-. ¡Ah! Su mujer, ¿sí? Yo siento. La vieja... -Se rascó la oreja; luego levantó las palmas de las manos, puso la cabeza sobre una de ellas y se encogió de hombros-. Yo siento.

Trace sacó un billete de cincuenta dracmas -calderilla, en realidad- y se lo dio.

-Dime: ¿qué es, eh, Kallikan..., eh, Kallikan...

-¿Kallikanzaros?

-¡Eso es, Kallikanzaros! ¿Qué es?

-Cosa mala -dijo el chico de inmediato-. ¡Diablo!

E imitó unos cuernos con los dedos índices.

Trace frunció el entrecejo, empezó a darse la vuelta y musitó:

-Vieja loca...

Pero el muchacho lo oyó y corrió hasta ponerse delante de él.

-¡Loca, no! -dijo, meneando su despeinada cabeza con un gesto enérgico-. Ella, no. ¡Ella *i kali gynaikes*!

Más tarde, en el hotel, Trace se informó. Preguntó al dueño del hotel que hablaba inglés, qué quería decir *i kali gynaikes*.

-*I kali gynaikes* es una «mujer buena» -le explicó, sonriendo-. Una mujer inteligente, que tiene un don. Una mujer que puede curar con las manos, que lo ve... todo. Las cosas que nosotros no podemos ver. Todavía quedan algunas en Rodas.

-¿Ah, sí? -dijo Trace.

Pero cuando había dado ya media vuelta, el hombre lo detuvo.

-Perdone, antes ha salido a pasear, ¿verdad? ¿Con la señorita Halbstein?

-Así es -asintió Trace-. Sí, estuvimos paseando.

-Ha bajado y ha dejado esto para usted.

El hombre entregó a Trace una guía de Rodas. El ceño de su rostro se disolvió al instante. Amira había dicho que era la primera vez que venía a Rodas y él pensó que mentía, pero la guía lo explicaba todo. Allí estaba todo lo que ella le había contado.

¿El Diablo? No, no Amira Halbstein. En todo caso, una diablesa lista y muy guapa.

Pero, aunque Trace se sentía más tranquilo, subió cojeando la escalera hasta su habitación...

2

Una ratonera voladora, pensó Trace. Una descripción bastante correcta. Con la cabina y las alas cuadradas y la puerta trasera semejante a una escotilla, la avioneta no inspiraba confianza. Era una furgoneta con alas, pintada de color gris y plata como un barco de guerra y un piloto que parecía haber estado pastoreando cabras el día anterior.

Trace había contestado a la llamada para despertarlo... ¡y había vuelto a quedarse dormido! Cuando por fin se enteró de que alguien estaba aporreando su puerta, ya eran las ocho menos veinte y saltó de la cama como un cohete. Se vistió sin lavarse ni afeitarse y bajó la escalera con la maleta para engullir unos huevos fríos con tocino remojados con un café cargado. Luego se metió en un taxi, un modelo Mercedes antiguo, cuyo motor resollaba como un dinosaurio asmático.

Llegó al aeropuerto a las ocho y veinticinco. Lo hicieron pasar por una caricatura de control de aduana y lo mandaron apresuradamente por la pista cargando con la maleta. Pero a medio camino, con arena en los ojos y gotas de sudor brotando de todos sus poros, dejó de correr. Ya había visto la avioneta, había distinguido al piloto arrodillado encima de su rechoncha forma ¡cargándola de combustible con una manguera! Y junto a aquella cosa alada de forma achaparrada había un camión cisterna, cuyo conductor estaba sentado sobre el parachoques delantero con un cigarrillo apagado colgando de la boca.

«¡Por el amor de Dios, no lo enciendas!», pensó Trace, y subió a bordo. Entró en una cabina de pasajeros sólo un poco mayor que un baño grande. Sólo quedaba un asiento libre, el suyo. Estaba al fondo, justo enfrente del «compartimiento de equipajes», que consistía en unos anaqueles de madera atornillados a las paredes. Alguien había dejado una jaula grande sobre uno de ellos; estaba llena de gallinas vivas, cada una de ellas atada por separado para evitar que se moviesen demasiado. Las aves no parecían estar especialmente contentas con su situación.

En cuanto al resto del pasaje, se componía de un pope griego, un par de campesinos, la pareja Laurel y Hardy del hotel, dos mujeres griegas de mediana edad, una joven pareja alemana que ya lucían un precioso bronceado y el propio Trace. Y Amira. Estaba sentada en los asientos delanteros, pero no se volvió cuando él subió a bordo.

Sólo llevaba unos momentos en la avioneta y acababa de ponerse cómodo cuando el piloto tomó asiento en la cabina de mando y manoseó los mandos. Finalmente, se encendió una luz parpadeante sobre la cabeza de Trace que decía:

¡NO FUME!
¡CINTURÓN PUESTO!

«¡Fantástico! -pensó Trace-. ¿Realmente voy a volar en este cacharro?»

El piloto, casi como si le hubiese leído el pensamiento, se dio la vuelta, sonrió, saludó con un movimiento de cabeza a los pasajeros y dijo:

-¡Hola! ¡Allá vamos!

Y eso fue todo. Allá fueron.

No obstante, mientras la avioneta rodaba, giraba, tomaba impulso y por fin despegaba, el mal humor abandonó a Trace al mismo tiempo que la pista de cemento. El despegue fue suave como la seda; el áspero rugido de los motores se redujo pronto a un suave gruñido; la avioneta ganó altura con facilidad y tomó rumbo sudoeste a unos

constantes y tranquilizadores 240 kilómetros por hora. Y a Trace se le antojó maravilloso.

Las ventanillas eran cuadradas y proporcionaban una buena vista; todos los colores de la tierra, la costa y el océano parecían pintados con un pincel mágico luminoso; la sombra de la avioneta era una mancha oscura que fluía primero sobre la tierra y luego encima del océano, empequeñeciéndose constantemente hasta que acabó por fundirse con el mar mientras el aparato ascendía de manera continua por el cielo.

Pero Trace apenas tuvo tiempo para disfrutarlo, puesto que poco después la avioneta giró el morro y la propia isla de Rodas se perdió de vista. Tras esto, sólo quedó el mar intemporal. Esto podría haberle bastado para arruñarlo y serenar su mente -ese mar Egeo increíble, luminoso y atrayente-, pero como ambos aeropuertos apenas estaban separados por menos de 150 kilómetros...

... Parecieron transcurrir apenas unos momentos hasta que una muralla rocosa apareció a lo lejos hacia el sudoeste -el risco largo que era Karpathos- y la avioneta agachó el morro cuando el piloto inició la maniobra de aproximación.

Trace guardaba en el bolsillo la guía turística de Amira. La había ojeado la noche anterior antes de dormir y observó que, además de Rodas, contenía un mapa y la historia de Karpathos. Él había marcado en el mapa la ubicación del «monasterio» de Kastrouni y ahora esperaba atisbar el lugar mientras se acercaban a la isla, pero pronto comprendió que ello era imposible. Al no saber exactamente cómo ni dónde realizaba la aproximación aérea, descubrió que era incapaz de identificar el mapa con la isla real. Como contrapartida, leyó algunas cuestiones interesantes acerca de Karpathos.

La isla tenía 47 kilómetros de longitud y diez en la zona más ancha. Tenía muchos huertos y viñedos; agua en abundancia y grandes áreas sombrías a causa de los sempiternos riscos y promontorios. Y las montañas eran de roca alveolada, con aspecto de panal. Roca volcánica, desde luego, o al menos el resultado de una actividad volcánica que había sido tremenda en el pasado. Había un puñado de aldeas, algunas casi aisladas o difícilmente accesibles por tortuosos senderos de montaña. La ciudad principal era Karpathos, antes Pighadia, Pigadhia o Pigathi. Amoupi, o Amopi -no era una población, sino un simple «enclave», una bahía- se hallaba a varios kilómetros al sur de Pighadia. Y también al sur, donde unos grandes riscos aserrados se alzaban del mar, se encontraba o debía encontrarse el monasterio de Kastrouni, su único morador y «la cosa que vigila».

De súbito, Trace comprendió que no sabía dónde se hospedaría Amira Halbstein. ¿En Pighadia? ¿O en otro lugar? Sería demasiada coincidencia que ella también hubiera reservado una habitación en la playa de Amoupi. No, lo más probable era que se hospedara en Pighadia, lo que significaba que Trace iba a quedar atrapado entre dos deseos e intereses: la mole supuestamente imponente del monasterio por un lado, y la chica (la mujer en realidad, pues tenía tres años más que Trace) por el otro.

Los pensamientos de Trace habían llegado a este punto cuando la avioneta empezó a descender en picado y perdió altura velozmente mientras sobrevolaba la isla de forma oblicua a lo largo de un área plana de la costa. Y, a medida que se aproximaba el suelo, también la velocidad del aparato parecía aumentar, aunque era una pura ilusión. La avioneta perdió más altura y...

«¿Dónde diablos está el aeropuerto?», se preguntó Trace. Lo pensó sólo un momento antes de verlo.

La avioneta se posó sobre cenizas y tierra y, mientras terminaba su perfecto aterrizaje y rodaba hasta detenerse, Trace lo vio... ¡y apenas pudo creerlo! Allí, al final de la única pista de aterrizaje, había literalmente -o casi- una choza, con una valla que proyectaba tristemente su sombra a un lado y acababa con unos cuantos tablones rotos e

inclinados. ¿Aduanas? ¿Comprobación de equipajes? ¿Todos los demás procedimientos normales en un aeropuerto? ¡Nada de nada!

Mientras Trace y el resto del pasaje desembarcaban, un camión de combustible apareció detrás de la choza. Con una amplia sonrisa y un ademán de despedida a sus pasajeros que ya entraban en la cabaña, el piloto salió de su cabina y se puso sobre el techo, listo para repostar para el viaje de vuelta. Sus nuevos pasajeros ya se dirigían a la avioneta: eran seis, cuatro campesinos griegos (¿era correcto seguir pensando que debían de ser campesinos?) y un par de suecos de tez tostada vestidos con pantalones cortos y camisetas. Trace no pudo evitar una sonrisa al ver que uno de los griegos llevaba una gran bolsa de polietileno llena de salmonetes.

En la cabaña, los recién llegados se agolpaban y topaban entre sí mientras estrechaban la mano a una especie de mandatario local, un hombre bajo de enorme bigote y una sonrisa tan ancha como su rostro, al tiempo que les ofrecían café o refrescos. Trace aceptó una Coca-Cola y otro mapa de la isla. Al cabo de un minuto, él y el resto fueron conducidos a través de una puerta trasera hasta un área soleada y contemplaron una pequeña caravana de taxis que se acercaban pesadamente como una fila de chinches que bajaban de las colinas.

Laurel y Hardy (¿o Peter Lorre y Sidney Greenstreet?) y Amira Halbstein subieron al primero de ellos y pidieron que los llevaran a Pighadia. Mientras el taxi se alejaba, ella vio que Trace la seguía con la mirada, lo saludó con la mano y articuló cuidadosamente: «Ya-nos-ve-re-mos».

«¿Es-ta-no-che?», articuló él como respuesta, pero las ruedas del taxi levantaron una nube de polvo entre ambos y el vehículo realizó un giro brusco. Trace se quedó con la imagen de su sonrisa... ¿y un gesto de asentimiento?

La joven pareja de alemanes estaban hablando con el conductor del segundo taxi. Trace oyó que mencionaban Amoupi y se unió a ellos. De repente, se sintió cansado. Decidido a no ceder a las exigencias de su pierna izquierda, había caminado, se había sentado y había actuado como si no le ocurriera nada. Pero sí le ocurría. Ignoraba lo que podía ser; quizás un problema muscular, relacionado con su pie zopo («Vamos a admitirlo», pensó, «eso es lo que es: un pie zopo»), pero tarde o temprano tendría que ser examinado.

Se sentó en el asiento delantero, se cubrió los ojos para protegerlos del sol que entraba a través de la ventanilla, recostó la cabeza y cerró los párpados. Y así permaneció hasta que, tal vez media hora más tarde, el conductor le sacudió el hombro y dijo:

-*¿Mister?* ¡Amoupi!

Los folletos no mentían. Había una playa curvada, larga y estrecha, con escolleras rocosas, bajas y achaparradas, a cada extremo de la cala. Al sur, sobre un peñasco que se alzaba sobre el mar, había una iglesia de una blancura deslumbrante con una torre rematada en una cúpula, erigida allí como si admirase en silencio el lugar. La taberna era, en realidad, una casa con un tejado inclinado en dirección al mar y una cocina grande en la parte frontal; y delante de ella había un amplio patio con un techo de vides y mesas cuadradas a la sombra. A diez pasos del patio, el mar se extendía como un gran estanque azul, con una lengua de agua de menos de treinta centímetros de ancho. Hacia el norte, a lo largo de la playa, algunas maderas de deriva -árboles resecos y esqueléticos- habían sido arrojadas por el oleaje hasta el mismo límite donde comenzaban a crecer las matas. Era evidente que el mar no estaba siempre tan calmado.

Cuarenta pasos al norte, detrás de la taberna, se alzaba un edificio de estilo moderno (de ningún estilo, en realidad: sólo un rectángulo de dos pisos hecho de hormigón blanco con puertas levadizas, como una doble hilera de pequeños garajes,

unos encima de los otros) al pie de las colinas que se adentraban en un área de terreno más elevada, y más lejos aún se unían a una sierra de montes. De hecho, los montes parecían rodear toda la zona.

Pero el sol...

Los rayos del sol se reflejaban en todas las cosas como si éstas fueran las paredes interiores de una estufa. Era difícil de entender que algo pudiese sobrevivir aquí; en cambio, este pequeño valle y la bahía tenían un amplio campo (¿huerto?) de retorcidos olivos cuyas ramas estaban cargadas de aceitunas, y las vides estaban verdes y llenas de uvas diminutas; además, las matas y la hierba alta no estaban secas, sino que tenían un color verde amarillento y rebosaban de savia. Tal como decía la guía, aquí había mucha agua.

Al frente de la taberna se encontraba una activa pareja griega de poco más de cuarenta años. Una mujer de edad avanzada, la madre de uno de ellos, ataviada con el inevitable vestido y chal negro de los ancianos, estaba sentada a la sombra del patio pelando patatas. Más tarde, Trace se enteró de que permanecía sentada allí todo el día, haciendo punto, zurciendo algo de ropa, limpiando verduras, haciendo algo siempre. Pero en otras ocasiones se quedaba sentada con la mirada clavada en el mar...

Con gran placer se puso bajo la sombra de las vides, se sentó ante una mesa y pidió una cerveza mientras esperaba que lo condujeran a su habitación. Se hospedaría en la planta baja del bloque de hormigón con garajes, y, a decir verdad, había visto garajes mejor amueblados. Tenía una jofaina, una ducha y un lavabo, que estaban en la parte trasera, detrás de una puerta corredera. En la sección delantera había una cama y un armario. Y, delante de ellos, la puerta levadiza. No había ventanas; si quería luz tenía que mantener la puerta abierta, que también proporcionaba sombra.

Trace ni siquiera deshizo la maleta, sino que sacó un bañador, se lo puso y fue caminando despacio hacia la playa y el mar. Nunca le había gustado mucho nadar y hacía al menos dos años que no se ponía aquel bañador. Lo sorprendió que todavía le sentara bien y no estuviera cubierto de moho. ¿Cuándo se lo había puesto por última vez?

Hacía dos años y medio; una novia que había tenido solía arrastrarlo a la piscina de Crouch End. A ella le gustaba con locura nadar y tenía muy buen estilo, por lo que Trace parecía un payaso en comparación. No duró mucho. ¿Nadar? ¡Eso era para los peces y los patos!

Pero aquí...

Aquí era casi un crimen desdeñar la lánguida invitación del mar. No entendía por qué no había nadie más bañándose. Pero era real: tenía toda una playa del Egeo para él solo. Los demás huéspedes -tal vez una docena en total- permanecían sentados bajo las vides, vestidos con sus trajes de baño, tomando una bebida y charlando, y Trace era el único que se había zambullido en el agua.

Nadó, flotó y braceó de aquí para allá en las calientes aguas de aquella enorme bañera durante casi una hora; entonces advirtió cierta actividad en la taberna. Estaban sirviendo una comida, y Trace ya tenía algo de apetito. Salió del mar y se sacudió el agua del cuerpo hasta que quedó casi seco. Había dejado las zapatillas -de las que cubrían los dedos de los pies- en la playa, al borde del agua. Se calzó, entró en el patio a la sombra y encontró una mesa vacía.

Era raro; pero, de súbito, notó que todo el mundo parecía mirarlo mientras cuchicheaban entre sí o se tapaban la boca con las manos. Comenzó a sentirse incómodo. Por fin, Fodula, la integrante femenina de la pareja griega, acudió para tomar nota de su pedido. Era una mujer agradable, de rostro redondeado, tranquila y cortés. Trace pidió una pequeña ensalada, tomates rellenos y salchichas picantes griegas. Y una

cerveza fría.

Cuando terminó, el joven alemán del taxi se acercó a él desde la mesa a la que había estado sentado con su chica.

-Perdón -dijo, inclinándose al lado de Trace y tocándole el brazo-, ¿es primera vez en Grecia?

-Así es -contestó Trace.

-¡Ah! -exclamó el alemán. Asintió con su rubia cabeza, como si hubiera entendido algo, y Trace frunció el entrecejo.

-¿Por qué me lo pregunta? ¿Estoy haciendo algo malo?

-Malo para usted -repuso el alemán-. Tome, por favor.

Le dio a Trace una botella de plástico marrón; era una loción para el bronceado. La botella estaba vacía en sus dos terceras partes y era evidente que ya no la necesitaban... la pareja alemana, por lo menos. Trace leyó la etiqueta; tenía un factor de protección alto. Luego, mientras el alemán regresaba a su mesa, se miró los brazos y piernas desnudos.

¡Por eso no se aventuraban a ponerse al sol al mediodía! Ahora entendía por qué se quedaban sentados al fresco, tomándose sus bebidas. Su piel ya se estaba enrojeciendo. Y recordó una canción que decía:

«Los perros locos y los ingleses salen a tomar el sol al mediodía...»

Después de comer regresó a su habitación, se afeitó y se duchó, vació el resto de la loción protectora sobre todos los lugares de su cuerpo a los que pudo llegar y se la frotó hasta que su piel la absorbió. Luego se puso unos pantalones cortos y una camiseta, levantó la puerta y permaneció sentado a la sombra un rato. Mientras la loción actuaba, comenzó a elaborar sus planes.

Había observado que de vez en cuando bajaban taxis de las colinas, frecuentemente dos o tres seguidos. Amoupi era un lugar popular entre los lugareños, posiblemente como resultado directo de las visitantes femeninas que estaban sentadas a la sombra de las vides con sus minúsculos bikinis. Bueno, no podía culpar a los taxistas por algo así. Pero había decidido que, cuando viniese el próximo taxi, lo tomaría para ir a la ciudad. Había un par de cosas que quería hacer allí. En el momento en que tomaba esta decisión, llegó un taxi solitario entre una nube de polvo. El taxista anunció su llegada con un toque extravagante de claxon que interpretó la secuencia de cinco notas de *Encuentros en la tercera fase.*

Trace se metió algunos billetes en el bolsillo de los pantalones, cerró la puerta levadiza y echó a correr hacia el muro bajo donde el taxista estaba sentado fumando un cigarrillo. Tuvo suerte; era el mismo taxi y el mismo conductor que se había llevado a Amira Halbstein a Pighadia. No sólo eso, sino que también hablaba inglés de manera bastante aceptable. Mientras se dirigían a las colinas, Trace le hizo varias preguntas acerca de Amira.

-¡Oh, sí! Muy bonita -respondió el taxista, sonriendo-. Está en Villa Ulises.

-¡Bien! -exclamó Trace-. Iré a verla. ¿Puedo comprar algo de «prive» en Pighadia?

-¿«Prive»?

-Bebida, licor, alcohol, ¿sabe? Quiero decir vino, whisky... eh, ¿ouzo?

-¡Ah, ouzo! ¡Cócteles! Bares...

-No, bares no. Tiendas.

-¡Oh, sí..., claro! Buenas tiendas. Tres, cuatro de ellas. Todas venden vino y whisky.

-¿Y puedo encontrar fácilmente esas tiendas?

-¡Oh, sí! Ciudad pequeña. Camine y encuentra...

El viaje duró diez minutos; no debieron de recorrer más de siete u ocho kilómetros de curvas. Trace bajó en el «centro» de la ciudad y pagó la carrera. Así que esto era Pighadia.

Una carretera principal recorría la costa a lo largo de un kilómetro y medio, aproximadamente; la línea del puerto era más o menos paralela. En el área central, de esta carretera nacían varias calles laterales; en ellas había tiendas, hoteles y un puñado de restaurantes. En el puerto, las barcas oscilaban suavemente con un movimiento casi imperceptible. Era como un barrio de las afueras de Rodas trasplantado a esta isla. Salvo que no tenía muchas piedras antiguas ni el halo de estar envuelta en la leyenda. Trace pensó que, quitando el mar, aquí se podría filmar un buen *spaghetti-western*. Y, si alguien no quería que lo encontraran, éste era ciertamente un sitio estupendo para desaparecer.

Entonces pensó en Amira Halbstein. Pero...

Lo primero es lo primero.

Trace se paseó por las calles y grabó en su memoria el trazado general de la ciudad. Luego empezó a visitar las tiendas que vendían bebidas. Sólo encontró una, cerca del puerto, que estuviese especializada en la venta de licor. Su propietario era delgado y taciturno; los estantes metálicos estaban abarrotados de las mejores marcas a precios increíblemente bajos. Trace se maravilló al ver una botella de dos litros de Grand Marnier al precio de 1.700 dracmas: ¡poco más de once libras!

En la tienda había dos o tres clientes, pero él siguió consultando y comparando precios hasta que se hubo marchado el último. Entonces se volvió hacia el malhumorado dueño.

-Perdone, ¿sabe inglés?

-Poco.

-Busco una tienda de vinos que es propiedad de un hombre llamado Kastrouni. ¿Es ésta?

-¿Eh? -El enjuto rostro del hombre no reveló nada; tenía los ojos entornados como una serpiente.

-Kastrouni -repitió Trace, más alto-. ¿Es su tienda?

-¡*Mi* tienda! -contestó el hombre, señalándose el pecho con el pulgar-. ¿Quién es Kastrouni?

-Gracias de todos modos -dijo Trace-. No se preocupe. Estoy buscando a alguien, eso es todo.

No compró nada. Salió a la calle y fue a otra tienda más alejada del puerto. En ella había un par de turistas, ninguna multitud.

El propietario de la segunda tienda era más bien joven, sobrado de peso y de aspecto simpático. Estaba dando unos caramelos gratis a unos niños del lugar cuando Trace entró. Trace dejó pasar a los chicos, que salieron corriendo entre risas, y repitió su pregunta.

Una vez más, recibió como respuesta una mirada inexpresiva. Pero...

¿Fue un tic nervioso lo que vio en la comisura de la boca del hombre? Y observó que, cuando el tendero repitió el nombre, Kastrouni, comenzaron a temblarle las manos hasta que tuvo que apoyarse en el mostrador.

Trace echó un vistazo a la tienda. Vendía muchas más cosas además de licor. Había cartones de cigarrillos y puros; dulces y caramelos de muchas variedades; comida enlatada, paquetes de galletas, e incluso huevos y queso del lugar. En tono casual, mientras examinaba la etiqueta de una botella de Grants, dijo:

-Kastrouni era mi amigo. Vino a Inglaterra para verme, para decirme algo. Pero ahora está muerto.

Y vio por el rabillo del ojo que el hombre se sobresaltaba; vio que abría la boca como si alguien acabase de entrar y lo hubiera abofeteado. Se volvió rápidamente hacia él, pero ya había recuperado en parte la compostura.

-¿Muerto? ¿Ha muerto alguien? Eso es terrible, pero... -y se encogió de hombros.

«No muy convincente -pensó Trace mientras pagaba por el whisky y salía de la tienda-. Nada convincente.» Pero eso era todo lo que quería de él y asintió mentalmente. ¡Oh, sí! Si Kastrouni era socio propietario de una tienda en Pighadia, ésta era la tienda, no cabía duda. Y, desde luego, había impresionado a su socio con aquella apariencia de secreto...

En la calle no miró por dónde iba y topó con alguien que miraba el escaparate de la tienda. La persona, un hombre gordo vestido con un traje blanco, se estaba dando la vuelta cuando chocaron.

-Perdón -dijo Trace de inmediato mientras el otro perdía el equilibrio- Ha sido sin querer.

El otro se recuperó y se volvió para mirar a Trace por debajo de un sombrero de ala ancha. Era el señor Hardy, o Sidney Greenstreet.

-No ha sido nada -resolló. Tenía un acento levemente norteamericano... o mal disimulado como tal-. ¡Diablos, no! Ha sido culpa mía. Estoy demasiado gordo y tropiezo con todo el mundo.

Agitó las manos por un instante en señal de disculpa, lo saludó con un movimiento de cabeza y se alejó bamboleándose hacia el puerto. Trace corrió en pos de él.

-Eh, ¡perdone!

-¿Sí? -El hombre lo esperó.

-La chica que fue en el taxi con ustedes desde el aeropuerto, Amira Halbstein. Teníamos que vernos. Sé que se hospeda en Villa Ulises, pero...

-¡Ah, claro! -repuso el gordo-. Sí, ya sé. Todo un tipazo. Ella ocupa la mitad de la casa y nosotros la otra mitad. -Trace se fijó en el «nosotros»-. Quiere saber dónde está, ¿verdad?

-Me sería de gran ayuda.

El gordo se lo indicó de forma sencilla y siguió su camino.

Trace encontró Villa Ulises cuatrocientos metros al norte de la ciudad, erigida contra una colina, anidada en el lecho de un promontorio rocoso. Era una casa moderna pero de buen gusto, en un estilo casi de hacienda española que encajaba perfectamente en su pintoresco entorno. Con patios de altos muros a ambos lados, parecía un lugar exclusivo y caro. La buganvilla crecía en macizos de color verde y púrpura a lo largo de la parte superior de los muros, desbordándose aquí y allá en cascadas de flores y hojas.

A menos de cien metros y al otro lado de la carretera principal, la playa había estado quemándose al sol hasta adquirir una tonalidad que variaba del blanco puro al amarillo apagado allí donde pequeños montones de rocas se deslizaban hacia el mar como un mazo de cartas inclinado. Trace miró el chalé y luego otra vez el mar. Sabía que Amira ocupaba el patio y las habitaciones del lado norte, pero localizó una sombrilla solitaria al borde de la extensión azul del Egeo. Una sombrilla en quizás ochocientos metros de playa. ¿No le había dicho que había venido en busca de paz y sosiego?

La encontró debajo de la sombrilla, leyendo un libro. Su bikini estaba en el límite de la decencia. Estaba tumbada sobre una estera y se apoyaba en los codos para leer. Su piel relucía a causa del aceite bronceador, y el olor a coco envolvió a Trace antes incluso de que estuviera lo bastante cerca para hablar sin levantar la voz. Antes de que

ella pudiese ver su sombra y tal vez se asustara, dijo:

-¡Hola! Pensé que debías de ser tú.

Ella levantó la mirada por encima de las gafas de sol, con un grácil movimiento se sentó con las piernas cruzadas y dejó el libro sobre la estera.

-Y yo también -contestó sonriendo-. Aunque has venido un par de horas demasiado pronto. -Entonces lo miró con mayor atención, se quitó las gafas de sol, volvió a observarlo y agregó-: Será mejor que te pongas a la sombra. ¿Qué rayos has hecho?

-Nadie me avisó que las islas griegas eran grandes hornos microondas disimulados -dijo, resoplando-. Ya veo que este año se lleva el coco. Yo uso loción alemana. Orines de puerco espín, creo. A los alemanes no les importa que huela bien o mal, mientras vaya bien.

Ella se echó a reír.

-¿Y cómo es el sitio donde estás? En Amoupi, quiero decir.

-No he dicho que esté en Amoupi -replicó él.

Amira se encogió de hombros y desvió la mirada.

-¿Dónde ibas a estar, si no? Hay muy pocos centros turísticos en Karpathos.

-Pero en Pighadia hay montones de chalés y apartamentos.

-En tal caso, cabía esperar que hubieses tomado el mismo taxi que yo desde el aeropuerto... y sabrías dónde iba yo a hospedarme. ¿Cómo sabes tú que no he comprobado si estás en Pighadia? Y, por cierto, ¿cómo me has encontrado?

-Me lo ha dicho un pajarito -repuso Trace, sentándose a su lado-. ¡Bueno, en realidad era un pájaro muy gordo! -Se preguntó si ella había averiguado realmente su paradero. Esperaba que así fuera, porque la encontraba cada vez más atractiva-. Sea como sea, para responder a tu pregunta, Amoupi es un sitio terrible. No el lugar como tal, la playa o la taberna. El lugar es idílico. Pero las habitaciones... No hay ventanas, no son especialmente cómodas, ¡y apenas hay sitio para moverse!

-¡Pobrecito! -dijo ella-. ¡Y estás quemado como una tostada, mientras yo vivo rodeada de lujo en Villa Ulises! ¿Te gustaría ver mi apartamento?

«¡Fantástico!», pensó Trace.

-Eres muy amable -contestó-. Y, si tienes hielo, puedes ofrecerme una copa -y le enseñó la botella de whisky.

-Tengo mucho hielo, sí. Vale -asintió. Se incorporó y se puso una camisa de algodón-. ¿Puedes llevarme la sombrilla?

Ella había dicho que vivía rodeada de lujo, y Trace pensó que no era ninguna exageración. El patio era casi un jardín, con una vid, masas de buganvilla, flores en jarrones griegos a lo largo de las paredes, senderos y áreas para sentarse con guijarros blancos y negros colocados sobre sus bordes y dispuestos en representaciones clásicas y geométricas de pulpos, delfines, peces, hombres y doncellas. Las «habitaciones» de Amira eran en realidad un solo cuarto enorme de techo alto, pero diseñado de tal forma que servía para las funciones de tres. Una escalera de madera conducía a lo largo de la pared trasera hasta un dormitorio abierto que ocupaba la mitad del área superior, bajo las vigas barnizadas del techo; el área de «abajo» estaba dividida por un arco casi tan ancho como la habitación, en cuyo lado más pequeño albergaba un lavabo diminuto y totalmente separado y un hueco para la ducha, con el techo, las paredes y el suelo embaldosados. Bajo la escalera y tras una cortinilla de cuentas había una cocina muy reducida, con tres fogones de gas, un grifo de porcelana, algunos cajones y armarios en madera barnizada y un frigorífico pequeño. La pared más alejada del mar, donde el techo era más alto, era inmensamente gruesa; en un hueco en su interior había una plataforma de piedra con una masa de cojines sobre la que la piedra se curvaba en un

arco, en un estilo decididamente rodio. La luz entraba a raudales por los ventanales de tres paredes, así como de las ventanas más pequeñas que daban al patio. El lugar era maravilloso.

-No sabía que hubiese sitios como éste -dijo Trace sin disimular su admiración mientras paseaba su mirada-. No te preguntaré cuánto te cuesta. Además, qué importa. ¡Siempre será una ganga!

-Hay hielo en la nevera -indicó ella-. Prepárate una bebida mientras me ducho; si no, tendré sabor a sal cuando me beses. Porque querrás besarme otra vez, ¿no?

Trace se hallaba en el área de la cocina; sacó la cabeza a través de la cortinilla, pero ella ya había cruzado el arco y estaba presumiblemente en el cubículo de la ducha. Las dos piezas diminutas de su bikini yacían sobre el suelo de madera de pino pulida.

-Creí que no te habías dado cuenta la primera vez -exclamó él, y oyó tintinear la alegre risa de la mujer un momento antes del siseo del agua a presión.

-¡Oh, sí que me di cuenta! -sonó su voz, ligeramente jadeante y entrecortada a causa del agua fría que le aguijoneaba la piel-. Sólo pensé que era un poco pronto para empezar una aventura de verano, eso fue todo.

Y Trace notó, como saben descubrir algunos hombres, la invitación. Para la mayoría de las mujeres, el simple hecho de traerlo hasta aquí ya habría sido una señal, por no hablar de desnudarse y ducharse en su presencia; pero no en el caso de ella. No, la invitación la había hecho ahora, en este mismo minuto, apenas hacía un segundo. Había estado en su voz, en ese algo indefinible que pasa a la velocidad de la luz entre un hombre y una mujer que *saben.* Pero aun así, incluso ahora, era una invitación titubeante, que dependía de la respuesta del hombre. De la forma como él respondiese. Y lo último que él debía hacer era responder como un colegial tímido.

-¿Un poco pronto? -repitió él-. ¿Y ahora?

Ella no contestó, y él supo que había acertado. Pero Trace aún sintió que era otro quien se quitaba los pantalones cortos, se desnudaba por completo y pasaba bajo el arco.

Ella permaneció quieta, riendo en silencio desde el agua, que caía sobre ella y le resbalaba como una cortina de cristal líquido. Y su risa lo confirmó. Él la contempló y disfrutó de su figura. Sus pechos le parecieron perfectos; eran de pezones grandes y colgaban como espléndidas frutas maduras. La V del vello que crecía entre sus caderas era densa, los rizos poblados, perlados de gotas y relucientes. La mujer levantó los brazos hacia la fuente del agua y a Trace le recordó a Jilly, pero sólo por un instante. Jilly era Jilly, pero Amira era real.

Entró en la ducha con ella y emitió una exclamación sorda al notar el impacto del agua. Ella lo abrazó por la cintura, le dio la vuelta y estrechó el cuerpo contra su espalda por un instante fugaz; entonces, mientras el agua comenzaba a calentarse, ella le enjabonó la espalda desde el cuello hasta las nalgas.

-¿Ahora? -dijo ella-. Ahora sigue siendo un par de horas demasiado pronto.

Por un momento, Trace sintió los senos de la mujer contra su espalda y oleadas de placer le recorrieron el cuerpo, mientras ella se apoyaba contra él... pero entonces la joven salió de la ducha, sacó una toalla de alguna parte y se envolvió con ella.

-¿Qué...? -exclamó Trace desde la ducha mientras el agua caliente le entraba en la boca; era consciente de que ella se había retraído, aunque al mismo tiempo sabía que no había hecho nada malo-. ¡Amira, lo último que necesito ahora es que coquetees conmigo!

Ella se secó los cabellos con la toalla, se mordió el labio y desvió la mirada.

-Ya lo sé -contestó, y añadió un tanto ansiosa-: Pero, si hacemos el amor ahora, nos pasaremos en la cama el resto de la tarde y la noche... y lo sabes. Bueno, creo que te deseo, de acuerdo, Charlie Trace... pero todo a su tiempo. Lo que quiero decir es, bueno,

no te conozco. No muy bien. Además, ¿cómo llamarías a una chica que cayera en tus brazos tan fácilmente?

-¿Una diversión? -le sugirió Trace, saliendo de la ducha.

Amira le dio otra toalla. Si se había fijado en su pie, no lo comentó. Él, de todos modos, se alegró por ello.

-No -respondió ella, meneando la cabeza-. Hablaba en serio. A una chica así la llamarías pendona, cachonda, «una tía fácil». Pero, por otra parte, éstas son las islas del amor y del romanticismo. Así que te sugiero que partamos la diferencia.

La decepción volvió chistoso a Trace, incluso un tanto sarcástico.

-Lo mismo que yo estaba pensando -gruñó. Entonces se dominó, reprimió una mueca poco sincera y se mordió el labio-. Era un juego de palabras... y bastante malo.

-Estás enfadado conmigo y no puedo culparte por ello. Pero si no quieres oír mi plan..., la manera como yo creo que deberían pasar las cosas...

-¡Desde luego! -exclamó Trace-. Vamos a oírlo -y comenzó a secarse con la toalla.

-Bueno, ésta es mi propuesta: regresa a Amoupi y vístete para salir esta noche tal como harías en Londres. Luego, a eso de las ocho, ven a buscarme y llévame «a la ciudad». O llévame a lo que se parezca a una ciudad. Puedes invitarme a cenar y a tomar vino y prueba a convencerme de tu irrefrenable... lo que sea. Si hay una discoteca, podríamos sentarnos bajo las vides y las estrellas y mirar cómo bailan. Tomaremos bebidas exóticas y dejaremos que la noche se cierre sobre nosotros. Luego, si la chispa sigue encendida, si somos compatibles, si estamos «enamorados», por breve que sea el momento, volveremos aquí y dejaremos que las cosas sigan su curso. ¿Qué te parece?

Trace asintió con la cabeza.

-Como el lejano correr del agua en pleno desierto -dijo-. Suena prometedor... pero siempre existe la posibilidad de que la fuente se haya secado antes de llegar a ella.

-Sólo si descubrimos que, en realidad, no nos deseamos -replicó ella sensatamente-. En tal caso sería pura lujuria y un error. Sería un simple acto animal.

«¿Ah, sí? -pensó Trace-. Pero a veces hay mucho a favor de los simples actos animales, cariño. ¡Desde luego, mejor eso que despertar mojado de un sueño erótico!»

Y Trace se vistió de nuevo...

De vuelta a la ciudad, y mientras buscaba un taxi, Trace fue atraído por un murmullo de nerviosas voces griegas y los «¡Oooh!» y «¡Aaah!» de los turistas, hasta la calle que tenía las dos vinaterías. Al doblar una esquina, vio una muchedumbre agolpada a la entrada de la tienda más pequeña, donde él había comprado el whisky: la que era propiedad de Dimitrios Kastrouni, o de la que era socio secreto. Tres individuos de rostro severo y con aspecto de policías se llevaban a un hombre sujetándole firmemente los brazos a la espalda. Uno de los tres, el de más edad, se abría paso mientras los otros dos conducían al prisionero entre la multitud. Debían de ser sólo policías por horas.

Trace escudriñó el rostro del prisionero, que protestaba por su captura: era el malhumorado y taciturno propietario de la tienda más grande. Pero, ¿qué había hecho? ¿Qué había ocurrido?

-¿Qué ha pasado? -preguntó Trace a una joven pareja británica.

-Ni idea -contestó el hombre, que estaba boquiabierto y con la mirada perdida-. Alguien ha dicho que ha habido un asesinato y hemos venido a mirar.

¡Asesinato! Y era obvio que el individuo de rostro enjuto estaba implicado. Trace se puso de puntillas para mirar por encima de las cabezas de los que estaban más adelante y vio unos hombres que salían tambaleándose por la puerta de la tienda.

Sostenían una camilla que estaba parcialmente atorada en la puerta por una mujer histérica que gritaba, farfullaba y se golpeaba el pecho, pasando constantemente las manos a lo largo del cuerpo tendido en la camilla. La mujer estaba cubierta de líquido rojo; manchados de rojo estaban su blanco rostro, sus manos y la parte frontal de su vestido.

Entonces Trace vio toda la escena y sintió que su propia sangre le caía a los pies. El hombre de la camilla estaba evidentemente muerto; su cabeza se bamboleaba de una forma extraña y estaba inclinada en un ángulo anormal, como si tuviese el cuello roto. No lo tenía, pero no había ya tensión en él. La tensión había desaparecido cuando alguien había deslizado una cuchilla por su garganta, de oreja a oreja. La parte delantera del cuerpo tenía un aspecto pegajoso, de color escarlata, infernal, allí donde su vida había salido a borbotones al exterior empapándolo rápidamente.

Era el hombre gordo y alegre, el socio de Kastrouni...

3

Trace se sentía sumamente deprimido cuando recogió a Amira en Villa Ulises. Había pensado mucho y no le gustaban las conclusiones a las que había llegado. El aviso de Kastrouni respecto a que él corría un gran peligro seguía resonando en su cabeza. Y ahora el gordo de la tienda de vinos estaba muerto. Por otra parte, parecía que su asesino era otro nativo de Karpathos y que el propio crimen no era más que el resultado de una rivalidad. Pero Trace siguió dando vueltas al tema y Amira no tardó en notarlo.

-Has estado muy callado -dijo ella. Estaban sentados en una taberna que daba al puerto, en el que las luces de un puñado de barcas se reflejaban en las aguas como estrenas-. ¿Va algo mal? ¿Tanto te he decepcionado?

-¿Tú? -Trace comprendió que había estado a muchos kilómetros de distancia. Y durante la cena debió de parecer muy retraído-. No, no me has decepcionado. De hecho, me siento muy cómodo a tu lado, hasta el punto de que no siento la necesidad de impresionarte. Si esto no suena muy halagador, sabes que no es lo que pretendo. Pero, ¿decepcionado? ¡Diablos!, si no nos hubiéramos encontrado en Rodas, probablemente ahora estaría loco de aburrimiento.

-¿Ah, sí? -Amira jugueteó con su bebida, un ouzo lechoso encaramado sobre grandes cubos de hielo. Inclinó la cabeza a un lado y agregó-: ¿Eso es todo lo que soy para ti, entonces? ¿Una amiguita para divertirte y no caer en el tedio?

Trace sonrió, cogió la barbilla de la mujer entre el pulgar y el índice y contestó:

-Sabes que tampoco he querido decir eso. Pero, verás, vine aquí, como tú, en busca de un poco de paz y tranquilidad. Por eso y... por un par de otras razones. Y ahora has aparecido tú. Así que, ya ves, eres una complicación. Muy dulce y hermosa... pero una complicación de todos modos.

-¿Preferirías no haberme conocido?

-¿Sabes? ¡Cuando no das la vuelta a mis palabras, lo haces con mis pensamientos! ¿Preferir no haberte conocido? ¡Diablos, no! No, es lo último que desearía. Pero sé que durante la próxima semana habrá un día, tal vez dos, en que no estaré aquí. Me habré ido. Y entonces pensaré en ti.

-Lo que quieres decir es que estarás celoso de que otro hombre joven y guapo me esté cortejando -dijo ella, arrugando la nariz-. Lo sé.

-Eso también -confirmó él-. Tendría que sacudirlo, ¡y sin duda él me sacudiría a mí!

-Creo que me gusta la idea -comentó Amira, apoyando la barbilla en las palmas de las manos-. Eso de que dos hombres se peleen por mí. Pero, ¿qué es ese asunto secreto que tienes que hacer? ¿Adónde has de ir?

Trace la contempló, la vio con claridad quizá por vez primera. No era simplemente una atracción entre desconocidos, ni las confusas sensaciones sexuales despertadas por una chica guapa en la ducha. Era que miraba a una persona real, viva. De carne y hueso. Frágil, como todos los seres humanos. Y vulnerable. Por alguna extraña razón, la Muerte había rondado de cerca a Trace y parecía seguirlo a todas partes. Hablaba con alguien, y esa persona moría. Luego conversaba con otra y... la misma historia. Y ahora estaba charlando con Amira. Al menos, debía avisarle. Tenía que conocer parte de la siniestra naturaleza de lo que estaba afrontando.

-¿Quieres saber por qué he venido? -le preguntó-. ¿Por qué estoy aquí de verdad?

-Sólo si quieres contármelo -respondió ella, encogiéndose de hombros-. Supongo que estás huyendo de una relación que se ha ido a pique, o tal vez simplemente te has escapado por un tiempo de la rutina de tu vida cotidiana. Ése es el aspecto que tenías en el aeropuerto de Rodas, en la ciudad de Rodas, e incluso esta noche. Casi un fugitivo, un hombre que no conoce el descanso, que siempre mira por encima del hombro. No literalmente, sino en sentido figurado.

-¿Yo, un fugitivo?

Trace sonrió y estuvo a punto de negarlo, pero se dejó llevar por un impulso y lo aceptó. Dejó que la sonrisa se borrase de su rostro.

-¿He acertado? -lo presionó ella.

-Tal vez, en parte. En ocasiones parece como si estuviese huyendo desesperadamente. Como tú has dicho, en sentido figurado.

Trace esbozó en pocas palabras las líneas básicas del encuentro con Kastrouni, su extraña muerte y el asesinato del segundo hombre hacía escasas horas. No precisó: pintó un simple bosquejo y eliminó todos los detalles.

Aunque ella estuvo escuchándolo (sólo con cierta atención, pensó Trace, e incluso removiéndose un poco, como si lo apremiara silenciosamente a terminar; ¿acaso no le creía?), cuando terminó le dijo:

-¿Y eso es todo? Un griego te da un misterioso aviso en Londres y muere en un accidente. Vienes a comprobar algo que te dijo y una persona con la que conversas es asesinada.

-Debes de pensar que es una locura -dijo Trace-. Tal vez no lo crees.

-¡Claro que lo creo! -exclamó ella con un bufido-. De hecho, he oído hablar de ese crimen. Es la comidilla de toda la ciudad. Pero, ¿quieres saber mi opinión? Una coincidencia, eso es todo. -Entonces tuvo una idea y abrió los ojos desmesuradamente-. ¿Eso es lo que te ha estado preocupando? ¿Que ahora que me has conocido, yo también caeré bajo esa influencia? ¿Crees que tal vez seré la próxima víctima de..., de la maldición de Charlie Trace?

Trace se encogió de hombros y comenzó a sentirse ridículo.

-Algo así, supongo -reconoció.

-¡Una coincidencia! -insistió Amira-. Escucha, Charlie, deja que te diga algo. Hace unos años, cuando murió mi madre, pasé un tiempo en Israel. Allí había un joven que me interesó; estaba en un *kibbutz* militar. No éramos amantes, sólo amigos. Pero íbamos a ser amantes. Lo sabíamos, ¿entiendes? Pero un día pasé un rato con él y un grupo de otros soldados jóvenes. Aquella misma noche llegó un comando terrorista y los mató a todos. Incluido al chico con el que todavía no me había acostado. Una semana después, mi tío murió de cáncer. La muerte pareció estar por todas partes aquel año allí donde yo iba. *¿Y* crees que eso tuvo algo que ver conmigo?

-Esto es distinto -dijo Trace.

-¿Cómo? ¿Por qué? ¿Qué fue exactamente lo que te dijo ese griego misterioso?

Trace no tenía la intención de implicarla. Presintió que ya había hablado demasiado. Y, ¡qué rayos!, quizás tenía razón.

-Nada -respondió-. Tienes razón. He dejado volar la imaginación. Olvídalo. En cuanto a apartarme de ti... olvídalo también. Quítatelo de la cabeza. No voy a hacer nada solo y a ti nadie te va a hacer la corte... excepto yo. Además, no soy muy aficionado a visitar monasterios en ruinas.

Se recostó y miró hacia las aguas mientras lo decía; Amira, que acababa de tomar un sorbo de su bebida, escupió el líquido y tosió violentamente. Trace se puso en pie al momento y, preocupado, le dio una palmada en la espalda y la tranquilizó.

-¿Te encuentras bien? -le preguntó, nervioso, cuando el ataque cesó-. ¿Qué te ha

sucedido?

-¡Se fue... por otro... lado! -farfulló con voz entrecortada, y luego añadió-: Gracias, ya estoy bien...

Tras lo cual, Trace se sintió más tranquilo, se puso de buen humor y la noche pronto se volvió agradable y animada. Se fueron de la taberna y encontraron una plaza con bombillas de colores colgadas, donde unos griegos ataviados con vestidos tradicionales bailaban al son de los bozoukis y bebían ouzo de una botella que pasaban de mano en mano; finalmente, tras haber bebido un poco más de la cuenta, regresaron juntos a Villa Ulises.

A la mañana siguiente, Trace deseó recordar mejor cómo habían hecho el amor, pero era incapaz. Fue luego, tomando café, cuando Amira sugirió que él recogiera sus cosas de Amoupi y se trasladara aquí. Y a Trace le pareció una idea fabulosa.

Ya estaba esperando la noche siguiente, pero esta vez estaba decidido a recordarlo todo...

Tomó un taxi de vuelta a Amoupi y llegó alrededor de las diez y media. El sol atravesaba otra vez el cielo con su calor abrasador, por supuesto, y todos los turistas despabilados estaban bajo la vid, sorbiendo sus bebidas con hielo como hacían habitualmente. Todos menos una: una chica solitaria, en top-less, tan morena que el sol hacía caso omiso de ella, chapoteaba en el mar y jugaba con una pelota de playa. Trace la contempló por unos momentos, emprendió el camino hacia su «garaje»... y se dio la vuelta de inmediato.

Mientras contemplaba a la muchacha que estaba en el agua, la mirada de Trace se había posado fugazmente en un hombre delgado que estaba sentado a la esquina de una mesa en el patio de la taberna. Llevaba gafas oscuras, una camisa hawaiana y un sombrero de paja, pero seguía siendo el señor Laurel.

«¡El yanqui! ¿Qué está haciendo aquí?», pensó Trace.

El señor Laurel no parecía mirar hacia él, pero, cuando Trace fue hacia su diminuta habitación, el flaco se levantó y se aproximó al taxi de Trace, que lo estaba esperando. Trace se encogió de hombros. Cabía la posibilidad de que sólo estuviera comprobando cómo era el lugar y qué podía verse por allí. Ahora, probablemente quería regresar a Pighadia. A Trace no le preocupaba que pidiera al taxista que lo esperase; además, tampoco le importaba compartirlo.

Al pie de la cama vio la guía que Amira le había dado. Él no la había dejado allí, abierta y vuelta del revés. Lo habría jurado. Giró el libro para que reposara sobre el lomo y, en el instante antes de que las páginas se acomodaran en su posición, vio el mapa de Karpathos sobre el que había marcado la situación aproximada del monasterio. Alguien había estado mirando el libro y había visto la marca.

Examinó la maleta. Todo parecía estar en orden, aunque...

No, *no* estaba en orden. Ni mucho menos. El cuaderno de notas de Kastrouni... ¡había desaparecido!

Trace sólo había traído tres objetos relativos a Demogorgo: el cuaderno, el mapa de Karpathos que tenía Kastrouni y una pequeña Biblia. La Biblia seguía en su sitio, pero el mapa y el cuaderno se habían esfumado. Pero, ¿por qué?

Alguien había entrado en su habitación, había buscado en su maleta y se había llevado el mapa y el cuaderno. A continuación, el hombre (¿o la mujer?) había visto la guía, que tenía un mapa de Karpathos que Trace también había señalado. El intruso no había visto ningún motivo para robar la guía; como Trace había puesto una marca en ella, era evidente que sabía dónde estaba el monasterio...

Kastrouni estaba muerto.

El hombre gordo y feliz de la tienda de vinos, también.

Y en las montañas había un hombre que alguien creía que era importante para Trace. Y, ¡maldición!, realmente lo era. ¡En los últimos cinco minutos, se había vuelto más importante que ningún otro en toda su vida!

«¿Incluida Amira Halbstein?», se preguntó. Pero para aquella pregunta no tenía ninguna respuesta. Todavía no. Era una cuestión que tendría que esperar. Hasta más tarde.

Volvió a empaquetar rápidamente la maleta y llevó la llave a Fodula, que estaba trabajando en la cocina. La mujer lo miró sorprendida.

-¿Se marcha? Pero ha pagado, y...

-No se preocupe -le dijo-. Estaré con unos amigos en Pighadia.

-Está bien, pero... ¿algo va mal?

-No, no -se apresuró a asegurar, y sonrió forzadamente-. No, todo es fantástico. Pero... dígame, ¿ha entrado alguien en mi habitación?

-¿Eh? En su... -La dueña abrió los ojos desmesuradamente-. ¿Le han robado?

-Sí... *¡no!* -exclamó Trace-. No, nada que yo sepa.

Se percató, demasiado tarde, de la sombra delgada que el sol proyectaba al otro lado de la puerta de la cocina. La sombra llevaba sombrero. Era el señor Laurel.

-Señor Trace, lo lamento si... -empezó a excusarse Fodula, tomándolo de la mano.

-No, de verdad, no se preocupe -la interrumpió Trace-. Pero ahora me hospedaré en Pighadia. Este lugar ha sido muy bonito... maravilloso, pero allí tengo amigos. Gracias...

Y, mientras la sombra delgada se desvanecía, él caminó despacio hacia la puerta de la cocina.

Se aseguró de que Laurel tuviera todo el tiempo del mundo para alejarse y salió a la luz del sol. Cuando llegó junto al taxi, el flaco ya estaba sentado en uno de los asientos traseros. Trace se sentó en el otro.

-¿A Pighadia? -le preguntó.

-¿Eh? ¿Qué? ¡Oh, claro! -El flaco parecía sorprendido-. No hay ningún otro sitio en este pedazo de roca, por lo que veo.

-Lo que pasa es que éste es mi taxi -dijo Trace, tratando de no parecer agresivo. De súbito, sintió que odiaba a este cabrón de mierda y deseó agarrarlo y volver sus bolsillos del revés. Pero...

- ¡Vaya, lo siento! -exclamó el otro; parecía sinceramente preocupado-. Bueno, esperaré al siguiente.

Hizo ademán de salir del coche, pero Trace lo detuvo.

-Está bien, no se preocupe -le dijo-. Además, estoy de acuerdo con usted. Esta isla no es más que una roca. Hay poquísimas gachís.

-*¿Guechís?* -inquirió el norteamericano con su peculiar acento, tal como Trace esperaba.

-Sí, chicas. No se ve ni una chavala por...

-*¿Chiavala?* -repitió el hombre, encogiendo sus delgados hombros-. Sí, bueno, ya se sabe cómo son las chicas. Yo he venido por el ozono: el olor del mar. Es bueno para mi nariz, ¿sabe? Tengo los senos nasales obstruidos.

-Sí, ya veo -repuso Trace, y pensó: «¡Ya te obstruiré yo las narices de un puñetazo, hijo de perra!».

Así llegó la conversación a su término; sin embargo, cuando estaban entrando en Pighadia, Trace preguntó:

-Dígame, ¿sabe si es posible alquilar una motocicleta por aquí? Hay un lugar en las montañas que quiero visitar.

Miró fijamente al señor Laurel, pero... ni un tic.

-¿Motocicletas? -El otro meneó la cabeza negativamente-. No, no lo creo. ¿Quién las necesita? ¡Los taxis son tan baratos! ¿Qué hay en las montañas, eh? ¿Más chicas, quizás?

-No. Sólo unas ruinas antiguas. Pero me interesan mucho las ruinas.

-¿Ah, sí? Bueno, chicas y ruinas, ésos son sus temas. El mío es mi nariz.

Trace asintió y se dirigió al taxista.

-¿Puede dejarme aquí? Ya me viene bien.

Bajó en la calle mayor y observó cómo se alejaba el taxi.

Sólo tardó unos minutos en encontrar una tienda donde podría alquilar una moto pequeña. El local estaba en un diminuto patio al lado de la calle mayor, atiborrado de piezas de motocicletas; allí, un anciano y su hijo reparaban, manipulaban y montaban máquinas a partir de chatarra. Y sí, había dos motocicletas libres, una roja y otra azul. Trace eligió la azul. Se habría llevado la moto en aquel mismo momento, pero el anciano no se lo permitió.

-Hay que arreglar frenos -le explicó-. Frenos malos, cae y se hace daño. La roja tiene frenos buenos. O yo arreglo ésta.

-¿Cuánto tiempo necesita? -inquirió Trace.

El viejo se encogió de hombros.

-¿Media hora? -sugirió.

-Vale. Volveré luego.

Trace encontró un restaurante. Tomó un café, un enorme filete de pez espada y una ensalada pequeña. El pez espada le dejó cierto regusto en la boca que eliminó con una lata de cerveza muy fría. Luego regresó al taller de motos. La máquina azul ya estaba reparada, pero... faltaba algo.

-¿Dónde está la moto roja? -quiso saber.

-Ya no está -contestó el viejo, limpiándose las manos en un trapo manchado de aceite-. Alquilada.

Una sirena de alarma empezó a sonar en la cabeza de Trace.

-¿Ah, sí? ¿Puede haber sido mi amigo quien se la ha llevado?

-¿Amigo? -inquirió el anciano, que no estaba muy interesado en saberlo.

-Sí, un hombre delgado con una camisa chillona y un sombrero.

-¡Ah! Sí, ése es. Tenía prisa, su amigo. -El anciano sonrió enseñando las encías-. Yo viejo. Yo no tengo prisa.

La sirena sonó aún más fuerte.

-¿Cuánto hace que se ha ido?

-¿Media hora? -aventuró.

Trace sintió un nudo en la garganta. ¿Tanto había tardado con la comida? Supuso que sí.

Sacó unos prismáticos de la maleta -los que utilizaba cuando iba al hipódromo- y se los colgó del cuello. También tomó la guía de Amira, que metió bajo el cinto. Luego dio la maleta al anciano y le pagó cien dracmas más para que se la guardase.

Trace salió con la moto fuera de la ciudad por la serpenteante carretera de Araoupi e intentó prever lo que podía acontecer próximamente. Todo era demasiado extraño, demasiado dramático, demasiado increíble. Y, sin duda, era en exceso peligroso. En cuanto al lugar adonde se dirigía, era el único al que podía ir por el momento. Para eso había venido aquí. Había consultado varios mapas de la isla lo bastante a menudo para saber aproximadamente dónde se hallaba; no era necesario perder tiempo en eso. De hecho, presentía que no debía arriesgarse a perder tiempo en absoluto. De súbito, el tiempo se había vuelto absolutamente importante.

Pero ¡media hora de ventaja! ¿Cuánta delantera debía de llevarle el señor Laurel? ¿O era, después de todo, el señor Lorre?

Embalado en moto corre
el tipo feo y flacucho.
No es Laurel, no, sino Lorre,
o se le parece mucho.

Trace estaba metido en el embrollo -supuso que lo había estado todo el tiempo- y había llegado a la conclusión de que una participación poco comprometida no sería suficiente. ¿Suficiente? Al parecer, ni siquiera se le permitiría tenerla. Había demasiadas cosas en juego; de hecho, si Kastrouni sólo tenía la mitad de la razón en lo que le había dicho, él, Trace en persona, estaba en juego. ¡Era un juego muy serio! En comparación, las apuestas más fuertes en Cromwell's Mint eran un simple *divertimento.* Y la emoción de Trace, la fiebre provocada por la adrenalina que recorría su cuerpo y su cerebro, la transmitía a su motocicleta.

En realidad, no era una moto mala. Ni punto de comparación con su potente Triumph, desde luego, pero lo bastante peleona para carreteras como éstas. Con el tanque lleno -más de seis litros-, Trace podría haber dado toda la vuelta a Karpathos siguiendo una carretera costera. Pero ésta no existía. La isla no estaba «estropeada»; buena parte de la costa se componía de riscos que se alzaban directamente del fondo del mar convirtiéndose en promontorios. Pero Trace seguiría las carreteras hasta que se convirtieran en pistas, y las pistas hasta que fuesen senderos, y así sucesivamente. Incluso podía acabar haciendo motocross, que ya lo había practicado en sus tiempos; sólo para divertirse, por supuesto, pero no había mucha gente que supiera manejar una moto como Charlie Trace.

Lleno de confianza, condujo su pequeño vehículo por caminos bacheados que hacían tintinear toda la maquinaria, y pronto tanto Pighadia como Amoupi quedaron detrás de nubes de polvo; para entonces, Trace ya estaba subiendo por las estribaciones. Entonces también atisbó por vez primera al hombre que perseguía: el brillante reflejo de la luz de sol de las primeras horas de la tarde en un retrovisor en lo alto de una colina escarpada. Con la facilidad que otorga la práctica, Trace accionó de un golpe sus frenos recién ajustados, derrapó hasta detenerse a un lado de la carretera y se llevó los prismáticos a los ojos. La distancia era aproximadamente de dos kilómetros y medio, no mucho más de tres, pero los binoculares la reducían a unos pocos centenares de metros.

Era la motocicleta roja, en efecto, y el flaco la montaba como un demonio, encorvado sobre su pequeño tanque de combustible. El viejo de la tienda de motos se había equivocado; no podía haberse anticipado a él en media hora. Si acaso, unos diez minutos. Pero el dominio que tenía el viejo del inglés no era excesivo; era probable que respondiera «media hora» a cualquier pregunta referente al tiempo. Trace enfocó al motorista aceptablemente bien y lo examinó con mayor detalle.

Llevaba algo sobre el hombro: una bolsa larga y cilíndrica, como una bolsa pequeña de palos de golf. ¿Aparejos de pesca? Pero, ¿qué clase de peces podía pescar por allí? Trace lo observó hasta que la máquina roja, con un leve giro y una sacudida, llegó a la cima de la colina y se perdió de vista en la otra vertiente.

Dejó los prismáticos colgando de su cuello, tomó la guía de Amira y la abrió por el mapa de Karpathos. Había un paso a través de las montañas justo más adelante. La carretera conducía directamente a él. Al otro lado descendía hacia un valle, donde había varias pistas más pequeñas a la izquierda, en dirección al mar, una de las cuales -sólo una- conducía a otras estribaciones que se alzaban junto a la costa. Y era allí, entre estas colinas y la segunda cordillera o espolón de la montaña, donde el monasterio en ruinas

mantenía su solitaria vigilia. ¿Contra qué?

Era algo que Trace tenía que averiguar. Y, si era posible, debía llegar allí antes que el otro motorista. Se guardó el libro otra vez bajo el cinto, encendió el motor y subió la ladera como un extraño calamar mecánico...

El señor Lorre debía de ser mejor motorista de lo que Trace lo había considerado, o su máquina era una moto muy buena, pues, cuando Trace llegó a la cima de las estribaciones unos tres o cuatro minutos más tarde, la moto roja y su piloto ya habían cruzado la llanura y habían entrado en el paso, para desaparecer de vista en una nube de polvo allí donde el camino remontaba una pequeña elevación. La ruta de Trace, en cambio, bajaba ligeramente unos ochocientos metros y luego más o menos se enderezaba, de manera que él realmente podía dar gas. Lo hizo, y la máquina respondió poniéndose a noventa o incluso los cien kilómetros por hora que podía alcanzar; así, en menos de un minuto estaba subiendo de nuevo y en el doble de tiempo llegó al paso y se adentró en las sombras.

Hasta entonces, las cigarras habían animado a Trace, estridentes como hordas de diminutas cotillas en el sotobosque, el tomillo de los brezales y las hierbas altas que crecían junto a la carretera; aquí, en el inicio del paso, donde los escarpados riscos se elevaban al lado mismo del camino, la canción de las cigarras ya no sonaba; y, a medida que la ladera de la estribación se volvía más empinada, también la máquina de Trace tenía más dificultades para seguir adelante y su piloto acabó lamentando haberla elegido. Redujo una marcha y aceleró gradualmente hasta que ganó un poco más de velocidad antes de superar la estribación y bajar por el otro lado fuera ya del paso. Por fin, en la bajada, el sol brilló de nuevo y volvió a recorrer una carretera polvorienta, pero con muchas curvas; Trace se sintió frustrado al comprobar que no podía alcanzar mucha velocidad. Más abajo, en el valle, vio un fogonazo rojo y unos deslumbrantes rayos de luz producidos por el sol, que otra vez abrasaba la máquina del piloto que Trace perseguía desesperadamente.

Trace se dirigió hacia el horno que era aquel valle. La corriente de aire que producía lo mantenía al fresco y, una vez más, perdió de vista la otra moto cuando llegó al llano y los pinos mediterráneos, que crecían en grupos a lo largo de la serpenteante carretera, le taparon la visión frontal. Desperdició unos segundos preciosos consultando de nuevo la guía de Amira, tras lo cual Trace buscó pistas que torcieran hacia la izquierda. Le había parecido (si podía fiarse de aquel mapa) que la tercera o cuarta pista era la que buscaba. Pero, ¿qué era una pista y qué no lo era? Había senderos por doquier: caminos de cabras, probablemente, utilizados por los pastores locales, y todos ellos tenían exactamente el mismo aspecto.

Entonces, al rodear una suave curva, mientras reducía la velocidad un poco para evitar unos baches profundos y entrecruzados que había en un firme compuesto de tierra compacta, Trace pasó ante una pista un poco más ancha que se abría a su izquierda... y de inmediato redujo la velocidad y apretó el freno. Había visto allí una serpiente, de un metro y medio de longitud aproximadamente, negra y siseante, que se retorcía de agonía en el centro de la pista. Su sección central estaba aplastada y desgarrada.

Dando un giro brusco con la moto en la abrupta superficie, Trace retrocedió, la miró otra vez y asintió con gesto de aprobación.

-¡Gracias, serpiente! -dijo.

La criatura agonizante le había hecho un favor y él se lo devolvió dirigiendo las ruedas de su máquina directamente sobre su cabeza mientras seguía la pista hacia el este, en dirección al mar...

El valle se volvió angosto rápidamente mientras Trace hacía avanzar su moto

encaramado sobre los apoyapiés, maniobrando entre los baches y las rocas del camino. Aunque apenas se dio cuenta, no tardó en descubrir que se había adentrado en un segundo desfiladero, más estrecho y profundo que el principal; es decir, que ahora corría en paralelo al lecho de un cauce antiguo y seco. Luego, la pista desaparecía por completo y Trace avanzó a brincos con la moto por un abrupto terraplén hasta el propio lecho del arroyo seco.

Al menos aquí no hacía tanto calor y los árboles y arbustos que crecían a lo largo del arroyo daban sombra; así pues, Trace decidió seguir por allí hasta la costa, si era posible, y después ya vería lo que haría. Resultó ser un buen plan, tal como fue todo.

Al cabo de otros ochocientos metros, el cauce del arroyo se había enderezado y confundido con una zona de matorrales secos; escolleras de rocas se adentraban en el mar al norte y al sur. Trace se encontró en una bahía natural en la que los promontorios se alzaban de las aguas hasta una altura más o menos uniforme de unos ocho o nueve metros. Por lo menos, y gracias a la curva de la cala y su posición ligeramente elevada sobre el mar, podía escrutar toda la costa rocosa hacia el sur. O, mejor dicho, podía escrutar sus alturas.

En efecto, al sur la mayoría de las paredes de las montañas eran amarillentas, escarpadas y de aspecto inaccesible, semejantes a grandes bastiones de queso reseco, resquebrajado y horadado, donde el moho estaba representado por macizos de vegetación cubierta de polvo o algún árbol aislado cuyas raíces habían encontrado asidero en alguna grieta más o menos segura.

¿Y el monasterio secreto de Kastrouni se hallaba en algún lugar de aquella zona? En tal caso, Trace ya podía renunciar a la persecución y...

Algo relució a lo lejos; algo brillante, que reflejó de manera cegadora la luz del sol.

Trace agarró los prismáticos y los enfocó en una pared de roca casi vertical situada a medio camino del primer nivel de un sistema de dos series de altos riscos. La distancia era algo mayor que un kilómetro y medio. La imagen era meridianamente clara: ¡era el señor Lorre, que todavía pilotaba su moto roja! Por primera vez, Trace comprendió su error: había pensado que, como él mismo, el señor Lorre estaba buscando el monasterio; pero ahora creía que el otro había conocido su emplazamiento todo el tiempo y que finalmente se había visto obligado a ir hacia allá. E iba, directamente, como una bala hacia la diana.

Trace aguzó la mirada a través de los prismáticos y trató de conseguir un enfoque aún mejor. ¡Ah! ¡Sí! Podía distinguir un saliente por donde ascendía como un surco superficial a lo largo de la pared del risco. Debía de ser considerablemente más ancho de lo que parecía, aquel saliente... ¡al menos, eso esperaba Trace! Pero, fuera como fuese, si el norteamericano flaco podía pilotar una moto por allí, también Charlie Trace. Sacó la guía de Amira de debajo del cinto, la abrió con brusquedad por la página del mapa y localizó una tenue línea punteada que conducía desde su posición actual aproximadamente hasta la falda de los riscos. Si aquella línea de puntos representaba un sendero...

... ¡Así era!

Cinco minutos después, Trace hizo una breve pausa y, levantando la rueda, aceleró de manera peligrosa, mientras contemplaba desolado la tortuosa cuesta que tenía delante. A su derecha, la roca se elevaba verticalmente hacia el cielo y un poco a su izquierda había una vertiginosa bajada hacia más rocas. Y entre ambas direcciones, la pista, una pista auténtica, abierta en el mismo lecho de roca del risco, de algo menos de dos metros de anchura en las zonas más anchas y mucho más angosta en otras. Iba a ser un recorrido arriesgado. Trace apretó los dientes con fuerza. ¡A tomar viento el peligro!

¡Y, qué demonios, nadie vive eternamente!

«Un deslizamiento cuando estés allá arriba, Charlie Trace -se respondió a sí mismo-, y no tendrás que preocuparte más por vivir para siempre. ¡Sólo tendrás el tiempo justo para un largo y fuerte grito!»

Y emprendió la marcha. Incorporándose e inclinándose hacia adelante, mantuvo el equilibrio de la moto como en una actuación circense mientras se esforzaba por no apartarse del centro de la pista. Y, mientras montaba de esta guisa, tuvo ideas tontas como: «¡Por Dios, espero que el viejo de Pighadia tenga sus motos aseguradas!».

Pero, por fortuna, no fue tan difícil como parecía; no en aquel nivel, por lo menos. No lo fue en una distancia de 200 metros y ascendiendo otros 50. Pero a partir de allí la pista viraba por completo, y también fue allí donde el señor Lorre había optado por ser juicioso y abandonar su máquina.

Ésta yacía de costado bajo un macizo de tomillo, desdeñada ahora que la carrera había entrado en su última y más mortífera vuelta. No era de extrañar: Trace contempló la segunda sección de la pista que se elevaba hasta un horizonte dentado de risco y cielo. El camino era más escarpado todavía, cubierto de polvo y cantos caídos desde la cima, y de algo menos de escasamente un metro y veinte centímetros de ancho. Seguramente era una locura intentar subir con la moto por allí, ¿no? El norteamericano así lo había pensado. Pero, una vez más, el hombre llevaba una cómoda ventaja.

Trace empujó la moto por el recodo, asomándose al borde de la pista mientras lo hacía... y se juramentó a no volver a hacer eso. Si existía un lugar hecho para producir vértigo en un hombre, debía de ser éste. Y también era el sitio donde Trace descubriría hasta qué punto era un buen piloto.

Se sentó en la moto con un pie apoyado en el suelo, apretó los dientes, aceleró y aflojó gradualmente el embrague. La rueda trasera empezó a girar, levantando polvo, guijarros y humo; y, mientras volvía a encaramarse sobre los apoyapiés, Trace exclamó:

-¡Mierda, mierda, *mieeeerdaaa*!

Se inclinó bruscamente hacia adelante y ascendió aquel tramo final y fatal. Pero no fue fatal para Charlie Trace; esta vez, no. Hubo momentos de desesperación, desde luego, pero por fin todo terminó. Y estaba en la cima...

... Sin tiempo para sentarse a descansar y esperar a que su cuerpo dejase de temblar, pues eso equivaldría a desperdiciar el poco tiempo y la distancia que había ganado. Por el contrario, sólo se acomodó en el sillín, inspiró aire profundamente en sus pulmones, que parecían hambrientos, y miró a su alrededor.

Se hallaba en un saliente amplio y llano, como una penúltima meseta. Doscientos metros delante del segundo nivel de riscos se alzaba, más alta aún, lo que parecía una cumbre plana. Y a mitad de camino, ascendiendo por un sendero angosto, estaba el señor Lorre con su larga bolsa negra sobre el hombro. Cuando Trace lo localizó, el hombre miró hacia abajo, directamente hacia su perseguidor. Trace no podía verle los ojos, pero sintió que lo abrasaban con todo su resentimiento y odio por haberle causado tantos problemas. ¡Oh, sí!, porque Trace había puesto realmente a prueba al señor Lorre, aquello era obvio. Pero, ¿cuál era aquella prueba? ¿Y qué llevaba en aquella bolsa negra y larga?

Trace puso en marcha la moto y fue a arrancar, pero se le caló el motor. Y en el inmediato y sorprendente silencio que siguió, oyó detrás y más abajo el golpeteo de unas rocas al caer. Se volvió en el sillín, se inclinó hacia el borde del precipicio y miró.

Abajo, en el lado interior del recodo de la pista, subía otra figura. Pero, ¿quién era?

Era un hombre vestido de negro, con camisa y pantalones anchos, de aspecto joven y descuidado. Era griego. ¿Un pastor? ¿Un lugareño que había visto a aquellos

extranjeros chiflados y se preguntaba qué sucedía? ¿O un colega del norteamericano flaco? Trace no podía imaginarlo, ¡y desde luego no se detendría a descubrirlo! Encendió el motor de la moto de una patada, aceleró y rodó sin detenerse hasta el lugar donde el segundo sendero o pista, angosto y tortuoso, ascendía por la pared del risco.

No confiaba en poder llevar la moto más lejos, puesto que la ruta que tenía por delante era un simple camino de cabras con los pasos burdamente excavados en la roca. Y el hombre al que Trace perseguía ya se encontraba a tres cuartas partes del camino hasta la cima. Sin contemplaciones, Trace arrojó la moto a un lado y siguió a pie. Y, del mismo modo que había conducido la moto de forma irreflexiva, ahora se abalanzó hacia la cima.

Ya no sentía cosquilleos en la pierna y el pie izquierdo; de hecho, parecían llenos de vitalidad, como para compensar la anterior preocupación de Trace. Así pues, trepó por el estrecho y confuso camino con la fuerza y la agilidad de una cabra, haciendo caso omiso del hecho de que la muerte estaba sólo a la distancia de un pie mal colocado.

Ya no veía al señor Lorre, que había desaparecido al otro lado de la cima; más abajo, el joven griego cruzaba la meseta intermedia a grandes zancadas, con sus cabellos agitados por el viento. Era evidente que seguía los pasos de Trace. Y el hecho de haberlo visto -el único vistazo hacia abajo que Trace se había permitido- fue suficiente para impulsarlo con mayor apremio aún.

Por fin llegó a la cima y captó toda la escena de un golpe de vista.

La cumbre del risco era bastante llana. En dirección al mar, a unos 150 metros de distancia, un último promontorio se elevaba en el mismo borde, esculpido por el tiempo y los elementos. Y más allá de aquel centinela solitario... Trace sólo pudo distinguir apenas el borde de una estructura, ahora reducida a su esqueleto, de lo que era, o había sido, un gran edificio construido por el hombre con enormes bloques cuadrados de piedra. En la base de la aguja de piedra, fuera de la vista de las ruinas, el señor Lorre estaba sentado sobre una roca plana, enfrascado en una tarea.

Trace levantó los prismáticos y miró por ellos. La bolsa negra y larga yacía vacía a un lado, y el señor Lorre estaba montando lo que había contenido. Trace reconoció el arma de inmediato: el astil semejante a un rifle, el arco de metal fino y grisáceo y el cuadrillo. Se le cortó la respiración y dejó caer los binoculares. ¡Una ballesta!

Trace estaba exhausto, pero se esforzó por correr aún más, tomando aire frenéticamente mientras avanzaba casi a trompicones. Si hubiera tenido aliento suficiente, habría dado un grito, pero estaba seguro de que el norteamericano no le habría hecho ningún caso. Podía estar equivocado; podía ser, por supuesto, que la ballesta fuera dirigida contra él, pero lo dudaba. De hecho, el flaco estaba de nuevo en marcha, sin prestar atención a Trace; corrió alrededor de la base de la torre de roca y volvió a desaparecer de la vista al aproximarse al antiguo monasterio.

Sobre un terreno llano y cubierto de césped, Trace podría haber cubierto la distancia que los separaba en algo menos de veinte segundos -eso, si hubiese estado descansado y no le hubieran temblado las piernas como columnas de jalea-, pero aquí el camino estaba salpicado de rocas y pedruscos y Trace, por su propio esfuerzo, estaba casi reventado. Aun así, no pasó mucho más de medio minuto hasta que él también rodeó la base de la torre. Fue entonces, cuando pudo ver completamente las ruinas, que su velocidad estuvo a punto de acabar con él. Puesto que entre el enorme pináculo de roca y las ruinas...

... ¡Se abría un abismo hasta el mar!

Trace reculó desde el borde y cayó de espaldas sobre la roca pulida por la erosión. Contempló con ojos desorbitados lo que había al otro lado de la base de la torre. A unos quince metros de distancia, un puente de madera maciza con una barandilla cruzaba el

precipicio; y entre Trace y el puente... estaba el señor Lorre, arrodillado justo en el borde, levantando la ballesta y apuntando hacia las ruinas. Trace miró al otro lado del abismo y vio una abertura o una ventana en la pared inferior donde un hombre permanecía sentado, trabajando ante una mesa, sin mirar a Trace ni al hombre de la ballesta. ¡Y era la espalda de aquel hombre que nada sospechaba, ataviado con una camisa de tela amarillenta, el verdadero blanco del norteamericano!

-¡No! -vociferó Trace con todas sus fuerzas-. *¡No!*

Se precipitó entre la torre de roca y el precipicio en dirección al tirador. El señor Lorre se volvió hacia Trace; en su enjuto rostro había tensión y propósito asesino... y, entonces, Trace cayó sobre él y le arrancó la ballesta de las manos. Su saeta cruzó el precipicio y fue a chocar inofensivamente contra el muro del monasterio. Los dos hombres se enzarzaron por unos momentos, pero el norteamericano había perdido el equilibrio. Echó atrás un puño para golpear a Trace... y se le desorbitaron los ojos cuando sintió que perdía pie.

Trace estiró el brazo hacia él, pero era demasiado tarde. Agarró una de las mangas de su chillona camisa, que quedó desgarrada en su puño apretado y tembloroso. Trace miró hacia abajo. El señor Lorre caía dando vueltas como una hoja en otoño. No protestaba ni emitía ningún sonido: sólo volaba sin control, hasta que chocó contra un saliente de roca y desapareció más de sesenta metros más abajo. Por último sonó un chapuzón, engullido de inmediato por el rugido y el chapaleo del océano en una gruta profunda, invisible.

-Dios... ¡Oh, Dios! -jadeó Trace en voz alta, horrorizado-. No quería que pasara esto... ¡No lo *quería*!

Y, en el fondo de su mente, una vocecita sarcástica exclamó: «¡Ya me has metido en otro lío!».

-¡Eh! -sonó una voz más atrás.

Trace se volvió a gatas. Era el joven griego, fuerte como un toro y con un puño que era como un nudo grande y amenazador.

-¡No quería que pasara! -exclamó Trace, con la boca torcida y abierta de par en par.

El griego le pegó una sola vez, entre los ojos, y Trace se apagó como...

4

¡Una luz!

Pero más brillante de lo que ninguna luz tenía derecho a ser. Trace cerró fuertemente los ojos y apartó la cara. Intentó sentarse. Sintió náuseas. ¿Dónde demonios...? ¿Qué demonios...? Y entonces recordó.

-¡Dios! -exclamó, y luchó por librarse de un peso que le oprimía el pecho. Se dio cuenta de que yacía de espaldas y apartó el rostro de lo que sólo podía ser el sol. Entonces ya pudo abrir los ojos. El peso que tenía sobre el pecho era la enorme manaza del griego que le había pegado, que ahora estaba sentado mirándolo con sus grandes y tiernos ojos castaños. Trace yacía sobre una mesa de piedra, y el sol lo alumbraba a través de una amplia abertura que ahora reconoció: la ventana de las ruinas hacia la cual el norteamericano había apuntado la ballesta.

-¡Mierda! ¡Lo he *matado*! -murmuró Trace con la lengua seca como una goma de borrar.

De nuevo intentó incorporarse, y esta vez el griego lo ayudó a sentarse. Tenía el cuerpo caliente por la luz del sol, pero no en exceso, por lo que supuso que no había estado más de un par de minutos inconsciente. La cabeza le dolía de forma insoportable y sentía la carne de la frente, encima de los ojos, como si estuviera arrugada, con una fila de nudillos impresa en ella. Lanzó una mirada feroz al griego, que le devolvió una amplia sonrisa, y examinó la habitación.

Otro griego joven, que podía ser el hermano gemelo del primero, vigilaba una puerta de tablones bastos, con los brazos cruzados sobre su amplio tórax. También le sonreía. Trace los miró a ambos de nuevo y bajó cuidadosamente de la mesa utilizando un banco de piedra como escalón. El joven que estaba sentado en él lo sujetó hasta que quedó de pie sobre el suelo de piedra. Una vez más, Trace parpadeó e intentó ajustar los ojos a la fría penumbra de la habitación ahora que se encontraba fuera de la luz directa del sol. Finalmente vio al tercer miembro del grupo. El más importante.

Era el hombre ataviado con ropas amarillentas, que ahora Trace reconoció como una túnica larga hasta las rodillas; estaba de pie, de cara a la pared, con las manos enlazadas a la espalda pensativamente, contemplando a través de una segunda y profunda aspillera el horizonte azul y sereno del Egeo. El hombre que había sido el blanco del señor Lorre.

El señor Lorre, pobre diablo...

-Yo... lo maté -murmuró Trace otra vez, inútilmente-. Pero juro que no quería hacerlo.

-Claro que no -dijo el hombre que estaba junto a la ventana, volviéndose para mirarlo-. Lo vi todo. Usted gritó para avisarme y corrió a desviar su tiro. Él intentó golpearlo y perdió el equilibrio... Si todavía viviera, con toda probabilidad yo estaría muerto ahora.

Trace lo observó a través del haz de luz solar, entre motas de polvo que revoloteaban, doradas, en el mágico rayo del sol mediterráneo. Tenía la cabeza rodeada por un halo bajo la luz más suave de la aspillera. Parecía un santo. Así que éste era el hombre: el joven/viejo que vivía en el monasterio: «Él y la cosa que vigila...».

Trace rodeó la mesa, se aproximó al hombre, se abalanzó sobre él y lo agarró por la parte delantera de la túnica con ambas manos. Los jóvenes griegos se plantaron a su lado en un momento, le desasieron los dedos de la túnica y le sujetaron los brazos a los

costados. Parecían, y eran, fuertes como idiotas. Trace paseó su mirada de uno a otro. Sus ojos eran tiernos y sus sonrisas inexpresivas.

-*Son* idiotas -dijo el hombre de la túnica amarillenta, como si hubiese leído el pensamiento a Trace-. Pero unos idiotas que me aman. Unos idiotas que obedecen mis más absurdos caprichos, que me han entregado sus vidas, que matarían por mí sin importarles las consecuencias. Si lo deseara, lo arrojarían alegremente por esa ventana. Ahora mismo..., si yo lo deseara.

-¿Quién es usted? -preguntó Trace.

-Vayamos más al grano -replicó el otro-. Dígame quién es *usted*.

Sólo había una manera de que Trace llegase al fondo del asunto.

-Me llamo Charlie Trace -se presentó-. Me ha enviado Dimitrios Kastrouni.

-*¡Dimitrios!* -exclamó el hombre, boquiabierto, e hizo una seña a sus hombres, que soltaron a Trace enseguida y se apartaron-. Dimitrios Kastrouni... -repitió el hombre de la túnica amarillenta, asintiendo con la cabeza.

Tomó del brazo a Trace y lo alejó de la ventana. Por vez primera, Trace pudo verlo claramente sin esforzar la mirada.

El hombre no era viejo, a pesar de sus largos rizos, cuyo color casi coincidía con el de la túnica, y las arrugas como simas abiertas en su piel, morena y correosa. No, porque sus ojos eran jóvenes. Tenían un color verde grisáceo, y paradójicamente había algo en ellos que era antiguo. «Como un santo», pensó Trace de nuevo. Aquellos ojos podrían haber contemplado el cielo, o el infierno.

-Dimitrios Kastrouni -dijo una vez más, mientras una tenue sonrisa le estiraba las comisuras de la boca-. ¡Oh, sí!, un hueso duro de pelar. Creo que demasiado duro para los cariados dientes de Khumeni. ¿Cómo está Kastrouni?

Trace desvió la mirada y se rascó nerviosamente la frente.

-Querrá decir, cómo estaba -respondió-. No conozco los dientes de Khumeni; ¡sólo he visto su martillo!

Unos dedos nudosos agarraron con más fuerza el brazo de Trace, casi con un espasmo, hasta arañarlo.

-¿Kastrouni? ¿Muerto? -susurró el anfitrión de Trace con incredulidad.

Soltó a Trace bruscamente, se tambaleó, avanzó con pasos inseguros hasta la mesa y se desplomó sobre el banco de piedra.

-Dimitrios, no -gimió, meneando la cabeza-. ¡Dios, que sea mentira!

-No miento -replicó Trace-. Yo lo vi.

El hombre de amarillo levantó la mirada.

-¿Cómo...? Quiero decir, ¿qué...?

-Un rayo -dijo Trace, observando la expresión de los ojos del hombre. Parpadearon en un gesto de dolor; sus fuertes dientes amarillos asomaron, apretados, en una doble línea cuando sus labios se separaron en una mueca de pesar y horror; y cerró los ojos tan fuertemente como pudo.

-¡Un rayo! -repitió Trace, escupiendo las palabras como si fuese bilis-. ¡Un rayo del infierno! ¡Demogorgo! Por eso estoy aquí.

Trace se sentó al lado del hombre de amarillo.

-Kastrouni me contó una historia -prosiguió-. Yo no le creí. Pero algunas cosas que dijo, por extravagantes que pareciesen, sonaban a ciertas. Entonces empezaron a ocurrir cosas. Vi la muerte de Kastrouni. Y sé que no fue un accidente. Un rayo lo mató, sí, ¡pero deliberadamente! ¿Cómo es posible? Tengo que saberlo. Pero antes de eso... No le di la oportunidad de explicarme todo lo que podría haberme contado. Ahora quiero saberlo..., debo saberlo. Mencionó a usted y este lugar, así como una tienda de vinos de Pighadia. Vine a Karpathos y hablé con un hombre en la ciudad; un hombre

gordo y alegre que vendía vino. Ahora, él también está muerto. Lo degollaron. La policía ha detenido al hombre equivocado. Sé quién lo hizo: o el hombre flaco que subió al risco, u otro que está en Pighadia.

Trace hizo una pausa para tomar aliento y continuó:

-Eso es todo, más o menos. Si quiere más pruebas de lo que acabo de decir, pregúnteme por los detalles y le diré todo lo que sé. Pero luego tendrá que hablar usted.

El hombre de amarillo levantó los párpados, alzó la mirada a través de una fina película de lágrimas y pareció ver a Trace por primera vez. La forma de escrutar a Trace fue como si le observase directamente el alma. Y Trace no pudo estar seguro de que él aprobase todo cuanto vio.

-Cuéntemelo todo -ordenó el hombre-. Sin omitir nada.

Se volvió hacia uno de sus hombres y le dijo algo en griego. El joven asintió y salió de la habitación.

-Antes de empezar -dijo Trace-, le he preguntado quién es usted...

-Me llamo Saúl Gokowski -respondió el otro-. Supongo que mi nombre no le dice nada. No debería. Ahora, si no le importa...

Mientras Trace organizaba sus pensamientos, el griego regresó con una enorme bandeja de ensalada, una hogaza de pan y una jarra de vino aguado.

-Podemos comer mientras charlamos -sugirió Gokowski, arrancando un pedazo de pan para sí mismo.

Trace se sintió agradecido, puesto que había empleado muchas energías en la persecución. Se lavó el polvo de la garganta y untó un trozo de pan en el jugo de los tomates y los pepinos. A continuación, se lo contó todo a Gokowski. Lo explicó deprisa, sin aliento, procurando no omitir nada. Incluso le dijo que él, Trace, era un ladrón; le habló de su madre y dónde estaba ahora; le habló de su hermano gemelo, un ser monstruoso que había nacido muerto. Lo único que omitió fue su relación con Amira Halbstein, ya que, por supuesto, ella no formaba parte de aquella historia.

Necesitó unos tres cuartos de hora antes de terminar.

-Ese hermano gemelo suyo -dijo Gokowski tras reflexionar por unos instantes-, ¿qué aspecto tenía?

-Mi madre sólo lo vio una vez, creo, antes de que se llevasen su cuerpo. Dijo que tenía un aspecto horrible. Si dijo algo más respecto a él, lo he olvidado. En cualquier caso, está muerto...

-¿Quién más supo de su existencia?

-El médico que nos ayudó a nacer a ambos -contestó Trace, encogiéndose de hombros-. Un par de enfermeras... ¿Cómo puedo saberlo? Mi madre fue ingresada para dar a luz un hijo; cuando abandonó el hospital, me llevaba consigo. ¿Por qué alguien querría saber más al respecto?

-¿Lo sabía Kastrouni? -insistió el otro.

-No, él sólo quería saber algo acerca de... -y Trace se dio cuenta de que, después de todo, había dejado una parte de su historia al margen.

-¿Acerca de usted? -lo apremió Gokowski-. ¿Le preguntó si tenía marcas o estigmas?

Trace miró fijamente a Gokowski y notó la forma como éste lo miraba *a él*.

-Yo no soy el hijo del anticristo -prorrumpió, meneando la cabeza-. ¡No lo soy!

-Pero tiene una marca, ¿no?

Trace fue a negarlo, pero vio cómo lo observaba el hombre.

-¿No? -repitió Gokowski.

-Depende de lo que considere una marca -repuso. Y, lentamente, con reluctancia, descalzó su pie derecho y lo mostró al señor del monasterio.

Gokowski lo miró atentamente y, por fin, inspiró y tragó saliva. Por su expresión, Trace supuso que la realidad no era tan mala como las expectativas. Él también inspiró hondo y preguntó:

-¿Y bien?

-Es un pie zopo -contestó Gokowski-. No es una deformidad usual, no, pero tampoco es rara de ningún modo. Y en este caso ni siquiera es una deformidad real. No es repulsiva; al menos, no parece molestarlo demasiado.

-No, no me molesta -mintió Trace.

-Su madre fue violada por una bestia -dijo Gokowski-. Por un monstruo, algo que jamás debió existir, ¡pero existe! Igual que Dios existe, también existe el diablo, y el horror híbrido que es su hijo bastardo en la tierra impregnó a la madre de usted. En esto por lo menos, Kastrouni tenía razón. Pero no sabía que usted tuvo un hermano gemelo y, a ese respecto, podemos suponer que Khumeni también lo desconoce. En cuanto a su pie, el embarazo fue anormal, puesto que su madre llevaba a una Cosa en el vientre además de a un niño. Probablemente tiene usted suerte de no tener algo peor.

-¿Quiere decir que... no cree que yo sea hijo de Khumeni?

Trace vio que así era y sintió una oleada de alivio que lo dejó casi mareado.

-No, no creo que lo sea -respondió Gokowski, meneando la cabeza-. Si lo fuese, su maldad sería evidente. Dice que es un ladrón profesional, ¡pero el mundo está lleno de ladrones! ¿Usted, hijo de Khumeni? De serlo, ¿me habría buscado y me habría salvado la vida? ¿Acaso tendría interés en salvar la vida de nadie? -Meneó la cabeza de nuevo-. Lo dudo -y añadió, sonriendo por fin- No, usted no es el hijo del anticristo, Charles Trace.

-Pero, ¿entonces mi hermano sí lo era? ¿Es eso posible?

-No era gemelo suyo; al menos, no genéticamente. No es un caso frecuente, pero hay mujeres que han dado a luz simultáneamente a hijos diferentes, sí... y cuando digo «diferentes», quiero decir que son hijos de distintos padres. Usted ha dicho que siempre creyó que su padre fue el teniente Solomon. Pues bien, yo creo que está en lo cierto.

Trace exhaló un suspiro largo y sonoro, se recostó en el asiento y dejó caer la cabeza hacia atrás. Mientras contemplaba el antiguo techo de piedra de arcada alta, dijo:

-Bueno, demos gracias al cielo por ello. ¡Y por el amor de Dios, Saúl, llámame Charlie!

Por fin, Gokowski contó su parte de la historia.

-Lo que soy... lo sabrás muy pronto. En cuanto a lo que fui, *fui* un arqueólogo. Y también mi padre. En los años treinta estábamos excavando en Berbati, Tell Agrab y Meggido. Digo «estábamos», pero en realidad yo era entonces un muchacho. No, ni siquiera un muchacho, sino un niño. Antes de que me lo preguntes, Charlie, tengo cincuenta y tres años. Parece que tenga setenta, lo sé, pero así son las cosas...

»Sea como sea -prosiguió-, así pasé los primeros años de mi vida: excavando en desiertos. Llegué a amarlo. Pero a medida que pasaron los años... éramos judíos polacos y mi padre se olió la preparación de una guerra en Europa. Mi madre nos había dejado poco después de mi nacimiento y, por tanto, no teníamos ninguna clase de compromisos; Israel era un concepto carente de cohesión, aunque los británicos habían estado acariciando la idea desde la Primera Guerra Mundial. De algún modo, conseguimos asentarnos en Palestina durante toda la guerra y a pesar de todas las demás dificultades. De hecho, no fue tan duro: habían estado llegando judíos continuamente durante años. Primero desde Rusia, y ahora desde la casa del tío Adolf.

»En mil novecientos cincuenta y dos, mi padre murió. Yo todavía no había cumplido los veintidós años cuando me hice cargo de su labor. Él había estado

trabajando mucho en investigación y traducciones para varias instituciones norteamericanas, para los franceses e incluso para el Museo Británico. Era un experto, ¿comprendes? Y en lo referente a antigüedades de Oriente Medio, además era de esa región. Inscripciones antiguas, jeroglíficos, árabe arcaico y cualquier cosa hebraica desde tiempo inmemorial. Yo diría que mi padre era un genio que, de no haber sido por los problemas de su tiempo y su propia actitud agresiva (era muy tozudo), habría ganado reconocimiento general. Bueno, el caso es que no fue así.

»Pero lo que quiero recalcar es que me pasó muchos de sus conocimientos. No sólo su amor por las lenguas y civilizaciones antiguas, sino su comprensión de ellas. Era también un lingüista moderno y así pude adquirir unas nociones yo también. Fui educado como judío, con el lenguaje antiguo, pero ahora te hablo en inglés. ¿Lo comprendes? Y si tú fueses polaco o francés, no tendría importancia. No es que esté muy orgulloso de la cuestión; es simplemente un talento. No obstante...

»El año antes de morir, mi padre, Joseph Gokowski, mientras estaba en su casa de Zippori, una ciudad situada al oeste de Galilea y próxima a Nazaret, recibió la visita de un hombre de cabellos blancos que se presentó como Jonathan Ben Meiris, un judío que vivía en una de las islas griegas. Permíteme que abrevie el relato; Meiris era, en realidad, Dimitrios Kastrouni. Presentó a mi padre parte del contenido de los fardos del burro de Khumeni. Kastrouni había montado ese animal por error en Corozaín unos quince años antes.

-Querrá decir Guigos -apuntó Trace.

Gokowski sonrió sin alegría.

-Veamos -prosiguió-, aunque hay cosas que estarás dispuesto a creer, otras te costará aceptarlas. Es posiblemente comprensible. Salvo que debes tener presente que estamos hablando de los poderes más siniestros del mal, con lo sobrenatural, con el propio anticristo. Como has resaltado, *sí*, me refería a Guigos. Pero también a Khumeni, Ab, Goor el huno, Tirox de Haleb, que ahora se llama Aleppi, en Siria... y otros. En cuanto a esos «otros», podemos hacer ciertas suposiciones; los que he mencionado están confirmados.

-¿Está diciendo que es realmente un fénix, tal como suponía Kastrouni? -preguntó Trace.

-Es una forma poética de expresarlo. Kastrouni era griego y, por supuesto, tenía la poesía en él. Khumeni podría ser la *fuente* de ciertas leyendas del fénix, pero no es «un fénix» propiamente dicho. Te lo repito: es el anticristo. Pero déjame continuar.

»Yo estaba trabajando con un colega en unas ruinas en la región occidental de Galilea cuando Kastrouni habló con mi padre en Zippori. Yo sólo veía a aquel extraño de noche, cuando regresaba del desierto en mi jeep norteamericano. Era un individuo apasionado pero cortés y siempre evitaba hablar de los asuntos que trataba con el «Viejo Joe», que era el nombre con que yo llamaba cariñosamente a mi padre. Se quedó con nosotros dos semanas, nos dejó ciertos objetos y al cabo se marchó; supuse que a las islas griegas. Nunca vi las cosas que nos dejó (entonces no, al menos), pero mi padre había comentado que había unos libros, fragmentos y una variedad de escritos misteriosos antiguos y modernos...

»Pero el resultado de su visita fue éste:

»Antes de que mi padre enfermase (un problema de corazón que empeoró gradualmente), él también había estado trabajando en varias ruinas de las costas de Galilea. A veces habíamos trabajado juntos durante el día; por la noche, él regresaba a sus estudios y traducciones. Ahora, sin embargo, cuando le correspondía descansar, reanudaba su deambular y excavaba en el desierto con un vigor renovado... pero por su cuenta, totalmente solo. Le advertí que le perjudicaría la salud, pero no me hizo caso; se

había vuelto tan apasionado, o aún más, que su reciente visitante.

»Dadas las características de nuestra labor, teníamos amigos en todas las tierras de alrededor. Incluso bajo las peores tempestades políticas e internacionales (salvo la guerra propiamente dicha, como comprenderás) podíamos obtener acceso habitualmente a enclaves arqueológicos de interés al otro lado de las fronteras. Entonces observé que mi padre había renovado ciertos contactos con jordanos y sirios. Entenderás que, en aquellos tiempos, eran tratos muy delicados: había habido una guerra y se estaban cociendo otras; las fronteras sirias llegaban justo hasta la región occidental de Galilea, mientras que la frontera jordana era, por supuesto, el lado sur del lago Jordán. ¿Te das cuenta de lo que estaba pensando mi padre, de lo que estaba preparando?

Trace asintió con la cabeza.

-Quería ir a echar un vistazo en Corozaín, ¿no?

-¡Claro! Y por fin, con la cooperación del ejército, eso fue exactamente lo que hizo. Te lo explicaré en un momento...

»En cuanto a mí, yo era joven, estaba en forma y mi trabajo tenía escasa importancia para el grandioso esquema bélico de la situación, así que fui «alistado» en el ejército. Y, cuando pude organizarlo todo, pasé a formar parte de los «grupos de operaciones y exploraciones especiales», que escoltaban a mi padre en sus viajes a través de Galilea hasta las regiones septentrionales. Pero, ¿me permitiría ir a Corazaín con él? ¿Llegaría a dejarme entrar en aquella ciudad maldita en ruinas? ¡Jamás! No, los militares tenían que rodear la ciudad para que él pudiese ir a excavar y hacer lo que tuviera que hacer totalmente solo.

»Y, al cabo de un año, el trabajo lo mató. Así fue como sucedió. Yo servía en una unidad de Ingenieros de Defensas en Sederot, al este de la Franja de Gaza. Protegíamos la línea de ferrocarril Beersheba-Qiryat Gat. Entonces me llegó la noticia de que habían trasladado a casa a mi padre enfermo. Fui junto a él y lo encontré muy mal. Me dijo que estaba preparado para morir, ¡que quizá tenía miedo de vivir! Y una y otra vez antes de su muerte, mientras hablaba de forma inconexa de esto y lo otro, me decía: «Él tenía razón, Jonathan Ben... ¡tenía razón!». Y decía también: «¿Eres fuerte, hijo, eres fuerte?». Yo le contestaba: «Sí, soy muy fuerte, ¿qué es lo que debo hacer?». Y él respondía: «¡Ah! Ojalá *yo* fuera joven y fuerte otra vez. Así lo haría yo... o intentaría hacerlo, o ayudar a hacerlo... yo mismo. Pero soy viejo».

Gokowski se echó hacia adelante e inclinó la cabeza sobre la mesa. Trace esperó unos momentos antes de insistir con suavidad:

-¿Sí? ¿Y qué más?

Gokowski levantó la mirada.

-Perdóname -dijo-. Lo quería mucho.

Gokowski inspiró profundamente antes de proseguir.

-En sus últimos momentos, mi padre me llamó y me susurró: «He estado allí abajo, en la bóveda secreta que está bajo Corozaín. Saúl, allí está la prueba. El lugar *es* maligno. Jesús lo sabía, quizá presintió lo que venía. Y del mismo modo que Él estuvo aquí, ¡*él* está aquí ahora! El anticristo camina entre los hombres. ¡Lo ha hecho desde la misma hora en que Jesús murió en el Gólgota!». Y entonces él, también, murió...

Gokowski hizo una nueva pausa, y tras un momento de silencio continuó:

-Serví en el ejército por un segundo año y fui licenciado para llevar adelante la labor de mi padre. Fue a finales del cincuenta y tres cuando pude completar su asombroso volumen de traducciones pendientes, que consideré como una deuda de honor, ya que le habían pagado por adelantado. Después... fui un hombre libre, libre de hacer lo que quisiera.

»Mientras tanto, Jonathan Ben Meiris, es decir, Dimitrios Kastrouni, me había

escrito desde Atenas acompañándome en el sentimiento, y decía que procuraría venir a verme pronto. Pero en su carta también había una advertencia: si continuaba el trabajo de mi padre, haría bien en abandonar toda exploración o excavación en Corozaín. Se había equivocado al intentar conseguir la ayuda de mi padre en una cierta empresa; no había comprendido la fragilidad de su salud y temía haber aconsejado mal al «Viejo Joe». No diría nada más, pero me rogaba que confiara en él y me dejara guiar por él; por último, me recomendaba enérgicamente que evitase toda suerte de contacto con un hombre que se hacía llamar George Guigos.

»Al cabo de seis meses, ¿qué crees que sucedió? ¡Pues que un representante de esa misma criatura vino a verme! Salvo que yo no podía saberlo, puesto que su secuaz lo llamaba «Khumeni», un armenio rico que comerciaba con antigüedades arqueológicas robadas y pasadas de contrabando. ¿Con tanta franqueza? No del todo. No, sólo se acercó a mí y me dijo: «Mi señor, George Khumeni, desea que excave para él en cierto lugar y le envíe a una dirección cierto artículo que encontrará allí; por este trabajo recibirá una paga muy generosa», pero en el espacio de menos de una hora de conversación, ésa fue más o menos la esencia de su mensaje.

»¿Dónde tenía que excavar? ¡En Corozaín! ¿Y qué era lo que debía encontrar? Era una de las dos tablillas de piedra con letras grabadas en una lengua muerta hacía miles de años, la más antigua de todas las lenguas hebraicas.

-¡Las conozco! -exclamó Trace, cuya mente había estado funcionando a destajo-. Leí acerca de ellas en uno de los libros que me dio Kastrouni. Era el libro de Morgan Selby, *Viajes y descubrimientos en Tierra Santa.* Las grabó la bruja que fue madrastra de Ab: una para concentrar las fuerzas del mal y la otra para exorcizarlas.

-¿Tienes todavía ese libro? -preguntó Gokowski, inclinándose sobre la mesa y sujetándolo del brazo.

-En Inglaterra -contestó Trace, apesadumbrado.

Por un momento, Gokowski pareció decepcionado.

-No importa -dijo luego-. Conozco la obra de Selby (y sus blasfemias) y dudo que haya mucho que no conozca ya. En cualquier caso, tienes razón. Pues bien, el tal Khumeni quería que tomara una de las tablillas de Corozaín y se la enviase a cierta dirección; luego tenía que cerrar el lugar tal como estaba y no regresar jamás. ¿Imaginas en qué tablilla estaba interesado?

Trace reflexionó durante unos segundos.

-El texto del nodo ascendente... -repuso- para poder invocar el poder de Satanás a través de Demogorgo allí donde tenga la tablilla.

Gokowski negó con la cabeza.

-Puedo seguir tu razonamiento, pero no conoces todos los hechos. Ab nació (o fue parido) en Galilea. Trescientos cuarenta y siete años después se produjo allí su primer renacimiento, y así sucesivamente con cada nuevo renacimiento o renovación. Está *imbuido* de los poderes de Satanás y Demogorgo y puede invocarlos en cualquier momento y lugar... ¡como sin duda ya has presenciado! Pero la tablilla con el nodo ascendente es absolutamente poderosa, completamente maligna, y como tal ¡es el auténtico instrumento de su resurrección!

-Se renueva a sí mismo mediante la tablilla -dijo Trace- y ésta debe permanecer en Corozaín.

-¡Exacto! Piensa en esto: ¿por qué en Corozaín no se ha excavado, o sólo se ha explorado superficialmente? Si pudiéramos comprobar los dos mil últimos años transcurridos, creo que descubriríamos que Khumeni (vamos a seguir llamándolo así) ha vigilado celosamente ese lugar, impidiendo cualquier exploración. En especial ahora, en medio de una guerra moderna y con la amenaza de los tanques en los lugares altos de

Galilea, que podrían aplastar ciertas cavernas..., debe de ser una época preocupante para Khumeni. Sin embargo, la tablilla del nodo ascendente debe permanecer allí. Pero, ¿qué hay de la otra?

-¿La tablilla del exorcismo? -Trace se rascó la nariz y se encogió de hombros-. ¿Qué pasa con ella?

-Bueno, si cayera en unas manos «equivocadas», ¿qué ocurriría? ¿Podría Khumeni permitirse correr el riesgo de que alguien exhumara el único medio para su propia derrota y destrucción? Por supuesto que no. La cueva la ha albergado durante mucho tiempo. Tiene que sacarla de allí.

Trace se sentía confundido.

-Entonces, ¿por qué no va a buscarla? -inquirió.

-¡Porque no puede tocarla! ¡Para él, es aborrecible! ¡Anatema! Otro ser tiene que sacarla y manejarla. Alguien que pueda acceder al lugar. Muy bien, puedes pensar: entonces, ¿por qué no se limitó a supervisar el trabajo? ¿Por qué permitir que un extraño conozca el secreto de la cueva? ¿Oh? ¿Y cuánto tiempo crees que él me concedería de vida *después* de que hubiera realizado lo que deseaba?

-Pero ¿qué habría hecho él con la tablilla? -preguntó Trace.

-Destruirla, por supuesto. La habría eliminado para siempre, junto con la amenaza que representaba.

-Y lo hiciste tú -dedujo Trace-. No destruirla, no, sino que la sacaste de allí. Para entonces ya estabas estudiando los fragmentos que Kastrouni había dejado a tu padre y empezabas a montar todas las piezas. La sacaste de allí y la trajiste a este lugar. Te has nombrado a ti mismo como su guardián; ¡es «la cosa» que «vigilas»!

-Sí y no -repuso Gokowski-. Vas demasiado deprisa y das por sentadas demasiadas cosas. En primer lugar, no soy un ladrón como tú. No he sido un saqueador de tumbas. No, yo rechacé la oferta de Khumeni. Y después de ello, tal como has dicho, comencé a entender lentamente algo de lo que Kastrouni había entregado a mi padre. Pero en los cuatro años siguientes, mi fortuna cambió... ¡drásticamente!

»En primer lugar -continuó-, comencé a beber. Debí de ser, o ciertamente estuve a punto de ser, un alcohólico. Una mujer de Jenin, una puta de primera categoría, pareció abandonar su oficio para seducirme y mantenerme así. Me robó, literalmente, tanto mis sentidos como mis bienes materiales. Quedé casi desahuciado por la bebida y enloquecido por esa mujer: ¡estaba poseído! Antes, había vivido una vida acomodada, pero a mediados de mil novecientos cincuenta y ocho... fue como si una maldición hubiese caído sobre mí. Una negra nube de langostas del espíritu me había invadido y estaba devorándome. Pero entonces...

»Una vez más, tuve noticias de Kastrouni. De hecho, una carta larga y prolija de muchos miles de palabras. Y esta vez me lo contaba todo. Aún más: había regresado a Chipre y se había encontrado con Guigos/Khumeni por segunda vez; ¡y a mí también me contó lo que creyó ver aquella noche en el chalé al norte de Lárnaca! ¿Y qué era lo que quería que yo hiciera? ¡Pues ir a Corozaín, poner unas cargas explosivas y volar todo el lugar enviándolo de vuelta al infierno!

»Desde aquellos sucesos en Chipre, había estado atareado. Khumeni podía estar acechándolo, pero él también acosaba a Khumeni. ¡Desde luego, estaba obsesionado por él! Estaba decidido a destruir a aquella criatura de una forma u otra. ¡Ah! Pero, al igual que tú, al principio pensé que Kastrouni estaba loco de atar. Y además, ¿por qué tenía que preocuparme de él y de sus extravagantes fantasías? Todavía estaba bajo esta nube; me había gastado todo mi dinero y me estaba hundiendo rápidamente. En esos momentos regresó el hombre de Khumeni, y esta vez su oferta fue todavía mejor que la anterior. Mi remuneración sería cuantiosa; recuperaría toda mi fortuna y podría empezar

de nuevo.

»Antes de decirte nada más, tal vez te estés preguntando por qué Khumeni no resolvía sus asuntos por su cuenta, por así decir. Creo que puedo darte una explicación.

»En su último viaje a Corozaín como Guigos en mil novecientos treinta y seis, Khumeni había tenido serios problemas. Kastrouni era la causa de la mayoría de ellos, sobre todo cuando no estuvo... ¿disponible?... y de nuevo cuando regresó a Haifa y volvió a trabajar por un tiempo para la administración británica. Para entonces ya había denunciado a Guigos, afirmando que lo había visto matar a dos hombres (Khumnas y Mhireni) «en algún lugar» del desierto. No mencionó Corozaín porque era un lugar al que se había prometido no regresar *nunca.* Pero, con una acusación de doble asesinato sobre él, Guigos (o Khumeni, en lo que se convirtió) se vio obligado a salir a escondidas de Palestina. Cuando el poder pasó al nuevo Estado de Israel bajo David Ben Gurion en mil novecientos cuarenta y ocho, también pasaron todos los archivos. Diez años después, éstos todavía eran válidos. Se seguía buscando a Guigos/Khumeni para interrogarlo.

»Sea cual sea la razón, no podía regresar en persona. Pero no creas ni por un momento que no intentó otras alternativas además de mí. En aquellos días había partidas de hombres que penetraban en las Alturas del Golán... y ¿quién puede afirmar que todos eran terroristas, eh?

»Pero, una vez más, te abreviaré lo sucedido. Tal como te he explicado, estaba desesperado. Acepté el dinero de Khumeni por adelantado, utilicé la escasa autoridad que me quedaba para ir a Corozaín, acabé por encontrar aquel terrible lugar subterráneo y saqué la tablilla con el nodo descendente. Nada de todo esto fue sencillo, pero conseguí hacerlo. Sellé el lugar de nuevo, me llevé la tablilla a casa la noche siguiente en mi jeep; en resumen, lo hice todo según las instrucciones que me habían dado. Sí, y a la mañana siguiente debía llevar la piedra a cierta casa de Haifa, y así terminaría todo. Salvo que...

»... Yo había leído lo que estaba escrito en la piedra. Y realmente era un exorcismo. Con las palabras más terribles que puedas imaginar, en una lengua tan antigua que incluso yo tenía dificultades con la traducción y la pronunciación. ¡Aquella piedra era la solución definitiva del mundo a todo lo maligno! Y no sólo eso: fue el catalizador que finalmente me purgó...

»Charlie, no sé si eres creyente. No puedo afirmar que yo fuera creyente... hasta aquella noche. En cualquier caso, tuve un sueño. Y recibí... ¡una visita! ¡Vi... algo! Era hermoso, pero también terrible. Era gentil y poderoso. Me preguntó si no temía por mi alma, y yo respondí que sí. Luego me preguntó si deseaba condenarme sobre todos los demás, hasta que mi nombre sólo quedase por debajo del de Judas. Yo dije que no deseaba eso. Y entonces me dijo: «Cuando el siervo de ese hombre vuelva a ti y te pregunte por qué no has cumplido su encargo, pregúntale cuál es el nombre secreto de su señor. Y cuando te pregunte de qué le hablas, dile el nombre secreto de su señor. ¡Y dile también que el nombre de su señor es Legión!».

-Ya entiendo -dijo Trace, asintiendo-. De modo que a la mañana siguiente no fuiste a Haifa con la piedra.

Gokowski pareció sorprendido.

-¿Me crees? ¿Respecto al sueño?

-Pienso que no mientes, ¡eso es todo! -exclamó Trace, levantando los brazos con impotencia-. No hiciste lo que se te ordenó, y eso es lo que importa. ¿Qué ocurrió a continuación?

-Pasaron cuatro días -continuó Gokowski- y, por fin, el hombre de Khumeni regresó y exigió la tablilla. Le pregunté por Khumeni y quise saber el verdadero nombre

de su señor. Pareció enfadarse, incluso sentir miedo, y dijo que no sabía de lo que le estaba hablando. Yo le dije que su amo fue llamado Guigos y palideció. Entonces añadí: «Ha tenido muchos nombres... En realidad, son legión». En ese momento, pensé que iba a desmayarse.

»Se fue de inmediato sin la tablilla. Yo esperé un rato y también me fui. Ya había preparado la venta de mi casa, había resuelto todos mis asuntos y me había puesto en contacto con amigos en Estados Unidos. Todo lo realicé en los cuatro días transcurridos desde mi sueño. ¡Hasta tal punto me había impresionado! Así pues, fui a Norteamérica para empezar de nuevo. Mas, ¡ay!...

»América no era un lugar seguro. Khumeni estaba bien establecido allí y tenía vínculos con políticos y con la Mafia... ¡que en Estados Unidos no son siempre especialmente dispares! Lo descubrí muy pronto y tuve literalmente que dejarlo todo y salir de allí a toda prisa. Pero, ¿adónde?

»Pues bien, mi padre y yo habíamos realizado algunos trabajos para la Sociedad de Investigaciones de Antigüedades Rodias, cuyas oficinas centrales estaban en Rodas, y tenía algunos amigos griegos que ostentaban cierto poder (me refiero a que estaban bien situados políticamente) en el archipiélago del Dodecaneso. Por rutas deliberadamente laberínticas y complejas, llegué al fin a Karpathos. Se requería muchísimo trabajo para restaurarlo incluso a estos niveles tan espartanos; pero tenía la ventaja de ser un lugar remoto y, como habrás descubierto por ti mismo, es casi inaccesible. Lo compré medio regalado, contraté a un hombre (el padre de estos muchachos retrasados, que ahora está muerto, Dios lo bendiga) y ahora..., ahora creo que estamos preparados. Llevo aquí veintidós años, pero ha sido sólo en los diez últimos que Khumeni ha descubierto mi paradero.

Trace reflexionó sobre todo lo que había escuchado.

-Lo siento si lo que voy a decir suena un tanto duro, -dijo al cabo-, pero, francamente, ¡me sorprende que sigas vivo! Casi te pilló en América, según dices, y hoy también has estado a punto de morir, pero en cambio... Quiero decir: ¿cómo es que *todavía* vives? Si realmente estamos hablando del anticristo, ¿dónde está todo su monstruoso poder?

-Cuando siguió mi pista hasta aquí por primera vez -respondió Gokowski-, sí que envió a un asesino. También entonces tuve suerte. Mi hombre lo encontró primero. Quienquiera que fuese, dejó este mundo por la misma ruta que el norteamericano flaco. No siento ningún remordimiento: todo el que esté aliado con Khumeni juega con la muerte, y algo peor, como una consecuencia natural. Sea como sea, hubo un atentado contra mi vida, por lo que sabía con seguridad que Khumeni no me había perdonado ni olvidado; había llegado el momento de poner en marcha un plan que concebí al principio de todo esto.

»El propósito de Khumeni, por supuesto, seguía siendo el mismo: destruir la tablilla de la disolución. Le escribí y...

Gokowski hizo una pausa al oír bufar a Trace.

-¿Que hiciste qué?

Gokowski arqueó sus amarillas cejas.

-¿Por qué no? Entonces mantenía un contacto regular con Kastrouni; ambos estábamos al corriente de los negocios de Khumeni en Estados Unidos y sus varias direcciones; nuestra capacidad de espionaje respecto a sus actos había aumentado considerablemente con el paso de los años. Así que, como te digo, le escribí. Le comenté que no le serviría de nada matarme y que, en cambio, le iba a costar muy caro. Él, como tú, creía erróneamente que yo tenía la tablilla aquí. Le dije que estaba equivocado, que en realidad la piedra estaba enterrada en un lugar secreto, y que los

ejecutores de mi testamento (varios, en diversas partes del mundo) tenían instrucciones detalladas de lo que debían hacer en caso de producirse mi muerte, accidental o de otro tipo. Se enviarían de inmediato cartas a los líderes religiosos de todo el mundo, detallando la naturaleza y características de la piedra, y más específicamente el interés de Khumeni en ella. De forma similar, se haría pública la localización de Corozaín. El área no tardaría en estar plagada de todo tipo de hombres y excavaciones; el acceso al lugar, para cualquier uso que Khumeni proyectase, resultaría totalmente imposible.

-¡Tablas! -exclamó Trace.

-Exacto. Él utilizó esa misma palabra en su siguiente y última comunicación. Pero también me advirtió que, en caso de cualquier acción preventiva por mi parte a ese respecto, mi muerte se produciría inmediatamente a continuación, cuando él ya no tuviera nada que perder con ella.

Entonces, Gokowski se recostó en su asiento.

-Eso es todo. Sin duda, tendrás algunas preguntas. Hazlas...

Trace parecía preocupado. Suspiró y meneó la cabeza como si quisiera despejarla.

-Hace un momento todo empezaba a parecer cierto -dijo-. ¿Y ahora? De repente, nada suena a verdadero. No sé lo suficiente y no puedo juntar las piezas que conozco. Cuando las cosas parecen a punto de cristalizar, vuelven a resultar confusas. Creo que he intentado asimilar demasiadas cosas demasiado deprisa.

Gokowski se encogió de hombros.

-Por eso te sugiero que hagas las preguntas que quieras -repuso-, a ver si puedo arrojar un poco de luz sobre las áreas en sombras.

-Muy bien -asintió Trace-. Primero, ¿qué quiere Khumeni?

-¿En definitiva? La destrucción total de la humanidad. Quiere reducir la civilización a cenizas, para que tengamos que volver a empezar sobre la base de la ignorancia y el salvajismo, adorando a su padre Satanás.

-¡Pero no es más que una persona, una criatura!

-También lo es el presidente de los Estados Unidos. Y también lo es el líder de Rusia. Al igual que Margaret Thatcher, el coronel Gadafi o el papa. También lo era Jesús.

-¿Cómo pretende llevarlo a cabo?

-¡Ya lo está llevando a cabo! Hay guerras por doquier. Las ha habido en todas partes. Es fácil olvidar, en la mitad civilizada o pacífica de este mundo, lo que está ocurriendo constantemente en la otra mitad. Pero es cierto, Charlie: ¡la mitad de este mundo nuestro está en guerra continuamente! Y estamos en la era atómica. ¿Sabes que Khumeni controla en Norteamérica ciertos intereses relativos a armamento nuclear? ¡Pues bien, ahora ya lo sabes! Es «grande» en muchos países. No aquí, en las islas griegas. Tampoco lo es mucho en Inglaterra, donde el dinero todavía no puede comprarlo todo; aunque ese día también se está acercando. Tampoco en Australia, que sigue siendo bastante inocente. Pero en otros sitios es grande. No se ha oído hablar de él en Rusia, pero allí preparan sus propios venenos y con eso él ya tiene suficiente. Es poderoso en Japón, en Alemania, en Sudáfrica y en España. Lo es, enormemente, en Francia...

Trace empezó a sentirse muy pequeño.

-¿Quién trabaja contra él?

-Yo. Kastrouni... trabajaba. Tú también, espero. Tengo todavía «un amigo» en Israel, que se mantiene en la sombra, observa y espera. Y hay otros. No muchos. Hemos intentado reclutar a más gente, pero... -Se encogió de hombros.

-¿Pero?

-Bueno, ¿por qué no lo intentas? Vuelve a Londres y ve corriendo por las calles

gritando: «¡El anticristo está aquí! ¡Estáis todos condenados, *condenados,* a menos que me escuchéis!». ¿Qué crees que pasaría?

-Nada -reconoció Trace-. Los he visto en el *Speaker's Corner.* La vieja banda de «El Fin está cerca». Nadie los escucha.

-En efecto -confirmó Gokowski-. No es que la gente haya perdido la fe: más bien es que ya no tienen miedo. Lo sobrenatural no es real, Charlie. Y lo que no es real no puede hacerte daño. Pregúntaselo a cualquiera...

Trace guardó silencio y permaneció pensativo durante unos largos momentos. Luego continuó:

-Ese amigo tuyo en Israel, ¿no será el mismo colega que estaba trabajando con vosotros en la región occidental de Galilea cuando Kastrouni fue a ver a tu padre en Zippori?

-Bueno, sí. ¿Por qué me lo preguntas?

-Es sólo algo que me ronda por la cabeza. ¿Puedes decirme cómo se llama?

-¿Es prudente? ¿Y es importante?

-Entonces te lo diré yo -declaró Trace-. Se llama Halbstein, ¿verdad?

Por la expresión de Gokowski, comprendió que había acertado.

-¿Cómo lo sabes? -quiso saber Gokowski.

-¡Oh!, creo que Kastrouni lo mencionó -mintió Trace-, eso es todo. En realidad, no es importante.

Y él también se recostó en el asiento. Se sentía como si alguien le hubiera clavado un hacha en el pecho -y posiblemente también en el pecho de Gokowski-, pero procuró no demostrarlo...

Cuarta parte

1

Tal vez Gokowski sospechaba algo, o tal vez no, pero desde aquel momento Trace tuvo la impresión de que la actitud de Gokowski era mucho más realista, como si repentinamente hubiese comprendido que su visitante no era tan ingenuo o ignorante como había pensado. En cualquier caso, cuando Trace dejó el monasterio, sus palabras de despedida a su dueño, de aspecto marchito y ropajes amarillos, fueron éstas:

-Saúl, no te fíes demasiado de que Inglaterra sea un país libre del influjo de Khumeni. Hay mucha maldad en Inglaterra, créeme. Y, por otra parte, incluso Israel podría no estar totalmente seguro. En una guerra como la que estáis librando, el amigo más íntimo puede ser sospechoso...

Aquello había sucedido a media tarde, cuando las sombras comenzaban a crecer hacia la noche. Trace quiso bajar con su máquina hasta el pie de los riscos antes de que llegara la oscuridad y por ello se llevó consigo a los hombres de Gokowski para que llevasen la pequeña motocicleta entre ambos. Al llegar abajo, les dio las gracias a los dos, que volvieron a subir por el sendero en busca de la segunda máquina, Trace no imaginaba qué pretendían hacer con ella. Supuso que finalmente la devolverían al taller de Pighadia.

Mientras regresaba a la ciudad principal de la isla en el rápido anochecer -y volvía junto a la muchacha de la que casi se había enamorado, y a quien debía considerar ahora como enemiga-, revisó mentalmente todo lo ocurrido entre él y Gokowski durante la segunda mitad de su conversación. Se había compuesto principalmente de preguntas y respuestas. Fue Trace quien formuló las preguntas.

-¿Dónde has enterrado la tablilla? ¿En algún lugar de Israel?

-¡Oh, sí! ¡Pero en ningún sitio que Khumeni tenga la menor posibilidad de encontrar! De hecho, es mejor que sólo yo sepa dónde está... por ahora. Pero te diré esto: mi casa de Zippori fue adquirida por un «consorcio comercial» de Haifa, y desde entonces ha sufrido grandes reformas. Además, me han informado que sus jardines fueron completamente excavados antes de ser reformados...

-Pero, ¿de qué puede servir tener la tablilla enterrada?

-Está enterrada la *piedra.* Sólo la piedra. Y no pienses ni por un momento que su poder acaba ahí. No, porque, por supuesto, copié la inscripción. Ven conmigo y te la enseñaré.

Guió a Trace por el esqueleto del viejo edificio, por habitaciones que carecían de techos o tejados, y otras que habían sido reconstruidas por completo. Finalmente descendieron a unas bodegas cuyo cimiento era la propia roca. Allí, donde las ventanas estaban recortadas en una pared del risco y se asomaban al Mediterráneo, Gokowski le enseñó la habitación que le servía como sala de trabajo y de estudio y como biblioteca. Fue evidente de inmediato que, durante los últimos veinte años, su trabajo había sido idéntico al de Dimitrios Kastrouni.

Aquí guardaba obras teológicas de todas las religiones de la tierra junto con folletos, libros y tratados sobre todos los aspectos de la demonología y el satanismo. Aquí estaba Cristo, Hijo de Dios, su vida y obras y su propio *significado* delineado en papel y pergamino, tanto en caracteres conocidos por Trace como en otros que estaban totalmente fuera de su saber; y aquí estaba también Satanás encerrado, codificado. Por una parte el día, por la otra la noche. La luz junto a las tinieblas.

Gokowski se lo explicó.

-Para entender a uno, hay que conocer al otro. Dios es el más listo de los dos, pero su adversario es más taimado. ¿Crees que los orientales fueron sabios al dedicarse a copiarlo todo, Charlie? Entonces, ¿quién sabe? Quizás están más próximos a Satanás de lo que sospechamos. Desde luego, el diablo es un maestro no sólo de la duplicidad, sino también de la duplicación. Déjame que te lo explique.

»Dios -prosiguió- dio al mundo a Jesús. Satanás nos dio a Ab. El Señor nos entregó sus diez mandamientos y el diablo nos otorgó la primera tablilla de Corozaín. ¡Ah! Pero cuando la bruja madre de Ab grabó la primera piedra, un poder externo o más elevado (¿el poder de Dios, de su voluntad?) la guió para inscribir también la segunda. Dios dio a su hijo una capacidad sobrenatural de invocar a los ángeles para conseguir su fuerza y su consejo. Y el diablo concedió a Ab el poder de invocar a los demonios, principalmente al portador de la semilla de Satanás: Demogorgo. Moisés utilizó plagas para asolar Egipto y escapar de los ardides del faraón, y Ab y todos cuantos han seguido a Ab han usado esas mismas plagas para propiciar o lanzar el hechizo de sus reencarnaciones.

Mientras Gokowski decía todo esto, su tono de voz se había ido volviendo más lúgubre y sus ojos se habían posado en Trace con expresión casi inquisitiva. Trace sintió que se le ponía la piel de gallina y entrevió que en sus palabras había un significado oculto.

-¿Qué intentas decirme? -le preguntó.

Gokowski apartó la mirada por un momento.

-Hay una pregunta que no me has hecho -repuso al cabo-. ¡Oh!, podía esperar varias, pero hay una en particular que te has guardado. Posiblemente porque tienes miedo de la respuesta.

-¿Cuál es mi papel en todo esto? ¿Te refieres a esta cuestión? Tienes razón: me da miedo la respuesta... pero no es ésa la razón por la que no te lo he preguntado. El motivo es sencillo: ¡no tengo la intención de tener ningún papel en todo esto! Sé que Khumeni no quiere que yo muera, porque sigo vivo. Por lo tanto, me limitaré a mantenerme con vida y continuaré desafiándolo.

Al oír estas palabras, los ojos de Gokowski se ensombrecieron, pero él permaneció en silencio, esperando. Trace se sintió acorralado y notó que crecía su ira. Al no decir nada en absoluto, Gokowski le había indicado que no era tan fácil, que tanto si le gustaba como si no, tendría que jugar un papel. Y aquello quería decir, por supuesto, que tenía que saber cuál era... ahora más que nunca.

-Sigue, pues -dijo finalmente con voz ronca-; dímelo. ¿Qué tiene que ver conmigo todo esto? ¿Qué papel puedo jugar en el plan del diablo para destruir la humanidad?

-Tal vez un papel más importante del que crees, Charlie.

Gokowski se dirigió a un escritorio antiguo de madera ennegrecida y abrió uno de sus cajones. De él sacó una hoja de papel cubierta de líneas de caracteres extraños. Se la entregó a su invitado y escrutó su rostro mientras Trace le echaba primero un vistazo y luego la examinaba con mayor atención. El papel no era más que papel, pero al tacto resultaba pegajoso y desagradable. Trace lo dejó caer sobre la mesa del escritorio.

-¿Es esto? ¿Es tu transcripción de la segunda tablilla? -inquirió-. No sé leerla, ¡mucho menos puedo entenderla! -Trace torció el labio (¿con desagrado?) y continuó-: Además, no explica el papel que supuestamente juego en todo esto.

De pronto advirtió que Gokowski había sacado del escritorio una fea pistola de aspecto achaparrado, que amartilló antes de apuntar directamente al pecho de Trace.

-Recógelo -le ordenó en voz baja-. El papel: *¡recógelo!*

-¿Qué demonios...?

-Sí, qué demonios -repitió Gokowski asintiendo, mientras Trace volvía a recoger

la hoja de papel con los caracteres. Pero esta vez estaba más preocupado por el arma de Gokowski que por el tacto pegajoso del papel-. Míralo y escucha...

Entonces comenzó a hablar en una lengua arábiga áspera y gutural, cuyos sonidos eran tan extraños que parecía improbable que la garganta de un hombre pudiese producirlos. Esto era por una parte, pero por la otra Trace sintió que cada una de aquellas palabras ignotas se grababa a fuego en su mente. No era algo doloroso, sino más bien como el engañoso cosquilleo de las tenazas del dentista que arranca un diente de una encía totalmente entumecida.

Momentos después de que Gokowski hubiese terminado, los dos hombres seguían allí plantados, con el sudor perlándoles el rostro.

-Hace calor aquí -dijo Trace, al cabo, enjugándose la frente. Y, cuidadosamente, volvió a dejar la hoja de papel sobre el escritorio.

Gokowski parecía confundido, pero la pistola no temblaba en sus manos. Entornó los ojos.

-Tal vez debería asegurarme aquí y ahora -susurró entonces- de que no podrás jugar tu papel. Pues, al fin y al cabo, existe una remota posibilidad incluso ahora de que seas... Pero no lo eres, no -concluyó. Y, con gran alivio de Trace, Gokowski bajó el arma y volvió a guardarla en el cajón.

-¡Estás loco, hombre! -murmuró Trace, temblando como la jalea y apoyándose en la pared de piedra-. Si tu mano hubiese apretado el gatillo por descuido...

-Si te hubiese matado -repuso Gokowski, temblando también-, no habría sido ningún descuido, Charlie Trace. Pero no, estamos de acuerdo en que eres inocente. O digamos que no estás estigmatizado. Y por tanto, como debo dejarte vivir (porque en conciencia no puedo matarte), intentaré responder a tu pregunta y decirte cuál es tu situación en todo esto.

»Ya has visto -continuó- cómo Satanás imita al Bien para emprender el Mal. Muy bien, déjame que te diga esto: ¿hasta qué punto conoces tu Biblia?

Señaló un banco junto a la ventana y se sentó a su lado.

-Tanto como cualquiera, supongo -respondió Trace-. Bueno, no puedo decir citas con el capítulo y el versículo, pero conozco las historias.

-¿Y conoces la de Abraham e Isaac en el capítulo veintidós del Génesis?

-¿El sacrificio? ¿Cuando Abraham tenía que ofrecer a su hijo en holocausto, en lugar de un cordero? Sí, la conozco. En el último momento, Dios intervino y lo impidió. ¿Qué tiene que ver conmigo?

-Nada, salvo que quizá puede haber ciertos paralelismos.

-No te entiendo.

-Cada vez que Ab (o digamos el hijo de Satanás, el anticristo) se regenera, tres hombres son «sacrificados», absorbidos por él, para proveerlo de energía durante todos los años que faltan hasta su siguiente renacimiento blasfemo. Debieron ser tres en 1936, pero Kastrouni escapó y Guigos tomó un burro en su lugar. Sin embargo, a diferencia de Abraham, nadie detuvo la mano de Guigos. La alternativa maligna no da ninguna oportunidad a la compasión. El diablo disfruta con la muerte. Y también su emisario, Demogorgo. Y también, por descontado, el anticristo. Es decir, Khumeni, tal como es ahora. En resumen, habrá un «sacrificio», Charlie. Khumeni tiene tres hijos ilegítimos. En su próxima y última reencarnación en este ciclo, tiene el propósito de absorberlos a los tres... igual que Kastrouni vio que absorbía a Yakob Mhireni en mil novecientos treinta y seis.

Al oír esto, Trace quedó boquiabierto.

-¿Y él cree que soy uno de ellos?

-Yo diría que está seguro de ello. Y si *yo* estuviera igual de seguro (es decir, si no

tuviera pruebas de lo contrario), ya *estarías* muerto, Charlie. ¡Y sería mejor para ti estarlo, créeme! Pero me has convencido de que no es tu padre y por eso te considero un aliado. En esta fase resulta difícil saber cómo utilizarte, pero...

-¿Utilizarme? -lo interrumpió Trace-. No tengo la intención de dejar que nadie me utilice. Iré tras Khumeni a mi manera y no de ninguna forma que pudieras llegar a concebir. Sea el anticristo o no, ahora creo que es el causante de la locura de mi madre. También sé que ha asesinado a dos hombres y que uno de ellos entregó su vida para avisarme. Aún más: creo que ha corrompido a alguien que..., alguien que me cae muy bien. Igual que tú y Kastrouni antes que yo, también quiero verlo muerto.

-¿Y cómo te propones matarlo?

-No lo sé. Supongo que primero tendré que encontrarlo, o dejar que él me encuentre a mí. De hecho, estoy bastante convencido de que ya me ha hallado.

-Una suposición razonable -dijo Gokowski, asintiendo con la cabeza.

-Sí, pero escúchame de todos modos. Verás, Saúl: yo soy dueño de mí mismo. No soy tuyo, ni desde luego soy suyo. Te doy las gracias por tu hospitalidad y por todo lo que me has contado, pero a partir de ahora iré por libre. Así es como me gusta actuar. Es como trabajo mejor. ¿Preguntas? ¡Oh!, tengo muchas preguntas más. Pero creo que se las haré a otra persona.

Gokowski se incorporó, se encogió de hombros y estrechó la mano de Trace sin rencor.

-Eres un joven valiente, Charlie. Me has salvado la vida y por ello tienes mi agradecimiento. En cuanto al resto, sólo puedo desearte que tengas suerte.

Trace podría haberse marchado entonces, pero había una última cuestión que seguía inquietándolo.

-Has dicho que la siguiente reencarnación de Khumeni sería la última del ciclo. ¿Qué has querido decir? Es la única pregunta que me queda, al menos para ti, y creo que es importante.

-Créeme, lo es -repuso Gokowski, y lo condujo por las bodegas hasta los niveles superiores-. Mencionaste una lista de fechas apuntadas en el cuaderno de notas de Kastrouni -prosiguió, mientras recorría los antiguos pasadizos con la familiaridad que dan los años-. Empezaba por «trescientos cuarenta y siete después de Cristo, menos veinte» y terminaba con la fecha «mil novecientos treinta y seis». ¿Es correcto?

Trace recordaba la lista perfectamente. Se la imaginó:

347	d. de C	-	Menos	20
327	»	-	»	25
302	»	-	»	30
272	»	-	»	35
237	»	-	»	40
197	»	-	»	45
152	»	-	»	50
102	»	-	»	55
1936				

-Así es -dijo-. ¿Qué tiene de especial?

-¿No la entiendes?

-Francamente, no.

-Ab vivió trescientos cuarenta y siete años, ¡pero en su segunda vida le fueron concedidos *veinte años menos*! Es decir, vivió trescientos veintisiete años. En su tercera vida...

Trace ya lo había comprendido.

-... ¡En su tercera vida vivió sólo trescientos dos años! ¡Perdía cinco años más cada vez!

-Correcto. A medida que devoraba los siglos, éstos también lo consumían y sus regeneraciones tenían que producirse cada vez más deprisa, en una escala continuamente acelerada. Vino de nuevo en mil doscientos cuarenta y ocho como Bodang el mongol y esta vez sólo existió durante doscientos treinta y siete años.

-Así, cuando alcanzó su octavo renacimiento, sólo tenía ante sí ciento dos años... ¡lo que lo llevó mil novecientos treinta y seis! -concluyó Trace, que había captado la idea.

-Correcto otra vez -asintió Gokowski-. Entonces, ¿de cuánto tiempo dispone en su vida actual?

-Si restamos cincuenta y cinco -susurró Trace-, son sólo cuarenta y siete años. Lo que significa que...

-Significa que éste es el año de su siguiente regeneración. Mil novecientos ochenta y tres, Charlie. Exactamente cuándo, no lo podemos saber. Sólo el propio Khumeni lo sabe. Pero seguro que es este año. Y así terminará el ciclo. ¡Esta vez absorberá *carne de su carne*! Es decir, sacrificará sus propios hijos... por voluntad de Satanás para su propia subsistencia. Y así comenzará de nuevo. Otro Ab, otro anticristo, otros trescientos cuarenta y siete años de terror. Salvo que...

-¿Sí?

-Salvo que no durará tanto. No esta vez. Estamos en una era atómica, Charlie. Y Satanás es el gran imitador, ¿no?

Y mientras Trace abandonaba el monasterio y cruzaba el puente seguido por los hombres de Gokowski, el dueño de aquellas ruinas comenzó a citar un pasaje que él conocía perfectamente: un pasaje de la Sagrada Biblia. Incluso después de rodear el enorme pináculo de roca, donde no tardó en perder de vista el propio monasterio, Trace todavía podía oír la voz de Gokowski resonando en el aire:

-¡Los cielos se desplomarán con gran estrépito, y *los elementos se fundirán* con tórrido calor, y *también la tierra* y las obras que hay en ellas arderán!

Tras lo cual sólo quedó un eco, que se apagó rápidamente...

-¡Charlie!

La voz de Amira, áspera y dulce al mismo tiempo, estaba llena de preocupación, asombro..., ¿despecho? Contenía, en cualquier caso, un ramillete de emociones contradictorias. Iba vestida de manera sencilla, con una blusa verde con volantes que otorgaba a sus balanceantes pechos una libertad y una turgencia naturales, y unos pantalones anchos de color verde botella que se ajustaban a su figura y resaltaban la delgadez de su cintura y las esbeltas líneas de su trasero. Iba descalza y movía nerviosamente los pies sobre los adoquines negros y blancos del patio de Villa Ulises.

Estaba en la puerta. La había abierto unos centímetros en respuesta a los fuertes golpes de Trace al llamar. Sus almendrados ojos estaban muy abiertos y no parpadeaban.

-¿No vas a invitarme a entrar? -dijo Trace en tono agresivo.

Dio a la puerta un empujón no muy suave, pasó al lado de ella y se detuvo por unos momentos en la entrada. Las luces del patio estaban encendidas a media potencia; Trace encontró el interruptor y las encendió del todo. Las sombras se retiraron mientras él escrutaba el lugar, y luego fue con paso decidido hacia la puerta abierta por la que se accedía a las habitaciones de Amira. Ella lo siguió rápidamente; sus pies golpeteaban los adoquines mientras ella se esforzaba por llegar a la altura de Trace. Y esta vez su

voz sonó realmente enojada.

-Charlie, ¿qué diablos estás haciendo? ¡Cómo te *atreves*! Te..., te vas por unas horas por la mañana para recoger tus cosas y, cuando vuelves por la noche después de haberme pasado el día preocupada por ti, entras avasallando sin...

-¿Preocupada por mí? -gruñó Trace, mirándola por encima del hombro-. ¡Ahórrate toda esa mierda para tu siguiente víctima!

Entró, examinó velozmente las habitaciones y se dirigió a la escalera de madera.

-*¡Charlie!* -exclamó ella, esta vez con un siseo de furia.

Sujetó por el brazo a Trace con una mano fuerte como una garra, mientras él tenía ya un pie en el primer escalón y la mano en la barandilla. Él se quedó inmóvil como una estatua y miró ferozmente por un momento la mano que tenía sobre el brazo. Se volvió, con el rostro convertido en una máscara de furia y blanco de ira. Fue a golpearla, pero se contuvo en el último instante y sólo le dio un empujón.

La cólera de Amira se convirtió en asombro. Cruzó el cuarto a trompicones, tropezó con la plataforma con sus cojines apilados y cayó sobre ellos perseguida por Trace. Él se plantó sobre ella, que yacía con las piernas separadas; alargó la mano, agarró la blusa en su puño y se la arrancó. La blusa saltó fácilmente; parecía tener la misma textura que el papel tisú. Trace la arrojó al suelo, miró a la mujer y observó deliberadamente sus pechos, vulnerables y expuestos en toda su hermosura.

Entonces, él dio un paso atrás y se desnudó deprisa.

Ella comprendió lo que se proponía, y el asombro que ya estaba grabado en su semblante se transformó en incredulidad. Quiso sentarse, pero él le sujetó la cabeza contra un cojín; Amira notó su ruda mano sobre su garganta. Entonces, Trace tiró de sus pantalones.

-Quítatelos -gruñó; a pesar de su ira, su voz sonó ronca de lujuria-. Ahora... o correrán la misma suerte que la blusa.

Mientras pugnaba por obedecerlo y levantaba las nalgas para bajarse los pantalones, Amira intentó reírse y casi lo consiguió.

-¿Es un juego? -jadeó ante el rostro de Trace-. ¿Es así como realmente te gusta hacerlo, Charlie? ¿Te excita pensar que tienes razón? ¿Y soñar fantasías sobre sangre, asesinatos y satanistas? ¿Es eso? ¿Te gusta pensar que estás poseído por el diablo? Eso te hace sentirte grande y brutalmente fuerte, y...

-¡Tu amiguito norteamericano flaco está muerto! -la interrumpió Trace, y le bajó los pantalones los últimos quince centímetros hasta pasarlos por los pies. Ella tenía las manos libres, pero no intentó cubrir su desnudez. En cambio, se llevó una mano a la boca, pero detuvo el gesto antes de terminarlo. Su sonrisa burlona desapareció en la gran O de su respiración entrecortada. Y Trace siguió observándola, ahora todo su cuerpo.

Bajo la suave luz de la habitación y el brillo azulado de las estrellas que entraba por una ventana alta, su piel tenía la apariencia de ser pálida como la plata; pero su rostro se tornó aún más pálido hasta convertirse en una máscara gris.

-¿Qué has dicho? -susurró.

Trace trató de analizar su expresión, pero fracasó. ¿Sorpresa? ¿Alivio? ¿Satisfacción? ¿Todas ellas a la vez? No tenía sentido, no era lo que esperaba. Pero, ¿qué esperaba? Tal vez el mensaje no había calado todavía.

-Está muerto -repitió-. Cayó de un risco junto al monasterio: ¡plaf! Yo lo empujé.

Amira se lamió los labios; tenía los ojos desorbitados y miraba en todas direcciones.

-¿Mi amigo norteamericano? No conozco a ningún norteamericano, Charlie. Yo...

-¡Mentirosa! -rugió él. Subió sobre las almohadas que ella tenía entre las piernas y

se colocó como si fuese a penetrarla-. Tú y Laurel y Hardy, todos vinisteis aquí juntos. Y tú eras el dulce anzuelo para el pez gordo: ¡yo!

La expresión de Amira era ya de puro terror. Trace no tuvo más remedio que admirar su actuación.

-Estás..., estás realmente loco, ¿verdad? -musitó-. Anoche me hiciste el amor, ¡y ahora quieres violarme!

-¿Violarte? Bueno, ¿por qué no? Él violó a mi madre, ¿no? Tu jefe, Khumeni... Por eso cree que soy su hijo, ¿verdad? Porque no conoció a la bestia de mi hermano. ¡Él *sí* que era su hijo! ¿Alguna objeción? ¿O quizá te gusta más a su modo, como lo hacen los animales? ¿Así es como él te lo hace? Muy bien, vamos a intentarlo... y después ya me dirás a cuál de los dos prefieres, ¡si a mí o al burro follador para el que trabajas!

La agarró por los cabellos e intentó ponerla boca abajo. Pero, de súbito, Amira revivió. El dorso de su fina mano resultó duro como un látigo cuando le cruzó la cara y lo lanzó hacia atrás. No fue por la fuerza del golpe, sino por su intensidad y por ser absolutamente inesperado; también influyó el hecho de que Trace estuviera en mala posición, arrodillado al borde de la plataforma. En cualquier caso, dio un brinco hacia atrás, con los brazos muy abiertos, y fue a caer de espaldas al suelo.

Por un segundo permaneció allí tumbado, pasándose los dedos por la cara, con los músculos y los nervios excitados. Luego inspiró hondo, suspiró y apoyó la cabeza en las planchas del suelo. Volvió la mirada hasta posarla en ella.

-Tú -dijo, con un tono de voz que goteaba veneno-. Tú y tu padre: traidores, los dos. Él allí, en Israel, excavando para Khumeni, buscando la segunda tablilla mientras que tú..., tú utilizas tu hermoso cuerpo de puta para seducirme. ¡Y luego está ese pobre gilipuertas de Saúl Gokowski, que cree que tu padre es su «amigo»!

Amira se sentó y alargó los brazos hacia él. Una vez más, Trace no comprendió la expresión de su rostro.

-¡Oh, Charlie! Charlie, tienes tanta... -Abrió los ojos desmesuradamente y miró por encima y más allá de Trace- La escalera de madera crujió-. ¡Tienes tanta... *razón*! -concluyó.

Un pie diminuto cayó sobre los lacios cabellos de Trace y le sujetó la cabeza al suelo. El pie era pequeño, sí... pero pesaba una tonelada. Trace lo agarró del tobillo y empezó a girar las piernas para dar una patada... pero las detuvo en pleno aire y las dejó caer otra vez sin ofrecer resistencia. El señor Hardy era más ágil de lo que parecía. Se había arrodillado, había agarrado la oreja izquierda de Trace con sus gordezuelos dedos y ahora tenía algo frío y brillante apoyado en la fuerte garganta del inglés.

-*¡Bastardo!* -susurró Trace.

- ¡Oh, ya lo creo que lo soy! -resolló el gordo-. Pero ya has visto lo que puedo hacer, así que, por favor, no me obligues a hacerte una demostración.

Trace podría haber meneado la cabeza, pero no se atrevió.

-A tu monstruoso jefe no le gustaría que yo sufriera ningún daño -dijo con un hilo de voz.

-Sólo si no fuera necesario -replicó el gordo; su rostro vuelto del revés sonreía-. Amira...

Ella bajó de la plataforma, se vistió de nuevo y desapareció de la vista. Unos momentos después regresó... ¡con una inyección! La probó, y un chorro de gotas perladas brotó de la aguja. Luego se arrodilló a su lado y dijo:

-Permanece muy, muy quieto, Charlie.

No tenía mucha elección y apenas se atrevió a gruñir cuando la aguja penetró en su brazo. Sin embargo, la sintió; sintió su picazón y las frías oleadas de sopor que se expandieron desde su punto de entrada. Pero después... ya no sintió nada en absoluto...

... Trace estaba sentado.

Se encontraba en una silla de respaldo alto, mirando hacia una ventanilla que daba al patio de Villa Ulises. Era una silla de caña y podía sentir el entramado del asiento contra su trasero y las varas del respaldo contra su espalda. Se inclinó ligeramente hacia atrás, o fue colocado en esa posición, con la cabeza levemente torcida hacia adelante y los brazos colgando sueltos por la parte exterior de los brazos de la silla. Iba vestido con una bata que olía a orina seca.

Trace tenía los ojos abiertos, pero no recordaba cuándo los había abierto. Aparte de la aguja -la aguja hipodérmica en las traicioneras manos de Amira, que lo había sumido en el sueño-, recordaba muy pocas cosas. Su período de inconsciencia había sido profundo y sin sueños, y probablemente de cierta duración pues le picaba la cara, un viejo síntoma de llevar dos o más días sin afeitarse. *Podía* sentir, oír, oler y suponía que paladear. En cuanto al tacto, apenas lo notaba, puesto que no podía moverse, aunque sí podía sentir las cosas que lo tocaban.

Podía percibir todo bien, desde luego, pero sus sentidos no trabajaban a fondo; de hecho, los notaba misteriosamente lentos, aturdidos, hechizados y malgastados. Sólo su vista parecía reaccionar de manera más o menos normal. Se preguntó si ello era posible: tener cuatro de sus cinco sentidos atrofiados. No, claro que no; era sólo el efecto de la droga. Pero incluso sus pensamientos parecían formarse despacio.

Una mosca que aterrizó sobre su nariz lo hizo parpadear. Pero la mosca se había posado momentos *antes* de que Trace la notara y el parpadeo -muy lento- se produjo unos largos momentos después. En cualquier caso, el parpadeo bastó para espantar al insecto; era obvio que las moscas griegas adolecían de la tenacidad de sus primas británicas...

Dado que Trace no estaba seguro del día que era, prestó toda su atención a la hora del día. No fue difícil, pues las sombras caían casi verticalmente en el patio, lo que significaba que debía de ser mediodía. Si sus captores lo hubiesen dejado al sol, bajo aquellos rayos «pesados» y casi tangibles, éstos ya le habrían quemado el cerebro. «Se quedó dormido al sol y murió.» Fácil.

Salvo que no querían matarlo. Khumeni no deseaba verlo muerto. Quería... ¿absorberlo?

Todos los instintos de Trace aullaron: «Levántate, corre, huye..., ¡*huye,* cabrón perezoso!». Pero su carne sólo realizó un lento movimiento espasmódico; varios nervios tiraron perezosamente de sus piernas y brazos, y el entramado de la silla siguió marcándose en sus nalgas como antes.

«Olvídalo -se dijo a sí mismo-. No vas a ir a ningún sitio, Charlie.»

La puerta del patio se abrió y Amira cruzó el umbral.

«¡Zorra! -pensó Trace-. Lorelei... lamia... Mata Hari... Circe... no, ¡Gorgona! Gorgona, sí: ¡tú me has convertido en piedra!»

Había venido sola, caminando deprisa por el patio bajo las enredaderas; parecía nerviosa, frustrada y el sudor le hacía brillar la piel. Era una mujer con prisas, sin tiempo que perder. Y, a mitad de camino en el patio, su mirada se clavó en la de él y vio que sus ojos estaban abiertos, despiertos. Entonces, ella echó a correr y casi voló el resto del camino hasta la puerta de su apartamento. Poco después estaba junto a Trace, arrodillada frente a él, con sus almendrados ojos muy abiertos y mirándolo fijamente.

Su preocupación era «obvia», «real»: tan real como la que había mostrado cuando le clavó la aguja y le hizo todo esto. Pero, ¿no estaba llevando su actuación demasiado lejos?

¡Zorra!, dijo Trace con la mirada. Intentó decirlo también con la lengua, pero el escaso movimiento que consiguió realizar sólo sirvió para segregar en su boca una bolsa

anteriormente retenida de saliva que tenía sabor a bilis. Ella, sin embargo, leyó sus pensamientos y murmuró:

-¡Charlie, estás totalmente equivocado! ¡Oh!, se supone que trabajo para Khumeni, sí, pero en realidad estoy actuando en su contra. Y también mi padre. Sabemos lo que él *es,* Charlie, así que ¿cómo podríamos trabajar para él? Si no me crees... bueno, es asunto tuyo. En esta fase del juego, importa poco lo que creas. Excepto para mí. Pero al menos me escucharás...

Amira hizo una pausa y se mordió el labio.

-Salvo que... -continuó-. No estoy segura de cuánto estás entendiendo. Y no sé cuánto tiempo tenemos. -Volvió la cabeza y lanzó una mirada ansiosa hacia la puerta situada al fondo del patio-. Decker volverá pronto. Es el gordo, Está preparando los detalles de nuestro vuelo de partida.

«Ese sería un buen golpe -pensó Trace-. ¿Y cómo me iré yo? ¿En un baúl en el departamento de equipajes?»

Como si le hubiera leído la mente por segunda vez, ella dijo:

-Viajarás con la identidad de Klein, el hombre que murió junto al monasterio. En realidad, no sois tan distintos. Sus ropas deben de caerte bastante bien y tenemos su pasaporte. Y, por supuesto, Decker y Klein ya tienen el visado de entrada en Israel. Para mí no es problema, pues he conservado mi nacionalidad. En cuanto a tu condición, la historia será ésta:

»Sufres unos ataques que te colocan en una especie de estado semicatatónico. En Galilea hay una clínica que trata esta clase de enfermedades y ya tienes una plaza en ella. Pero este ataque actual se ha adelantado seis meses y te ha pillado en vacaciones. En cualquier caso, tenemos una silla de ruedas para ti. Eso no es problema, pues Decker tiene una mente muy capaz y calculadora. Ayer consiguió que trajeran una silla desde Rodas.

Trace logró parpadear lentamente... pero su lentitud fue deliberada. Mantuvo el ojo izquierdo cerrado durante unos prolongados instantes antes de abrirlo poco a poco. No comunicó nada con ello, salvo que quizá tenía algo que comunicar. Amira lo entendió enseguida. Lo tomó de la mano y dijo:

-¿Puedes apretarme la mano?

Trace le dio un apretón despacio, haciendo un gran esfuerzo.

-¡Lo presentía! -Amira estaba muy animada-. Muy bien. Un apretón para sí y dos para no, ¿de acuerdo? Dime: ¿crees que soy inocente?

Le apretó la mano una vez... y luego dos veces más. «Sí» y «no». Todavía no estaba seguro.

-Bueno, no se puede evitar. Pero sin duda viste cómo estuve a punto de contarte todo esto cuando Decker entró en escena. Si hubiese aparecido un segundo después, lo habría oído todo... ¡y entonces me habría visto obligada a matarlo! En cualquier caso, pronto me creerás. Pero, antes de que ocurra algo más (antes de que cometas un error), hay cosas que tienes que saber. Y son importantes, Charlie, porque, a medida que progresa la situación, ¡podrían marcar la diferencia entre la vida y la muerte para ti! Y cuando se trata de tu vida... de repente me preocupo mucho. No me preocupaba en exceso antes de conocerte, y sólo me interesó un poco después de encontrarte, pero desde entonces...

Trace le apretó la mano. «Sí», sabía lo que ella quería decir.

Amira se inclinó sobre él y le dio un beso que él apenas pudo sentir y que no podía devolver de ninguna manera. Luego se sentó de nuevo.

-Y, ¿sabes?, desde el principio -prosiguió- no podía creer que fueses quien se suponía que eras. Eras simplemente demasiado ingenuo... ¡para ser el hijo de *esa* cosa,

quiero decir! Pero, sea como sea, ahora tienes que escucharme. Tendrás que aparentar que eres tonto. ¡No, más que tonto, estúpido! Te lo explicaré:

»Tienes que fingir que Kastrouni no te contó nada ni te dio nada. O tal vez mencionó a un amigo suyo que tenía una tienda de vinos en Pighadia (sólo lo mencionó) y, cuando viniste aquí de vacaciones, naturalmente fuiste a verlo. En cuanto a tu viaje al monasterio, estabas haciendo turismo, nada más. Tal vez Klein se peleó contigo o algo así, no lo sé, y en el forcejeo cayó al vacío. ¿Consigues entenderme? ¿Comprendes que esto es lo que tienes que decir si alguien te hace estas preguntas?

Trace le dio un apretón. «Sí», lo había entendido perfectamente. De cualquier modo, sabían que él no iría como un cordero al matadero. Pero él también sabía quién mandaba en el matadero y qué clase de «asesino humanitario» lo esperaba allí... Era evidente que sería excesivamente peligroso saber demasiado.

-¡Bien! Eso es importante. Si piensan que ignoras la mayor parte del asunto, tal vez no te vigilen demasiado. Y así quizá tengamos la oportunidad de planear algo. Pero si llegan a sospechar cuánto sabes en realidad, y tengo la sensación de que es bastante más de lo que has dicho...

«¡El fin! -pensó Trace-. Definitivamente...» Y tal vez una parte de la impotencia que sintió llegó hasta ella.

Arrodillada, lo rodeó con sus brazos y lo estrechó con fuerza por unos momentos antes de apartarse. Lo miró otra vez, intensamente.

-Charlie, me has hecho varias acusaciones. Quiero que sepas que jamás he conocido a Khumeni... de esa manera. Cuando lo veas, comprenderás que no podría. Antes preferiría la muerte, ¡lo juro! Además, no le interesan las mujeres. Decker dice que..., dice que lo hace con animales. Lo que hizo aquella vez en Chipre fue por necesidad, para conseguir descendientes. ¡Oh, sí!, estoy enterada de aquello; Kastrouni fue amigo nuestro durante unos años; hemos reunido información y tenemos nuestros recursos.

»Pero lo que dijiste hace dos noches -prosiguió, abriendo los ojos aún más-, eso de que no eres hijo suyo y tuviste un hermano bestial que sí era su hijo... ¿era cierto?

Trace le apretó la mano una vez.

-¿Y Saúl Gokowski lo sabía?

Le dio dos apretones: «No», y uno más: «Sí, *ahora* lo sabe».

Ella reflexionó, se relamió los labios y murmuró para sí:

-Kastrouni no lo sabía, así que... ¡tampoco lo sabe Khumeni! -Y a Trace le preguntó-: ¿Dónde está ese hermano tuyo?

Él sólo pudo darle dos apretones.

-¿Está muerto?

Otro apretón.

-¡Al nacer!

«Telepatía», pensó Trace... y volvió a tener dudas respecto a ella. Pero no dudaba que era una mujer con poderes. Le apretó la mano: «Sí».

-¡Gracias a Dios! -exclamó Amira, con un profundo suspiro-. Mi papel era seducirte, ¡pero cuando descubrí que estaba disfrutando *(antes* de saber esto) empecé a creer que era realmente una pervertida!

Mientras su tenso rostro dejaba paso a una débil sonrisa, unos pasos suaves sonaron sobre el sendero de cemento al otro lado del muro del patio. Ella se incorporó al instante, se llevó un dedo a los labios (un gesto que, si la situación no hubiese sido tan desesperada, tal vez a Trace le habría parecido cómico, pero que, aun así, entendió perfectamente) y se alejó. Momentos después, Decker entró por la puerta tras cruzar el patio resollando.

Miró a Trace con ojos de cerdo malcarado y se volvió hacia Amira.

-¿Está bien?

-Eso creo -respondió ella fríamente.

-¿Oye y entiende lo que se le dice?

-Sí. Tómalo de la mano. Un apretón significa sí, dos significa no.

Decker tomó la mano de Trace en su gorda y sudorosa manaza.

-¿Puedes entenderme? -preguntó.

Trace le dio un apretón, aunque le habría gustado poder apretársela más. Pero lo que le habría encantado habría sido estrujarle la tráquea a aquel cabrón seboso.

-Muy bien, escucha -resolló Decker-. Dentro de un par de horas, cuando desaparezca el efecto de la droga, podrás moverte un poco más. Por lo menos, lo suficiente para tragar comida. Entonces te daremos un poco de comer... bazofia, claro. Sopa, ¿eh? Y será mejor que te la comas, Charlie, muchacho, porque será lo último que pruebes en un par de días. ¿Me sigues?

Trace le apretó la mano.

-Después, esta noche, serás capaz de mantenerte de pie a duras penas. Entonces te llevaremos a hacer caca. Será estupendo para ti, ¡porque ya no tendrás que mearte encima! Pero, para que no puedas moverte más de la cuenta, te tomarás un par de pildoritas blancas que repetirán el efecto de la mierda que te hemos inyectado. ¿Entiendes?

Trace le dio otro apretón.

Decker se irguió, sonrió a su impotente cautivo y le dio tres bofetadas engañosamente cariñosas con la palma de la mano. Trace apenas las sintió, pero de algún modo consiguieron despertarlo un poco.

«¡Mi día se acerca, gorda babosa! -prometió en silencio-. Pero por Dios, que lo sentirás, lo sentirás todo, en cuanto sea capaz de hacerlo...»

2

Por ahora, Trace no era capaz de hacerlo, ni aunque le ofrecieran su propio peso en oro; y el resto del día y la noche pasaron exactamente como Decker había pronosticado.

Sin embargo, antes de «hacer caca» (por alguna oscura razón, el único hecho que había temido de verdad, a pesar de que el futuro no muy lejano prometía contener horrores más allá de lo imaginable, mucho más que la puerta del lavabo), Amira había conseguido llegar sigilosamente hasta él y tomarlo de la mano. Esto sucedió mientras el gordo se hallaba en la otra mitad del chalé, pero no había ninguna garantía de que fuera a quedarse allí. En el piso de arriba, en el área de los dormitorios, había una pequeña puerta con cortinas que separaba los dos apartamentos. Cuando Trace y Amira habían pasado la noche juntos, él había intentado abrir la puerta pero estaba cerrada con llave. Desde entonces lo había olvidado. Una grave omisión. Por allí había entrado Decker cuando lo había pillado por sorpresa. Y era por allí donde podía aparecer de nuevo en cualquier momento.

Muy deprisa, con un susurro y faltándole el aliento, Amira le dijo:

-Charlie, por desagradables que sean las cosas, espera tu momento y no pierdas la esperanza. Hay más cosas en marcha de las que puedo contarte. Créeme, la situación no es tan desesperada como parece. Al menos, todavía no. ¿Me crees?

Trace le apretó la mano con mucha más fuerza y notó que, si lo intentaba, incluso podía esbozar un asentimiento de cabeza. Sí, le creía. Tenía que creer en ella. Ella era todo lo que le quedaba.

Pero ella se fue y Decker volvió, y una hora después fue a hacer caca -no fue tan terrible como Trace había pensado y, por lo menos, fue igual de malo para Decker-, tras lo cual Trace casi se alegró de tragarse las «pildoritas blancas». Y luego, una vez más, nada...

Después, Trace perdió la noción del tiempo. Para él consistía sólo en los frecuentes y breves momentos en que estaba «despierto» o, más apropiadamente, se hallaba consciente. E, incluso entonces, todo era tan extraño que no podía estar seguro de no encontrarse simplemente soñando. La primera vez que esto le sucedió fue a bordo del Skyvan, lo que le indicó que estaban entre Karpathos y Rodas, dirigiéndose a esta última isla.

Se obligó a abrir unos párpados que le pesaban como si estuvieran cargados con plomo y vio el único y estrecho pasillo de la avioneta extendiéndose ante él, distorsionado de manera fantasmagórica, casi como si se prolongase hasta el infinito. Los pasajeros eran en su mayoría griegos de las islas, pero también había una pareja de mediana edad inmediatamente delante de Trace y a su derecha; era evidente que se trataba de turistas ingleses acomodados. Al principio pensó que tenían problemas para hablar, pues, en la animada charla que mantenían, sus graves y caballunas voces parecían reducidas a la mitad de la velocidad de una conversación normal, como el sordo retumbar de un disco reproducido a menos revoluciones de las debidas. Entonces, por supuesto, comprendió que era el efecto de la droga que actuaba en él como antes.

Con grandes esfuerzos había conseguido girar la cabeza un poco a la izquierda, al tiempo que apretaba la mano que apenas notaba que tocaba la suya. Y allí estaba Amira, sentada a su lado, pero unos tres o cuatro centímetros más abajo que él. Trace supuso que iba sentado en una silla de ruedas alta, lo que también explicaba su posición en el

centro del pasillo.

Entonces, los ingleses se volvieron hacia él (tal vez había articulado torpemente algún sonido), observaron que tenía los ojos abiertos, le hicieron una señal con la cabeza y luego entre sí y dijeron algo a Amira que sonó como una explosión; como respuesta, ella sonrió nerviosamente, se llevó un lánguido dedo a los labios y les dijo:

-*¡C... h... i... s... s... t!* ¡N... o l... o p... o... n... g... a... n n... e... r... v... i... o... s... o!

Y Trace distinguió, a casi un kilómetro de distancia, en la parte delantera de la diminuta avioneta, el cuello rojo y ancho de Decker cayendo en un pliegue sobre el cuello de su camisa, en la plaza donde estaba sentado sudando justo detrás del piloto, que estaba ligeramente elevado. El gordo estaba abstraído por algo y no notó nada; parecía concentrado en mirar adelante, por las ventanillas delanteras, tal vez examinando el contorno de Rodas a medida que éste resultaba más visible.

Luego Amira se inclinó sobre Trace (de manera aterradora, porque la extraña alteración de su visión hizo parecer su rostro súbitamente hinchado de forma exagerada, como una aeronave que se aproximara) y le susurró:

-¡Ch... ar... lie! D... e... b... e...s d... e t... e... n... e... r u... n... a g... r... a... n r... e... s... i... s... t... e... n... c... i... a. U... n... a t... o... l... e... r... a... n... c... i... a e... x... c... e... p... c... i... o...-n... a... l. ¡F... a... n... t... á... s... t... i... c... o! ¿E... s... t... á... s b... i... e... n?

Le apretó la mano para decir «sí»... seguido inmediatamente de un «no». Era como un «viaje» de LSD muy malo. Se sentía fatal, mareado de la cabeza a los pies. Podía notar cómo la bilis ascendía despacio por su garganta, lo que resultaba infinitamente peor a causa de su percepción más lenta.

Amira debió de ver la agitación de la nuez de su garganta y reconoció el repentino color apergaminado de su piel y las gotas de frío sudor que se acumulaban sobre su frente; fuera como fuese, sacó deprisa de algún sitio una bolsa de papel marrón forrada de una fina película. Entonces Trace sufrió la terrible pesadilla de las arcadas y los vómitos.

Cuando terminó por fin, cerró los ojos y recostó la cabeza; entonces, ligero como un vilano, notó que Amira le limpiaba la boca y le enjugaba las lágrimas que resbalaban lentamente por unas mejillas que casi no sentía. Eran lágrimas naturales debidas a la inusual violencia de su estómago y a haber abierto desmesuradamente la boca. Pero Amira no sabía que se debían a algo más. Sólo Trace lo sabía.

También eran lágrimas de frustración y de un odio y desprecio que crecían a gran velocidad. Después, demasiado débil para resistirse, Trace volvió a quedarse dormido...

... Pero esta vez, cuando dejó que las tinieblas cayeran sobre él, estaba intentando frenéticamente recordar la secuencia de extrañas palabras que había oído en el antiguo monasterio griego, las palabras leídas en voz alta por Saúl Gokowski y que eran el exorcismo de la segunda tablilla de Corozaín.

Ocurriera lo que ocurriese, y tanto si Amira tenía razón como si no cuando había dicho que la situación no era tan desesperada como parecía, Trace había decidido que estaría preparado para cualquier eventualidad. Y no iba a desaparecer sin presentar batalla...

Cuando Trace se despertó (¿cuánto tiempo había pasado desde el episodio en el Skyvan? El mismo día, tal vez... ¿o una semana después?), se hallaba en Rodas, en un jardín bajo una vid, asomado a un mar dorado mientras el sol se ponía y las estrellas aparecían. Durante una hora, aparentemente solo, luchó contra su parálisis e intentó mover los brazos y las piernas, pero sólo tuvo éxito al final, cuando accidentalmente liberó la palanca del freno de la silla de ruedas. Como estaba en una ligera pendiente, comenzó a rodar hacia adelante. Era incapaz de gritar y sólo podía emitir una serie de

gorgoteos o gruñidos, hasta que las ruedas del lado izquierdo golpearon una curva y cayó sobre un macizo frondoso de menta bajo un limonero.

Aterrizó en blando, pero la silla de ruedas cayó de costado con estrépito y se deslizó chirriando sobre los adoquines. Un momento después se encendieron las luces en un *bungalow* de paredes blancas en el extremo superior del jardín. Luego Amira bajó corriendo, gritando el nombre de Trace, y él podría haber sollozado de alivio si hubiese podido. En su situación, sólo podía dejarla comprobar si tenía alguna herida, incorporarlo a duras penas de nuevo sobre la silla y finalmente empujarlo hasta la casa.

-Rodas -le dijo ella entonces, mientras contemplaban el millón de luces de la ciudad-. La última vez que estuvimos aquí pensé que eras... otra persona. Sabía que ibas a morir y no me preocupaba mucho, Y ahora no podría dejarte morir, no importa lo que suceda. ¿Crees que tenemos alguna oportunidad, Charlie?

Le apretó la mano una vez: «sí». «¡Dios mío, eso espero!», pensó.

-Estaba sentada aquí, observando cómo se encendían las luces, y debo de haberme quedado dormida -continuó-. Entonces oí caer tu silla y supongo que eso me despertó. ¡Gracias a Dios que estás bien! Pero, ¡qué locura haber hecho eso! -Estaba enfadada-. ¿Fue un accidente, Charlie? Será mejor que me digas que fue un accidente. Podrías haberte hecho daño muy fácilmente.

«Sí», le dio un apretón; fue un accidente.

-Bueno, ya no importa -dijo ella, sin creerle. Y añadió más animada-: De hecho, me alegra que te hayas despertado. Hay cosas que tengo que contarte... aunque sólo sea porque quizá te den un poco de serenidad y una cierta esperanza. Porque sé cómo debes de sentirte ahora.

«¿Ah, sí? -pensó Trace-. ¡Por Dios, Amira, no lo sabes! Me siento torpe, hambriento, mareado, sucio y me pica todo... ¡y hasta que no sufras una lenta picazón que no te puedas rascar, no podrás saber cómo me siento!»

-¡O... o... h d... o... o... s! -consiguió articular, que debería haber sonado como «¡Oh, Dios!».

-¿Qué? -exclamó ella, asombrada-. Charlie, no deberías poder moverte ni una pizca, ni siquiera deberías ser capaz de pensar de manera coherente. ¡Y estás manipulando la silla de ruedas e incluso intentando hablar! ¿Sabes cuántas dosis de estas pastillas te ha dado? Tres. La última dosis fue hace apenas unas horas y debería haberte dejado inconsciente hasta mañana por la mañana. ¡Estás desarrollando una tolerancia asombrosa! Pero te contaré lo que haremos mañana.

»Al mediodía volverás a comer -prosiguió-, sólo lo suficiente para mantenerte más o menos despierto. Pero, si lo prefieres, esta noche, cuando todo esté tranquilo, puedo traerte algo de carne. ¿O una sopa, quizá? Puedo prepararte una sopa ahora, si crees que te sentará bien. ¿No? Bueno, pues después de comer tomaremos el vuelo de las dos de la tarde hacia Israel y llegaremos a Tel Aviv un poco después de las tres y media. Mañana por la noche, a esta misma hora, estaremos en Jenin, a medio camino entre Tel Aviv y Galilea y entonces, por primera vez, conocerás a Khumeni... y también a los dos hombres que él cree que son tus hermanos, hijos de diferentes mujeres.

Amira hizo una pausa y le preguntó:

-¿Lo entiendes todo?

Él le dio un apretón y dijo:

-¡Urk!

-¡Dios mío, eres un tipo duro de pelar, Charlie Trace! -exclamó Amira y, espontáneamente, lo abrazó-. Pero déjame que continúe. Esta noche he convencido a Decker de que tiene que descansar, ir a la ciudad y tomar algo. La verdad es que no soporto tenerlo cerca de mí. Bueno, puedo soportarlo, pero es imprevisible. No sé

cuándo regresará ni de qué humor estará entonces...

Trace siguió escuchando y sabía que Amira hablaba sin reprimir nada; pero, drogado como estaba hasta la coronilla, sus palabras lo golpeaban como si fueran melaza. Con ellas podía quedarse dormido fácilmente. Hasta entonces lo había comprendido todo, pero le resultaba difícil. Y había muchas preguntas suyas para las que quería una respuesta, si hubiese tenido la capacidad de formularlas. Principalmente, le habría gustado saber qué había querido decir en Villa Ulises cuando había afirmado que la situación no era desesperada. ¿Hasta qué punto podía llegar a ser desesperada la situación? ¿Qué estaba ocurriendo *exactamente*? Y, aparte de la relevancia más inmediata de estas preguntas, otras parecían haber surgido durante los períodos de inconsciencia de Trace.

Por ejemplo, si Khumeni y Saúl Gokowski estaban en tablas, ¿por qué, de repente, Khumeni había intentado matar al otro en Karpathos? ¿Ya no le preocupaba que Gokowski tuviera su talón de Aquiles y pudiera alertar a la gente importante respecto a su propósito e intenciones? ¿O era simplemente que la «siguiente regeneración» estaba tan próxima que Khumeni podía permitirse el lujo de correr riesgos; porque, cuando alguien quisiera actuar contra él, *si* alguien estaba lo bastante impresionado para ello, todo habría terminado y él ya sería otro ser? O, mejor dicho, otros tres seres serían él...

Pero Amira seguía hablando a solas, y Trace se había quedado rezagado. Así, abandonó sus preguntas interiores para otro momento y devolvió su atención a lo que ella estaba diciendo, tratando de retomar el hilo.

-... uno de los hombres de Khumeni durante mucho tiempo -estaba diciendo-. Bueno, ya lo conoces. Es gordo, feo y despreciable. Y además es un imbécil: no tiene ni idea de lo que Khumeni es en realidad y yo tampoco he intentado ilustrarlo al respecto. No le preocupa, mientras Khumeni le pague bien. ¡Y Khumeni paga bien a *todos* sus hombres! Decker es también su conexión inglesa en el mundo de la droga. Divide su tiempo entre Inglaterra, Amsterdam y los Estados Unidos, y sospecho que Khumeni lo eligió para este trabajo simplemente por su disponibilidad; coincidió que Decker se encontraba en Inglaterra en el momento adecuado. No es que Decker sea ningún pazguato; ¡es muy competente! Sólo lo he conocido esta última semana, unos días antes de que partiéramos de Inglaterra... pero sé que es odioso. El crimen y las drogas son sólo dos de las cosas que hace. ¡Creo que también es un tipo importante en el mundo de la prostitución en Londres! Y, por supuesto, Khumeni; bueno, él está en *todo* el mundo criminal, o en todo el que puede manejar por todo el mundo...

Amira hizo una pausa, miró hacia los oscuros pasajes que descendían abruptamente hacia la ciudad de Rodas y escuchó con atención. Sólo oyó las cigarras y el pálpito del corazón de la ciudad y empezó a respirar de nuevo. Finalmente, continuó:

-El hombre que tú..., que murió en el monasterio, Phillip Klein, estaba contratado por Khumeni a la Mafia. Utiliza a muchos de sus hombres y los contrata como nosotros a un decorador de interiores.

Trace ya se estaba cansando. Y había una cosa que Amira todavía no le había contado y que él esperaba oír desesperadamente. Si ella estaba de su parte, si no era sólo una puta lista que utilizaba sus ardides y su cuerpo para servir a los intereses de la bestia Khumeni, entonces ¿por qué demonios no le empujaba la silla de ruedas y escapaban de allí ahora mismo? Podía llevarlo a las autoridades locales, ¿no? Que les contara su historia, o al menos lo suficiente para que ellos quisieran investigar.

Ella lo había estado mirando fijamente a los ojos mientras él pensaba estas cosas y quizá vio algunas de las dudas escritas en ellos. Y de nuevo Trace pensó: «telepatía», mientras ella desviaba un poco la mirada, la bajaba y se mordía el labio. Pero él quería que ella lo mirase. Por fin lo hizo, para decirle:

-Sé lo que estás pensando, Charlie, pero no puedo. No podemos huir de aquí. Para atrapar a mi padre, Khumeni lo amenazó con quitarme la vida; y, para conseguirme *a mí,* me amenazó con matar a mi padre. Así es como él trabaja. Pero no es sólo la vida de mi padre la que estaría en peligro si yo lo echase todo a perder, es... bueno, es mucho más que eso. Verás, Charlie: Khumeni quiere reunir a sus tres hijos en Galilea. ¿Por qué? Bueno, tú sabes más sobre eso que yo. Pero, tal como lo entiendo, es la única cosa que llevaría a Khumeni *en persona* a Galilea. Y allí es donde queremos que esté. Así pues, ya que cree que tú eres uno de sus hijos...

Todo tenía sentido, pero el esfuerzo de escuchar había acabado por cansar a Trace más allá de su capacidad de resistencia. Así que él era el señuelo, ¿eh? El cebo de la trampa. Una parte del cebo, al menos. ¿Y qué pasaría después, cuando tuvieran a Khumeni de regreso en Israel? ¿Realmente sabían y comprendían a lo que se estaban enfrentando? Kastrouni lo sabía, tal vez mejor que ningún otro hombre, y ¿dónde estaba Kastrouni ahora?

Una vez más, Trace se quedó dormido con el rito de exorcismo de Saúl Gokowski ardiendo en su mente. Y si fue la droga, la fatiga, una combinación de ambas o algo totalmente diferente, no podía saberlo... pero tuvo la impresión de que aquellas extrañas palabras le resultaban mucho más familiares ahora, como si la repetición agudizase su definición.

Su último recuerdo, no obstante, cuando cayeron las tinieblas sobre él, fue la voz de Amira solapada sobre su propio cántico imaginario, que le preguntaba:

-Charlie, ¿te encuentras bien? ¿Vas a quedarte dormido otra vez, Charlie? -Ella lo abrazó de nuevo, quizá con cierta desesperación, y Trace oyó algo que podría haber sido un sollozo; y finalmente, como si viniera de muy lejos-: Perdóname, Charlie. Por favor, perdóname...

Aquella noche (Trace dedujo que sólo podía ser la misma noche, pues era el mismo *bungalow* sobre una colina de Rodas), mientras la ciudad dormía y las estrellas brillaban como diamantes en un cielo increíblemente claro, ella se aproximó con sigilo y lo despertó. Trace se sintió inquieto al despertar y descubrió que tenía la silla inclinada hacia atrás en un ángulo de 45 grados. Sintió un leve ataque de pánico al tiempo que fluían los recuerdos para recordarle quién era y dónde estaba, y qué le estaba sucediendo. Luego reconoció el perfume de la mujer y sintió su beso en la frente, y supo que era Amira.

Ella había encendido una diminuta lamparilla de aceite y puso la silla erguida junto a una ventana abierta para que entrase la cálida brisa nocturna.

-Sopa -le susurró, y le mostró un cuenco lleno de pedazos de carne en un enjundioso caldo-. Se trata de mantenerte débil, pero procuraré que estés fuerte. Y, si puedes hacerlo, procura evitar tomarte todas las píldoras que querrán darte mañana. Siempre puedes simular que estás dormido, drogado o algo así; guarda las píldoras en un lado de la boca para escupirlas más tarde. Pero, hagas lo que hagas y por bien que te sientas, ¡no intentes atacarlo! Tienes que prometerme esto, Charlie.

«Sí», le dijo con un apretón y sorbió la sopa que ella le daba con una cuchara. Oh, sí, había prometido no atacar a Decker. De hecho, era una cuestión de risa. ¡Tal como estaba, no habría podido atacar a un cachorro recién nacido! Sin embargo, a pesar de todo, la situación no era tan mala como había llegado a ser. Ni mucho menos. Todavía se sentía lento, torpe y confuso, pero al menos sus cinco sentidos estaban combatiendo contra la droga y luchaban apoyados por una voluntad.

-¿Y si haces un poco de ejercicio? ¿Crees que podrías caminar?

Dos apretones. ¡Debía de estar bromeando! Pero, por otra parte..., otro apretón: «quizás». Hacer ejercicio no era mala idea.

Ella lo ayudó a incorporarse, pasando cuidadosamente el brazo izquierdo de él alrededor de su cuello y aguantando su peso. ¡No estaba mal, no, señor! Y se pasearon a duras penas de un lado a otro, dibujando eses en el suelo enmoquetado de la habitación, de aquí para allá, hasta que la sangre empezó a correr y Trace se sintió como sujeto con agujas. Luego le hizo una señal: «No, basta», y ella lo sentó de nuevo en la silla.

-Decker está dormido -murmuró-. Como un tronco. Y ronca como un cerdo. ¡*Es* un cerdo! Volvió..., volvió borracho y las cosas se pusieron feas por unos minutos, pero al fin captó el mensaje.

Trace giró lentamente la cabeza para mirarla. La lamparilla no daba mucha luz, pero... ¿era un hematoma lo que tenía en la cara, bajo un ojo? Ella se apresuró a apartar el rostro; y en el momento siguiente cubrió el borde del tubo de la lamparilla y volvió a dejar la habitación a oscuras de un soplido.

-Será mejor que duermas ahora, Charlie, si puedes. Y recuerda lo que dije: no cedas a la tentación de atacar a Decker ni hacer ninguna tontería. Es un mal tipo y le encantaría poder hacerte daño.

Lo besó de nuevo en la frente, inclinó lentamente la silla de Trace hacia atrás y su perfume se fue desvaneciendo a medida que ella se alejaba.

Y Trace quedó allí inclinado largo rato, en silencio, a la luz de las estrellas que entraba por la ventana, hasta que volvió a quedarse dormido...

Y luego llegó la mañana.

-¿Cómo está la Bella Durmiente esta mañana? -preguntó el gordo con su tono de voz resonante, imitando el acento norteamericano; sus pisadas sonaban cada vez más cerca-. ¿Estás despierto, Charlie?

Trace mantenía los ojos cerrados y la cabeza inclinada, pero en realidad llevaba ya un corto rato despierto. Había permanecido sentado, escuchando a los demás cómo empezaban a despertar, se incorporaban e iban de un lado a otro.

¡Plaf!, ¡plaf!, ¡plaf! Los gordezuelos dedos de Decker le golpearon el rostro. Trace echó atrás la cabeza y abrió bruscamente los ojos. Decker se apartó enseguida, abriendo desmesuradamente los suyos y mostrando así que estaban inyectados en sangre. Desde luego, había agarrado una buena borrachera la noche anterior. ¡Cómo se maldijo Trace! ¿Cuánta información acababa de revelar? ¿Toda? Tal vez no. Muy despacio, dejó caer la cabeza otra vez y cerró los párpados poco a poco.

-Por un minuto... -resolló Decker, con un tono de sospecha en su voz.

Se aproximó más, sujetó a Trace por la barbilla y le meneó la cabeza hasta que Trace entreabrió un ojo legañoso.

-¡Bah! -exclamó Decker, y sonrió-. Una simple reacción, eso fue todo. Te he despertado de golpe, ¿eh, Charlie?

Decker lo puso erguido, y Trace se permitió «despertarse del todo».

-A hacer caca -gruñó el gordo, haciendo una mueca. Trace tuvo que admitir que era una buena idea-. Luego, a afeitarte, porque tienes tantos pelos como el culo de un tejón y, por último, a bañarte para que te quites el mal olor. ¿Quién es un chico con suerte?

«¡Tú! -pensó Trace-. ¡Tienes suerte de que no tenga ahora en la mano esa navaja tuya de cortar gargantas!»

Pero Decker volvió a mirarlo con sospecha.

-¿Sabes, muchacho?, pareces estar un pelín demasiado bien. Creo que aumentaremos la dosis. Sí, me parece que a Charlie le tocan hoy tres pildoritas blancas. Sólo para estar seguros, ¿eh?

Trace tenía las manos sobre los brazos de la silla. Los agarró con fuerza y sintió que sus dedos se hundían un poco. Había oído las palabras del gordo de manera clara y

nítida. Trace podía oler el perfume de las flores procedente del jardín y el aroma del café en la cocina. Su visión también era casi normal y los bofetones de Decker le habían picado más de lo que recordaba de la ocasión anterior. Eran una burla y un tormento, aquellos bofetones...

Entonces entró Amira con una bandeja y tazas de café humeantes... y Trace notó de inmediato que llevaba gafas oscuras. Sin embargo, éstas no podían ocultar el hematoma que afloraba bajo el ojo derecho.

-¡Cabrón! -siseó Trace en voz alta; la palabra le surgió de manera totalmente involuntaria, deslizándose de su lengua en un momento de descuido.

Decker se quedó boquiabierto.

-¿Qué? -Paseó su mirada de Trace a Amira y de nuevo a Trace-. ¡Jodido...! -Y a Amira le dijo-: ¿Has oído eso? ¡Esta mierdecilla me ha llamado...!

Decker se abalanzó sobre Trace con la palma de la mano abierta.

De algún modo, Amira consiguió interponerse entre Decker y su víctima sin volcar la bandeja.

-¡Es culpa tuya! -le espetó a Decker-. Él me quería, ¿recuerdas? Ése era mi trabajo: conseguir que se enamorase de mí. Incluso ahora se preocupa y ha visto cómo tengo el ojo. Si Khumeni averigua que me has pegado, créeme que lo pagarás. Pero no tanto como lo pagarías si pensara que has pegado a Trace...

Decker se irguió despacio y se volvió hacia ella, que retrocedió unos pasos.

-Vigila tu lengua, damisela. A Khumeni no le contarás nada, ¿entendido?

Con la elegancia de un pato, avanzó un paso hacia ella, alargó la mano y levantó una taza de café de la bandeja.

-Además, tú te fuiste a la cama con este consolador, ¿no? Entonces, ¿qué tengo yo que no te guste, eh?

-¡A mí me *pagaron* por seducir a Trace! -dijo ella, escupiéndole las palabras,

-¿Ah, sí? -El rostro de Decker se infló con una sonrisa gorda y fea-. Bueno, ¿por qué no lo has dicho antes? Puedo pagarte.

-¡Oh, no, no puedes! -replicó ella, ceñuda, y se dio la vuelta-. ¡Ni aunque tuvieras las llaves del Tesoro Nacional!

Tras lo cual llegó la hora del lavado de Trace. Decker no fue muy cariñoso con él. Trace estaba seguro de que, cuando el gordo lo afeitó, lo hirió en la barbilla intencionadamente. Fue aún peor en el baño, porque pensaba que Decker pretendía ahogarlo. Pero el aseo acabó por fin.

Luego tomó un desayuno y después las pastillas. Tres de ellas. Se tragó una, que se mezcló en su estómago con la limonada mientras el gordo le hacía un masaje en la garganta. Pero las otras dos...

Trace consiguió metérselas bajo la lengua. Más tarde las escupió en la maceta de un cactus florido. Aun así, la que se tomó fue suficiente para dejarlo inconsciente una vez más...

... Más tarde, Trace recordó su subida al avión, pero sólo brevemente.

... Y en Tel Aviv, que empujaban su silla de ruedas por la pista del aeropuerto; había muchos soldados alrededor, vestidos con uniformes grises y verdes y gorras con visera plana y sobresaliente, y cada uno de ellos portaba un arma automática; el sol le quemaba las manos y las muñecas, que yacían exánimes sobre los brazos de la silla. Y el cántico de Saúl Gokowski resonaba en la bóveda de su cerebro.

... En un taxi, con la cabeza apoyada en la falda de Amira; Decker ocupaba el asiento delantero y resollaba instrucciones al conductor.

... En una ambulancia, tumbado de espaldas en una camilla, con Amira sentada a su lado, sujetándolo de la mano. Pero esta vez permaneció despierto. Y se autoexaminó.

Se sentía rígido como un tablón, pero sus sentidos parecían estar más o menos en orden; débil como un gatito y, sin embargo, ansioso de acción. No podía determinar exactamente *cómo* se sentía, pero sabía que había estado inactivo mucho tiempo. ¿Podría hablar? Había una manera infalible de averiguarlo.

Amira tenía la cabeza agachada y los ojos cerrados; estaba reclinada entre la carrocería de la ambulancia y la camilla de Trace. Tenía el rostro pálido y ojeroso. Había sufrido mucho.

Sin demasiada dificultad, Trace consiguió levantar la cabeza unos tres o cuatro centímetros y examinó el interior de la ambulancia. Era un vehículo grande, pero en la parte trasera no estaban más que ellos dos, él y Amira. Más allá había un panel de cristal oscuro y reforzado que los separaba de la cabina. Decker iba conduciendo; su cuello, gordo y rojo, era inconfundible. Había un teléfono fijado en una abrazadera de la carrocería para hablar con el conductor. El interruptor estaba en la posición de «Desconectado».

-¡Amira! -gruñó Trace-. ¡Eh! ¡Amira!

La mujer se sobresaltó y abrió bruscamente los ojos.

-¡Charlie! -exclamó. Lanzó una mirada al panel de cristal y luego miró de nuevo a Trace e intentó sonreír-. ¿Cómo te sientes?

Trace trató de decir «destrozado», pero sentía la lengua como si fuese un pedazo de goma.

-Fatal -se conformó con decir.

-Yo también -dijo ella.

Trace cambió de posición, una maniobra que requirió de mucho esfuerzo y gran concentración.

-¿Dónde...? -preguntó.

-¿Dónde estamos? De camino a Jenin. Khumeni estará allí, y también tus «hermanos». Otros hombres de Khumeni los llevarán allí... secuestrados, como tú.

-¿Cómo... ¡un!... sabes estas cosas?

El interior de la boca de Trace tenía un sabor muy parecido al que habría esperado de un inodoro. Pero sus palabras salían ahora con mayor facilidad y su mente y su cuerpo comenzaban a coordinarse mejor que nunca desde que le habían puesto la inyección.

-George Khumeni nunca cuenta nada a nadie -respondió ella-. Es una cuestión de aplicar la inteligencia. Mis instrucciones eran seducirte en Londres, mientras Khumeni preparaba una especie de presión sobre ti. Desearías salir por un tiempo de Londres y vendrías conmigo a Israel y, finalmente, a Jenin. Nos ayudaste un poco al reservar unas vacaciones en Karpathos; pero, al mismo tiempo, eso complicó las cosas, porque yo tendría menos tiempo para seducirte. Tenía que tratar, pues, de hacerte cambiar de planes y venir conmigo a Israel. Ese día que te fuiste a las montañas, al monasterio de Gokowski, yo iba a recibir «un mensaje» de mi padre en el que decía que estaba enfermo y que volviera a casa de inmediato. Yo estaría trastornada y te pediría ayuda y tú me traerías a casa... a Jenin, claro. Decker estaba allí en el caso de que yo fracasara. Tenía instrucciones de que, si no empezabas una relación conmigo, debía ayudarme a introducirte en Israel de la forma que pudiéramos. Y él también conocía tu destino: Jenin.

»Cuando Khumeni se puso en contacto conmigo en Londres y me dio mis instrucciones, me comuniqué enseguida con mi padre, quien me dijo que la bestia ya le había ordenado que preparase una casa en Jenin: un lugar lo bastante grande para acomodar a doce personas por lo menos. A saber: el propio Khumeni, Decker y Klein, mi padre y yo, y otras siete. Mi padre también me dijo que Kastrouni le había informado

que la «conexión griega» ya estaba secuestrada.

-¿La conexión griega? -La mente de Trace estaba plenamente activa, aunque no su cuerpo-. ¿El hijo griego de Khumeni?

-Así es. Kastrouni lo había tenido bajo vigilancia durante mucho tiempo y desapareció de manera repentina...

-Esa fue una señal para vuestro pequeño grupo de que todo empezaba a suceder, ¿eh?

-Sí. Las otras siete personas en Jenin serían, obviamente, tú, tus «hermanos» y sus acompañantes o secuestradores: dos para cada uno.

Trace los sumó a todos.

-¡Eso significa que serán Khumeni y cinco gorilas contra tres cautivos drogados, una chica y un anciano! ¿De qué nos sirve eso?

-De nada. Da ánimos a la bestia, o eso debe aparentarse. Y eso es lo que queremos. Creerá que tiene todas las de ganar.

-¡Pero es que *tendrá* todas las de ganar!

-Ni mucho menos -contestó ella, meneando la cabeza-. Yo no lo sé todo, Charlie, pero sí sé esto: sólo puede terminar en Corozaín y, por lo tanto, hasta entonces actuaremos exactamente de la forma que desea Khumeni.

Trace meneó la cabeza, aunque débilmente.

-Todavía hay cosas que no entiendo -declaró-. Muchas. Si Kastrouni formaba parte de vuestro grupo, ¿por qué trabajaba en contra vuestra? ¡Vino a Londres y dio la vida para avisarme que me mantuviera *lejos* de Israel!

-¡Psicología! -repuso ella sonriendo con gesto cansado-. Tal vez pensó que querrías venir a averiguarlo por ti mismo. Sea como sea, Dimitrios era siempre el más impulsivo, la fuerza motriz. En realidad, no sé por qué fue a Londres. Tal vez quería traerte él mismo. Recuerda que sólo teníamos una relación débil; nuestras comunicaciones no eran tan buenas como habríamos deseado. Kastrouni no perdía el tiempo, eso es todo.

-Y Gokowski me amenazó, me puso a prueba. Me dijo que, si hubiera podido demostrar que yo era el hijo de Khumeni, me habría matado en aquel mismo momento.

-¡Un farol! -dijo ella, y regresó la sonrisa fatigada-. Saúl quería impresionarte. Habías presenciado dos asesinatos y, aunque de manera inadvertida, en realidad estabas implicado en una tercera muerte. Su amenaza pretendía ser la última gota del vaso... para romper el último hilo de resistencia que pudiera quedar en ti. Pero no te habría matado, Charlie, por nada del mundo. Él también sabía que tenías que venir aquí, encontrarte con Khumeni e ir con él y los demás a Corozaín. Es la única forma de destruir a la bestia.

Trace recostó la cabeza e intentó poner orden en el torbellino de sus pensamientos.

-Lo llamas «la bestia». ¿Y crees, *realmente* crees, que ese hombre es el anticristo? Lo que quiero decir es: sé que es malvado (no podéis estar todos equivocados) y sé que tiene... poderes, pues vi morir a Kastrouni. Pero...

-Él *es* el anticristo -replicó ella, asintiendo-. ¡Oh, sí! Sabrás que lo es en el momento en que él te permita comprenderlo, ¡Oh!, si quiere fascinarte, lo hará; entonces jamás lo creerías. Pero si él *quiere* que lo creas..., lo harás.

-Todos vosotros creéis -murmuró Trace, casi para sus adentros-. Todos los que he conocido hasta ahora, creéis por completo. El propio anticristo. ¡Y tú piensas que sabes su talón de Aquiles!

Se sentía enojado y trató de incorporarse; Amira le puso una mano sobre el pecho y lo contuvo fácilmente.

-Al menos, creemos saber lo que estamos haciendo, Charlie.

-¡Pero os enfrentáis al poder de Satanás! ¿Qué podéis hacer, ninguno de vosotros? ¿Y qué me ocurrirá si fracasáis?

Se encendió un piloto rojo junto al teléfono. Entre restallidos de estática, se oyó la voz de Decker:

-Llegaremos a Jenin dentro de pocos minutos.

El gordo no había mirado hacia atrás.

Trace cerró los ojos, se recostó exánime y aparentó estar inconsciente. Amira puso el interruptor en la posición de «Conectado» y asió el teléfono.

-Muy bien -respondió-. Aquí atrás va todo bien.

-¿Cómo está nuestro chico?

-Está estupendamente.

-¿Sí? Pero, ¿por cuánto tiempo? -Una pausa, y luego agregó-: ¡Eh, Amira!

-¿Qué hay?

-Ahora sé cómo se sentían los cazadores de tesoros del viejo Oeste.

-¿Ah, sí? ¿Y cómo se sentían?

-¡Satisfechos! -resolló Decker, y se echó a reír.

«¡Cabrón! -pensó Trace. Y se prometió de nuevo-: Pero cuando recupere las fuerzas, más vale que te escondas bien, gordo, porque... ¡pobre de ti como te encuentre!»

3

Al acercarse a Jenin, Decker sacó una hoja de instrucciones del bolsillo, le echó un vistazo y buscó puntos de referencia. En el extremo oriental de la ciudad, donde unas casas de estilo típico del Oriente Medio empezaban a acumularse en pequeños núcleos y la superficie de lo que había sido una carretera de tierra se cubría repentinamente de grava, giró a la derecha por una avenida de palmeras y cactus gigantes hacia un impresionante edificio privado con sus propios jardines, tras unos muros elevados. Las altas y anchas puertas de madera estaban cerradas para su vehículo, pero, cuando pisó el freno y la ambulancia comenzó a reducir la velocidad, las puertas se abrieron solas y una figura embozada con el rostro oculto por una capucha le hizo señas para que entrase y le indicó dónde debía detenerse.

Las puertas se cerraron y atrancaron. El guardia, un hombre ataviado con una túnica suelta marrón de cuerpo entero, se aproximó al vehículo de Decker. Éste vio el extraño trotar de la figura, y su rostro palideció. Bajó de la ambulancia, mientras Khumeni se echaba atrás la capucha. Y, al mirar aquel semblante de cerca, Decker se alegró de que estuviese cayendo la noche y las sombras del algarrobo y los almendros del jardín fueran largas y densas.

-¡Ah, señor Decker! -dijo Khumeni, con voz suave, profunda y casi agradable, que constituía un contraste completo con su horroroso aspecto-. Puntual como siempre. ¿Ha ido todo bien?

Decker recobró la compostura, despejó la nube morbosa que siempre parecía rodearlo cuando se hallaba cerca de este hombre y lo miró de frente.

-Para mí, sí -repuso-, pero no para Klein. Está muerto; lo mató Trace.

Khumeni extendió una mano como una garra y sujetó a Decker por el hombro en el lugar donde se unía a su cuello.

-Pero, ¿tiene a Charles Trace?

Decker retrocedió hasta topar con la ambulancia y se liberó de la presa.

-Dentro, sí -resolló, jadeando de repente-. La chica, Halbstein, está con él.

Khumeni inspiró profundamente.

-Ya me hablará más tarde de Klein -dijo secamente-. Ahora, conduzca hasta la casa. Quiero echar un vistazo a su pasajero.

Sin añadir nada más, dio media vuelta y trotó hacia la casa a lo largo de un sendero de grava. Decker volvió a subir a la ambulancia y lo siguió.

En el interior de la ambulancia, Trace y Amira lo escucharon todo. La chica también había estado mirando a través del panel de cristal y por las ventanillas de la ambulancia. Cuando Decker arrancó de nuevo el motor, dijo:

-Conozco este lugar, Charlie. Pertenece a unos amigos ricos de mi padre. Le permiten utilizar la casa siempre que estén fuera.

Pasó a describirle rápidamente la casa y los jardines y se esforzó por explicar lo difícil que sería escapar de aquí.

Tras describir el lugar como ella lo hizo, Trace no opinó igual. Si estaba en buena forma, saldrían de allí en un abrir y cerrar de ojos,., o entrarían, si lo deseaban. Si estuviese en forma...

Pero entonces, cuando la ambulancia se detuvo por segunda vez, apartó esos pensamientos de su mente. Oyó que Decker descendía de la cabina, iba a la parte trasera del vehículo, y bajaba la sección central reforzada del panel posterior para formar una

rampa. Luego escuchó su jadear cuando subió y ayudó a Amira con la silla de Trace.

Mirando con los párpados entornados, Trace sintió que lo bajaban por la rampa hasta unos guijarros de grava, lo dirigían hasta unas losas de piedra maciza y finalmente lo guiaban a través de varias puertas por un pasillo frío y sombrío hasta una habitación cuyas ventanas con persianas la hacían tan lúgubre como un armario. Amira le levantó las manos, que le colgaban a los lados (y al hacerlo, le dio un apretón a escondidas) y alguien, probablemente la muchacha de nuevo, le cubrió el tronco y las piernas con una manta para resguardarlo de la fría temperatura del cuarto.

-Así que éste es nuestro señor Trace, ¿verdad?

La voz de Khumeni, que tenía un leve acento extranjero, sonó baja en el espacio cerrado de la habitación y, sin embargo, tenía una profundidad áspera y una fuerza rasposa. Trace sintió que se acercaba, oyó el frote de su túnica y lo vio como una sombra oscura que se cernía sobre él. Se armó de coraje... y, en efecto, un momento después sintió que una mano se posaba sobre su frente.

-Parece tener la temperatura alta -dijo Khumeni-, casi tiene fiebre. No como los otros, en absoluto -añadió. Había un matiz de sospecha en su voz.

-La parte trasera de la ambulancia parecía un horno -mintió Amira-. Y no sólo está caliente: también huele mal y tiene que lavarse. Traeré un cuenco de agua y me encargaré de ello, si lo desea.

Se produjo un momento de silencio y luego Trace, abriendo apenas los párpados, vio que Khumeni asentía lentamente.

-Muy bien. Parece que ha establecido algo parecido a un vínculo con él, señorita Halbstein.

-Se suponía que debía hacerlo, ¿no? -se apresuró a replicar ella.

-¡Hum! -sonó un gruñido de desprecio de Decker, y a continuación murmuró-: ¡Puta!

Khumeni apartó bruscamente la mano de la frente de Trace y se volvió hacia el gordo de inmediato.

-¿Eso piensa, Decker? ¿Un traficante de drogas, asesino y chulo? ¡Me sorprende! Además, se ha propasado. En mi presencia, la gente no suele hablar cuando no les corresponde. Raramente lo hacen dos veces, *nunca* tres. Será mejor para usted que recuerde esto...

Los tres salieron de la habitación y, mientras se iban, Khumeni decía a Amira:

-Sí, lávelo. Lo necesito en buen estado y, desde luego, limpio, Por ahora... Y hay algo más que puede hacer por los tres. Quiero que... -pero ahí perdió Trace el hilo de la conversación, porque la puerta se cerró detrás de ellos.

En el pasillo, Khumeni acabó de decir a Amira lo que quería que hiciese y luego se volvió a Decker, que permanecía en segundo plano.

-¿Algo más, señor Decker?

-Eh... Me preguntaba por... ¡por los otros! Quiero decir: ¿dónde están todos? ¿O no es un asunto de mi incumbencia, puesto que no me quedaré?

-No era eso lo que se estaba preguntando -le espetó Khumeni, apartándolo a un lado- y, por tanto, haré caso omiso de su pregunta. -Dio la espalda al gordo y se dirigió a Amira-: En cuanto a usted, señorita Halbstein, supongo que se estará preguntando por su padre. No está aquí. Está en el convento-clínica de Galilea, la antigua Chinnereth. Él me está preparando el camino.

Ella conocía aquel lugar; estaba dirigido por monjas italianas y se hallaba en las colinas, cerca de las ruinas de Betsaida y también cerca de Corozaín. Su padre le había dicho en una ocasión que Khumeni había estado haciendo donaciones al monasterio durante años, todo con este único fin. Había restricciones para viajar a Israel,

especialmente si era a un lugar próximo a las fronteras. No obstante, como Khumeni era uno de los principales patrocinadores del convento, su visado fue sellado para darle acceso. Utilizaba a las monjas para sus propios fines: ironía de ironías, ¡su monasterio se hallaba en la ruta de Corozaín! En cuanto a los tres hombres secuestrados, se pretextaba que eran «candidatos potenciales» a la clínica, la cual en realidad no ofrecía ningún tratamiento, sino que era un simple refugio para enfermos catatónicos irrecuperables. Los planes de la bestia Khumeni estaban bien trazados.

-Entonces, mi papel en todo esto ha terminado -dijo Amira-. Así pues... ¿soy libre de marcharme?

-No -se negó Khumeni, meneando la cabeza-. Porque no me fío de usted; no mientras yo esté en su país. Usted tiene demasiados amigos aquí y su padre tampoco carece de influencias. Por lo tanto, ustedes dos serán mis invitados hasta..., hasta mañana por la noche.

El resuello de Decker ya sonaba nervioso.

-Pero eso no me incluye a mí, ¿eh, señor Khumeni? Como ha dicho, tengo muchos otros intereses, todos los cuales requieren mi atención urgente. Es lo que había querido resaltar hace unos momentos. Así, si me paga lo que me debe, yo...

-Señor Decker, usted no me gusta -lo interrumpió Khumeni-. Nunca me ha gustado. Le comento mi enorme desagrado para demostrarle que cada momento que paso en su compañía es tan molesto para mí como, sin duda, lo es para usted. Sin embargo, al mismo tiempo, debo admitir que realiza sus deberes de manera eficiente y nunca me ha fallado, Mis planes actuales no sólo lo afectaban a usted, sino también al señor Klein, quien, según veo, ya no está disponible. Dentro de unos momentos me lo explicará. Pero, dado que ya tengo pocos hombres, es obvio que no me puedo permitir perderlo a usted también. Y, por consiguiente, me temo que tendré que aplazar el último pago hasta mañana, cuando todo haya terminado.

-Pero yo...

-Por supuesto, puede irse ahora; pero, si lo hace, naturalmente perderá la segunda parte de su paga.

-¿Qué? Pero...

-... Pero si se queda, sólo un día más, no sólo tendrá su dinero, sino también el viaje de salida de Israel al lugar que desee. A mi cargo.

Decker reflexionó unos instantes.

-Bueno -dijo al cabo-, evidentemente me quedo.

-¡Bien! Ahora encontrarán a otros cuatro, eh, caballeros en el salón de la parte trasera de la casa. Uno de ellos les mostrará sus habitaciones. Anochecerá dentro de una hora más o menos y la vista desde las ventanas del salón, sobre una piscina con una fuente en el jardín, es realmente espectacular, según me han dicho, mientras se pone el sol. He preparado una cena para todos ustedes justo después del anochecer, tras la cual me reuniré con ustedes y prepararemos el programa de mañana. Un pequeño detalle, no obstante: no intenten salir de este lugar esta noche. Los cuatro caballeros del salón pertenecen a la, eh, ¿organización? del señor Klein. De hecho, podría afirmarse incluso que son miembros de la misma «familia». Han dispuesto un sistema de turnos para patrullar por los jardines; sus órdenes respecto a cualquiera que intente salir después del anochecer son muy claras y no dan margen para la confusión o el error. Ahora deben perdonarme; deseo echar un vistazo más prolongado a mis... ¿adquisiciones?

-Yo iba a lavar a Trace -dijo Amira.

-Sí, dentro de unos momentos. Cinco minutos como máximo. Usted es muy concienzuda en sus deberes... autoimpuestos, señorita Halbstein. Está muy bien, o eso espero sinceramente. Por su bien...

Sonrió de manera espantosa bajo la tenue luz del pasillo, dio media vuelta y regresó a la habitación de las persianas cerradas.

Trace había estado a punto de levantarse de la camilla e ir hacia la puerta, con la esperanza de oír algo de la conversación en murmullos que se desarrollaba en el pasillo. Además había otras dos camillas en la habitación y quería echar un vistazo a lo que yacía sobre ellas: sus «hermanos», supuso. Pero, cuando Khumeni entró y cerró la puerta tras de sí, pilló de improviso a Trace, sentado en postura erguida en la camilla y con una mano en la cabeza, moviéndola de un lado a otro. Por un momento, la figura embozada quedó quieta, con incertidumbre, en la oscuridad y con la mano en el pomo de la puerta. Luego se puso al lado de Trace, lo agarró del hombro y lo miró fijamente a los ojos.

Trace sólo pudo disimular, pretender que acababa de recobrar el conocimiento. Pero, tal como se sentía, no debía de resultarle muy difícil.

-¿Qué...? -murmuró-. ¿Quién...?

-¡Muy notable! -susurró Khumeni-. ¡Realmente notable! Descansa otra vez, hijo mío, y no te fatigues. Toda va bien y estarás bien cuidado, créeme.

Su voz era casi hipnótica. Las finas y duras manos que reposaban sobre los hombros de Trace lo empujaron hacia atrás sin que él presentara resistencia; miró a los ojos sulfúreos de Khumeni mientras los suyos se habituaban lentamente a la penumbra de la habitación. Y, por fin, Trace supo lo que Kastrouni, Gokowski y Amira habían querido decir. Supo, también, que estaban en lo cierto.

-Así que tú eres el tercero, ¿verdad? -continuó Khumeni, más para sí mismo que dirigiéndose a Trace-. Pero tú eres fuerte, listo, lujurioso... y ladrón. Y no eres mal parecido. Tal vez, entonces, no eres el tercero sino... ¿el primero?

Su voz era hipnótica, y Trace fue consciente de ello. Pero tenía que escucharlo y no podía apartar la mirada de los ojos de Khumeni ni desviar su mente de la absorbente aureola de este hombre... ¿de esta Cosa? Sintió pánico en su interior. ¡No debía escuchar su voz! Tenía que encontrar una distracción, otro punto en el que concentrar su atención.

Trace expulsó la voz de sus oídos, forzó a sus ojos a moverse en sus órbitas y escrutó el rostro de Khumeni. Y, en efecto, ahora que podía verlo bien, aquel rostro era tal como Kastrouni lo había descrito; pero no exactamente. No, porque Khumeni tenía casi treinta años más, ¡años de maldad negra y desbocada! La simple carne, incluso la carne robada y mutada de otros, no podía soportar los usos a los que esta monstruosa criatura la había sometido.

Los dientes, que habían sido fuertes y de un blanco reluciente -los dientes de Ihya Khumnas-, ya no eran blancos, sino amarillos como el marfil viejo y aserrados como colmillos rotos. Y la nariz aguileña de Khumeni estaba un poco caída -aunque no tanto como la que tuvo George Guigos- y con la fosa nasal izquierda un poco corroída. El brillo blanco de la cicatriz de Yakob Mhireni era como una tira de cuero gastado sobre un viejo pellejo, y todo el cabello había retrocedido agrupándose en mechones blancos y bastos en la parte posterior de un cráneo alargado, lobuno. La criatura emitía un cierto olor empalagoso; pero aun así el olor a langosta podrida, el auténtico olor de Khumeni, se imponía al otro.

Lo peor de todo eran los ojos: unos cráteres volcánicos que ardían con una fosforescencia putrefacta, ¡ventanas del infierno absoluto de los pensamientos que había en su interior! Y de nuevo aquellos terribles ojos hicieron cautivo a Trace, y otra vez la voz de Khumeni manó como aceite viejo sobre su cabeza y su aturdido cerebro.

-Pero debes contármelo todo sobre ti, Charles Trace, porque percibo que no eres como esos otros hijos míos. Había pensado que ya sabía todo lo que había que saber,

pero ahora ya no estoy seguro. De hecho, diría que eres aún más deforme de lo que sospechaba.

Trace sintió que Khumeni apartaba la manta y oyó su voz de melaza que seguía manando.

-Porque, ¿ves?, aunque llevas la marca verdadera, no estás tullido. ¡Oh!, tus hermanos también tienen marcas, pero no como ésta. Éste fue el estigma de nacimiento de Ab, su gran desdicha... y lo sé porque Ab permanece en mí incluso hasta hoy. Sí, y esta marca enlaza todos los siglos desde entonces hasta ahora; y tú la tienes. Pero, ¿qué quiere decir, Charles Trace? ¿Qué quiere decir?

Trace no podía cerrar los ojos ni desviarlos. Ahora estaba en poder de Khumeni y era la bestia la que daba las órdenes.

-Pero respóndeme a esto -dijo Khumeni-, ¿Soy tan sabio como maligno, o en realidad soy un grandísimo idiota? ¿Eres en verdad mi hijo, Charles Trace? ¿Lo eres, o eres quizá...?

Alguien llamó débilmente a la puerta, lo que distrajo a Khumeni y, al mismo tiempo, liberó a Trace de su hechizo. Antes de que la bestia pudiese denegarle la entrada, la puerta se abrió y Amira entró. Llevaba consigo un cuenco de agua hirviente, una toalla y jabón.

-¡Oh! -exclamó al ver a Khumeni junto a Trace.

-¡Cinco minutos! -le espetó Khumeni-. ¡Dije cinco minutos, señorita Halbstein!

Amira pareció trastornada.

-¡Pero ya han pasado! Y hasta que haya acabado con estos tres no podré ordenar mi habitación.

-¿Qué? -Khumeni dio dos largas zancadas hacia ella-. ¿Sólo va a pasar aquí una noche y, aun así, desea «ordenar su habitación»? ¿Y no puede soportar la idea de que este hombre permanezca aquí toda la noche oliendo mal? ¿Quién ha seducido a quién, señorita Halbstein? ¡Me sorprende que haya tenido una vida tan cómoda! Pero, muy bien, haga su trabajo. Sólo me estaba recreando en una antigua fantasía, eso es todo, o lo habría hecho si usted no hubiese regresado tan pronto. -Lanzó una mirada a Trace y prosiguió-: Una fantasía, sí; pero, sea como sea, ahora importa poco.

Pasó junto a Amira, salió velozmente de la habitación y dio un portazo.

Trace y Amira cruzaron una mirada.

-Salvado por la campana... ¡que llevaba la chica! -bromeó ella.

Pero el sudor, milagrosamente contenido por Trace hasta entonces, fluyó de improviso por sus poros como el agua de una esponja empapada. Había escapado por los pelos. Si Amira no hubiese entrado, seguramente se habría visto obligado a responder a las preguntas de la bestia. Ahora podía respirar hondo de nuevo, acostarse y recuperar la serenidad.

Amira empezó a lavarlo,

-¿Qué quería? -inquirió.

-Me preguntó si yo era realmente su hijo -contestó Trace... y la oyó contener la respiración.

-¡Charlie! Pero eso significa que... ¿Crees que ha adivinado que...?

-No -la interrumpió-. Parece condenadamente seguro de que este pie mío es obra suya. Y, tal como le oíste decir, ahora eso ya tiene poca importancia. Necesita a tres y yo voy a ser uno de ellos, sea su hijo o no. Pero presiento que volverá a preguntármelo. Sabe que hay algo raro en mí; sea como sea, sospecha.

-Así, ¿has decidido unirte a nosotros? -preguntó ella.

Trace frunció el entrecejo y la miró con perplejidad.

-¿Qué?

-Fue tu oportunidad -le explicó Amira, encogiéndose de hombros-. Podrías haberle hablado de tu hermano, haberle dicho que su verdadero hijo está muerto. Es evidente por qué siente curiosidad por ti: sabe que Dimitrios Kastrouni fue a verte y, si aún ignora que viste a Saúl Gokowski, pronto lo sabrá cuando Decker le cuente cómo murió Klein. Así que... podrías haber intentado marcharte de aquí. No creo que hubieras tenido éxito, porque sin duda es demasiado tarde para que él cambie sus planes, pero al menos podrías haberlo intentado. No lo hiciste, de modo que...

-¡No me he unido a nadie! -replicó Trace con aspereza-. Quiero ver a ese cabrón muerto tanto como tú... pero por razones puramente personales. Principalmente, por mi madre. Tal vez también por Kastrouni. Y por el momento tengo la ventaja de no estar tan impotente como él cree. Así que, ya ves, aunque vuestro grupo no lo atrape, yo, desde luego, lo intentaré. Mi mayor preocupación (algo para lo que no tengo respuesta) es que él... -hizo una pausa y se estremeció-. No lo sé; es como si él tuviese un poder hipnótico.

-Lo tiene -dijo Amira-. No especialmente conmigo, pues soy poco interesante para él; pero es un hipnotizador poderoso, sí. Te preocupa que te pueda leer la mente, ver tus intenciones.

-Algo así.

-Bien, esta noche no podrá.

Amira terminó de lavarlo y sacó una inyección.

-¡Oh, no, no lo harás! -se opuso Trace. Hizo ademán de sentarse-. ¡Sé lo que esa sustancia me provocará!

-Esta vez no, Charlie -repuso ella, negando con la cabeza-. Es un simple somnífero para dejarte dormido toda la noche. Una droga, por supuesto, pero totalmente distinta de la primera que te apliqué en Pighadia. También se la pondré a los otros, pero mañana ellos todavía se sentirán bastante aturdidos, porque han recibido el tratamiento completo. Tú te sentirás débil (es natural), pero también mantendrás casi todo el control sobre ti mismo. Esto te permitirá mantener la ventaja que has conseguido.

-No me vas a poner esa... -se resistió Trace, haciéndole gestos de que no se acercara.

-Charlie, confía en mí.

-¿Sabes lo que me estás pidiendo? -preguntó con voz ronca-. ¡Que permita que me dejes inconsciente dormido, en *este* lugar!

-Este lugar es seguro. Y de este modo sabemos que Khumeni no será capaz de llegar a ti. Es por Corozaín por lo que te tienes que preocupar. Mira, Charlie, sé de lo que estoy hablando. Al menos, y que Dios me ayude, espero y ruego que lo sepa. Ahora dame el brazo.

Trace sabía que ella tenía razón. Apretó los dientes, se quedó quieto y apartó el rostro.

-Muy bien -dijo por fin-. Haz lo que debas.

Mientras sentía cómo la aguja entraba y vertía su carga, Trace miró en la penumbra hacía las otras camillas donde yacían sus «hermanos».

Por lo que sabía, podían ser tan inocentes como él; ni tan siquiera sabía aún qué aspecto tenían. Entonces la habitación se ensombreció aún más, y Trace supo que no era sólo a causa del anochecer.

Sintió que las manos de Amira guiaban y bajaban su tronco hasta el acolchado de la camilla y la oyó decir:

-Te quiero, Charlie Trace, y me mataré si sucede algo que te haga daño. Pero también amo al mundo; y, aunque es un tópico muy viejo, es realmente más grande que nosotros. Si Khumeni venciera, todo el mundo perdería, Charlie...

Lo último que sintió fue la boca de ella sobre la suya mientras ésta se adormecía y perdía toda sensación, junto con el resto de su cuerpo...

La mañana llegó con sonidos de movimiento en la enorme casa. Trace se despertó, se quedó quieto y escuchó. La gente iba de aquí para allá. En una camilla cercana, uno de sus «hermanos» gimió. «Sé cómo te sientes», pensó Trace, mientras comprobaba sus propias facultades. Todo parecía estar en funcionamiento. La sustancia que Amira le había inyectado no había sido más que un somnífero, un sedante.

Pero, ¡se sentía tan rígido! Notaba como si tuviera la espalda y los miembros paralizados en su posición actual; casi podía oír sus propios crujidos mientras se sentaba, lenta y dolorosamente, sobre la camilla. Y tenía hambre, estaba hambriento... y sediento. ¡Sobre todo sediento! Sentía la boca como si la tuviera llena de pescado podrido o algo parecido que estuviera putrefacto, y estaba muy débil físicamente. Todo ello era bastante malo, pero al menos ya no se sentía mareado.

Sonaron unos pasos al otro lado de la puerta cuando estaba bajando las piernas hasta el suelo. No vio ninguna razón para disimular y, en cualquier caso, no tenía tiempo para volver a tumbarse. Se quedó quieto mientras se abría la puerta y entraba un extraño. Era un hombre bajo, de complexión recia y cara pálida. Llevaba unas gafas oscuras que se sostenían sobre una nariz rota en algún momento de su vida; era como si llevase la palabra «pesado» escrita por todo su cuerpo.

-¡Eh! ¡Uno está vivo! -exclamó.

Decker entró en la habitación detrás de él.

-¡Oh, está vivo, sí! -resolló el gordo-. ¿No es verdad, Charlie? ¡Menudo mamón! Pero al menos parece que puede caminar. Llévalo al lavabo, Lou, mientras yo empiezo a preparar a esos dos.

El pesado tomó del brazo a Trace con una mano gordezuela pero fuerte, lo guió hasta la puerta y lo apoyó a medias por el pasillo hasta un lavabo con ducha.

-¿Puedes hacerlo tú solo? ¿Lavarte, ducharte? -le preguntó dentro del lavabo.

Trace asintió con la cabeza.

-Bien. Yo estaré fuera. No te tomes todo el día.

Tenía acento norteamericano; de Nueva York, supuso Trace. Por lo menos no era tan cerrado como el de Texas o Nueva Inglaterra, aunque tampoco era fácil de entender.

Trace arrojó la bata a un rincón, orinó y se duchó. Mientras se secaba entró el de la nariz rota y lo ayudó a ponerse el albornoz blanco.

-Necesitas un afeitado -gruñó el hombre achaparrado-. Toma.

Puso un cigarrillo en la boca de Trace y lo encendió, Trace se había lavado la boca en la ducha; el cigarrillo tenía un cierto sabor exótico, como enviado del cielo.

-Bueno, ¿eh? -dijo el achaparrado-. Disfrútalo.

Luego condujo a Trace por la casa hasta una habitación fría con grandes ventanas cuadradas que daban a un jardín espacioso con piscina. Más allá había un muro alto de piedra, cubierta de hiedra, cactus y plantas con flores. Más lejos aún, las copas de unas altas palmeras parecían paraguas inmóviles de color verde oscuro. Trace se desplomó en un diván y le dieron una maquinilla eléctrica. El hombre llamado Lou la enchufó.

-Aféitate -le dijo.

Trace se afeitó, tomándose su tiempo y actuando más drogado de como se sentía; mientras se afeitaba, observó la habitación y la gente que había en ella. Estaban Lou -ya había decidido que era un hombre a sueldo de la Mafia-, otro tipo recio con los pies apoyados sobre una mesa y un sombrero de panamá tirado sobre los ojos, y otro de aspecto palestino y nariz grande que hacía los preparativos para servir el desayuno en una mesa grande. Ésos eran todos. No había rastro de Amira ni de Khumeni.

Trace supuso que la hora era un poco antes de las diez de la mañana; faltaba

medio día para la hora cero. Terminó de afeitarse y se sentó en su silla. El esfuerzo de ducharse y lo demás lo había dejado exhausto, lo que no decía gran cosa sobre el estado en que debían de estar sus «hermanos». Y, a pesar de todo, empezó a dar cabezadas, se despejó por un corto espacio de tiempo cuando trajeron a uno de los otros zombis y lo dejaron sobre una silla, y finalmente se quedó dormido. Su sueño podría haber sido agradable, pero el rito de exorcismo de Saúl Gokowski siguió repitiéndose una y otra vez en su subconsciente...

... Se despertó bruscamente.

-El desayuno, Charlie -gruñó Decker, sacudiéndole el hombro.

Entonces sonó la inconfundible voz rasposa de Khumeni:

-Parece que lo llevas mejor que los otros, Charles. Por tanto, puedes ir a la mesa y comer.

Trace levantó la mirada lentamente y vio a la bestia plantada delante de la puerta. Khumeni llevaba su túnica, con la capucha puesta. Sus ojos eran pequeños fuegos en un rostro sombrío.

La habitación se había llenado de gente; había un ambiente de nerviosismo ante lo que se avecinaba, expectación, acción inminente. Trace se esforzó por incorporarse sin ayuda, estuvo a punto de caerse (o al menos se imaginó que lo hacía) y encontró a Amira a su lado, sosteniéndolo.

-Está... bien -dijo, y se agitó para liberarse de su abrazo.

Tres pasos titubeantes lo condujeron a la mesa. Se sentó pesadamente y giró con esfuerzo la cabeza para escrutar a quienes ya estaban sentados. Dos de ellos se encontraban en sillas de ruedas y parecían apenas conscientes. No era necesario preguntar quiénes eran, pero Trace los observó de todos modos.

Sabía que uno era griego y el otro turco, pero no lo ayudó a discernir quién era quién. Vestidos con los mismos atuendos que él, incluso sus rasgos eran similares a los de Trace, aunque de tez mucho más oscura, por supuesto. Y él sintió una cierta satisfacción macabra: el mismo hombre, Khumeni, podría ser realmente el padre de los tres. Pero no lo era. Amira se sentó al lado de uno de ellos y lo alimentó con una cuchara, haciendo caso omiso de su propia comida; el hombre llamado Lou cuidaba al tercero. También estaba Decker, sentado en el extremo más alejado de la mesa.

El pistolero del sombrero de panamá estaba a la izquierda de Trace; su sombrero yacía sobre sus rodillas mientras él apuraba ruidosamente un cuenco de sopa. A la derecha de Trace había otros dos hombres vestidos de manera similar, completando la escena. Khumeni no se unió a ellos, sino que fue junto a la ventana mientras los demás comían, y dio la espalda a la habitación; el mozo iba corriendo de un lado a otro, trayendo comida y bebida.

Trace siguió actuando deliberadamente durante la comida como si estuviera parcialmente paralizado y nadie lo obligó a hablar con nadie; sin embargo, no hubo mucha conversación. Notó los ojos de Amira sobre él de vez en cuando... ¿y con el entrecejo fruncido? Tal vez su actuación la estaba confundiendo a ella también. No obstante, aunque aparentaba comer lentamente y con dificultad, en realidad estaba tragando tanto alimento como podía acomodar en su estómago. Algo le decía que iba a necesitar todas las fuerzas que pudiera reunir.

Por último, Khumeni ajustó las persianas hasta dejar la sala en penumbra, se apartó de la ventana y empezó a hablar.

-Todos ustedes son mis invitados en esta empresa -dijo con voz ronca y sin otros preámbulos-. Hasta esta noche, al menos. Puesto que esta noche... -se encogió de hombros- tengo un trabajo que realizar en el desierto..., tras lo cual todos ustedes cobrarán de acuerdo con lo pactado anteriormente. Caballeros... -hizo una breve pausa y

movió la cabeza en dirección a Amira-. Perdón, y señora, por supuesto... ¡vamos a realizar una «excavación»! Conozco el lugar perfectamente, así como las grandes riquezas guardadas en el terreno. Una parte de ellas también será suya por sus molestias, si hay todo lo que espero que haya.

«¡Mentiroso! -pensó Trace-. ¡Es la misma patraña que presentaste en 1936!»

Y tuvo más o menos el mismo efecto: se produjo un súbito murmullo y luego un intenso silencio, sólo roto cuando el hombre del sombrero de panamá arrojó la cuchara estrepitosamente sobre la mesa.

-¿Un tesoro enterrado? -exclamó con la voz ronca de codicia. Y, por la manera como lo dijo, no fue una pregunta sino una aseveración.

Khumeni clavó sus ardientes ojos en él.

-Lo que yo busco es asunto mío. No más interrupciones, por favor... Cuando hayamos terminado aquí (es decir, cuando haya acabado de hablar con ustedes), todos se prepararán para irnos. Asegúrense de llevarse todo lo que trajeron a esta casa, sin dejar nada atrás. Viajaremos así: yo en la ambulancia, conducida por el señor Decker. La señorita Halbstein atenderá a las tres personas que tiene a su cargo en el interior del vehículo. El señor Lou Gabella y sus amigos ocuparán la parte posterior de los Land Rovers procedentes del ejército que están en un lado de la casa. No están en mal estado, estos vehículos, e incluyen recambios. El camino no es largo, pero el terreno es abrupto y no quiero crisis ni emergencias; por lo tanto, viajaremos despacio, entre cuarenta y cincuenta kilómetros por hora. Podríamos encontrar controles militares a lo largo de nuestra ruta, así que tengan su documentación preparada. No obstante, no espero problemas y no les recomiendo que provoquen ninguno; si tienen armas, les ruego que se libren de ellas en cuanto estemos en el desierto. Sólo el señor Vittori conservará su arma, una ametralladora que ya hemos escondido en uno de los Land Rovers.

Hizo una pausa y miró significativamente al hombre malcarado del sombrero de panamá. Debía de ser Vittori; el hombre se limpió la boca con el dorso de la mano y saludó con un movimiento de cabeza.

-Cuando lleguemos al convento -continuó Khumeni al cabo de un momento-, encerraremos a las dulces hermanitas de la caridad en uno de sus propios dormitorios, nos pondremos cómodos y tomaremos ciertas medidas de precaución. Luego esperaremos a que caiga la noche antes de seguir nuestro camino hasta... el lugar secreto. Entonces también tendremos el placer añadido de contar con la compañía del profesor Halbstein, que me ha sido de gran ayuda. Él también tendrá una recompensa especial. Dos de ustedes tendrán que permanecer en el convento hasta nuestro regreso. Alguien tiene que vigilar a la madre superiora y sus hermanas.

-¡Yo no! -dijeron Decker y Gabella de manera casi simultánea.

Ambos habían sido seducidos ya por la idea del tesoro. Vittori se apresuró a secundarlos:

-Yo también voy -rezongó.

Mientras observaba el rostro de Khumeni, Trace creyó ver que sus ojos se iluminaban en una sonrisa, como si alguien hubiese arrojado un trozo de leña a una hoguera con poco fuego.

-Muy bien -dijo, asintiendo lentamente-. Entonces está decidido: el señor Rosco y el señor Lancing se quedarán en el convento.

Los dos hombres que estaban a la derecha de Trace guardaron silencio y devolvieron la mirada a Khumeni, que los observaba de manera enigmática.

-¿Están satisfechos de quedarse atrás? -les preguntó por fin.

-Sin comentarios -respondió uno de ellos, encogiéndose de hombros-. Somos profesionales y hace mucho tiempo que estamos en este juego. Ya nos han pagado

mucho dinero. Si uno roba a la gente (o lo intenta, o incluso se ve obligado a hacerlo), tarde o temprano es la gente la que le roba a uno. Es el honor de los ladrones, ¿sabe? Haremos lo que usted diga.

-Muy bien -repuso Khumeni-. Y, naturalmente, del botín se reservará una parte para ustedes. ¿Alguna pregunta?

«¡Sólo doscientas o trescientas!», pensó Trace.

-¿Ninguna? ¡Bien! Entonces, manos a la obra. Quiero emprender la marcha dentro de una hora y llegar el convento próximo a Betsaida a eso de las dos y media.

Se dio la vuelta, cruzó trotando velozmente la habitación y salió por la puerta...

Exactamente a las 2 y 25 de la tarde, las puertas de la casa de los jardines de altos muros se abrieron y la ambulancia, seguida por un par de Land Rovers de apagados colores gris y verde, salieron envueltos en nubes de polvo. El sol se reflejaba en los retrovisores, las ventanillas y un par de superficies pulidas de los vehículos y relucía de forma cegadora en los ojos de un observador, que los vigilaba desde el parapeto de un minarete en Jenin, a unos 1.200 metros de distancia.

El hombre, que iba ataviado con uniforme de combate y lucía la insignia de coronel del ejército israelí, bajó los prismáticos, se frotó los ojos por unos momentos y se volvió a un capitán que estaba a su lado.

-Son ellos. Ordene por radio que retiren todos los puntos de control y patrullas fronterizas de su ruta. Que los aparten del camino. No quiero ninguna interferencia con ellos. Luego avise por radio al convento e infórmeles lo que sucede. Ellos sabrán lo que tienen que hacer...

-¡A la orden! -saludó el capitán, se agachó para pasar bajo una puerta en forma de arco, entró en un pequeño cuarto circular y habló de forma apremiante al técnico de comunicaciones que estaba en el interior, sentado ante una mesa y una radio.

El coronel permaneció apostado en el parapeto, volvió a enfocar los prismáticos en el convoy y escuchó sus órdenes en la críptica jerga de las comunicaciones radiadas. Frunció el entrecejo. Tres vehículos como un trío de polvorientos escarabajos, uno grande y dos pequeños, se arrastraban bajo el sol abrasador. Tres escarabajos muy importantes con una carga no menos relevante. Pero, ¿qué era? El coronel se humedeció los labios y, sosteniendo los binoculares con una mano, se palmeó el bolsillo superior izquierdo, sólo para asegurarse de que sus órdenes seguían allí y no lo estaba soñando. ¡Qué misiones más raras!

Sus órdenes procedían directamente del comandante en jefe, pero él sólo obedecía una instrucción conjunta que coordinaba y respondía a un ruego común. Y los firmantes eran... ¡simplemente increíbles! No era más que un pedazo de papel, por supuesto, y la copia del coronel era una fotocopia... pero le encantaría conservarla, aunque fuera solamente para la posteridad. Pero no podía: los papeles eran alto secreto y, cuando terminara el trabajo, tenían que ser destruidos. Pero... ¡oh, qué firmas!

Entre ellas estaban la del propio primer ministro israelí, el arzobispo de Canterbury, su eminencia el Dalai Lama, Masaki Shan, el sacerdote supremo de Ko-su-Ku en Hokkaido, ¡incluso el papa! Era extraño, sí, diabólicamente extraño. Pero el coronel tendría que olvidarlo sin saber siquiera lo cerca que había estado...

Para Trace, la primera mitad del viaje fue bastante bien, pero el resto fue una pesadilla. Se había preguntado por qué los habían obligado a él y a sus «hermanos» a tumbarse sobre colchones en el piso de la ambulancia, pero no se interrogó durante mucho tiempo. En algún lugar del camino, poco después de Nazaret, que el pequeño convoy rodeó, una carretera aceptable se convirtió primero en una pista de tierra y luego en un firme plagado de rocas y en desierto a medida que se acercaban a las colinas en dirección a las elevaciones del norte de Galilea. A Trace le resultó relativamente

sencillo cuidar de sí mismo y agarrarse a los asideros, pero Amira estuvo muy ocupada atendiendo a los otros dos.

Hubo pocas oportunidades o ninguna para hablar, con el vehículo sacudiéndose y botando de aquella manera; ni, desde luego, teniendo a Khumeni sentado en la cabina. Allí donde el camino era especialmente dificultoso, miraba ceñudo hacia atrás, a través del cristal oscuro de separación, pero el resto del tiempo miraba al frente y examinaba el terreno. Así, por fin, llegaron al solitario convento que se asomaba al mar de Galilea, a poco más de kilómetro y medio de las antiguas ruinas de Betsaida.

Betsaida. Sí, y el Señor había maldecido el lugar, también: Corozaín, Betsaida y Cafarnaúm. Una trinidad de la condenación. Ahora, Trace se preguntaba en tono macabro qué habían albergado aquellos lugares durante su vida, o qué sabía Él que albergarían en un futuro lejano -*este* tiempo presente- cuando su vida, si no su labor, en el mundo hubiera concluido. Pues ahora Ab, Guigos, Khumeni volvía otra vez; había estado y estaba en ellas y en todas las demás, de vuelta en Tierra Santa por última vez para regenerarse.

En el momento en que la ambulancia se detuvo pesadamente, en su interior hacía un calor insoportable. Cuando Decker bajó la rampa de la parte posterior, Amira se alegró de poder salir y tomar algo de aire fresco procedente del lago. Por último, los cuatro tipos de la Mafia sacaron a Trace y a los otros dos a la luz del día brillante pero agradablemente fresca; desplegaron las sillas de ruedas y los tres «inválidos» se sentaron en ellas; ahora Trace podía mirar en torno a sí y hacerse alguna clase de idea del lugar donde estaba y el aspecto que tenía este territorio.

De hecho, la vista era maravillosa, absolutamente sobrecogedora, y Trace lamentó no ser capaz de disfrutarla. Alzándose del valle del lago, un risco de roca desnuda amarilla se extendía a lo largo de varios kilómetros al este y al oeste, y se curvaba gradualmente hacia las paredes de una cuenca que rodeaba el contorno del lago. Los bordes del risco habían sufrido la erosión del clima y habían quedado redondeados en forma de enormes cúpulas de roca; entre dos de ellas, el convento parecía suspendido sobre una ladera cubierta de cantos que era cada vez más escarpada hasta que, más abajo, los promontorios descendían hacia el lago.

«Monjes y monjas -pensó Trace- de cualquier confesión; todos ellos parecen tener predilección por los lugares altos, casi inaccesibles...»

El convoy se había detenido en una especie de meseta llana, ligeramente elevada y apartada de un paisaje que producía vértigo. Paredes bajas y abruptas de piedra no revestida de cemento protegían a los caminantes descuidados de aproximarse demasiado al borde. Desde la altura de la meseta, unos escalones amplios y cortos tallados en la misma cúpula de piedra conducían hasta el único arco de entrada al convento, situado en un recinto cubierto por las sombras de unos olivos y donde un manantial brotaba de la roca. Y, de pie al inicio de los escalones, con los brazos cruzados sobre el vientre y las manos ocultas en las anchas mangas de su hábito, la madre superiora sonreía a todos y esperaba. La bestia se adelantó.

-Khumeni -se presentó, y alargó una mano que había ocultado en la manga de su túnica marrón-, George Khumeni.

-Nuestro benefactor -dijo la madre superiora, sin dejar de sonreír... pero no hizo ningún ademán de estrecharle la mano. Entonces, Trace observó que la sonrisa parecía congelada en su rostro, como si estuviera pintada. Khumeni también lo notó.

Se apartó rápidamente de ella, lanzó miradas nerviosas hacia las laderas rocosas y los riscos de los alrededores y observó fijamente el polvo y la arena del área donde estaban aparcados los vehículos. En las sombras de su capucha, sus cejas se unieron en un ceño sobre la nariz partida. Se volvió de nuevo hacia ella con una pregunta en los

labios..., que ella interrumpió de inmediato con estas palabras:

-Todos ustedes son bienvenidos. Soy Anna Chinnova, la madre superiora, y las hermanas están esperándolos abajo.

Sin embargo, siguió sin hacer el menor indicio de extender la mano.

Khumeni estaba nervioso, alerta, en guardia. Levantó la cabeza, olió enérgicamente el aire y deambuló varios pasos en todas las direcciones durante unos segundos. Y, una vez más, se volvió hacia ella.

-¿Hay otras personas aquí? -le preguntó-. ¿Ha habido otros... recientemente?

-¿Otros? -inquirió ella, arqueando las cejas-. Su amigo, el profesor Halbstein, está aquí, pero...

Khumeni hizo caso omiso de ella y se volvió a sus hombres.

-Aquí hay algo que no me gusta. Tengo un presentimiento. Ocurre algo raro desde que salimos de Jenin. No hemos encontrado barreras en las carreteras, ni patrullas. ¡Demasiado fácil! Vittori, baje a buscar a Halbstein. Y usted -agarró de los brazos a Anna Chinnova y la sacudió-, ¿qué comunicaciones exteriores tienen? ¿Radio? ¿Teléfono?

- ¡Cómo se *atreve*! -exclamó ella con voz entrecortada, pugnando por liberarse de su presa. Los castaños ojos de su pálido rostro se oscurecieron con nubes de cólera-. ¿Está loco?

-¡Teléfono! -vociferó Khumeni de nuevo; su voz se volvió más gutural-. ¿Dónde está? ¡Lléveme donde esté de inmediato! -Se volvió hacia su grupo y agregó-: El resto de ustedes, lleven abajo a estos tres... y procuren que no sufran ningún daño. -Volvió a agarrar del brazo a la madre superiora-. ¡Guíenos! -le ordenó, en parte empujándola y en parte arrastrándola por los escalones.

Vittori se había adelantado con su ametralladora de cañón corto, desplegando su esquelética culata de metal mientras bajaba corriendo los peldaños. Rodeó a una docena de monjas indignadas que estaban bajo los olivos y, dejándolas atrás, entró en el convento. Cuando Khumeni y la madre superiora llegaron al final de la escalera, Vittori reapareció con un hombre barbudo y delgado de cabellos canos y unos 55 años de edad. Era el padre de Amira.

Khumeni hizo un corto y agrio movimiento de cabeza como saludo y dijo a Vittori:

-Ahora busque un teléfono o una radio y, si encuentra una de estas cosas o ambas, ¡destrúyalas! -Se volvió hacia las monjas italianas, que murmuraban entre sí-. Todas ustedes (una docena, ya veo, como discípulos con el cerebro lavado), *¡cállense!* -Y a sus hombres les dijo-: Métanlas dentro y enciérrenlas. ¡Y a esta vaca vieja, también! -agregó, empujando a Anna Chinnova tras ellas.

Vociferó más instrucciones y, dejando a los tres hombres de las sillas de ruedas bajo los olivos, sus pistoleros contratados se apresuraron a obedecerlo.

Sólo entonces la bestia volvió su atención hacia Amira y su padre, que se habían fundido en un abrazo. Trace estaba sentado lo bastante cerca para oír lo que él dijo:

-A estos hombres, les pago, los he comprado -gorgoteó Khumeni en tono decididamente amenazador- y harán exactamente lo que yo diga. No temo que me traicionen. Pero ustedes dos, padre e hija, están coaccionados. Sé que me temen y me odian, y sé por qué: ¡porque me conocen! Bien, sepan también esto:

»Si hacen algo que interfiera en mis planes, ¡me encargaré de que mueran lentamente de una forma que no pueden siquiera concebir! ¿Me he expresado con claridad? ¿Lo han entendido? ¡Bien! Entonces ayúdenme a llevar a mis hijos adentro.

En el interior del convento, Trace y sus «hermanos» fueron conducidos por pasillos y habitaciones de piedra hasta el área delantera y los sacaron a un balcón que se

asomaba al mar de Galilea. En cuanto quedaron solos y la puerta se cerró tras ellos, Trace se levantó, fue cojeando hasta el ornamentado muro de piedra del balcón y se asomó... y al momento deseó no haberlo hecho. La vista era vertiginosa. No había nada allí salvo aire tenue y, mucho más abajo, rocas y agua. Trace podía trepar como un mono, ¡pero no era una mosca! Aunque hubiese pensado en escapar, no era el lugar idóneo para intentarlo.

Luego probó la puerta de madera maciza y descubrió que estaba cerrada con llave. Por último, volvió su atención a los otros dos hombres sentados en sus sillas de ruedas. Estaban ya despiertos, aunque parecían muy aturdidos. No parecían ser gran cosa, ¡teniendo en cuenta que eran hijos del anticristo! Habló a uno de ellos, que lo miró de forma inexpresiva y abrió la boca para tratar de hablar, emitió varios gruñidos y finalmente articuló algo en turco. Trace lo miró unos instantes más, vio que no podía enfocar bien la mirada y, frustrado, se encogió de hombros y se volvió hacia el otro. Éste era griego, pero comprendía algo de inglés. Si Trace hubiese tenido algunas nociones de griego habrían logrado entenderse un poco, pero sus conocimientos de aquel idioma eran nulos. En definitiva, tuvo que renunciar.

Pasó una hora y luego dos; para entonces, la paciencia de Trace se acababa como la mecha de unos fuegos artificiales. Por lo menos, había podido hacer un poco de ejercicio para eliminar parte de la rigidez de sus articulaciones hasta sentirse a medio camino de la normalidad. Se sentía todavía débil, sí, pero había recuperado toda su voluntad. Y una porción de cólera. Y mucho miedo. A medida que el sol se hundía hacia el horizonte y las sombras empezaban a alargarse, se creaba una atmósfera que estaba plagada de una magia desconocida, y Trace sintió que le recorría la piel como una araña venenosa.

Fue otra vez a la puerta, irritado y con el puño alzado... y la puerta se abrió ante él antes de poder golpearla. Allí estaba Khumeni. Miró el puño alzado de Trace y sonrió. Bajo la capucha, su rostro se retorció y sus ojos ardieron como brasas; aquello era su sonrisa. Y a lo lejos, al oeste, unas nubes pasaron delante del sol y cubrieron de sombras el alto balcón...

Frente a frente con la bestia, Trace sintió el súbito impulso de atacarlo. Pero aquello habría sido como escupir al sol para apagarlo, o intentar labrar un diamante con una goma. Lo sabía, pero aun así quería dirigir su puño contra la cara de Khumeni y destrozar su podrida nariz de manera que fuese imposible restaurarla. Ansiaba hacerlo, pero los ojos que ardían bajo la capucha lo mantenían en trance, inmóvil.

Khumeni alargó la mano, asió el puño de Trace con sus largos y huesudos dedos, lo bajó hasta que quedó colgando en una postura natural en el costado de Trace y allí lo dejó. Y Trace sintió la terrible fuerza de aquellos dedos, sintió lo que podían invocar y supo que Khumeni realmente podía descuartizarlo miembro a miembro... o hacer que lo descuartizaran.

Khumeni avanzó un solo paso en el espacioso balcón, y Trace también retrocedió uno. La bestia dio media vuelta, cerró la puerta y, casi con desprecio, hizo una pausa antes de volverse de nuevo hacia él.

-Continúas sorprendiéndome -dijo con voz áspera-. ¡Tu ira es tan grande! Pero ¿por qué?

-¡Por mi madre! -prorrumpió Trace.

Las palabras salieron de sus labios antes de que pudiese comprobar su contenido, como si tuviese limaduras de hierro en la lengua que eran atraídas por un imán. Los hipnóticos ojos de Khumeni, por supuesto. Trace se obligó a mirar hacia otro lado.

-Haces bien en evitar mirarme -dijo Khumeni-. Podría tomarlo como un desafío y trepar por tus ojos hasta tu cerebro, y leer todos los pensamientos ocultos allí. Sí, y esos

pensamientos podrían irritarme; en mi cólera, podría volverte ciego o convertirte en un completo idiota por pura diversión. ¿Lo comprendes? Por eso haces bien en evitar estos ojos míos. Han aprendido mucho en dos mil años.

Trace no contestó nada y, por fin, Khumeni continuó:

-Dices que me odias a causa de tu madre, mas yo le rendí un gran tributo al llenarla con mi semen. Satanás fue expulsado por su inconmensurable belleza y poder, ¡tan fabulosos eran! Deberías sentirte honrado de tenerme como padre y, sin embargo, me devuelves ira y odio.

Trace quería rechazarlo, quería proclamar que no era hijo de Khumeni, pero así lo habría echado todo a perder. Tenía que hacerse en Corozaín; sólo allí era posible. Y Trace quería formar parte de todo aquello. Si no podía encargarse él solo como prefería, al menos quería formar parte. No obstante, no pudo resistir una mueca de sarcasmo. Lanzó una rápida mirada a Khumeni y volvió a apartarla, mas al mismo tiempo torció el gesto.

-¿Honrado? Si eres lo que ellos creen que eres, ¿quién podría sentirse honrado de tenerte como padre?

-¿Ellos? -Khumeni dio a la palabra un tono afilado como una cuchilla.

Trace pensó apresuradamente.

-Kastrouni dijo que eras sólo medio humano, una bestia.

-¿Kastrouni? -El nombre sonó como una tos, expulsado de forma explosiva. Khumeni asió por los hombros a Trace y lo obligó a volverse hacia él-. Entonces, realmente habló contigo largo y tendido. ¿Y qué te dijo el griego?

-Vino... -Trace evitó mirarlo directamente a los ojos- a matarme -mintió-. Pero se volvió débil. Vio que yo no era más que un hombre, no el monstruo que esperaba, y no pudo hacerlo. En vez de matarme, me avisó. Dijo que tú eras mi padre, que eras maligno y que te destruiría si podía.

Khumeni asintió con la cabeza.

-Se volvió débil, sí. Tú lo debilitaste por mí. Estaba tan ansioso de convertirte que, cuando lo encontré, tenía la guardia baja. Y así, por fin, pude matarlo. Tengo que darte las gracias por ello.

-Vi cómo lo mataste -repuso Trace-. Pero fue una muerte limpia. No fue como la que reservas para estos hombres, ¿verdad? Ni como la que preparas para mí.

Khumeni miró a los otros, que seguían adormilados, y Trace se sintió aliviado por librarse de la presión de aquellos ojos ardientes.

-Esos dos son... -dijo la bestia- poco más que forraje. Alimentarán mi próximo período de vida. Pero tú... ¿quién sabe lo que nos deparará el futuro? Y estás pensando: «¡Ah! ¿Entonces el futuro también depara algo para ti?», ¿eh? ¿Y supones que no sé lo que están planeando contra mí? ¡Claro que lo sé! Pero estos otros, estos amigos tuyos: Gokowski, los Halbstein y el resto, ¿verdaderamente crees que saben a lo que se están enfrentando? Sólo creen que lo saben. Los desprecio, y mi padre no los perdonará, ¡aunque no sepan lo que hacen!

-¡Tu padre es el diablo! -exclamó Trace-. Esas palabras son una blasfemia en tus labios. Ahora comprendo el significado de este término. Jamás fui un verdadero creyente, pero ahora lo soy. Puedes haberme drogado antes; pero, ahora que soy creyente, me has perdido.

Khumeni lanzó una carcajada que fue como hielo en unos dientes sensibles.

-¿Qué? ¿Perderte? ¡Imbécil! ¿Cómo podrías creer realmente en *mi* padre sin creer antes en Él? No, no te he perdido, Charles: ¡te he encontrado!

4

Trace, confuso, abrió la boca pero nada coherente salió de ella.

-Yo... -balbuceó-. Yo...

-Nada es lo que parece, hijo mío. -Khumeni se rió de nuevo-. Hablas de ganar y perder; pero, cuando Satanás hace girar la rueda, ¡todos los números son ceros! Recuerda que nada es lo que parece ser. Ganar es conseguir todo lo que detestas y perder es carecer de todo lo que consideras más valioso. Así, ¿cómo puedes ganar? ¿Un acertijo para que juegues con él, quizá? Pero, antes de que intentes resolverlo, ¡valora primero mi poder!

Se quitó la túnica y se quedó desnudo... Y, si había aún alguna pizca de duda en Trace, se apagó como una vela, extinguiéndose al momento. Por unos instantes vio a un sátiro. Pan se carcajeaba y sonreía con malicia; luego agarró a Trace y lo acercó a él.

-De modo que Kastrouni te dijo que yo sólo era medio humano, ¿eh? -Su voz burbujeó como la brea-. Estaba equivocado. ¡Nada en mí es humano, Charles! ¿No comprendes que la forma que tienes es aborrecible para mí y los míos? Porque estás hecho a imagen y semejanza del Enemigo Supremo. ¡Es horroroso! Pero esto..., *esto* es la verdadera belleza. Mírala. ¿No la sientes arder? ¿Qué? ¿Te produce revulsión? Yo también la sentí, al principio... ¡Pero ahora sólo siento poder!

Trace luchó consigo mismo, peleó furiosamente y venció. Apartó la mirada. Aparentemente estupefacto, Khumeni le soltó los hombros.

-¿Qué? ¿Me desafías? ¿Te atreves a desobedecerme? Pero a mí no se me desafía.

Con sus grotescas patas de bestia, trotó hasta los otros dos hombres sentados y les abrió las ropas.

-¡Observa sus marcas!

La pierna derecha del griego estaba cubierta de burdo pelo negro desde la cadera hasta el tobillo; en la lado izquierdo del pecho del turco, una mama grande de mujer con un enorme pezón colgaba como la ubre de una bruja.

Trace retrocedió, estremecido, pero Khumeni lanzó una carcajada que semejaba un rugido.

-¡Marcas, sí! -dijo-. Las señales del diablo... ¡Pero *tú* tienes la marca verdadera, Charles!

Un repentino dolor recorrió toda la pierna izquierda de Trace hasta el pie. Gritó, se tambaleó y apoyó una mano en la pared del balcón para no caer. Y supo que aquel dolor le había sido enviado, que Khumeni había asumido el control de su cuerpo justamente cuando se creía el vencedor.

-¡Contempla mi poder! -La bestia estaba exultante-. ¿Y piensas que puedo ser derrotado? Déjame que te muestre más cosas. Sube, hijo mío, sube al muro.

Trace meneó la cabeza; sintió que le brotaba el sudor cuando ordenó a su cuerpo que permaneciese quieto... ¡y éste se negó! Luchó en cada centímetro del camino... inútilmente. Subió al muro, se arrodilló sobre el estrecho parapeto de piedra y, poco a poco, se incorporó. Su pierna derecha estaba recta y era fuerte, a pesar de las recientes privaciones, pero la izquierda le temblaba violentamente. Se tambaleó a escasos centímetros de la eternidad.

-Asómate -dijo la bestia- ¡y mira hacia abajo!

Trace trató de negarse, pero el control de Khumeni era absoluto. Gritando para sus adentros «¡No, no!», su cuerpo se inclinó hacia el vacío. Abajo, el lago de Galilea

relucía con los rayos de un sol que había recorrido tres cuartas partes de su camino por el cielo; al norte, el borde del mundo era curvado. La gravedad, invisible, se enojó ante la impertinente postura de Trace.

-¡Aún más! -dijo Khumeni con su ronca voz.

Trace se inclinó en el aire... ¡y sintió que comenzaba a deslizarse por él! Khumeni lo asió de la zurda, se inclinó hacía atrás y, tras hacerlo oscilar como un péndulo, tiró de él. Temblando como la jalea, Trace cayó del muro al suelo de piedra del balcón y quedó tumbado, llorando y orinándose. Khumeni se puso la túnica, se echó la capucha sobre la cabeza y fue hacia la puerta. Antes de cruzarla, hizo una pausa, señaló a Trace y le ordenó:

-Ahora, no te resistas más a mí, y yace ahí con tus orines y tu sueño. Esta noche veremos lo que haya de verse.

Y una vez más, Trace sólo pudo obedecerlo...

La conciencia regresó con frías corrientes de aire procedentes del lago, con un cielo que se tornaba de color índigo, en el que los fantasmas de las estrellas se mostraban como luciérnagas blancas parpadeantes, y con el ruido de pasos apresurados sobre piedra y portazos. El convento despertó, y la comitiva de Khumeni se puso de nuevo en marcha.

El último en salir y subir la escalera hasta la meseta donde estaban los vehículos bajo las primeras estrellas, fue el propio Khumeni. Delante marchaba el trío de zombis tambaleantes que llamaba hijos suyos, puesto que los tres caminaban ahora bajo el sobrecogedor poder de la bestia, aunque Trace sabía que sólo uno -él mismo- era capaz de andar. Sin embargo, aunque se tambaleaban como borrachos, sus «hermanos» subieron los cortos escalones hasta la meseta y fueron ayudados a subir a la parte trasera de un Land Rover, y Trace con ellos. Amira subió también y se mantuvo tan cerca como pudo de Trace. Decker se sentó ante el volante y Khumeni se puso a su lado, encabezando el convoy. Al fin y al cabo, nadie conocía el camino mejor que Khumeni. En el segundo Land Rover, el profesor Halbstein conducía y Gabella y Vittori eran sus pasajeros. La ambulancia quedó atrás.

Abajo, en el pequeño oasis que guardaba la entrada al convento, Rosco y Lancing observaron los faros de los dos vehículos hasta que se perdieron de vista y volvieron a entrar. Para ellos se había terminado y ahora sólo era cuestión de esperar. Eso pensaban.

No obstante, en el dormitorio-prisión, Anna Chinnova había presentido la marcha de Khumeni y una losa de piedra del suelo había sido soltada para permitir la aparición de un par de figuras armadas y uniformadas. Eran soldados israelíes, veteranos curtidos en el combate de numerosas campañas, que hicieron algunos ejercicios en silencio para aliviar la rigidez de sus articulaciones, prepararon sigilosamente sus armas automáticas y se dirigieron a la puerta cerrada con llave.

En el pasillo, Rosco y Lancing habían reanudado su partida de póquer en una mesita de madera. Entonces oyeron unos fuertes golpes en el dormitorio y la estridente voz de la madre superiora que exigía que abriesen la puerta.

-¡No hay... servicios aquí dentro! -protestó-. Tenemos nuestras necesidades, ya sabe.

Rosco torció el gesto y se incorporó, recogió el arma que Vittori había dejado allí y fue a la puerta.

-¿Es lo único que estas jodidas monjas saben hacer? -preguntó a Lancing mientras giraba la llave en la cerradura-. ¿Murmurar, rezar y mear?

La puerta se abrió con violencia, mostrando a los dos israelíes agazapados, con las armas a punto. Los ojos de Rosco se abrieron desmesuradamente en su pálido rostro.

-¡Mierda! -exclamó, levantando el arma... aunque sin tiempo suficiente para

apretar el gatillo.

Los dos israelíes abrieron fuego; la trepidante corriente de balas fue ensordecedora, y Rosco fue levantado del suelo por los fragmentos de plomo y arrojado por los aires como un muñeco de trapo. Lancing también estaba en la línea de fuego. Se estaba levantando de la silla cuando la mortífera ráfaga lo alcanzó, lo acribilló y empujó su rojizo cadáver como un traje vacío por el pasillo.

Entre el humo azul y el olor a cordita todavía en el aire, y con los oídos aún zumbando, los soldados realizaron su labor. El de mayor edad alargó la antena de su transmisor portátil y, de forma fría y eficiente, presentó su informe.

Y, en las alturas que se alzaban sobre Corozaín, se apagaron los cigarrillos y los silenciosos observadores regresaron a las sombras de las rocas y las ruinas; la red de camuflaje fue colocada de nuevo allí donde delataba las formas de los vehículos y las ametralladoras montadas sobre trípodes, y medio pelotón de las Fuerzas Especiales se apostó vigilante, mientras la noche se acentuaba y las primeras nubes comenzaban a agruparse en ominosos núcleos tormentosos al este...

Al socaire de una colina en forma de cúpula al nordeste de Corozaín, los Land Rovers de Khumeni permanecieron en silencio y en las sombras hasta una hora antes de la medianoche. Entonces, a una señal suya, los motores se pusieron en marcha tosiendo y los faros se encendieron, y recorrieron los últimos ochocientos metros del viaje en un terreno escabroso, entre las ruinas de eras pasadas. Y, por fin, llegaron al lugar secreto.

Trace contempló desde la parte trasera del Land Rover una escena que reconoció de inmediato: una escena pintada en su imaginación por Dimitrios Kastrouni y que todavía estaba fresca y precisa en cada uno de los detalles.

Evidentemente, el lugar había sido, hacía mucho tiempo, un pueblo grande o una ciudad. Los cimientos de muchas casas eran aún visibles y, en algunos lugares, unos muros bajos y en ruinas todavía se alzaban del suelo de roca. Allí estaba el borde del pozo seco que Kastrouni había mencionado, en una plaza ahora fantasmal bajo las estrellas, y allí el tronco casi fosilizado de un gran olivo que se transformaba lentamente en piedra en una lánguida metamorfosis que ya había durado más de seiscientos años. Y no muy lejos, donde la sierra estaba partida y erosionada por una antigua corriente de agua formando una abertura, en la «V» del risco, Galilea se extendía, plateada, a la luz de la luna y las estrellas. El lugar tenía magia y misterio, pero era macabro. La razón era que Trace sabía dónde se hallaba.

Khumeni, sus tres matones, Amira y su padre se reunieron junto al vehículo que había transportado a Trace y sus «hermanos». Fue entonces, mientras la bestia empezaba a dictar sus últimas instrucciones, cuando Trace -y probablemente también los otros- observó por vez primera su deterioro, que se aceleraba con rapidez; la decadencia física y posiblemente mental que asomaba en él como una mutación monstruosa de carne putrefacta.

Las palabras borboteaban de su forma ahora encogida, como bolsas de gas nocivo en una ciénaga.

-Primero abriremos la entrada. Decker, tal vez necesite su gran corpachón y su enorme peso, así que bajará conmigo y mis tres hombres. Vittori, usted también nos acompañará. Gabella, usted quédese aquí para vigilar. Especialmente a estos dos, la chica y su padre. Vigílelos bien. Verá: nos han preparado una pequeña trampa, ¡una ridícula amenaza que eliminaré muy pronto!

-¿Una trampa? -inquirió Decker, y miró nerviosamente en la oscuridad-. No veo ninguna. Y ¿qué quiere decir con «bajar»? ¿Adónde bajaremos?

-Dije que era una excavación -se rió Khumeni, con una satisfacción maligna-. ¿Cómo es posible bajar aquí sin cavar, eh? Ahora tráigame la cadena que hay en aquel

vehículo y se lo mostraré.

Mientras Decker iba a buscar la cadena, Khumeni fue cojeando hasta un área llana delimitada por un cuadrado formado por cuatro peñascos.

-¡Gabella, Vittori! ¡Rápido!, traigan unas palas y caven aquí.

Ambos obedecieron, aunque Gabella refunfuñó:

-No recuerdo que me pagasen para cavar.

Khumeni parecía claramente más pequeño; arrastraba un poco la túnica por el suelo bajo sus pies y la capucha parecía demasiado grande para su cabeza. Se estaba derrumbando sobre sí mismo a medida que sufría la transformación y su edad se hacía manifiesta; era el rápido declive que avisaba que su hora de renovación se aproximaba cada vez más. Sin embargo, todavía tenía potencia en la voz y gran astucia en su negro corazón cuando respondió:

-¿Paga? ¡Permítame que le diga, señor Gabella, que no imagina cuál será su recompensa por el trabajo de esta noche!

Se agachó, recogió un palo viejo y curvado, lo enderezó lentamente y se apoyó en él como si fuese una muleta mientras los dos pistoleros de la Mafia empezaban a cavar. Bajo la capucha, los ojos de la bestia eran unos puntos rojos brillantes que observaban ansiosamente cada paletada de tierra. Y la noche se oscureció aún más cuando nubes de tormenta surgieron del este y ocultaron las estrellas. Se produjo un frío inusual para la estación, y sopló una brisa que gemía en las antiguas ruinas y sobre las colinas de piedra.

-¡Allí está! -exclamó Khumeni al cabo de un rato; su voz grumosa sonaba horriblemente excitada.

Los dos pistoleros, que habían estado gruñendo y refunfuñando todo el rato, arrojaron las palas y se apartaron.

A unos treinta centímetros de profundidad habían aparecido los contornos de una losa que tenía una enorme anilla oxidada en un extremo.

-Tomen la cadena -ordenó la bestia-, introdúzcanla dentro de la anilla y sujétenla a aquel Land Rover. Vittori, suba al vehículo y prepárese para levantar la losa.

Al cabo de otro momento, la losa fue levantada hasta quedar en posición vertical. Un agujero negro se abría debajo de ella. Khumeni fue cojeando, apoyándose en el bastón, hasta la parte trasera del segundo vehículo. Lanzó una fiera mirada a su interior cubierto con una lona. Trace procuró mirar hacia otro lado.

-Fuera, los tres -gruñó la bestia. La intensidad combinada de sus ojos y su voz era hipnótica-. Salid a la noche, conmigo, al encuentro de vuestros destinos.

La situación había llegado a un punto en que Trace ya no podía aguardar más. No sabía qué les esperaba dentro de aquel agujero negro y no tenía la intención de averiguarlo. Kastrouni no había bajado y Trace tampoco lo haría, no mientras tuviera algo que decir al respecto. Cualquiera que fuese el plan que los Halbstein hubieran elaborado entre ellos, cualquiera que fuese la «trampa» que habían preparado para Khumeni y sus hombres, era el momento de accionarla, antes de que comenzara el horror. De lo contrario... Trace tendría que poner las cosas en marcha él mismo.

Desde que habían salido del convento, no había permanecido quieto ni un segundo. Había ejercitado los brazos y las piernas -en especial la pierna izquierda- y todo su cuerpo lo mejor que pudo. Pero, lo que quizás era más importante, también había ejercitado la mente. Físicamente... era probable que un buen puñetazo bastara para dejarlo inconsciente. Pero mentalmente estaba bien alerta y despierto. Y era necesario, puesto que era aquí -aquí y ahora- cuando se determinaría el curso, o el fin, de la vida de Charles Trace.

Bajó del Land Rover con los otros e imitó sus pasos torpes y vacilantes mientras

seguían a Khumeni hacia el agujero abierto bajo la losa. Al llegar allí, la bestia se detuvo y se volvió hacia el resto. Y, mientras Trace intentaba frenéticamente decidir qué haría a continuación, Khumeni se dirigió a ellos:

-Todos ustedes, escuchen con atención -gruñó-. Falta media hora para la medianoche. Bajaré a este agujero, donde permaneceré todo este tiempo por lo menos y tal vez un poco más, y luego regresaré. Entonces se verán las recompensas por el trabajo de esta noche. Señor Gabella, espere y vigile según mis instrucciones, pues esos dos no son de fiar. Supongo que será capaz de defenderse si piensan en atacarlo.

-¿Quiénes, un anciano y una mujer? -inquirió Gabella, y se encogió de hombros-. No hay problema. Pero en caso de que lo intenten...

Se oyó un fuerte chasquido, y Gabella mostró una navaja con una hoja de quince centímetros de longitud. La espantosa arma pareció surgir directamente de su mano; era evidente que sabía bien cómo utilizarla.

-¡Bien! -aprobó Khumeni.

Pero luego lanzó una mirada feroz a Amira y su padre y dio un paso tambaleante hacia ellos. Levantó un largo dedo acusador que salió de la ancha manga de su túnica.

-Y ustedes dos, padre e hija, ¿creían que iban a engañarme? O lo que es mucho más estúpido: ¿pensaban que iban a detenerme? En cuanto a su «trampa», ¡es la mayor de las tonterías!

-Yo... quiero decir, nosotros, no sabemos lo que... -empezó a decir Amira con voz estridente por el miedo.

-¡Claro que sí! -exclamó la bestia, repentinamente pálido de furia, volviéndose hacia ella-. ¡Claro que lo sabe!

Amira cayó en los brazos de su padre, aparentemente abrumada por el solo poder de las palabras de Khumeni. Éste resonó como la bestia que era y dirigió su siguiente afirmación a todos los presentes:

-Seré obedecido (ahora, esta noche y para siempre) y se hará la voluntad de mi padre. Sea lo que sea cuanto vean, oigan o sientan en la próxima media hora, será obra mía. Gabella, es posible que vea cosas que lo aterroricen... sí, incluso a usted. Pero deberá quedarse aquí, vigilar y esperar. -Volvió su ardiente mirada hacia las oscuras colinas de las proximidades-. Por desgracia, existen algunos que pretenden interferir, que bajarán sobre ustedes como chacales en la noche cuando yo haya bajado y ya no pueda ayudarlos. Pero yo los he visto, y también el familiar de mi padre en esta tierra: ¡Demogorgo!

Demogorgo... La palabra fue como una sacudida eléctrica en la mente de Trace. Lo confirmaba todo y encajaba todas las piezas en su sitio. Todo iba a suceder... ¡a partir de aquel mismo instante!

Un rayo parpadeó con un ominoso trazo blanco a lo largo del contorno de las nubes, que se agitaban justo encima de sus cabezas. Un rayo que restalló y, sin embargo, no produjo ningún trueno. Khumeni alzó la mirada y la capucha cayó de su cabeza. Sus mandíbulas se abrieron como las de un perro salvaje, y lanzó una carcajada; y, mientras su destrozada cara era iluminada por los parpadeantes fuegos del cielo, él pareció absorber fuerza de ellos y su voz adquirió un tono de bajo monstruoso cuando habló.

-Padre, siento tu presencia en los cielos donde tienes tu morada. ¡Y sé que me contemplas a través de los ojos de Demogorgo! ¡Así sea! Ha llegado de nuevo la hora en que debo descender a la tierra y alzarme otra vez para hacer tu voluntad, renovado y recuperado. ¡Así sea! Salvo que no estamos solos. Hay quienes desean hacerme daño y, a través de mí, ¡a ti! Así como yo te he sido fiel durante dos mil años, sé tú fiel a mí. ¡Desata los fuegos del infierno, haz que Demogorgo respire sobre mis enemigos!

-¡No! -gritó el profesor Halbstein y, empuñando una linterna fina como un lápiz que había llevado oculta en algún sitio, hincó una rodilla y agitó la linterna en forma de un código desesperado en dirección a las colinas. Una señal, un código acordado.

-¡Padre! -chilló Amura, cayendo a su lado-. Padre, ¡estamos en la línea de fuego!

Pero ella también sabía que tenía que hacerlo.

Vittori era el más cercano al anciano y fue el más rápido en reaccionar. Se adelantó y le asestó un golpe en la nuca a Halbstein..., pero éste ya había enviado su mensaje. Las balas trazadoras surcaron el cielo bajo las nubes de tormenta; su luz brilló una fracción de segundo antes que se oyera la serie de estallidos. Acero candente acribilló las ruinas un poco más lejos del grupo de Khumeni y se acercó poco a poco a medida que los tiradores corregían el tiro.

Trace se arrojó al suelo, así como Decker, Gabella y Vittori. Los zombis que Khumeni llamaba hijos trastabillaron de un lado a otro, como espásticos impotentes. Khumeni alzó sus ahusados brazos al cielo y lanzó una carcajada mientras la noche se iluminaba con luces fugaces que se aproximaban cada vez más. Y, en el cielo, las nubes se hicieron más densas hasta formar una telaraña de luz blanca que convergió en un área central... ¡y descendió!

Trace había visto algo así antes y sabía lo que iba a ocurrir. Uno... dos... tres... cuatro... cinco haces de luz cegadora cayeron de la tempestad viva de Demogorgo; y en aquellos momentos, cuando parecía de día bajo el resplandor del cielo, Trace creyó distinguir el perfil de una gran cabeza cornuda y un rostro en las nubes, cuyos ojos eran pozos de energía sensitiva y penetrante. Y, de inmediato, se interrumpió el fuego de las ametralladoras de las colinas, las trazadoras balbucieron y cesaron, y las explosiones de acero callaron. Entonces, cinco fogonazos de luz, cinco explosiones ensordecedoras, cinco hongos de fuego y humo se alzaron en la desgarrada oscuridad de las altas colinas. Por un instante, en aquellas laderas no muy lejanas, un puñado de figuras que parecían hormigas danzaron e hicieron cabriolas: eran antorchas humanas, que gritaban en su agonía. Otras explosiones hicieron temblar el aire y las rocas; el cielo enrojeció por las piras funerarias de la mitad de un pelotón de los mejores soldados de Israel.

Tras ello... las intermitentes energías eléctricas de las nubes se apaciguaron poco a poco. Pero permanecieron alerta.

-Estamos perdiendo el tiempo -dijo Khumeni; su voz era un gruñido bajo, el ronroneo satisfecho de un animal saciado-. Decker, tome la linterna de ese viejo loco y abra la marcha.

Pero Decker ya no estaba ansioso de ir. Todo aquello lo sobrepasaba. Comprendía bien lo antinatural, pero ¿lo sobrenatural...? Se irguió e intentó limpiarse la ropa con unas manos que se agitaban como trapos.

-¿Yo? -repuso-. ¿Bajar ahí? Tal vez a Lou le gustaría...

-Decker -lo interrumpió el ronroneo de Khumeni-, ¿tengo que hablarle al cielo otra vez? ¿Y debo mencionar su nombre a los rayos que controlo?

-No, *¡no!* -exclamó Decker, levantando las manos.

Con paso vacilante, fue al lugar donde Amira estaba cuidando a su padre, se agachó, recogió la linterna y comprobó su luz.

-Está bien -dijo, tratando de dominar el temblor de su voz-. De acuerdo, vamos.

Mientras Decker comenzaba a bajar los escalones que estaban bajo la losa, Khumeni se volvió hacia los hombres que tenía bajo su control. Hizo un simple gesto, y los «hermanos» de Trace siguieron al gordo sin protestar, con movimientos rígidos y totalmente bajo el hechizo de Khumeni. Vittori los acompañó, y luego le tocó el turno a Trace. Hizo ademán de seguirlos... pero, en el último instante, agarró el escuálido brazo de Khumeni y le hizo perder el equilibrio hacia el pozo abierto.

La bestia trastabilló, agitó los brazos por un momento y cayó por el agujero. Al precipitarse, abrió los brazos en forma de cruz para que golpearan los bordes de la abertura y conseguir puntos de apoyo y pataleó hasta que encontró pie firme en unos peldaños invisibles. Cabía esperar que se le fracturasen los brazos, pero no fue así. Aferrado en esta postura, con la cintura hundida en la abertura, lanzó una mirada furiosa a Trace y lo señaló con una mano que temblaba violentamente.

-Tú... -siseó, incapaz de encontrar palabras que expresaran su ira-. ¡Tú...!

Detrás de Trace sonó un nítido chasquido: ¡la navaja de Lou Gabella!

Entonces... varias cosas sucedieron de manera casi simultánea.

Trace se volvió; Gabella estaba casi sobre él, con la hoja del arma brillando a la luz de los fuegos lejanos.

-¡No! -gritó Khumeni, en tono estridente por el temor-. ¡No le haga daño! ¡Lo quiero vivo!

Y, mientras Gabella se aproximaba amenazador, dos sombras surgieron de las ruinas de Corozaín y tomaron la forma de hombres. Unos hombres cuya familiaridad resultaba increíble.

-¡Enemigos! -exclamó Khumeni con voz ronca.

De abajo llegaron preguntas apagadas y temblorosas; Decker y Vittori se estaban dejando llevar por el pánico.

-¡Cállense! -rugió Khumeni-. ¡Bajen y esperen!

Gabella había dado la espalda a Trace para enfrentarse a los recién llegados. Éstos iban ataviados con ropas negras y pañuelos que les tapaban las caras; se detuvieron, pero sólo por un momento. Uno de ellos se adelantó, se quitó el pañuelo y mostró su rostro. Khumeni había agarrado una antorcha de una hornacina situada bajo la losa; volaron las chispas de un encendedor en su puño huesudo y tembloroso, y unos trapos antiguos y desecados untados en brea ardieron y expulsaron las sombras. Khumeni levantó la antorcha, contempló la cara del hombre que se enfrentaba a Gabella... y sus sulfurosos ojos parecieron saltar de las órbitas.

-¡Kastrouni! -gruñó.

Gabella se abalanzó sobre el hombre, y el brillo de su navaja dibujó un arco de luz. Pero Kastrouni no era ningún aprendiz en el uso de las navajas. Y fueron dos hojas afiladas las que relucieron a la luz de la antorcha de Khumeni.

El griego paró el golpe de Gabella, lo obligó a acercarse y le hundió su propia navaja. La hoja atravesó el corazón de Gabella; Kastrouni la hizo girar sólo para asegurarse y la extrajo. Mientras Gabella caía de rodillas y se desplomaba de bruces, la vida se escapó de su cuerpo en un prolongado gemido.

Khumeni volvió a absorber fuerza de los relámpagos de las nubes. Alzó los brazos al cielo y exclamó:

-¡Padre, estoy en peligro! ¡Estoy rodeado por mis enemigos! Que Demogorgo...

Kastrouni echó el brazo atrás y arrojó su arma. La navaja cruzó el espacio que los separaba y se hincó en el hombro derecho de la bestia, justo debajo de la clavícula. Khumeni tenía allí una antigua herida, una cicatriz que recordaba bien, y sabía que Kastrouni había elegido el blanco de forma totalmente deliberada. Retrocedió, gritó con voz pastosa, agarró la navaja y se la arrancó. Pero Kastrouni no había terminado. Un segundo cuchillo apareció en su mano, y lo arrojó con todas las fuerzas que pudo reunir. Y éste iba dirigido al corazón de la bestia.

Khumeni se cubrió el pecho con ambas manos e intentó acurrucarse. El arma se le clavó en las manos, pero apenas le hizo un rasguño en el tórax por debajo de la túnica. Khumeni lanzó un chillido ronco, abrió violentamente los brazos y el cuchillo cayó tintineando al suelo de piedra. La oscura sangre de Khumeni salpicó el suelo, al tiempo

que él trastabillaba hacia atrás y descendía unos peldaños; recogiendo de nuevo la antorcha de donde la había dejado caer, controló el intenso dolor y volvió otra vez su momificado rostro hacia el torturado cielo.

-Demogorgo -jadeó-, cuídalos bien. Manténlos aquí en espera de mi regreso. -Y desapareció en la oscuridad mientras su voz reunía una fuerza espantosa para añadir-: *¡Pues se han merecido un éxtasis de agonía sin parangón!*

Trace lanzó una mirada al cielo, vio que las redes de energía eléctrica volvían a formarse y cobró fuerzas para decir:

-Sigámoslo... ¡ahora que aún podemos!

-¡No! -se negó una voz familiar.

El segundo de los recién llegados se había quitado el pañuelo: era Saúl Gokowski.

-No, Charlie -repitió, dando un paso al frente-, déjalo que se vaya. Te aseguro que no volverá a salir. Hace mucho que hemos planeado este...

Pero no pudo decir nada más.

Se estaban acumulando unas energías antinaturales. El pelo de las cabezas de los hombres y la muchacha se erizó y crepitó, cargado de estática. Unas venas de luz azul palpitante recorrían el cielo, y, como una cortina, descendió un fino velo de hebras de energía que envolvió por todas partes a Trace y a los demás. En un momento se vieron rodeados por un muro de luz azul resplandeciente.

Luego, la red comenzó a estrecharse; la cortina se fue cerrando y, a medida que el círculo se reducía a menos de treinta metros de diámetro, los rayos se precipitaban como torrentes de electricidad por sus bordes como avisos de la muerte que acechaba a quienes intentasen pasar al otro lado.

El padre de Amira recobró el conocimiento y comprendió rápidamente lo que estaba sucediendo.

-¡Saúl! -gritó-. ¡La segunda tablilla! ¡Si esa cosa se acerca más, ya no podremos llegar hasta ella!

Gokowski inspiró hondo y dijo:

-Entonces, únete a mí. Y tú también, Dimitrios.

Y entonó el cántico de las fantasmales palabras de la segunda tablilla de Corozaín, el rito de exorcismo que Trace había escuchado anteriormente en el monasterio de Karpathos. Halbstein y Kastrouni se sumaron al cántico al instante y, cuando sus voces se unieron, el círculo de energía eléctrica palpitó y se estremeció mientras unas ondas de un color rojo furioso recorrían la cortina de fuego infernal. Los chispazos y restallidos se hicieron más intensos y la luz brilló con una intensidad aún mayor; el mal se alimentaba a sí mismo, obtenía energía de las nubes de tormenta y redoblaba su fuerza para desafiar a las insignificantes criaturas atrapadas en el círculo. Tras hacer una pausa apenas perceptible, el anillo comenzó a cerrarse de nuevo.

-¡Estamos perdiendo! -exclamó Gokowski con voz ronca.

Fue corriendo a un lugar donde un muro derruido proyectaba sombras negras, mientras la malla de Demogorgo se cerraba. Las cortinas de energía rodearon el muro y lo partieron en dos en el momento en que Gokowski llegó a él. Entonces...

Gokowski había levantado un brazo, como para protegerse de la cortina de energía viviente. Su mano hizo contacto y fue inmediatamente levantado del suelo y arrojado de nuevo a la tierra como un muñeco.

Al mismo tiempo, las energías de la cortina empezaron a fluctuar brutalmente, y su red siempre cambiante estaba ahora coloreada de un tono dorado y no del rojo brillo de la cólera. Ondas de luz dorada saltaron hacia atrás, apartándose del muro derruido y del lugar donde Gokowski había estado: ¡el lugar donde había enterrado la segunda tablilla de Corozaín!

La malla de Demogorgo, debilitada, se retiró con reluctancia, parpadeó y finalmente se mantuvo a una distancia prudencial, mientras los tonos dorados perdían intensidad y acababan por desaparecer. La cortina seguía amenazadora como antes -una aurora sobrenatural, localizada en aquella jaula de energía-, pero el poder de la tablilla enterrada la mantenía alejada y le impedía acercarse más.

Dimitrios Kastrouni corrió al lado de Gokowski y se hincó de rodillas. Gokowski se sentó, con el rostro contraído de dolor, y se frotó el brazo y el hombro.

-Está aquí -dijo, y señaló un montículo de polvo y escombros al pie del muro derruido-. Yo la enterré aquí. Ayúdame a levantarme. Ese monstruo se cree que nos tiene atrapados, ¡pero somos nosotros quienes lo tenemos a él!

El profesor Halbstein se unió a ellos, que cavaban el suelo con las manos, pero Amira fue junto a Trace. En el momento cúlmine del cántico, súbitamente abrumado por todo lo que había padecido, Trace se había desplomado inconsciente no lejos de la entrada de la cueva. Ella lo arrastró lejos de allí y le abofeteó la cara suavemente hasta despertarlo. Trace trató enseguida de ponerse en pie.

-Será mejor que te quedes quieto, Charlie -lo disuadió ella-. Al menos por unos momentos. No ocurrirá nada más ahora... hasta la medianoche.

Trace miró hacia el lugar donde los otros tres hombres apartaban los escombros caídos en la base del muro.

-Tengo que ayudarlos -murmuró.

A pesar de las protestas de Amira, se levantó y fue cojeando hasta ellos para echarles una mano. Muy poco tiempo después apareció la segunda tablilla de Corozaín, que no había sido vista desde el día en que Saúl Gokowski la había enterrado.

Los hombres cavaron más hondo hasta sacar a la luz una piedra rectangular de unos doce centímetros de grosor, casi un metro de largo y medio de ancho, con unos extraños caracteres grabados profundamente en ella: el exorcismo labrado por la bruja que fue madre y amante de Ab, las runas de la virtud.

Trace tocó la tablilla con los dedos, y un hormigueo lo recorrió. Notó su poder y se sintió mareado como un astronauta dando vueltas ante las estrellas con gravedad cero; se sintió pequeño en presencia de fuerzas y conceptos sobrenaturales anteriormente increíbles... y en los que ahora creía, por su vida.

-¿Te encuentras bien? -le preguntó Saúl Gokowski, mirándolo con curiosidad.

-No -respondió Trace-. ¡Estoy enfermo como un perro! ¿Qué esperabas? Estoy enfermo por carecer de comidas regulares, por los efectos secundarios de las drogas y la inactividad, y por esta maldita cosa eléctrica que nos observa. ¡Y estoy enfermo de miedo!

-Esta «maldita cosa eléctrica» es un demonio -terció Kastrouni, poniéndose en pie-. Lo sé porque lo he encontrado antes... en tres ocasiones. Es Demogorgo, invocado por Khumeni el anticristo. Es el familiar de su padre en la Tierra, el perro guardián de Satanás. ¡Y muerde! Si destruimos a Khumeni, regresará al lugar de donde vino. Es lo que intentamos hacer ahora: encerrarlo allí mediante la tablilla y luego destruirlo. Tenemos que llevar la tablilla a la cueva.

-El Land Rover -dijo Halbstein, señalándolo con un movimiento de cabeza-. El vehículo y su cadena de remolque. Khumeni tuvo la idea acertada: así es como yo saqué la piedra. Bajé el equipo por el risco, lo arrastré hasta el interior de las cuevas a través de una especie de ventana natural e icé la tablilla por la pared del risco con un Land Rover.

-Iré a buscar el vehículo -se ofreció Trace.

Fue cojeando hacia el Land Rover (su maldita pierna otra vez, pero peor que nunca), lo arrancó con dificultad y lo condujo entre sacudidas hasta el lugar donde lo

aguardaban los demás. La llama de Demogorgo producía interferencias en el encendido de las bujías, lo que causaba un fallo parcial del motor. Giró el vehículo en un círculo estrecho y aceleró el motor mientras los otros rodeaban la tablilla con la cadena. Por último, Kastrouni subió al asiento del acompañante.

-Está bien, Charlie, vamos -indicó-. Faltan veinte minutos para la medianoche. Pero las cosas tienen que suceder en cualquier momento.

Trace condujo el vehículo hasta la cueva y fue unos veinte metros más allá. Ciertamente no era mucha distancia, pero parecieron kilómetros para los hombres que sostenían la pesada tablilla de granito.

-¿Cómo que las cosas aún tienen que suceder? -dijo Trace cuando al fin frenó-. ¿No es bastante ya todo lo que está pasando?

-¿Recuerdas lo que te conté acerca de las moscas y las langostas? -gritó Kastrouni en medio de un renovado estallido de chispazos y silbidos de la malla-. Bien, pues aparentemente hay más. Al parecer, aquella noche me libré de lo peor. También habrá ranas y piojos. Eso cree Saúl.

-¿Qué? ¿Y veremos todas esas cosas?

-¡Oh, sí! ¿Recuerdas que Khumeni advirtió a aquel pistolero que vería cosas que lo aterrarían? Yo escuché esa conversación desde las sombras; pues se refería a eso. Bien, fuera quien fuera ese asesino, ya no verá nada... ¡pero nosotros sí!

Kastrouni fue a ayudar al profesor Halbstein y a Saúl Gokowski, que pugnaban por dejar la tablilla en el suelo cubriendo la entrada de la cueva, que tenía unos sesenta centímetros de anchura. Dejaba huecos a ambos lados, pero no podía evitarse. Por último, se apartaron.

-Esto tendría que bastar -dijo Gokowski, satisfecho-. No podrá salir a través de esto. Su peso jamás podría detenerlo, pero sí su poder.

Faltaba un cuarto de hora para la medianoche. La malla parpadeante y siseante formaba una cortina alrededor del lugar, y el cielo seguía convulsionado por nubes arremolinadas. Parcialmente oscurecidos por la malla de energía demoníaca, los cadáveres de los israelíes y sus armas seguían ardiendo en la ladera. Y a Trace se le erizó la piel por un presentimiento monstruoso.

Los demás también lo sintieron.

-Se acerca -musitó Gokowski.

Trace tiró de la manga de Kastrouni.

-Tengo que saber una cosa antes de que «eso» llegue: yo te vi morir.

-No -contestó Kastrouni, meneando la cabeza. Su rostro era un haz de luz azul reflejada por el frío sudor que lo bañaba-. Viste un taxi londinense que sufrió el impacto de un rayo... destruido por Demogorgo. Pero yo no iba en él. Vi que esa cosa me perseguía por la carretera. Cuando el taxi dobló la esquina, salté, rodé por el suelo y llegué a un área con hierba en el momento en que explotó el taxi. La explosión hizo el resto. Fui arrojado a unos setos y quedé inconsciente. Demogorgo no pudo oler mi miedo y pensó que estaba muerto. Y tú también, al parecer. Me despertaron las sirenas de las ambulancias y me alejé sigilosamente del lugar. En cuanto al pobre taxista y su otro pasajero... -se encogió de hombros-, ¿qué puedo decir? Murieron por mi culpa.

-O la mía -dijo Trace-. Tú viniste a avisarme, ¿recuerdas? Por cierto, ¿quién era el otro pasajero?

-Alguien que nos detuvo de camino hacia tu casa -respondió Kastrouni-. Nunca supe quién era y, al menos, me alegro de ello. Traté de pasar inadvertido un día más y luego fui a Karpathos. Saúl te había puesto vigilancia. Entré en escena justo después de que partieras con Amira y el gordo. Saúl estaba preparado y os seguimos inmediatamente. Desde entonces hemos estado atareados.

-Doce minutos -anunció el profesor Halbstein, aproximándose a ellos- Creo que deberíamos apartarnos un poco de la cueva.

Mientras hablaba, unas pequeñas figuras comenzaron a surgir por las aberturas a los lados de la tablilla que cubría el agujero. Las cinco personas, temerosas, retrocedieron, se acurrucaron tras el Land Rover y observaron.

-¿Ranas? -exclamó Trace con voz entrecortada. Kastrouni le había advertido de ello, pero aun así era difícil de aceptar-. Pero, ¿de dónde vienen? ¿Qué demonios...? ¡Hay *miles* de ellas!

-Es una versión distorsionada de las plagas invocadas por Moisés en Egipto -le explicó el profesor Halbstein-. A causa de aquellas plagas, los hijos de Israel pudieron escapar de la servidumbre al faraón. Aquí, Khumeni escapa de la servidumbre de su carne cada vez más deteriorada y adopta carne nueva, igual que los hijos de Israel dieron un nuevo rumbo a sus vidas. Es una distorsión blasfema de un tema bíblico.

Kastrouni tenía escalofríos. Trace lo notó al acurrucarse a su lado.

-¿Sabes lo que esto quiere decir, Charlie? -La voz del griego sonaba cargada de terror-. Significa que los está fundiendo, absorbiendo, ¡está *convirtiéndose* en ellos! Y lo mismo habría hecho contigo, si hubieses bajado con los otros. Me alegro de que no lo hicieras.

-Pero me habríais dejado, ¿no? -gruñó Trace.

-Si no hubieses intentado combatirlo, habría sido como confirmar que él tenía razón -contestó Kastrouni- y eras, en realidad, su hijo. Teníamos que asegurarnos.

La oleada de ranas pasó de largo del Land Rover en chorros cada vez más amplios de vida agitada y escamosa, que cruzaban, al parecer sin temor, la cortina de energía de Demogorgo. Luego vinieron los piojos.

Trace creía saber lo que eran los piojos, pero estaba equivocado. Para empezar, no sabía que se podían ver; o, mejor dicho, no imaginaba que pudiesen ser tan evidentes para el ojo humano, tantos y tan repugnantes.

¡Piojos! ¡Millones de piojos! Salieron de la cueva en nubes que saltaban, brincaban y lo barrían todo a su paso. Ejércitos enteros de aquellos insectos se apelotonaban y chocaban sin control en el aire mientras se alejaban sin rumbo fijo lejos de la entrada de la cueva; cayeron en masa sobre la tierra, sobre el Land Rover y encima de los cinco que estaban acurrucados y aterrorizados detrás del vehículo.

Amira gritó de asco y se puso a dar saltos, horrorizada, una y otra vez, al tiempo que se abofeteaba como si hubiera enloquecido. Los otros también comenzaron a agitarse como si bailasen sobre brasas encendidas, en un intento de librarse de aquella horda de vampiros en miniatura. Pero nadie sufrió una sola picadura, ni los insectos les chuparon una gota de sangre. Porque los piojos, engordados y ahítos de sangre, ya se habían saciado... abajo.

-¡Pobres diablos, los que han bajado! -sollozó Amira en los brazos de Trace cuando los piojos se alejaron-. Y tú podrías haber sido uno de ellos. ¡Oh, Charlie, Charlie! Me habría matado si...

-Seis minutos -la interrumpió su padre.

Gokowski sacó de su traje algo que parecía un transistor de plástico negro.

-Le daremos cuatro minutos más -dijo-. Para entonces ya debería haber terminado la transformación. Habrá absorbido a esos hijos malditos suyos y posiblemente a Decker o al otro pistolero. Lo más probable es que el cuarto hombre muera. Entonces intentará salir ¡y será cuando lo atacaremos!

Extrajo una antena del aparato y giró un pequeño mando hasta que sonó un chasquido. Una diminuta luz roja comenzó a brillar de forma intermitente, iluminando un botón rojo.

-¡Habéis minado este lugar! -adivinó Trace.

-Sí, yo lo hice -asintió el profesor Halbstein-. Hay explosivos suficientes para convertir ese condenado agujero en un infierno. Hay kilos de material, tanto como me atreví a utilizar. Si hubiese habido más, seguramente lo habría descubierto. Ese dispositivo de Saúl los hará explotar.

-*¡Chist!* -les indicó Amira-. ¿Qué ha sido eso?

Por encima de la amenazadora y restallante voz eléctrica de Demogorgo, ahora se oían... ¿gritos? Gritos, sí, procedentes de las cuevas abiertas bajo la tierra, pero unos gritos como jamás se habían oído antes. O quizá sólo una vez en el pasado.

-¡Oh, Dios mío! -exclamó Kastrouni, tratando de controlar el temblor de su voz-. ¡Que haya vivido para presenciar *esto* de nuevo!

Pero, entonces, los agónicos chillidos quedaron ahogados por un nuevo sonido: un zumbido enloquecido, como de bandadas de insectos que huían.

-¡Moscardas! -jadeó Trace, y supo que había acertado-. Tus malditas moscardas, Dimitrios. Recuerdo lo que me dijiste: «moscardas nacidas de la carne putrefacta», ¡nacidas de Khumeni!

Kastrouni sólo pudo asentir con la cabeza.

Surgieron de la cueva en miríadas y rodearon zumbando el área envuelta por la cortina viviente como una pared sólida y reluciente de quitina de color azul metálico; mas luego la atravesaron hacia arriba y afuera, sin preocuparse de la energía infernal de Demogorgo. Y, por fin, la pesadilla se acercó a su clímax.

-No podré soportar mucho más. -Las palabras brotaron de los temblorosos labios del profesor Halbstein-. En cuanto veas las langostas, Saúl, pulsa ese maldito botón. Porque, si el monstruo consigue salir de ahí...

El profesor dejó sin mencionar sus temores.

Como si hubiesen sido llamadas por el terror atroz de las cinco personas, aparecieron entonces las langostas en una corriente interminable de horror que zumbaba y arrasaba todo a su paso. Era la señal que Saúl Gokowski esperaba. Se acurrucó, advirtió a los demás que lo imitasen y apretó el botón rojo. La diminuta luz roja se apagó. Luego...

... Desde las profundidades, sonaron tres explosiones como retumbos ahogados y un triple temblor se transmitió por el terreno y a través de las plantas de los pies de las cinco personas agazapadas.

El profesor Halbstein quedó boquiabierto y apretó los puños. Su rostro adoptó una expresión de frustración.

-¡Tendrían que haber sido seis detonaciones! -exclamó con voz entrecortada-. Han fallado tres cargas... o él las ha encontrado.

Saúl Gokowski apretó el botón del detonador una y otra vez, pero fue inútil. Maldijo en voz baja y tiró el dispositivo al suelo. En aquel mismo momento, el terreno se estremeció con una repentina convulsión.

-¡Está cavando! -exclamó Gokowski.

-¡Y está herido! -gritó Kastrouni, casi bailando de emoción-. ¡Mirad! ¡Mirad esa cortina de fuego infernal!

Pero los demás ya la estaban contemplando.

La malla de Demogorgo estaba deteriorada. Palpitaba de forma irregular... Se desgarraba y volvía a cerrarse de inmediato, pero volvía a desgarrarse... y en varios sitios. La cortina de energía oscilaba como si fuertes vientos la agitasen. Sus filamentos de fuego siempre cambiantes chisporroteaban y restallaban con menor fiereza; y, mientras las masivas nubes de langostas la atravesaban y huían, su luz azulada comenzó a atenuarse y brillar de forma espasmódica hasta que, finalmente, su «voz» áspera y

eléctrica se sumió en un doloroso silencio. El familiar de Satanás, controlado por Khumeni -por un Khumeni herido, cuya sola preocupación ahora se concentraba en sobrevivir y nada más-, retiró sus redes de energía al cielo nublado.

-Quizás... ¡quizás hemos vencido! -sonó la voz ahogada de Halbstein, con una potencia inesperada en el repentino silencio.

-Pero quizá no -gruñó Kastrouni.

Corrió hacia las sombras, en la dirección en que él y Gokowski habían aparecido al principio. Pero, en el momento anterior a echar a correr, Trace vio algo en su rostro: una extraña ansiedad, o tal vez una expectativa maliciosa y sarcástica.

-¿Adónde va? -preguntó a Gokowski.

-Hemos traído una cosa -contestó éste-. Fue idea de Dimitrios. Un recurso desesperado por si todo lo demás fallaba.

-Es medianoche -susurró Halbstein-. Pronto sabremos si hemos fracasado o no.

El terreno volvió a temblar; fragmentos de tierra desiguales empezaron a hundirse alrededor de la entrada de la cueva, levantando nubes de polvo. Varios muros antiguos se desplomaron, y el Land Rover se inclinó ligeramente. De abajo llegaron ruidos de un derrumbamiento estrepitoso, y volutas de polvo y humo brotaron de los costados de la entrada que la segunda tablilla de Corozaín no alcanzaba a cubrir.

Entonces, con un sonido terrorífico que hizo rechinar los dientes a todos, sonaron más gritos apagados, que esta vez pertenecían de forma inconfundible a Decker. Decker estaba vivo, ¡pero se había vuelto loco de dolor y terror!

Repentinamente, de manera brusca y sorprendente, el gordo surgió del interior de la cueva y apartó la tablilla como si no pesara nada. Enloquecido, tenía la fuerza de diez hombres. Salió riendo, llorando, diciendo cosas ininteligibles... completamente desquiciado. Por unos instantes miró en derredor; luego, echándose a reír de nuevo con una voz aguda, casi femenina, se dio la vuelta y echó a andar con paso vacilante entre las ruinas hacia los riscos que se alzaban ante el mar de Galilea. Era un milagro que pudiera sostenerse en pie, porque estaba cubierto de sangre y polvo, tenía un costado quemado y aún humeante y el brazo derecho le colgaba dislocado e inútil.

Por un momento, los cuatro que se mantenían agazapados tras el Land Rover permanecieron estupefactos por la súbita aparición y marcha de aquel demente; luego, Gokowski dio un brinco.

-¡Charlie! ¡Profesor! -gritó-. ¡Tenemos que volver a poner la tablilla en su sitio!

Corrieron hasta la entrada de la gruta y forcejearon con la piedra hasta que, al fin, consiguieron colocarla de nuevo. Pero en ese mismo instante se produjeron más movimientos en el subsuelo sumido en la oscuridad, allí donde los peldaños de piedra descendían hacia la humareda y las tinieblas. Los hombres se apartaron y se cruzaron miradas aterrorizadas.

Y, en el momento siguiente, por los orificios abiertos a los lados de la tablilla, surgieron unos pseudópodos negros, repugnantes y malolientes, de una materia alquitranada y palpitante. Uno de ellos, un tentáculo revulsivo, grasiento y pegajoso, tocó la tablilla mientras tanteaba el espacio a su alrededor... y todos los miembros se retrajeron al instante. Desde la hedionda negrura existente bajo la losa, los ojos del mismo infierno ardían como brasas; y entonces resonó una voz de pesadilla que gritó:

-¡P... P... ADRE, AYÚDAME! HÁGASE TU VOLUNTAD. HA LLEGADO MI HORA, PERO ESTOY HERIDO Y DEBILITADO. Y, NO OBSTANTE, TODAVÍA DEBO TOMAR A UN TERCERO. QUE DEMOGORGO ME AYUDE. AUNQUE HA SIDO DEVUELTO AL LUGAR DE DONDE VINO, HAZ QUE DESTRUYA PARA SIEMPRE ESTA PIEDRA DAÑINA. QUERRÍA SER LIBRE PARA SEMBRAR LA DESTRUCCIÓN ENTRE MIS ENEMIGOS. PADRE, TE LO RUEGO: ¡DÉJAME

SALIR!

El cielo era un disco negro de nubes agitadas, una placa giratoria de poder reprimido que giraba como un torbellino. Y, mientras Khumeni suplicaba ayuda, el demonio oculto en aquellas nubes respondió por última vez. Un rayo se precipitó desde el centro del disco giratorio y golpeó, sin desviarse en absoluto, como una lanza de fuego blanco que hizo saltar la segunda tablilla de Corozaín en fragmentos ardientes que fueron arrojados en todas las direcciones. Diminutos guijarros y pedruscos grandes como puños llovieron sobre los hombres y la muchacha allí donde estaban agazapados. Y, cuando se atrevieron a levantar la mirada, lo que quedaba de la entrada de la cueva era un cráter humeante... ¡en el que el mal de la antigüedad burbujeaba y se regocijaba!

Lo que apareció entonces no se asemejaba a George Khumeni y, sin embargo, era él. Él y algo más que él. Era la semilla de Satanás. Era Ab y era Gidor el gadareno; era Bodang, el mago mongol, y era Guigos la bestia; era todos ellos y otros sin nombre conocido. Era un hombre -o, por lo menos, compuesto de hombres- y era un monstruo. Era *el* monstruo, atrapado en su propia metamorfosis; pero todavía faltaba un último elemento, el catalizador, sin el cual su renovación era aún incompleta.

El anticristo se alzó en el cráter. Un ser de légamo negro con una cara monstruosa que se reía; una cosa gigantesca con una pierna izquierda peluda, una enorme mama fláccida en el pecho, pezuñas y una caricatura de cabeza con las fauces abiertas. Permaneció allí, humeante, ardiendo lentamente, ennegrecida y cubierta de ampollas; una cosa que debería haber muerto dos mil años atrás. Pero, en lugar de la muerte, ¡su único pensamiento era de vida eterna!

-UN TERCERO -resonó de nuevo el bajo gruñido en sus negros labios-. EL TERCERO: ¡TÚ!

Sus humeantes y aceitosos brazos se alargaron hacia Trace, y unos enormes dedos se curvaron para sujetarlo. Y, mientras aquellas manos inhumanas se cerraban sobre él, la bestia echó atrás su temblorosa cabeza y aulló en señal de victoria en la noche, entre dientes semejantes a dagas de hueso curvado.

Trace se quedó paralizado, helado de horror y rígido como una roca... hasta que algo lo golpeó en el costado y lo hizo trastabillar. Era Kastrouni, que llevaba una mochila en el hombro; sin detenerse, la abrió. En su interior había un animal vivo. La criatura chilló aterrada cuando Kastrouni la hizo girar en círculos y, soltándola de las patas traseras, la arrojó directamente hacia la espantosa masa que se alzaba en el cráter.

-¡Ahí tienes, negro bastardo! -exclamó el griego, riendo como un demente-. Toma el tercero. La última vez fue un pobre burro inocente, pero esta vez he encontrado algo más adecuado. Un gorrino, George Khumeni o lo que seas: *¡carne de cerdo para otro cerdo!*

La cosa del cráter emitió un tremendo rugido de ira e incredulidad y se desplomó junto con el cerdo y cuanto lo rodeaba.

-¡Atrás! -ordenó Kastrouni a los otros-. Rápido, retroceded... y procurad no mirar. No os gustaría ver esto.

Hizo retroceder a los cuatro a trompicones. Pero Trace tenía que ver aquello.

-Voy contigo -dijo cuando Kastrouni se dirigió al cráter humeante.

El griego lo miró desde sus grandes ojeras y se encogió de hombros con gesto cansado.

-Tienes derecho, supongo -repuso.

-¡PADRE! -seguía rugiendo la masa temblorosa y babeante del cráter-. ¡PADRE!

Pero Satanás ya no lo escuchaba. Exhausto, Demogorgo dispersó sus nubes en un cielo en que las estrellas volvieron a verter su luz blanca y limpia sobre la tierra.

-Ahí está -anunció Kastrouni por fin-. Mira, está acabado...

Una cosa horrenda e híbrida chillaba en el cráter humeante. Su revulsivo cuerpo era tan enorme y grotesco como antes, pero solidificado y carente de su anterior aspecto alquitranado. Y, sobre los hombros, ¡tenía la cabeza de un enorme cerdo de largos colmillos!

El monstruoso ser se dirigió hacia los riscos a cuatro patas, gruñendo y chillando. Se alejó de las sombras y las ruinas de la maldita ciudad de Corozaín, donde el loco Decker continuaba deambulando bajo las estrellas y llorando como un niño.

Trace y Kastrouni los siguieron y vieron que uno se acercaba al otro, y oyeron el aullido de Decker cuando la cosa bestial le asestó un zarpazo. Por un momento, sus siluetas unidas parecieron un solo ser mientras luchaban al borde del risco. Luego, se precipitaron en el abismo.

Así fue como el último cerdo gadareno se ahogó en el mar de Galilea...

Epílogo

Trace y Amira pasaron un tiempo con el padre de ella, pero cinco días después de los horrorosos hechos de Corozaín regresaron a Londres. En aquel momento, sus planes eran muy indefinidos: habían decidido vivir juntos y ver cómo iban las cosas, pero todavía no sabían dónde vivirían. El verano duraría aún varios meses y luego seguiría el otoño, pero siempre tenían Grecia y sus islas mágicas. Además, el profesor Halbstein iba a descansar por un tiempo y después empezaría una excavación en Corozaín. Tenía la intención de desenterrar la primera tablilla y destruirla definitivamente reduciéndola a polvo. Así, nadie podría volver a utilizar la invocación grabada en el nodo ascendente. Trace pensó que le gustaría ver lo que sucedía... pero no ahora.

Amira había puesto en venta su piso (o de su padre) de Richmond. Ese mediodía como era un día muy hermoso, almorzaron en un restaurante ajardinado a menos de cien metros del puente. Después fueron en el pequeño coche japonés de Amira hasta el piso de Trace, donde él tenía un par de asuntos que debía resolver. Mientras conducía, Amira le planteó algo:

-Charlie, hay dos cosas que debemos aclarar cuanto antes.

-¿Ah, sí?

-La primera: creo que no me apetece vivir con un ladrón. Eres lo bastante inteligente para trabajar en lo que quieres sin recurrir a eso. Así que te pido que lo dejes.

Trace sonrió, aunque con malicia.

-¿Soy lo bastante inteligente? Bueno, no sé, pero sí que tengo dinero suficiente. Te puedo prometer no meterme en líos por un par de años. ¿Cuál es la otra cosa?

Ella lo miró por unos momentos, una mirada muy seria, antes de volver a concentrarse en la carretera.

-Desde que te conozco, has tenido problemas con ese pie. Y te he observado. Intentas ocultarlo, pero veo que te da problemas. Y no mejora. Creo que, antes de que nos marchemos de Londres, deberías hacértelo mirar. Por expertos, quiero decir.

-Eres una buena chica -comentó-. ¡Te preocupas demasiado! Bueno, no le des más vueltas. Yo ya había tomado esa decisión. ¿Crees que me gusta ser un tullido? Bueno, pues no, y no tengo la intención de serlo.

Trace había llamado antes a Betty Kettler para avisarle que iban hacia allá. Ella los recibió en la puerta, vestida con su habitual bata y el acostumbrado cigarrillo colgando de sus labios, toda ella sonrisas, guiños e insinuaciones calladas. Pero también resultaba útil.

-Eh... Charlie -dijo a Trace, al tiempo que lo sujetaba de la manga mientras él conducía a Amira por la escalera-. Llegó algo para ti. -Le entregó una carta-. Puedo hablarte de ello, si quieres, y sobre algunas visitas que has tenido... -Y le lanzó una mirada significativa.

Trace dio a Amira la llave del piso.

-Sube tú -le indicó-. Yo iré enseguida. Pon la tetera al fuego. -Luego, cuando ella desapareció por las escaleras, se volvió hacia Betty-. ¿Qué sucede?

-Pusiste tu teléfono en una multilínea -repuso ella.

-Así es, para que pudieses encargarte de todo si pasaba algo importante. Estaba esperando una llamada de un hospital de Portsmouth. Y luego ocurrieron un par de cosas.

Betty asintió.

-Bueno, llegó esa carta del hospital Saint Mary, de Portsmouth. Me hice pasar por tu madre y el cartero me la entregó. Certificada, ¿lo ves? Y luego ese tipo del teléfono... ¡Muy insistente! ¡Menuda manera de hablar tenía! ¿Un tal señor Pelham?

A Trace le dio un pequeño brinco el corazón y le empezó a latir más deprisa.

-¿Joe Pelham?

-Eso es -contestó ella, asintiendo-. ¡Estaba realmente molesto por alguna razón! También parecía hablar como si tuviera los dientes rotos; tal vez era eso lo que lo incomodaba, ¿no? Bueno, el caso es que dijo que no te molestaras en darle más trabajo... aunque no lo dijo de una manera tan amable...

A Trace no le gustaba nada de todo aquello.

-¿Algo más?

-Sólo una cosa: durante los dos últimos días, has tenido unas visitas bastante malcaradas, Charlie. Pensé que valía la pena comentártelo, eso es todo.

-Gracias -dijo Trace-. Eres una buena chica, Betty.

La mujer rebuscó en el bolsillo de su bata y le dio un pedazo de papel en el que había un número escrito.

-Esos tipos duros dijeron que tal vez querrías llamarlos -le explicó.

-Gracias -repitió Trace, y le dio un billete de cinco libras.

Mientras subía la escalera, abrió el sobre y se detuvo en el rellano para leer su contenido. Meneó la cabeza, encendió la luz de un manotazo y volvió a leer la carta. Era muy breve, muy oficial, muy fría y clínica. Y estaba escrita y firmada por el ginecólogo que había traído a Trace al mundo: a él y a su hermano.

Trace arrugó el entrecejo aún más mientras leía la carta por tercera vez; luego la arrugó y se la metió en el bolsillo. ¿Síndrome de Down? ¿Mongolismo? ¿Qué era todo aquello? Entonces, ¿qué demonios...?

¿Qué demonios? Una voz gutural repitió entre risas la pregunta en su subconsciente. Trace sintió repentinamente un frío helado, notó un mareo y se tambaleó un poco al entrar en el piso. El dolor laceró su pierna izquierda desde su pie zapo.

Amira salió de la cocina y vio su rostro pálido y la forma como estaba apoyado en la pared.

-¿Charlie? ¿Pasa algo malo?

Trace meneó la cabeza y respondió bruscamente:

-No. Quiero decir: no lo sé. Prepara algo de café, ¿eh?

Ella lo miró fijamente, abrió la boca, la cerró de nuevo y regresó a la cocina. Trace conmutó el teléfono a la modalidad personal y marcó el número que le había dado Betty Kettler.

Era la gente de «Gato» Carter, como sospechaba. Lo que no imaginaba era que habían puesto las manos en Jilly. Pero fue lo que dijeron que le harían si no aparecía lo que le hizo tomar la decisión...

Trace no era ningún cobarde, pero tampoco se sentía ahora exactamente como un valiente. Cuando se lo explicó a Amira y ella dijo que quería acompañarlo, él no puso demasiadas objeciones. Finalmente ganó ella y, en el fondo, Trace se alegró. Luego elaboró lo que iba a decir, cómo había comprado el medallón a un vendedor ambulante en un bar y otras chorradas: su «coartada», suponiendo, claro, que le dieran la oportunidad de decir algo.

Ocho horas después, a las once de la noche, en un muelle desierto a las afueras de Henley, averiguó que no se la darían.

-Verás -le dijo el corpulento «Gato» Carter, vestido con ropa cara, absolutamente frío e indiferente-, las cosas son fáciles conmigo. Quiero decir que no tengo más que mirarte a los ojos para saber que vas a mentirme. Y, francamente, no tengo tiempo para

toda esa mierda. Así que no importa lo que me digas esta vez: mis chicos van a zurrarte. Te van a dar de lo lindo. Y dentro de un par de semanas lo volverán a hacer. Y seguirán haciéndolo hasta que arregles las cosas, ¿de acuerdo? Y escucha: no me importa dónde vayas, hijo, ni dónde trates de esconderte, porque tarde o temprano te encontraré y todo volverá a empezar. Así que piénsalo, ¿vale? Mientras te recuperas...

Y eso fue todo.

Era una de esas noches de verano ventosas, tormentosas, caprichosas, en que la gente se quedaba en casa; y, aunque Trace hubiese tenido el resuello suficiente para gritar, nadie lo habría escuchado. Así que lo único que pudo hacer fue soportarlo. Lo que le dolió más no fueron los golpes: fue Jilly, sentada en el asiento trasero del gran Mercedes de Carter, haciendo arrumacos a uno de sus hijos pijos mientras observaban el espectáculo por la ventanilla. Eso y la imagen del señor Willis, «ex oficial de la Guardia», que había sido uno de los hombres de Khumeni y que también miraba de soslayo desde su coche extranjero, de baja suspensión y lustroso color negro.

Pero no fue muy emocionante: tres de ellos contra Trace, fuertes como nidos de ametralladoras de la Segunda Guerra Mundial e igual de sensibles. Lo único bueno fue que no hicieron daño a Amira.

Pero Jilly... ¡jodida zorra! ¿Acaso él había sido tan duro con ella? El infierno no conoce la furia...

¡Oh, sí que la conoce, Charlie!

El último puntapié fue a parar entre sus piernas, tras una serie de patadas en un embarcadero de madera podrida. Lo dejaron semihundido en el agua. Y luego sólo quedó el dolor y los sollozos de Amira, y unas nubes que cruzaban la faz de la luna mientras la muchacha lo giraba con cuidado hasta ponerlo cara arriba.

Su oreja derecha estaba blanda como si fuera masilla, y su ojo derecho era una rendija escarlata en un tomate hinchado. Amira no se atrevía a tocarlo por temor a hacerle más daño. Amira, tan dulce, buena y amorosa.

«Pero ¿y la vidente griega? *I Kali gynaikes*. ¿O fue simplemente que ella vio parte del futuro de Amira? Su futuro a mi lado.

-Charlie... ¡oh, Charlie!

Las lágrimas de Amira lavaron el rostro de Trace. Él intentó levantar la cabeza. Las costillas le ardían y sentía los testículos blandos como bizcochos.

-¡Oh, Dios mío! -gimió.

Lo siento, se ha equivocado de número, dijo la voz que resonaba en su cabeza como si contuviera la risa. *Pruebe a marcar el seis-seis-seis.*

-Número equivocado -gruñó Trace, mientras un trueno retumbaba en la distancia-. ¡Un maldito número equivocado!

-¿Qué? -exclamó Amira, que escurría agua de un pañuelo sobre la ardiente frente de Trace.

Todos los números son ceros cuando Satanás hace girar la rueda. De modo que, ¿cómo puedes ganar, Charles?

-Es fácil: ¡apuestas por los malditos ceros! -rezongó entre dientes.

-¿Qué? -preguntó Amira de nuevo, creyendo que estaba delirando.

Las puertas de los coches comenzaron a cerrarse mientras Trace se incorporaba; una risa bronca y brutal surgió de su garganta y se la llevó el viento. En el muelle, los faros se encendieron y los motores rugieron con salvaje vida mecánica.

Amira miró a Trace con incredulidad. Sabía que estaba malherido, pero él extendió un brazo y la obligó a ponerlo en pie. Se tambaleó sobre el embarcadero que, medio sumergido, se balanceaba entre las aguas. Se sujetó las costillas rotas y volvió su destrozado rostro hacia el cielo nocturno. Y, de súbito, las nubes comenzaron a bullir...

¡y los ojos de Trace se tornaron amarillos como el azufre!

Amira se llevó una mano a la boca. Se apartó de él con paso vacilante y casi cayó al agua, pero volvió a subir al embarcadero.

-Muy bien -dijo Trace a las nubes, que se arremolinaban violentamente-. De acuerdo, tú ganas. ¡Quiero venganza!

No tienes más que pedirla, nieto.

-La pido. No, ¡la exijo!

Así sea.

Redes de extraños rayos se reunieron en el cielo, allí donde Demogorgo despertó en la noche. Y, en el muelle, ¡dos coches fueron directamente hacia los dientes del infierno...!

FIN